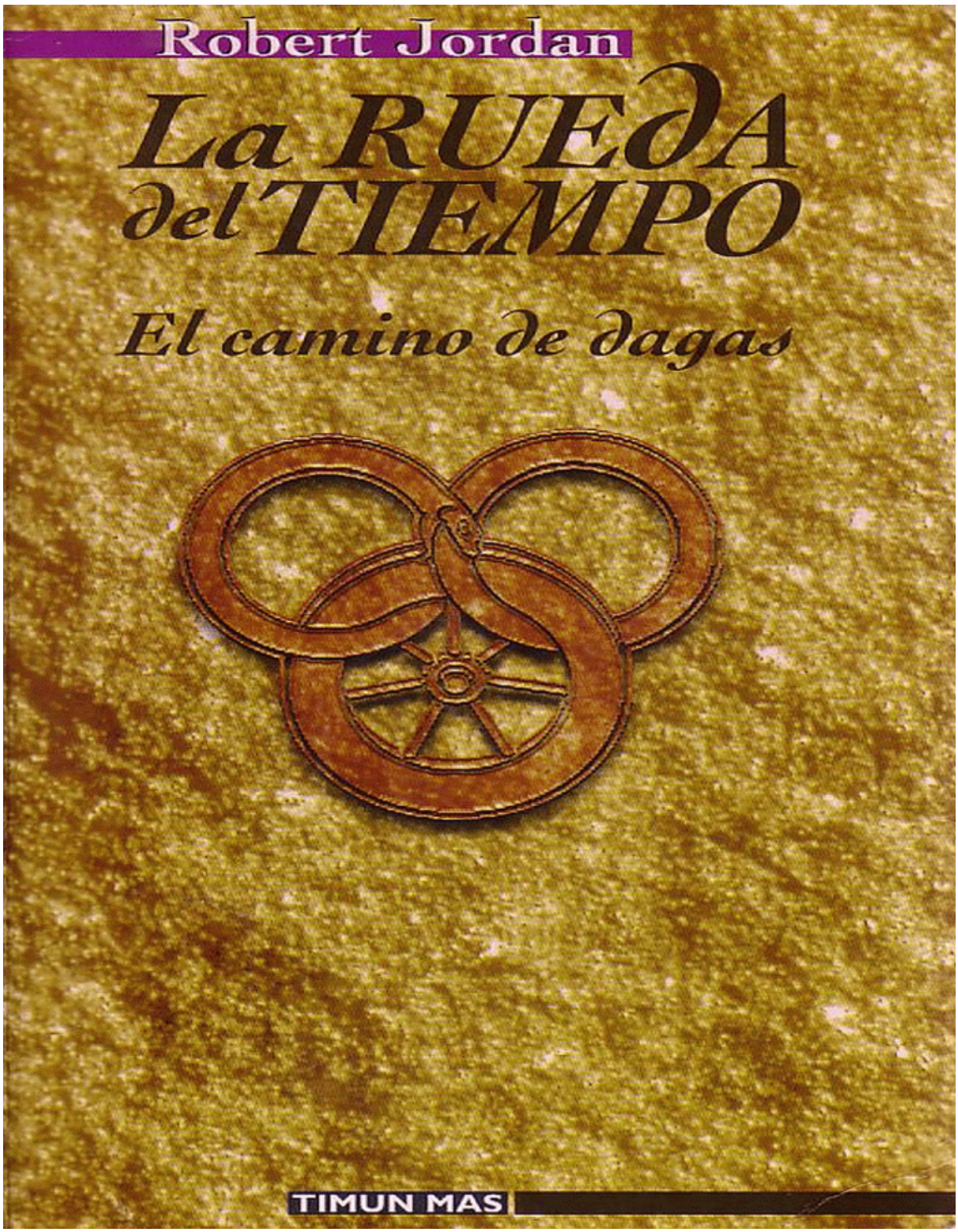
LA RUEDA DEL TIEMPO 12
El camino de dagas
Robert Jordan



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Harriet
Mi luz, mi vida, mi corazón,
para siempre

«Quien acuda a cenar con los poderosos
habrá de subir por el camino de dagas.»

Anotación anónima redactada en el margen de un manuscrito
histórico (presumiblemente de la época de Artur Hawkwing)
sobre los últimos días de los Cónclaves Tovanos

«En las altas esferas,
todos los caminos están pavimentados con dagas.»

Antiguo proverbio seanchan

PRÓLOGO

Apariencias engañosas

Ethenielle había visto montañas más bajas que aquellas mal llamadas Colinas Negras, grandes formaciones arriscadas de peñascos medio enterrados que surcaba una red de pasos sinuosos y empinados. Algunos de dichos pasos habrían dado que pensar incluso a una cabra. Se podía viajar tres días a través de bosques agostados por la sequía y praderas de hierba amarillenta sin ver la menor señal de un asentamiento humano, y entonces, de repente, encontrarse a medio día de camino de siete u ocho aldeas que no sabían nada del resto del mundo. Las Colinas Negras eran una zona demasiado agreste y escabrosa para granjeros, lejos de las rutas comerciales, y ahora era más inclemente que nunca. Un leopardo enflaquecido, que en circunstancias normales se habría escondido ante la presencia de hombres, observaba el paso de Ethenielle y su escolta armada desde una empinada cuesta, a menos de cuarenta pasos de distancia. Hacia el oeste, unos buitres volaban en círculo pacientemente, como un mal presagio. Ni el más leve celaje empañaba el brillo rutilante del sol; sin embargo, otro tipo de nubes velaba el horizonte, ya que cuando el aire caldeado soplaba, levantaba cortinas de polvo.

Con cincuenta de sus mejores hombres siguiéndola, Ethenielle cabalgaba despreocupadamente y sin prisa. A diferencia de su casi legendaria antecesora, Surasa, no se hacía ilusiones de que el tiempo fuera a doblegarse a sus deseos sólo porque ocupara el Trono de las Nubes; y en lo referente a desplazarse con premura... En las cartas cautamente codificadas y celosamente guardadas se acordó el orden de marcha, y ello se había determinado de acuerdo con las precauciones de cada cual para viajar sin llamar la atención. Tarea nada fácil, por otro lado. Algunos la habían considerado imposible.

Ceñuda, pensó que había sido una suerte que hubiesen llegado tan lejos sin tener que matar a nadie, evitando aquellas aldehuelas aun cuando hacerlo significaba alargar en días el viaje. Los contados *steddings* Ogier no representaban problema alguno —salvo en contadas ocasiones, a los Ogier les interesaba poco lo que pasaba entre los humanos y últimamente, al parecer, menos de lo habitual— pero los pueblos... Eran demasiado pequeños para que hubiese en ellos informadores de la Torre Blanca o de ese tipo que afirmaba ser el Dragón Renacido —a lo mejor lo era; Ethenielle no sabía cuál de las dos cosas sería peor—; sin embargo, por allí pasaban buhoneros de vez en cuando. Y los buhoneros difundían rumores al igual que comerciaban con mercancías, y hablaban con gente que a su vez hablaba con otros, de manera que las hablillas se extendían como ríos que se ramificaban en un delta; primero se propagarían a través de las Colinas Negras y luego por el mundo que había más allá. Era la clase de chispa que prendía fuego a bosques y praderas. Y tal vez a ciudades. O a naciones.

—¿Hice la elección correcta, Serailla? —Irritada consigo misma, Ethenielle torció el gesto. Estaba lejos de ser una jovencita, pero sus contadas canas no parecían haberle dado la madurez necesaria para no soltar la lengua tan alegremente. La decisión se había tomado. Sin embargo, la pregunta le había venido rondando la cabeza. Tan cierto como la Luz, no se sentía tan despreocupada como habría deseado estarlo.

La Consejera Mayor de Ethenielle taconeó su yegua parda para acercarse al castrado negro de la reina. Con su plácida y redonda cara y sus pensativos ojos oscuros, lady Serailla podría haber pasado por una granjera que, de manera accidental, había tenido que ponerse un traje de montar de una noble, pero la mente que había tras aquellos rasgos sencillos y

sudorosos era tan perspicaz como la de una Aes Sedai.

—Las otras alternativas sólo conllevaban otros riesgos, pero no menores —respondió suavemente. Corpulenta y sin embargo tan grácil sobre la silla de montar como lo era bailando, Serailla siempre hablaba con suavidad, pero no en un tono solemne ni falso, sino imperturbable, sencillamente—. Sea cual fuere la verdadera razón, majestad, aparentemente la Torre Blanca está paralizada y dividida. Podríais haberos sentado a contemplar la Llaga mientras el mundo se derrumbaba a vuestras espaldas. Podríais haberlo hecho si fueseis otra persona.

La simple necesidad de actuar. ¿Era eso lo que la había llevado allí? En fin, si la Torre Blanca no podía o no quería hacer lo que tenía que hacerse, entonces otros debían ocuparse de ello. ¿De qué servía quedarse a vigilar la Llaga si mientras tanto el resto del mundo se hacía pedazos?

Ethenielle miró al hombre delgado que cabalgaba al otro lado, con aquellos mechones blancos en las sienes que le otorgaban un aire altanero, y la envainada Espada de Kirukan descansando en el doblez de su brazo. Al menos se llamaba la Espada de Kirukan, y era posible que la legendaria reina guerrera de Aramaelle la hubiese llevado a la cadera. La hoja era muy antigua, algunos decían que forjada con el Poder; la empuñadura larga, para asir con las dos manos, apuntaba hacia ella, como exigía la tradición, aunque Ethenielle no sentía el menor interés en intentar manejar una espada como hacían algunas exaltadas saldaeninas. Se suponía que una reina debía reflexionar, dirigir y mandar, nada de lo cual podría hacer mientras intentaba realizar lo que cualquier soldado de su ejército haría mucho mejor.

—¿Y vos, Portador de la Espada? —preguntó—. ¿Sentís algún escrúpulo a estas alturas?

Lord Baldhere se giró en la silla repujada con oro para mirar hacia atrás, los estandartes enfundados en cuero labrado y terciopelo bordado, portados por jinetes que marchaban a continuación de ellos.

—No me gusta ocultar quién soy, majestad —respondió, puntilloso, mientras se giraba de nuevo hacia adelante—. El mundo tendrá muy pronto noticia de nosotros y de lo que hemos hecho. O de lo que intentamos hacer. Si vamos a acabar muertos o formando parte de la historia o quizás ambas cosas, que se sepa también los nombres que han de escribirse.

Baldhere tenía una lengua mordaz y fingía interesarse más por la música y su vestuario que por cualquier otra cosa —aquella chaqueta azul de excelente corte era la tercera que se había puesto a lo largo del día— pero, al igual que ocurría con Serailla, las apariencias engañaban. El Portador de la Espada del Trono de las Nubes cargaba con responsabilidades mucho más onerosas que aquella arma enfundada en la vaina enjoyada. Desde la muerte del esposo de la reina, hacía unos veinte años, Baldhere había dirigido los ejércitos de Kandor en su nombre, y la mayoría de los soldados lo habría seguido incluso hasta el mismísimo Shayol Ghul. No era uno de los mejores estrategas, pero sí sabía cuándo luchar y cuándo no hacerlo, y también cómo alzarse con la victoria.

—El lugar de encuentro debe de encontrarse cerca —comentó en ese momento Serailla, justo cuando Ethenielle divisaba al explorador que Baldhere había enviado por delante, un tipo astuto llamado Lomas que llevaba una cimera de cabeza de zorro; el hombre se frenó en la cima del paso que había un poco más adelante y, con la lanza inclinada, movió el brazo en un gesto que indicaba «punto de reunión a la vista».

Baldhere hizo volver grupas a su robusto castrado y bramó una orden para que la escolta se detuviera —podía gritar muy fuerte cuando se lo proponía— y luego clavó espuelas al zaino para alcanzar a la reina y a Serailla. La reunión era con antiguos aliados, pero mientras pasaban ante Lomas, Baldhere dio una orden seca al hombre de cara enjuta: «vigila y transmite»; si algo iba mal, Lomas haría una señal para que la escolta se adelantara y sacara a la reina de allí.

Ethenielle suspiró levemente cuando Serailla asintió con gesto de aprobación a la orden. Eran antiguos aliados, pero los tiempos que corrían engendraban recelos como moscas un estercolero. Lo que se traían entre manos removía la porquería y hacía que las moscas

levantaran el vuelo. Demasiados dirigentes sureños habían muerto o desaparecido durante el último año para que a la reina le sirviera de consuelo llevar una corona. Demasiadas naciones habían sido devastadas hasta el punto que lo habría hecho un ejército de trollocs. Quienquiera que fuese, el tal al'Thor tenía mucho de qué responder. Mucho.

Detrás de Lomas, el paso se abría a una hondonada poco profunda y demasiado pequeña para llamarla valle, con árboles excesivamente espaciados para darles el nombre de soto. Cedros, abetos azules y pinos de la variedad tres agujas conservaban parte de su verdor, así como unos pocos robles, pero el resto tenía las copas marrones cuando no las ramas desnudas. Hacia el sur, sin embargo, se encontraba la razón de que aquel lugar fuera una buena elección para un encuentro. La forma esbelta de un pilar de piedra, semejante a una columna de brillante encaje dorado, yacía inclinado y parcialmente enterrado en la ladera pelada, asomando sus buenos setenta metros por encima de las copas de los árboles. Todos los chiquillos de las Colinas Negras lo bastante mayores para no estar ya atados a las faldas de sus madres conocían su existencia, pero no había ningún pueblo en un radio de cuatro días de viaje ni nadie se acercaría a menos de quince kilómetros por voluntad propia. Las historias que corrían sobre aquel lugar hacían referencia a visiones aberrantes, a muertos que caminaban y a perecer por el mero hecho de tocar el pilar de piedra.

Ethenielle no se tenía por una persona imaginativa, pero aun así la sacudió un ligero escalofrío. Nianh le había dicho en cierta ocasión que el pilar era un vestigio inofensivo de la Era de Leyenda. Con suerte, la Aes Sedai no tenía motivo para recordar aquella conversación sostenida años atrás. Lástima que no se pudiera hacer andar a los muertos allí. Según la leyenda, Kirukan había decapitado personalmente a un falso Dragón y había tenido dos hijos de otro varón que podía encauzar. O quizá fuera el mismo hombre. Tal vez ella habría sabido cómo acometer su tarea y salir con bien de la empresa.

Como era de esperar, los dos primeros de aquellos con los que Ethenielle iba a reunirse esperaban ya, cada cual con dos asistentes. Paitar Nachiman tenía ahora muchas más arrugas en su cara alargada que el hombre maduro, asombrosamente apuesto, que había despertado su admiración de pequeña, por no mencionar la escasez del cabello, que casi era gris en su totalidad. Por fortuna había renunciado a la moda arafelina de peinarlo en trenzas y lo llevaba corto. Sin embargo, no iba encorvado sobre la silla de montar ni sus hombros necesitaban relleno en la chaqueta de seda verde bordada que lucía, y Ethenielle sabía que aún podía manejar la espada que colgaba a su cadera con destreza y vigor. Easar Togita, de rostro cuadrado, el cráneo afeitado a excepción del penacho blanco y con una chaqueta lisa de color de bronce viejo, era una cabeza más bajo que el rey de Arafel y más ligero de constitución, pero aun así hacía que Paitar pareciera casi blando. El gesto del rey de Shienar no era ceñudo —si acaso, en sus ojos había un punto de tristeza permanente—, pero daba la impresión de estar hecho del mismo acero que la larga espada sujeta a su espalda. Ethenielle confiaba en los dos hombres, y esperaba que sus lazos familiares ayudaran a reafirmar esa confianza. Las alianzas por matrimonios siempre habían vinculado a las Tierras Fronterizas tan firmemente como su guerra contra la Llaga, y ella tenía una hija casada con el tercer hijo de Easar, así como un hijo con la nieta favorita de Paitar, además de un hermano y dos hermanas emparentados con sus casas.

Sus acompañantes parecían tan diferentes como los soberanos. Como era habitual en él, Ishigari Terasian daba la impresión de acabar de salir del sopor etílico tras una noche de jarana y borrachera; seguía siendo el hombre más gordo montado a caballo que ella jamás había visto, su excelente chaqueta roja estaba arrugada, tenía los ojos vidriosos y la barba crecida. Por el contrario, Kyril Shianri era alto y delgado, y casi tan elegante como Baldhere a despecho del polvo y el sudor en su cara, y llevaba campanillas de plata en las vueltas de las botas, en los guantes y atadas a las trenzas; exhibía su gesto habitual de descontento y siempre se las arreglaba para mirar de manera altanera y fría, alzando la prominente nariz, a cualquiera excepto a Paitar. En realidad, Shianri era un necio en muchos aspectos —los reyes arafelinos muy rara vez se molestaban en fingir que hacían caso a sus consejeros, confiando por el contrario en sus reinas— pero ese hombre era algo más de lo que parecía a primera vista.

Agelmar Jagad podría pasar por una versión más corpulenta de Easar, un hombre corriente vestido de forma sencilla, todo él acero y granito, con más armas colgadas por todo el cuerpo que el propio Baldhere: una muerte rápida a la espera de descargarse. Por su parte, Alesune Chulin era tan delgada como Serailla corpulenta, tan bonita como poco agraciada la kandoresa, y tan fiera como tranquila era la otra mujer. Parecía que Alesune había nacido para sus finas ropas de seda azul. Buena cosa recordar que juzgar a Serailla por su aspecto exterior también era un error.

—Paz, y que la Luz te sea propicia, Ethenielle de Kandor —saludó adustamente Easar cuando la reina frenó su montura delante de ellos.

—Que la Luz te proteja, Ethenielle de Kandor —dijo casi al mismo tiempo Paitar, que todavía poseía una voz capaz de conseguir que los corazones de muchas mujeres latieran más deprisa. Y una esposa que sabía que eran suyos, desde el último cabello de la cabeza hasta las suelas de las botas; Ethenielle dudaba que Menuki hubiese estado celosa un solo momento en toda su vida o que hubiese tenido motivos para estarlo.

Devolvió los saludos con igual brevedad, pero finalizó con una frase directa:

—Espero que hayáis llegado hasta aquí sin ser vistos.

Easar resopló y se apoyó en el arzón de su silla mientras la miraba muy serio. Un hombre duro, sí; sólo que después de once años de viudedad aún seguía llorando a la esposa muerta. Incluso había escrito poesías para ella. Siempre había algo más en las personas de lo que dejaban ver las apariencias.

—Si alguien nos ha visto, Ethenielle, entonces podemos dar media vuelta —rezongó.

—¿Ya habláis de volver? —Entre el tono y el movimiento de las riendas trenzadas, Shianri se las ingenió para combinar el justo desdén con la mínima cortesía para frenar un desafío. Con todo, Agelmar lo observó fríamente mientras se movía un poco en la silla, como haría un hombre para recordar dónde lleva colgada exactamente cada arma. Viejos aliados en incontables batallas a lo largo de la Llaga, pero los nuevos recelos se removieron.

Alesune hizo caracolear su montura, una yegua gris tan alta como un caballo de guerra. Los finos mechones blancos en su largo cabello negro de repente parecieron penachos de una celada y sus ojos hicieron que resultara fácil olvidar que las mujeres shienarianas no se entrenaban con armas ni disputaban duelos. Su título era simplemente el de *shatayan* del personal de la casa real, pero aquel que creyera que la influencia de cualquier *shatayan* se limitaba a dar órdenes a cocineros, doncellas y proveedores de vituallas, cometería un gran error.

—No debe confundirse la imprudencia con el valor, lord Shianri. Hemos dejado la Llaga casi sin vigilancia, y si fracasamos, incluso si tenemos éxito, cabe la posibilidad de que algunos de nosotros acabemos con las cabezas clavadas en picas. Tal vez todos. La Torre Blanca podría encargarse de ello si ese al'Thor no lo hace.

—La Llaga casi parece dormida —murmuró Terasian, cuya fuerte barba crecida sonó al frotarse la mejilla—. Jamás la había visto tan tranquila.

—La Sombra nunca duerme —apuntó Jagad en voz queda, y Terasian asintió como si eso fuese algo que había que tener en cuenta. Agelmar era el mejor general de todos ellos, uno de los mejores que podía encontrarse en cualquier parte del mundo, pero el lugar de Terasian a la derecha de Paitar no se le había otorgado por la mera razón de que fuese un buen compañero de copas.

—Los que hemos dejado en casa pueden guardar la Llaga, a menos que estalle otra Guerra de los Trollocs —comentó Ethenielle con firmeza—. Confío en que vosotros hayáis hecho otro tanto. Aunque poco importa, sin embargo. ¿Alguien cree realmente que podemos regresar ahora? —Planteó la pregunta secamente, sin esperar respuesta, pero la recibió.

—¿Regresar? —demandó la voz alta de una mujer joven a su espalda.

Tenobia de Saldaea galopó hacia el grupo para unirse a él y sofrenó su castrado blanco con tal brusquedad que el animal se alzó aparatosamente sobre las patas traseras. Numerosas sartas de perlas adornaban las mangas de color gris oscuro de su traje de montar, de falda estrecha, en tanto que bordados en rojo y dorado remarcaban la esbeltez de su cintura y la

generosidad de su busto. Alta para ser mujer, resultaba bonita ya que no hermosa a pesar de la nariz, que como mínimo podía considerarse muy prominente. Los ojos, grandes y rasgados, de un color azul profundo, contribuían a ello ciertamente, pero también lo hacía la evidente seguridad en sí misma, tan rotunda que la mujer parecía irradiarla. Como era de esperar, la reina de Saldaea iba acompañada sólo por Kalyan Ramsin, uno de sus innumerables tíos, un hombre canoso y marcado de cicatrices, con rostro de águila y espeso bigote que se curvaba hacia bajo sobre las comisuras de los labios. Tenobia Kazadi toleraba el consejo de militares, pero de nadie más.

—Yo no regresaré —continuó fieramente—, hagáis lo que hagáis los demás. Envié a mi *querido* tío Davram para que me trajera la cabeza del falso Dragón Mazrim Taim, y ahora los dos, él y Taim, siguen a ese al'Thor, si he de dar crédito a la mitad de lo que se cuenta. Dispongo de una fuerza de casi cincuenta mil hombres y, sea cual fuere vuestra decisión, yo no volveré hasta que mi tío y al'Thor sepan sin ningún género de dudas quién gobierna Saldaea.

Ethenielle intercambió una mirada con Serailla y Baldhere mientras Paitar y Easar respondían a Tenobia que también tenían la intención de seguir adelante. Serailla sacudió la cabeza de un modo apenas perceptible, en tanto que Baldhere ponía los ojos en blanco sin disimulo. Ethenielle no había esperado exactamente que Tenobia decidiera mantenerse al margen en el último momento, pero la joven crearía problemas, a buen seguro.

Los saldaeninos eran gentes raras —Ethenielle se había preguntado a menudo cómo se las arreglaba su hermana Einone para que las cosas le fueran tan bien casada con otro de los numerosos tíos de la reina de Saldaea— pero Tenobia llevaba esa rareza hasta el límite. De un saldaenino se esperaba un comportamiento extravagante, pero Tenobia disfrutaba dejando anonadados a los domani y haciendo que los altaraneses parecieran insulsos y apagados en comparación. Era legendario el genio de los saldaeninos, y el de su reina parecía un fuego arrasador avivado por fuertes vientos, sin que uno supiera jamás qué podría hacer saltar la chispa que lo prendía. Ethenielle no quería pensar siquiera en la dificultad de querer hacer entrar en razón a esa mujer cuando se cerraba en banda; sólo Davram Bashere había sido capaz de conseguirlo. Y además estaba el tema del matrimonio.

Tenobia era aún joven, si bien hacía años que debería haberse casado —el matrimonio era una cuestión de deber para cualquier miembro de una casa dirigente, cuanto más para la persona que llevaba la corona; había que establecer alianzas y tener descendientes—, pero Ethenielle jamás había tenido en cuenta a la joven para unirla con ninguno de sus hijos. Las exigencias de Tenobia en cuanto a un supuesto esposo eran acordes con todo lo demás en ella. Dicho hombre debía ser capaz de enfrentarse y matar a una docena de Myrddraal a la vez. Todo ello mientras tocaba el arpa y componía poesías. Y desconcertar a eruditos al tiempo que descendía a galope por una escarpada pendiente, o quizá mientras la subía. Por supuesto, tenía que someterse a ella —al fin y al cabo era una reina— pero de vez en cuando Tenobia esperaría que él hiciese caso omiso de lo que dijera y se la cargara al hombro. ¡La chica quería exactamente eso! Y que la Luz lo amparase si pretendía imponerse cuando ella quería deferencia o que mostrara sumisión cuando deseara lo contrario. Nunca lo había dicho así de claro, pero cualquier mujer con dos dedos de frente que la hubiese oído hablar sobre los hombres sólo tenía que sumar dos y dos para saber a qué atenerse. Tenobia moriría siendo doncella. Lo que significaba que su tío Davram la sucedería, si es que lo dejaba vivir después de esto, o su heredero.

Una palabra sacó a Ethenielle de sus reflexiones y la hizo erguirse bruscamente en la silla de montar. Debería haber prestado atención a lo que se hablaba; eran muchas cosas las que estaban en juego.

—¿Aes Sedai? —instó—. ¿Qué pasa con las Aes Sedai?

Con excepción de la de Paitar, todas sus consejeras de la Torre Blanca se habían marchado cuando llegó la noticia de que había problemas en Tar Valon; la suya, Nianh, y Aisling, la de Easar, habían desaparecido sin dejar rastro. Si las Aes Sedai tenían la mínima sospecha de lo que se proponían hacer... En fin, las Aes Sedai siempre tenían sus propios

planes. Siempre. La incomodaría descubrir que estaban metiendo las manos no en uno, sino en dos avisperos.

Paitar se encogió de hombros, un tanto azorado, lo que no era una menudencia tratándose de él; al igual que Serailla, Paitar no dejaba que nada lo alterara.

—No esperarías que dejara atrás a Coladara, Ethenielle —dijo en tono apaciguador—, aun en el caso de que hubiese podido mantener en secreto los preparativos.

No, Ethenielle no había confiado realmente en que lo hiciese. Al fin y al cabo, su hermana preferida era Aes Sedai, y a través de Kiruna sentía un profundo afecto por la Torre. Con todo, había albergado cierta esperanza de estar equivocada.

—Coladara tenía visitas —continuó Paitar—. Siete hermanas. Traerlas parecía prudente, en estas circunstancias. Por fortuna no costó trabajo convencerlas. Ninguno, en realidad.

—La Luz nos asista —musitó Ethenielle, mientras oía a Serailla y Baldhere expresar el mismo deseo casi con idénticas palabras—. ¿Ocho hermanas, Paitar? ¿Ocho? —A buen seguro la Torre sabía ya hasta el último movimiento que habían proyectado.

—Y yo tengo otras cinco —intervino Tenobia como si anunciara que llevaba otro par de escarpines nuevos—. Se toparon conmigo nada más salir de Saldaea. Por casualidad, no me cabe duda; parecieron tan sorprendidas como yo. Una vez que se enteraron de la empresa en la que me había embarcado, cosa que todavía no sé cómo descubrieron, pero lo hicieron, estaba convencida de que saldrían disparadas a buscar a Memara. —Frunció las cejas en un repentino gesto ceñudo. Elaida había cometido un gran error al enviar a una hermana para intentar apabullarla—. Sin embargo, Illeisien y las demás mostraron aún más empeño que yo misma en mantener el secreto.

—Aun así —insistió Ethenielle—. Trece hermanas. Bastaría con que una de ella hallase el modo de enviar un mensaje. Unas pocas líneas, con un soldado o una doncella intimidados. ¿Alguno de vosotros cree que puede detenerlas?

—Los dados han salido del cubilete —se limitó a comentar Paitar. Lo hecho, hecho estaba. En opinión de Ethenielle, los arafelinos eran casi tan raros como los saldaeninos.

—Más al sur —agregó Easar—, podría venirnos bien contar con trece Aes Sedai.

Su observación provocó un gran silencio mientras las implicaciones flotaban en el aire. Esto era muy distinto a enfrentarse a la Llaga.

Inopinadamente, Tenobia soltó una risa y su castrado intentó culebrear, pero ella dominó al animal.

—Me propongo viajar hacia el sur lo más deprisa posible, pero os invito a todos a cenar conmigo en mi campamento esta noche. Podéis hablar con Illeisien y sus amigas, y ver si vuestro parecer coincide con el mío. Quizá mañana podríamos reunirnos a cenar en el campamento de Paitar e interrogar a las amigas de Coladara.

La sugerencia era tan sensata, tan obviamente necesaria, que hubo un acuerdo inmediato. Y entonces Tenobia añadió, como una ocurrencia de última hora:

—Mi tío Kalyan se sentirá honrado si le permites sentarse a tu lado, Ethenielle. Te profesa una gran admiración.

Ethenielle miró hacia Kalyan Ramsin, que permanecía sentado en su caballo detrás de Tenobia, en silencio y apenas sin respirar; sólo fue un vistazo, pero durante un instante aquel hombre canoso y de rasgos aguileños desveló sus ojos y Ethenielle columbró algo que no había visto desde que su Brys había muerto: un varón mirando a una mujer, no a una reina. La impresión fue tan fuerte que la dejó sin respiración. Los ojos de Tenobia pasaron velozmente de su tío a Ethenielle; había gran satisfacción en la leve sonrisa que esbozaba la joven soberana.

La indignación se apoderó de Ethenielle. Aquella sonrisa dejaba todo claro como el agua de un manantial, si es que los ojos de Kalyan no lo habían hecho de sobra. ¿Esa mocosa planeaba casar a aquel tipo con *ella*? ¿Esa *cría* se atrevía a...? De pronto, el remordimiento sustituyó a la ira. También ella era joven cuando arregló la boda de su hermana viuda Nazelle; fue un asunto de Estado, pero Nazelle había llegado a amar a lord Ismic a pesar de sus protestas iniciales. Ethenielle se había ocupado de arreglar los matrimonios de otros durante

Librodot

tanto tiempo que nunca había pensado que su unión crearía unos lazos muy fuertes. Volvió a mirar a Kalyan, esta vez con más detenimiento. Su rostro curtido era de nuevo todo corrección, pero ella vio en sus ojos la expresión anterior. Cualquier consorte que eligiera tendría que ser un hombre duro, pero siempre había exigido una oportunidad para el amor en los enlaces de sus hijos, aunque no en los de sus hermanos y hermanas, y no quería menos para sí misma.

—En lugar de perder horas de luz en charlas triviales, pongámonos a lo que hemos venido —dijo, con la voz más entrecortada de lo que habría deseado. Así la Luz le abrasara el alma, era una mujer adulta, no una muchachita a la que le presentan un posible pretendiente por primera vez—. ¿Y bien? —demandó. En esta ocasión, su tono sonó adecuadamente firme.

Todos los acuerdos se habían llevado a cabo en aquellas cartas codificadas, y los planes habrían de modificarse conforme viajaran hacia el sur y las circunstancias cambiaran. Esta reunión tenía realmente un único propósito, una sencilla y antigua ceremonia de las Tierras Fronterizas que sólo se había celebrado siete veces en todos los años transcurridos desde el Desmembramiento. Una ceremonia que los comprometería mucho más que cualesquiera palabras, por trascendentes que fueran. Los soberanos aproximaron sus monturas mientras los otros se retiraban.

Ethenielle siseó cuando su cuchillo le cortó la palma izquierda. Tenobia se echó a reír y se hizo una incisión en la suya. Por la nula reacción de Paitar y Easar habríase dicho que se habían sacado una astilla. Cuatro manos se tendieron y se unieron, ciñéndose, mezclando la sangre, que goteó en el terroso suelo.

—Somos uno, hasta la muerte —entonó Easar.

—Somos uno, hasta la muerte —repitieron los otros.

Ahora estaban obligados por la sangre y la tierra. Tenían que encontrar a Rand al'Thor. Y hacer lo que debía hacerse. A cualquier precio.

Una vez que se hubo asegurado de que Turanna podía sentarse en el cojín sin ayuda, Verin se levantó y dejó a la alicaída hermana Blanca bebiendo sorbos de agua. O intentándolo, al menos. Los dientes de Turanna castañeteaban contra la copa de plata, cosa que no era de extrañar. La lona de acceso a la tienda era tan baja que Verin tuvo que doblarse para sacar la cabeza. El agotamiento le taladró la espalda al agacharse; no temía a la temblorosa mujer que tenía detrás, envuelta en su tosco ropaje de lana negra. Verin asía su escudo con firmeza, y dudaba que a Turanna le quedara en ese momento fuerza suficiente en las piernas para plantearse la posibilidad de saltar sobre ella, aun en el caso de que una idea tan increíble se le pasara por la cabeza. Las Blancas no razonaban así, sencillamente. A decir verdad, en las condiciones en que se hallaba, Turanna difícilmente sería capaz de encauzar en varias horas, aunque no estuviese escudada.

El campamento Aiel se extendía por las colinas que ocultaban Cairhien; las tiendas de colores terrosos llenaban los huecos existentes entre los contados árboles que aguantaban de pie tan cerca de la ciudad. Tenues nubes de polvo flotaban en el aire, pero ni el polvo ni el calor ni el fulgor abrasador del sol molestaban en absoluto a los Aiel. El ajetreo entre las tiendas no tenía nada que envidiar al de cualquier ciudad. Desde su posición, Verin veía hombres descuartizando piezas de caza o remendando tiendas, afilando cuchillos o elaborando las flexibles botas que todos calzaban; mujeres cocinando en lumbres, asando, trabajando en pequeños telares, cuidando de los pocos niños que había en el campamento. Por doquier, los *gai'shain* de ropas blancas iban aprisa de aquí para allí cargados con bultos o se afanaban sacudiendo alfombras o atendían a los animales de carga. No había vendedores ambulantes ni tenderos. Ni carros ni carretas, por supuesto. ¿Una ciudad? Más bien parecía un millar de aldeas agrupadas en un mismo lugar, aunque el número de hombres superaba con creces al de mujeres y, con excepción de los herreros martilleando en sus yunques, casi todos los hombres que no vestían de blanco llevaban armas. También iba armada la mayoría de las mujeres.

En número ciertamente igualaban a una gran urbe, más que suficientes para envolver por completo a unas pocas Aes Sedai prisioneras, pero aun así Verin localizó a una mujer de

negro que caminaba pesadamente a menos de cincuenta pasos de distancia, luchando denodadamente para arrastrar una pila de piedras, de casi un metro de altura, amontonadas sobre una piel de vaca. La profunda capucha le ocultaba el rostro, pero nadie en el campamento salvo las cautivas vestía aquellas ropas negras. Una Sabia caminaba cerca de ella, irradiando Poder mientras mantenía escudada a la prisionera, en tanto que dos Doncellas flanqueaban a la hermana y utilizaban varas para azuzarla cada vez que vacilaba. Verin se preguntó si aquella escena no estaría destinada a sus ojos. Esa misma mañana se había cruzado con una Coiren Saeldain de mirada demente, chorreando sudor, con una Sabia y dos altos Aiel de escolta, y la espalda doblada bajo el peso de un enorme cesto lleno de arena mientras subía una cuesta. La víspera había sido Sarene Nemdhal; la habían puesto a pasar agua con las manos de un cubo a otro, urgiéndola para que se apresurara y luego dándole un varazo por cada gota que se le caía debido a las prisas. Sarene había robado un instante para preguntarle a Verin por qué, aunque no como si esperara una respuesta. Ni que decir tiene que Verin no había tenido tiempo de darle ninguna antes de que las Doncellas obligaran a Sarene a reanudar su inútil trabajo.

Reprimió un suspiro. Para empezar, no podía hacerle gracia que se diera ese trato a unas hermanas, cualquiera que fuere la razón, y en segundo lugar, era obvio que un gran número de Sabias quería... ¿Qué? ¿Que supiera que ser Aes Sedai allí no contaba para nada allí? Ridículo. Tal cosa se había dejado bien clara hacía días. ¿Quizás una advertencia de que en cualquier momento podían ponerle las ropas negras? Por el momento se creía a salvo de eso, al menos, pero las Sabias ocultaban muchos secretos que aún debía desentrañar, siendo el menos importante cómo funcionaba su jerarquía. Sí, el más pequeño sin duda y, sin embargo, de él dependían la vida y una piel intacta. Unas mujeres que daban órdenes a veces las recibían de las mismas a las que antes habían ordenado, y luego las cosas volvían a cambiar, todo ello sin guardar pautas ni razones que ella pudiese discernir. Sin embargo, nadie mandaba a Sorilea, y en eso radicaba la seguridad. Hasta cierto punto.

No pudo reprimir la sensación de satisfacción. Temprano, por la mañana, en el Palacio del Sol, Sorilea había exigido saber qué humillaba más a los habitantes de las tierras húmedas. Kiruna y las otras hermanas no lo entendieron; en realidad hacían todo lo posible para no ver lo que ocurría allí fuera, quizá por miedo a enfrentarse con la verdad y el conflicto que ello plantearía con el juramento prestado. Todavía se esforzaban por justificar haber emprendido el camino al que el destino las había conducido, pero Verin ya tenía motivos desde antes para tomar el que llevaba, y una meta. También tenía una lista en el bolsillo, preparada para entregársela a Sorilea cuando se hallaran a solas. No había necesidad de que las otras lo supieran. A algunas de las cautivas ni siquiera las conocía, pero creía que, en términos generales, aquella lista era un compendio de las debilidades que Sorilea buscaba. La vida se volvería mucho más difícil para las mujeres de negro. Y, con suerte, sus propios esfuerzos se verían recompensados.

Dos Aiel muy corpulentos, ambos con una anchura de hombros como el mango de un hacha, se hallaban sentados fuera de la tienda, aparentemente absortos en un juego de las cunitas, pero giraron las cabezas en el momento que la suya apareció por la solapa de entrada. Coram se incorporó como una serpiente desenroscándose, y Mendan esperó únicamente a guardar la cuerda con que jugaban. Si Verin hubiese estado erguida apenas les habría llegado al esternón, aunque, naturalmente, podría haberlos puesto boca abajo y azotarlos. Si se hubiese atrevido. De vez en cuando había sentido la tentación de hacerlo. Eran los guías que tenía asignados, su protección contra malos entendidos en el campamento. Y sin duda quienes informaban de todo lo que hacía o decía. Casi habría preferido tener a Tomás con ella, pero sólo casi. Ocultar secretos a un Guardián era mucho más difícil que ocultárselos a extraños.

—Por favor, avisa a Colinda que he acabado con Turanna Norill —le dijo a Coram—, y pídele que me envíe a Katerine Alruddin.

Quería ocuparse antes de las hermanas que no tenían Guardianes. El Aiel asintió antes de salir trotando sin pronunciar palabra. Esos Aiel no eran un dechado de educación.

Mendan se puso en cuclillas sin dejar de observarla con sus sorprendentes ojos azules.

Uno siempre se quedaba con ella, dijese lo que dijese. Una cinta roja con el antiguo símbolo Aes Sedai ceñía las sienes de Mendan. Al igual que las Doncellas y los otros hombres que lucían ese distintivo, parecía estar esperando a que incurriera en un error. Bien, pues, no eran los primeros y ni con mucho los más peligrosos. Habían pasado setenta y un años desde que cometió uno grave.

Dedicó a Mendan una sonrisa deliberadamente vaga y empezó a retirarse al interior de la tienda, pero entonces algo atrajo su atención y se quedó como clavada en el suelo. Si en ese momento el Aiel hubiese intentado cortarle el cuello, seguramente no se habría percatado.

A corta distancia de donde se hallaba, asomada a la boca de la tienda, nueve o diez mujeres, arrodilladas en fila, hacían girar las muelas de molinos manuales, muy semejantes a los que se utilizaban en granjas aisladas. Otras mujeres traían grano en cestos y se llevaban la tosca harina. Las nueve o diez mujeres arrodilladas vestían faldas oscuras y blusas claras, con pañuelos doblados atados a las sienes para sujetarse el cabello. Una, notablemente más baja que las demás, la única cuyo cabello no le llegaba hasta la cintura o más abajo ni lucía un solo brazalete o collar, alzó la vista y, cuando se encontró con los ojos de Verin, el resentimiento se plasmó en su cara enrojecida por el sol. Sin embargo, sólo duró un instante antes de que se encogiera y reanudara su trabajo con premura.

Verin retrocedió bruscamente al interior de la tienda, con el estómago contraído por las náuseas. Irgain era del Ajah Verde. O, mejor dicho, había sido una Verde, antes de que Rand al'Thor la neutralizara. Ser escudada embotaba y hacía impreciso el vínculo con el Guardián, pero ser neutralizada lo rompía definitivamente como la muerte. Al parecer, uno de los dos Gaidin de Irgain se había desplomado muerto por la impresión, y el otro había intentado matar a miles de Aiel sin hacer el menor esfuerzo por escapar. Seguramente Irgain deseaba haber muerto también. Neutralizada. Verin se apretó el estómago con las manos; no vomitaría. Había visto cosas peores que una mujer neutralizada. Mucho peores.

—No hay esperanza, ¿verdad? —musitó Turanna con voz pastosa. Lloraba en silencio, con los ojos fijos en la copa de plata que sostenía en las manos temblorosas, como si contemplase algo lejano y espantoso—. Ninguna esperanza.

—Siempre hay una salida si se busca —adujo Verin, palmeando el hombro de la otra mujer con gesto absorto—. Siempre hay que buscarla.

Sus pensamientos pasaron veloces por su mente, ninguno de ellos relacionado con Turanna. La Luz sabía que la neutralización de Irgain hacía que sintiera el estómago lleno de grasa rancia, pero ¿qué hacía esa mujer moliendo grano? ¡Y vestida como las Aiel! ¿La habrían puesto a trabajar allí sólo para que ella la viera? Una pregunta absurda; aun con un *ta'veren* tan fuerte como Rand al'Thor a unos pocos kilómetros de distancia, sólo podía admitir el número de coincidencias hasta cierto punto. ¿Habría calculado mal? En el peor de los casos, no sería un error importante. Sólo que a veces los errores pequeños resultaban tan letales como los grandes. ¿Cuánto resistiría si Sorilea decidía doblegarla? Sospechaba que un lapso de tiempo deplorablemente corto. En ciertos aspectos, Sorilea era la persona más dura que había visto en su vida. Y nada de lo que dijera podría impedirlo. En fin, ésa era una preocupación para otro momento; no tenía sentido adelantarse a los acontecimientos.

Se arrodilló e intentó consolar a Turanna, bien que no se esforzó demasiado. Las palabras de sosiego sonaban tan hueras a sus oídos como a los de Turanna, a juzgar por el desaliento reflejado en los ojos de la mujer. Nadie podía cambiar las circunstancias de Turanna salvo ella misma, y eso tenía que brotar de su interior. El llanto de la hermana Blanca se recrudeció, en silencio y sacudiendo sus hombros mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. La entrada de dos Sabias y un par de jóvenes guerreros Aiel, los cuales no podían erguirse del todo dentro de la tienda, fue casi un alivio, al menos para Verin. La Aes Sedai se incorporó e hizo una ligera reverencia, pero ninguna de las Sabias tenía el menor interés en ella.

Daviena era una mujer de ojos verdes y cabello rubio; Losaine tenía los ojos grises y el cabello oscuro, en el que sólo se veían reflejos rojizos a la luz del sol. Verin apenas les llegaba al hombro, y ambas exhibían la expresión de quien tiene una tarea desagradable que

preferiría que hicieran otros. Ni una ni otra podía encauzar con bastante fuerza para tener la certeza de retener escudada a Turanna sin ayuda, pero estaban coaligadas como si hubiesen hecho tal cosa toda su vida, de manera que el brillo del *Saidar* de una de ella parecía fundirse con el que rodeaba a la otra a pesar de encontrarse separadas. ¿Dónde habían aprendido a hacerlo? Verin habría apostado todo cuanto poseía a que lo ignoraban hasta hacía unos pocos días.

Entonces todo discurrió rápida y fácilmente. Cuando los hombres se agacharon y levantaron a Turanna por los brazos, la mujer dejó caer la copa de plata; vacía, por suerte para ella. No se resistió, y mejor que fuera así ya que cualquiera de los guerreros habría podido llevarla bajo un brazo como un saco de grano, pero su boca estaba abierta y emitía lamentos inarticulados. Los Aiel no le hicieron caso. Daviena, al mando de la coligación, se hizo cargo del escudo, y Verin soltó la Fuente. Ninguna confiaba lo bastante en ella para permitir que asiera el *Saidar* sin un motivo justificado, por muchos juramentos que hubiese prestado. Tampoco ninguna de ellas dio señal de haberlo advertido, pero sin duda sí lo habrían notado si Verin no hubiese cortado el contacto con el Poder. Los hombres sacaron a Turanna, cuyos pies descalzos se arrastraban sobre las alfombras que cubrían el piso de la tienda, y las Sabias salieron a continuación. Y eso fue todo. Lo que podía hacerse con Turanna, hecho estaba.

Verin soltó un hondo suspiro y se reclinó sobre uno de los cojines con borlas. Cerca de ella había una bandeja sobre el suelo, un delicado trabajo de esparto tejido. Llenó una de las copas de plata con agua de la jarra de peltre y la apuró de un trago. Ese trabajo daba mucha sed; y era agotador. Aún quedaban horas de luz, pero Verin se sentía como si hubiese caminado treinta kilómetros con un pesado arcón cargado a la espalda. Puso de nuevo la copa en la bandeja y sacó la pequeña libreta encuadernada en cuero que llevaba debajo del cinturón. Siempre tardaban un poco en ir a buscar a las que mandaba traer. No estaría de más aprovechar esos momentos para repasar sus notas y apuntar otras nuevas.

No era necesario hacer anotaciones sobre las cautivas, pero la inesperada aparición de Cadsuane Melaidhrin tres días antes era motivo de preocupación. ¿Qué se traía Cadsuane entre manos? Las compañeras de la mujer podían descartarse, pero ella era una leyenda, e incluso las partes verosímiles de esa leyenda la hacían realmente peligrosa. Peligrosa e imprevisible. Verin cogió una pluma de una pequeña escribanía que siempre llevaba consigo y la acercó al tintero metido en su funda. Entonces otra Sabia entró en la tienda.

La Aes Sedai se puso de pie con tanta precipitación que dejó caer la libreta. Aerin no podía encauzar en absoluto, pero Verin hizo una reverencia más pronunciada a la mujer canosa que la que había dedicado antes a Daviena y a Losaine. Aprovechando que estaba inclinada, soltó la falda recogida y alargó la mano hacia la libreta, pero los dedos de Aerin la cogieron antes. Verin se irguió y observó sosegadamente a la mujer más alta mientras ésta hojeaba el cuadernillo. Los azules ojos, gélidos como un cielo invernal, buscaron los suyos.

—Algunos dibujos bonitos y un montón de notas sobre plantas y flores —comentó fríamente Aerin—. No veo nada relacionado con las preguntas que se te dijo que hicieras. —Entregó la libreta con brusquedad a Verin.

—Gracias, Sabia —dijo sumisamente la Aes Sedai mientras guardaba a buen recaudo el cuadernillo, debajo del cinturón. Incluso añadió otra reverencia por si acaso, tan pronunciada como la anterior—. Tengo la costumbre de anotar lo que veo. —Algún día tendría que escribir la clave que utilizaba en sus libretas; el trabajo de toda una vida llenaba armarios y arcones en sus aposentos, situados encima de la biblioteca de la Torre Blanca. Sí, algún día lo haría, pero esperaba que no fuera pronto—. En cuanto a las... eh... prisioneras, hasta ahora todas han dicho variantes de lo mismo. El *Car'a'carn* tenía que ser albergado en la Torre hasta la Última Batalla. Su... eh... los malos tratos empezaron a raíz de un intento de huida. Estoy segura de que descubriré algo más.

Todo ello cierto, aunque no toda la verdad; había visto morir a demasiadas hermanas para arriesgarse a enviar a otras a la tumba sin una razón muy buena. El problema era decidir qué podría dar lugar a correr tal riesgo. La forma en que el joven al'Thor había sido raptado, por una embajada que supuestamente había ido a tratar con él, encolerizaba a los Aiel hasta el

punto de querer matar y, sin embargo, lo que ella llamaba «malos tratos» apenas los irritaba, por lo que Verin sabía.

Los brazaletes de oro y marfil tintinearon suavemente al ajustarse el chal Aerin. La miró fijamente desde arriba, como si intentase leerle los pensamientos. Aerin parecía ocupar una posición alta entre las Sabias, y aunque Verin había visto alguna que otra vez una sonrisa en aquel rostro tostado por el sol, una sonrisa afectuosa y fácil, jamás estuvo dirigida a una Aes Sedai. «Jamás imaginamos que *vosotras* seríais quienes faltaríais a vuestras obligaciones —había sido el comentario ambiguo que le hizo a Verin; en el siguiente, sin embargo, no hubo lugar a confusión—. Las Aes Sedai no tienen honor. Dame un motivo para que sospeche de ti, por pequeño que sea, y te azotaré con una correa hasta que no puedas sostenerte de pie. Dame dos, y te dejaré atada a las estacas para alimento de buitres y hormigas.» Verin parpadeó ante la Sabia, procurando parecer sincera. Y humilde; no debía olvidar mostrarse humilde. Y dócil y sumisa. No tenía miedo. En ciertos momentos a lo largo de su vida había afrontado miradas más duras de mujeres —y de hombres— que ni siquiera tenían ese mínimo reparo de Aerin en acabar con su vida. Empero, había dedicado un gran esfuerzo en conseguir que le encargaran a ella hacer esas preguntas y no podía permitirse el lujo de echarlo a perder ahora. Ojalá los rostros de esas Aiel dejaran traslucir algo más.

De pronto cayó en la cuenta de que no se encontraban solas en la tienda. Dos Doncellas rubísimas habían entrado con una mujer vestida de negro, un palmo más baja que ellas, a la que casi tenían que sostener en pie. A un lado se hallaba Tialin, una desgarbada pelirroja que exhibía un gesto hosco tras el brillo del *Saidar*; y que era la encargada de tener escudada a la prisionera. El cabello de la hermana caía sobre sus hombros, empapado de sudor, y tenía algunos mechones pegados a la cara, la cual estaba tan manchada de polvo que Verin no la reconoció al principio. Pómulos altos, pero no en exceso, nariz un poco ganchuda y los ojos castaños ligeramente rasgados. Beldeine. Beldeine Nyram. Verin le había dado algunas clases cuando era novicia.

—Si se me permite preguntar —empezó con cuidado—, ¿por qué la habéis traído? No es quien pedí.

Beldeine no tenía Guardián a pesar de ser una Verde —había ascendido al chal apenas hacía tres años, y a menudo las Verdes se mostraban muy puntillosas a la hora de escoger a su primer Gaidin—, pero si empezaban a llevarle las que escogiesen ellas, la próxima podría tener dos o tres Guardianes. Verin creía que podía encargarse de otras dos más ese día, pero no si esas mujeres tenían incluso un único Guardián. Y dudaba que las Aiel le dieran una segunda oportunidad con cualquiera de ellas.

—Katerine Alruddin huyó anoche —informó Tialin, casi escupiendo las palabras.

—¿Dejasteis que escapara? —soltó Verin sin pensar, dando un respingo. El cansancio no servía de excusa, pero las palabras le salieron de la boca antes de que pudiese retenerlas—. ¿Cómo pudisteis ser tan necias? ¡Es una Roja! ¡Y no es cobarde ni débil en el Poder! ¡El *Car'a'carn* podría correr peligro! ¿Por qué no se nos informó en cuanto ocurrió?

—Porque no lo supimos hasta esta mañana —gruñó una de las Doncellas, cuyos ojos semejaban zafiros—. Una Sabia y dos *Cor Darei* fueron envenenados, y el *gai'shain* que les llevaba de beber apareció degollado esta mañana.

Aerin miró fríamente a la Doncella, enarcando una ceja.

—¿Acaso te ha preguntado a ti, Carahuin?

De inmediato las dos Doncellas se enfrascaron en la tarea de mantener de pie a Beldeine. Aerin se limitó a volver la vista hacia Tialin, pero la Sabia pelirroja bajó la mirada. Verin fue la siguiente destinataria de su atención.

—Tu preocupación por Rand al'Thor te... honra —manifestó Aerin de mala gana—. Se velará por su seguridad. Es cuanto necesitas saber, y no es poco. —De repente su voz se endureció—. Pero las aprendizas no utilizan ese tono con las Sabias, Verin Mathwin *Aes Sedai.* —Las dos últimas palabras las pronunció con desdén.

Verin reprimió un suspiro y no pudo evitar hacer otra profunda reverencia mientras una parte de sí misma deseaba ser tan delgada como cuando pisó por primera vez la Torre Blanca.

Librodot

Sus hechuras no eran las más adecuadas para tanta inclinación y tanta venia.

—Perdonadme, Sabia —musitó sumisamente. ¡Huida! Las circunstancias lo dejaban todo claro, al menos para ella, si no para los Aiel—. La aprensión debe de haberme ofuscado. —Lástima que no hubiese un modo de asegurarse de que Katerine sufriera un accidente fatal—. Haré todo lo posible para recordarlo en el futuro. —Ni siquiera un pestañeo denotó que Aerin aceptaba sus excusas—. ¿Puedo hacerme cargo de su escudo, Sabia?

Aerin asintió sin mirar a Tialin, y Verin abrazó la Fuente de inmediato, tomando el escudo que Tialin había soltado. No dejaba de sorprenderle que mujeres incapaces de encauzar dieran órdenes a otras que sí podían hacerlo. Tialin no era mucho más débil que ella en el Poder y, sin embargo, trataba a Aerin casi con tanta cautela como las dos Doncellas, y cuando éstas salieron apresuradamente de la tienda, obedeciendo a un ademán de Aerin y dejando a Beldeine tambaleándose donde estaba de pie, Tialin las siguió.

Aerin, sin embargo, no se marchó de inmediato.

—No hablarás al *Car'a'carn* de Katerine Alruddin —dijo—. Ya tiene demasiadas cosas en que pensar para que también se preocupe por nimiedades.

—No le diré nada sobre ella —se apresuró a aceptar Verin. ¿Nimiedades? Una Roja con la fuerza de Katerine no era una nimiedad. Quizás una nota. Era un asunto para meditarlo más detenidamente.

—Asegúrate de mantener la boca cerrada, Verin Mathwin, o la utilizarás para gritar.

No había nada que decir a ese último comentario, así que la Aes Sedai se concentró en mostrar humildad y docilidad e hizo otra reverencia. Las rodillas empezaban a crujirle.

Una vez que Aerin se hubo marchado, Verin se permitió soltar un suspiro de alivio. Había temido que la Sabia tuviera intención de quedarse. Conseguir permiso para estar a solas con las prisioneras había exigido casi tanto esfuerzo como lograr que Sorilea y Amys decidiesen que tenían que ser interrogadas y por alguien familiarizado con la Torre Blanca. Si alguna vez descubrían que las había encaminado hacia esa decisión... En fin, una cosa más de la que preocuparse en otro momento; se le estaban amontonando, al parecer.

—Hay agua suficiente para que te laves la cara y las manos, al menos —dijo suavemente a Beldeine—. Y si quieres, te Curaré.

Todas las hermanas con las que se había entrevistado tenían unos cuantos verdugones en el mejor de los casos. Los Aiel no golpeaban a los prisioneros salvo por derramar agua o eludir una tarea —las palabras de desafío más altaneras eran recibidas, si acaso, con risas desdeñosas— pero a las mujeres de negro se las trataba como animales: un toque con la vara para que echaran a andar o para que giraran o se pararan, y un golpe más fuerte si no obedecían con la suficiente rapidez. Además, la Curación hacía más fáciles otras cosas.

Sudorosa, polvorienta, tambaleándose como un junco mecido por el viento, Beldeine apretó los labios.

—¡Antes prefiero morir desangrada a que me cures tú! —barbotó—. ¡Quizá debería haber esperado verte arrastrándote ante estas espontáneas, estas salvajes, pero jamás pensé que caerías tan bajo como para revelar secretos de la Torre! ¡Eso se equipara a la traición, Verin! ¡A la rebelión! —gruñó con desprecio—. ¡Supongo que si tal cosa no te ha asustado, estarás dispuesta a cualquier cosa! ¿Qué más les habéis enseñado tú y las otras, además de coligarse?

Verin chasqueó la lengua con irritación, sin molestarse en poner en su sitio a la mujer más joven. El cuello le dolía de tener que mirar hacia arriba a las Aiel —de hecho, incluso Beldeine era un palmo más alta que ella—, tenía machacadas las rodillas de tanto hacer reverencias, y demasiadas mujeres que deberían haber sabido a qué atenerse la habían tratado con ciego desprecio y absurdo orgullo en ese día. ¿Quién mejor que una Aes Sedai para entender que una hermana tenía que mostrar muchas caras distintas al mundo? No se podía ir intimidando a la gente siempre ni coaccionándola. Además, era mucho mejor actuar como una novicia que ser castigada como tal, sobre todo cuando sólo reportaba dolor y humillación. Hasta Kiruna tuvo que ver la sensatez de tal comportamiento.

—Siéntate antes de que te desplomes —dijo, siguiendo su propio consejo—. Deja que

adivine en qué te han tenido ocupada hoy. A juzgar por todo ese polvo, diría que cavando un agujero. Con las manos. ¿O te permitieron utilizar una cuchara? Cuando decidan que lo has terminado, harán que vuelvas a llenarlo, ¿sabes? Bien, seguiré deduciendo. Todas las partes de tu cuerpo que hay a la vista están mugrientas, pero no esa ropa negra que llevas, así que supongo que te han hecho cavar en cueros. ¿De verdad no quieres que te cure? Las quemaduras del sol pueden ser muy dolorosas. —Llenó otra copa de agua y la desplazó a través de la tienda con un flujo de Aire hasta situarla delante de Beldeine—. Debes de tener seca la garganta.

La joven Verde contempló la copa un instante y luego, bruscamente, las piernas le fallaron y cayó sobre un cojín al tiempo que soltaba una risa amarga.

—Me... «dan de beber» con frecuencia. —Volvió a reírse, aunque Verin no veía la gracia—. Tanto como quiera, siempre y cuando pueda tragarme toda el agua. —Observó a Verin con expresión enfadada mientras hacía una pausa y luego prosiguió en voz tensa—. Ese vestido te queda muy bien. Quemaron el mío; las vi hacerlo. Me arrebataron todo salvo esto. —Tocó el anillo dorado de la Gran Serpiente que llevaba en el índice de la mano izquierda, una banda brillante entre el polvo y la mugre—. Supongo que no tuvieron valor para llegar a eso. Sé lo que intentan hacer, Verin, y no funcionará. ¡Ni conmigo ni con ninguna de nosotras!

Todavía seguía con la guardia alzada. Verin dejó la copa en el suelo alfombrado, al lado de Beldeine, y luego cogió la suya y bebió un sorbo antes de hablar.

—¿De veras? ¿Y qué es lo que intentan hacer?

En esta ocasión, la risa de la otra mujer sonó crispada además de ronca.

—¡Doblegarnos, quebrantarnos, y tú lo sabes! Hacernos prestar juramento a al'Thor, como lo hiciste tú. Oh, Verin, ¿cómo pudiste? ¡Jurar fidelidad! ¡Y, lo que es peor, a un *hombre*, a *él*! Aunque fueses capaz de rebelarte contra la Sede Amyrlin, contra la Torre Blanca... —El modo en que dijo aquello hizo que pareciera casi la misma cosa—. ¿Cómo pudiste hacer algo así?

Por un instante Verin se preguntó si las cosas irían mejor si las mujeres entonces prisioneras en el campamento Aiel hubiesen sido atrapadas como le ocurrió a ella, una astilla en el torbellino de los giros *ta'veren* de Rand al'Thor, las palabras saliendo de su boca antes de formarse en su cerebro. No palabras que jamás habría pronunciado en contra de su propia voluntad —así no era como funcionaba la influencia *ta'veren*— sino palabras que posiblemente habría dicho una vez entre mil bajo esas circunstancias, o una vez entre diez mil. No, las discusiones sobre si juramentos prestados de ese modo tenían que cumplirse habían sido largas y acaloradas, y los argumentos sobre cómo mantenerlos aún seguían. No, era mucho mejor que las cosas no fueran distintas. Con gesto ausente toqueteó una forma abultada que se marcaba dentro de su escarcela, un pequeño broche, una piedra translúcida tallada de manera que parecía un lirio con demasiados pétalos. Jamás lo llevaba puesto, pero lo había tenido a su alcance en todo momento durante casi cincuenta años.

—Eres *da'tsang*, Beldeine. Debes de haberlo oído. —No necesitaba el seco cabeceo de la otra mujer, ni explicar que la figura del ser abyecto era parte de la ley Aiel, como pronunciando sentencia. Eso lo sabía, aunque poco más—. Tus ropas y todo lo demás combustible se quemó porque ningún Aiel se quedaría con algo que antes perteneció a un *da'tsang.* El resto se cortó en trozos o se machacó, incluso las joyas que llevaras en ese momento, y luego se enterró en una fosa excavada para letrinas.

—¿Mi...? ¿Mi caballo...? —preguntó ansiosamente Beldeine.

—No mataron a los caballos, pero ignoro dónde está el tuyo. —Seguramente sirviendo de montura a alguien de la ciudad o tal vez se lo habrían regalado a los Asha'man. Decirle eso le haría más daño que bien. Verin creía recordar que Beldeine era una de esas jóvenes que sentían un profundo afecto por los caballos—. Te dejaron conservar el anillo para recordarte quién eras y así aumentar tu vergüenza. No sé si te dejarían jurar fidelidad a maese al'Thor aunque se lo suplicaras. Haría falta algo increíble por tu parte, creo.

—¡No lo haré! ¡Jamás!

Sin embargo, sus palabras sonaron huecas, y los hombros de la mujer se hundieron. Verin esbozó una sonrisa afectuosa. Un tipo le había dicho una vez que su sonrisa le hacía recordar a su querida madre. Esperaba que al menos en eso no hubiese mentido; poco después había intentado clavarle una daga en las costillas, y su sonrisa había sido lo último que vio en este mundo.

—No se me ocurre una razón para que lo hicieras. No, me temo que lo único que puedes esperar es un trabajo inútil. Para ellos, eso es degradante. La mayor vergüenza posible. Claro que si se dan cuenta de que tú no lo ves de ese modo... Mala cosa. Apostaría que no te gustó cavar sin llevar nada encima, aunque fueran Doncellas quienes te vigilaban, pero imagínate, por ejemplo, desnuda y de pie en una tienda llena de hombres. —Beldeine se encogió y Verin siguió parloteando; había desarrollado la cháchara casi hasta la categoría de un Talento—. Sólo te harán quedarte allí plantada, por supuesto. A los *da'tsang* no se les permite realizar ninguna tarea útil a menos que sea un caso de extrema necesidad, y un Aiel preferiría rodear con su brazo un cuerpo putrefacto antes que... Bueno, no es una idea muy agradable ¿verdad? En cualquier caso, eso es lo único que puedes esperar. Sé que resistirás todo el tiempo posible, aunque no estoy segura a qué tienes que resistirte. No intentarán sacarte información ni nada de lo que otra gente suele hacer con los prisioneros. Pero no te dejarán marchar, nunca, hasta que tengan la seguridad de que la vergüenza es tan profunda que ya no queda nada más dentro de ti. Aunque se tarde el resto de tu vida.

Los labios de Beldeine se movieron sin emitir sonido alguno, pero habría dado lo mismo si hubiese pronunciado las palabras. «El resto de mi vida.» Hizo un gesto de dolor cuando rebulló en el cojín, sin duda causado por las quemaduras del sol o los verdugones o simplemente la falta de costumbre de realizar un trabajo físico.

—Nos rescatarán —dijo finalmente—. La Amyrlin no nos dejará... Nos rescatarán o nos... ¡Nos rescatarán!

Beldeine cogió la copa de plata que tenía al lado, echó la cabeza hacia atrás y bebió hasta dejarla vacía; luego tendió la copa para pedir más. Verin hizo que la jarra flotara hasta la otra mujer para que se sirviera lo que quisiera.

—¿O escaparéis? —dijo, y las manos de Beldeine temblaron de manera que derramó agua por los bordes de la copa—. Oh, vamos. Tenéis tan pocas posibilidades de lograrlo como de que os rescaten. Os rodea un ejército Aiel. Y, por lo visto, al'Thor puede convocar a unos cuantos cientos de esos Asha'man en el momento que quiera para que os den caza. —La otra mujer se estremeció al oír esto último, y a Verin le faltó poco. Habría que haberle puesto fin a aquello tan pronto como empezó—. No, me temo que tendrás que salir adelante por ti misma, de algún modo. Afrontar las cosas como son. Estás muy sola en esto. Sé que no te dejan hablar con las otras. Sí, estás muy sola. —Verin suspiró. Beldeine la miraba con los ojos muy abiertos, como habría mirado a una víbora roja—. No es menester hacerlo más difícil de lo imprescindible. Déjame que te cure.

Apenas esperó al débil cabeceo de asentimiento de la joven para arrodillarse a su lado y ponerle las manos en la cabeza. Beldeine estaba casi tan preparada como podría estarlo. Abriéndose para absorber más *Saidar*, Verin tejió flujos de Curación; la Verde jadeó y se sacudió. La copa medio llena cayó de sus manos y uno de sus brazos tiró la jarra. Ahora sí estaba lista.

En los instantes de confusión que sobrevenían a cualquiera después de la Curación, mientras Beldeine todavía parpadeaba e intentaba recobrar el control, Verin se abrió más aún y lo hizo a través del *angreal* tallado en forma de flor que llevaba en la escarcela. No era un *angreal* muy poderoso, pero sí lo suficiente, y ella necesitaba hasta la última pizca de Poder que le proporcionaba para poder hacer lo que se proponía. Los flujos que empezó a tejer no se parecían en nada a los de la Curación. Predominaba la Energía, pero también había Viento, Agua, Fuego y Tierra, esta última con cierta dificultad para ella, e incluso las madejas de Energía tenían que ser divididas una y otra vez, tejerlas de manera tan intrincada como para dejar pasmado a un maestro tejedor de alfombras. En el caso de que una Sabia asomara la cabeza por la tienda, con un poco de suerte no poseería el raro Talento preciso para darse

cuenta de lo que estaba haciendo. Con todo, tendría problemas, quizá dolorosos de un modo u otro, pero arrostraría cualquier cosa salvo el descubrimiento de la verdad.

—¿Qué...? —empezó Beldeine, somnolienta. Si Verin no la hubiese tenido cogida, la cabeza se le habría inclinado flojamente, y tenía los párpados medio cerrados—. ¿Qué estás...? ¿Qué ocurre?

—Nada que te perjudique —contestó Verin en tono tranquilizador. La mujer podía morir al cabo de un año o de diez como resultado de aquello, pero el tejido en sí no le causaría daño—. Te lo prometo, es lo bastante seguro como para usarlo con un bebé. —Por supuesto, eso dependía de lo que se hiciese con ello.

Necesitaba situar los flujos en su sitio hilo por hilo, pero hablar parecía ayudarla más que entorpecerla. Además, un silencio demasiado prolongado podría levantar sospechas si sus guardianes estaban escuchando. Echaba frecuentes ojeadas a la entrada de la tienda. Quería obtener ciertas respuestas que no tenía intención de compartir; respuestas que ninguna de las mujeres a las que interrogaba le darían de buen grado aunque las supieran. Uno de los menores efectos de ese tejido era soltar la lengua y abrir la mente tan bien como lo haría cualquier hierba, y además se producía rápidamente.

—El chico al'Thor parece creer que tiene partidarias de alguna clase dentro de la Torre Blanca, Beldeine —prosiguió bajando el tono casi a un susurro—. En secreto, naturalmente; no puede ser de otro modo. —Incluso un hombre con el oído pegado a la lona de la tienda sólo percibiría que hablaban, pero no de qué—. Cuéntame todo lo que sepas de ellas.

—¿Partidarias? —murmuró Beldeine, intentando fruncir el entrecejo lo que aparentemente quedaba fuera de sus posibilidades. Rebulló, aunque de un modo débil, falto de coordinación—. ¿Suyas? ¿Entre las hermanas? Imposible. Con excepción de vosotras, las que... ¿Cómo pudiste hacerlo, Verin? ¿Por qué no te resististe?

Verin chasqueó la lengua, irritada. No por la absurda sugerencia de que hubiera podido oponerse a un *ta'veren.* El chico parecía tan seguro. ¿Por qué? Mantuvo el tono bajo.

—¿No sospechas de nadie, Beldeine? ¿No has oído rumores antes de salir de Tar Valon? ¿Ningún chisme? Cuenta.

—Ninguno. ¿Quién podría...? Nadie lo haría... Cuánto admiraba a Kiruna. —Había un atisbo de pena en la voz adormilada de Beldeine, y las lágrimas que corrieron por sus mejillas abrieron surcos en el polvo. Sólo el apoyo de las manos de Verin la sostenían sentada.

Verin siguió colocando los hilos de su tejido, desviando los ojos de su trabajo para echar rápidos vistazos a la entrada de la tienda antes de proseguir. Se sentía un poco sudorosa. Sorilea podría decidir que necesitaba ayuda en el interrogatorio; quizá podría traer consigo a una de las hermanas del Palacio del Sol. Si alguna hermana descubría esto, la posibilidad de ser neutralizada era muy real.

—Así que ibais a llevarlo ante Elaida, con ropas muy limpias y bien afeitado —dijo en un tono un poco más alto. El silencio se había prolongado demasiado. No quería que los dos Aiel apostados fuera informaran que había hablado en susurros con la prisionera.

—No pude... oponerme... a la decisión de Galina. Estaba al mando por... orden de la Amyrlin. —Beldeine rebulló de nuevo, débilmente. Su voz seguía sonando adormilada, pero adquirió un timbre agitado—. Había que... enseñarle... a obedecer ¡Había que hacerlo! Pero no debió tratárselo... tan duramente. Como lo de... someterlo... a interrogatorio. Un error.

Verin resopló. ¿Un error? Más bien un desastre. Desde el principio. Ahora ese hombre miraba a cualquier Aes Sedai casi del mismo modo que lo hacía Aerin. ¿Y si hubiesen tenido éxito en llevarlo a Tar Valon? ¿Un *ta'veren* como Rand al'Thor metido en la Torre Blanca? La idea bastaba para hacer temblar hasta las piedras. Cualquiera que hubiese sido el resultado, la palabra «desastre» era demasiado suave para calificarlo. El precio pagado en los pozos de Dumai había sido pequeño a cambio de evitar tal cosa.

Siguió haciendo preguntas en un tono claramente audible para cualquiera que escuchara fuera. Preguntas a las que ya tenía respuestas y evitando aquellas demasiado peligrosas para ser respondidas. Apenas si prestó atención a las palabras que salían de su boca ni a las contestaciones de Beldeine. Se concentró en el tejido que realizaba.

A lo largo de los años muchísimas cosas habían captado su interés, algunas de las cuales no eran totalmente aprobadas por la Torre. La gran mayoría de las espontáneas que llegaron a Tar Valon para ser entrenadas —tanto las verdaderas espontáneas, que realmente habían empezado a aprender por sí mismas, como chicas que sólo habían empezado a tocar la Fuente porque la chispa innata en ellas había prendido *motu proprio*; para algunas hermanas no había diferencia en realidad—, casi todas esas espontáneas habían desarrollado al menos un truco propio, y dichos trucos, las más de las veces, entraban en uno de dos epígrafes: un modo de escuchar a escondidas las conversaciones de otras personas o un modo de inducir a la gente a hacer lo que querían.

Con respecto al primero, a la Torre no le preocupaba demasiado. Incluso una espontánea que había adquirido un control considerable por sí misma, enseguida aprendía que mientras llevara el blanco de las novicias ni siquiera podía tocar el *Saidar* sin la supervisión de una hermana o una Aceptada. Eso limitaba drásticamente el escuchar conversaciones a escondidas. El otro truco, sin embargo, se semejaba demasiado a la prohibida Compulsión. Oh, sí, no era más que un modo de conseguir que padre te comprara un vestido o una baratija que en realidad no deseaba adquirir, o que madre diese su aprobación a un joven al que en circunstancias normales habría rechazado. Cosas por el estilo, pero la Torre erradicaba ese truco con la mayor eficacia. Muchas de las jovencitas y mujeres con las que Verin había hablado a lo largo de los años eran incapaces de formar los tejidos, y mucho menos de utilizarlos, y a menudo ni siquiera podían recordar cómo. Uniendo como piezas de un rompecabezas pequeños fragmentos de aquí y de allí y vestigios de soterrados tejidos creados por chicas faltas de entrenamiento para propósitos muy limitados, Verin había reconstruido algo prohibido por la Torre desde su fundación. Al principio había sido simple curiosidad por su parte. «La curiosidad —pensó despreocupadamente, sin dejar de trabajar en el tejido con Beldeine— me ha hecho meterme en más de un berenjenal.» La utilidad venía después.

—Supongo que Elaida se proponía tenerlo abajo, en las celdas abiertas —comentó en tono coloquial. Las celdas con muros de barrotes se destinaban a los varones capaces de encauzar y a las iniciadas de la Torre sometidas a arresto, espontáneas que se habían hecho pasar por Aes Sedai, y cualquier otra persona a la que hubiera que tener confinada y aislada de la Fuente—. No es un lugar cómodo ni agradable para el Dragón Renacido. Sin la menor intimidad. ¿Crees que es el Dragón Renacido, Beldeine? —En esta ocasión sí prestó atención a la respuesta.

—Sí. —La palabra sonó sibilante, y Beldeine giró los ojos atemorizados hacia Verin—. Sí... pero hay que... mantenerlo a salvo. Hay que... mantener al mundo... a salvo de él.

Interesante. Todas habían dicho que se tenía que mantener al mundo a salvo de él; lo interesante era que varias también habían manifestado que había que mantenerlo a salvo a él. La sorprendió que lo dijeran algunas en particular.

A sus ojos, el tejido que había hecho semejaba una maraña de hilos, brillantes y translúcidos, dispuestos caprichosamente alrededor de la cabeza de Beldeine, con cuatro filamentos de Energía sobresaliendo del enredo. Tiró de dos de ellos, situados uno enfrente del otro, y la maraña se desmoronó ligeramente, hacia adentro, hasta algo rayano al orden. Los ojos del Beldeine se abrieron de golpe, con la mirada perdida en el vacío.

En voz firme y queda Verin le dio instrucciones. Más parecían sugerencias, aunque las formuló como órdenes. Beldeine tendría que encontrar razones dentro de sí misma para obedecer; si no ocurría así, entonces todo ese trabajo habría sido un esfuerzo inútil.

Al tiempo que pronunciaba las últimas palabras, Verin tiró de los otros dos filamentos de Energía y la maraña se desmoronó un poco más. Esta vez, sin embargo, lo hizo en lo que parecía un orden perfecto, un trazado más preciso, más complicado que el encaje más complejo, y completo, atado por la misma maniobra que había iniciado su plegamiento. Y continuó hundiéndose sobre sí mismo, sobre la cabeza de Beldeine. Los hilos débilmente brillantes penetraron en la mujer hasta desaparecer. Los ojos de la Verde se giraron hasta ponerse en blanco, sus miembros se agitaron de manera espasmódica y toda ella se sacudió. Verin la sujetó lo mejor posible, pero aun así la cabeza de Beldeine se zarandeó de un lado a

otro por las convulsiones mientras los talones desnudos golpeaban contra las alfombras. Muy pronto sólo un Ahondamiento minucioso descubriría que se le había hecho algo, y ni siquiera eso identificaría el tejido. Verin había hecho la prueba, y si había algo en lo que nadie la superaba era en el Ahondamiento.

Ni que decir tiene que aquello no era realmente Compulsión tal como se describía en los textos antiguos. El tejido debía realizarse con desesperante lentitud, teniendo en cuenta que había que improvisar según las circunstancias concurrentes, y había una razón para ello. Ayudaba mucho si la persona objeto del tejido se hallaba emocionalmente vulnerable, pero la confianza era absolutamente esencial. Incluso si se pillaba desprevenido a alguien, no funcionaba si se sentía receloso. Tal circunstancia reducía su eficacia en los hombres de manera considerable, y eran muy pocos los varones que no recelaban de las Aes Sedai.

Aparte de la desconfianza, por desgracia los hombres no eran buenos sujetos para esa maniobra, y Verin no entendía el motivo. La mayoría de los trucos desarrollados por aquellas chicas habían sido pensados para sus padres u otros varones. Cualquier personalidad fuerte podría empezar por cuestionarse sus propios actos —o incluso olvidarse de ellos— pero, en igualdad de condiciones, los hombres deberían ser mucho más propensos. Muchísimo más. Quizá también fuera por la desconfianza. Vaya, pero si hasta en una ocasión un hombre había recordado los flujos tejidos en él, pero no las instrucciones que le había dado. ¡Y qué de problemas le ocasionó aquello! No volvería a correr tal riesgo.

Por fin las convulsiones que sacudían a Beldeine perdieron fuerza y cesaron. La joven se llevó una de las sucias manos a la cabeza.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Me he desmayado?

El olvido era otro punto positivo en el tejido, y lógico. Después de todo, padre no debía recordar que de algún modo habías hecho que te comprase aquel vestido tan caro.

—El calor es intenso —respondió Verin mientras la ayudaba a sentarse erguida—. Yo misma me he sentido mareada un par de veces hoy. —Por cansancio, no debido al calor. Encauzar tanto *Saidar* dejaba sin fuerza, sobre todo si se hacía cuatro veces en una misma jornada, como era su caso. El *angreal* no paliaba los efectos una vez que se dejaba de utilizarlo. Tampoco le habrían ido mal unas manos que la sostuviesen—. Creo que ya es suficiente. Si sufres desmayos, a lo mejor encuentran alguna otra tarea para ti que no sea al sol.

La perspectiva no pareció animar en absoluto a Beldeine. Mientras se frotaba los riñones, Verin asomó la cabeza por la entrada de la tienda. Coram y Mendan interrumpieron de nuevo su juego de las cunitas; aparentemente ninguno de ellos había estado escuchando, pero la Aes Sedai no habría apostado su vida. Les dijo que había terminado con Beldeine y, tras pensarlo un instante, añadió que necesitaba otra jarra de agua ya que Beldeine la había tirado. Los semblantes curtidos de ambos hombres se ensombrecieron. Informarían de ello a la Sabia que fuese a recoger a la joven Aes Sedai; sería un punto más para ayudarla a tomar una decisión.

Al sol le quedaba todavía un buen trecho para llegar al horizonte, pero el dolor de espalda avisó a Verin de que era hora de dejarlo por ese día. Aún podría ocuparse de otra hermana, pero, si lo hacía, a la mañana siguiente le dolería hasta el último músculo de su cuerpo. Su mirada se detuvo en Irgain, quien ahora se encontraba con las mujeres que acarreaban cestos hasta los molinos manuales. Verin se preguntó qué rumbo habría tomado su vida de no tener tanta curiosidad. Para empezar, se habría casado con Eadwin y se habría quedado en Far Madding en lugar de ir a la Torre Blanca. En segundo lugar, a estas alturas llevaría muerta mucho tiempo, así como los hijos que hubiese tenido y también sus nietos. Con un suspiro se volvió hacia Coram.

—Cuando Mendan vuelva, ¿querrás decirle a Colinda que me gustaría ver a Irgain Fatamed?

El dolor de músculos al día siguiente sería un castigo leve porque Beldeine pagase las consecuencias de haber derramado el agua, pero no era ésa la razón de que lo hubiese hecho, ni siquiera su curiosidad, a decir verdad. Tenía una tarea que realizar. De algún modo debía

mantener vivo al joven al'Thor hasta que le llegase el momento de morir.

La estancia podría haberse encontrado en un lujoso palacio, salvo por que no tenía puertas ni ventanas. La lumbre de una chimenea de mármol dorado no daba calor, y las llamas no consumían los troncos. Al hombre sentado ante una mesa de patas doradas, situada en el centro de una alfombra de seda tejida con brillantes hilos de oro y de plata, le importaba poco el boato de la Era actual; su función era impresionar, simplemente. A decir verdad, su mera presencia habría bastado para intimidar hasta la altivez más envarada. Se hacía llamar Moridin, y a buen seguro no había existido nadie con más derecho que él a autodenominarse Muerte.

De vez en cuando acariciaba con gesto ausente las dos trampas mentales que llevaba colgadas al cuello con unos sencillos cordones de plata. Su tacto hizo que el cristal rojo sangre de las *cour'souvras* trepidara, los remolinos agitándose en profundidades infinitas, como el latido de un corazón. Su atención estaba enfocada realmente en un juego dispuesto sobre la mesa, con treinta y tres piezas rojas y otras tantas verdes distribuidas sobre un tablero de trece casillas por trece; la recreación de las primeras etapas de un famoso juego. La pieza más importante, el Pescador, en blanco y negro como el tablero, seguía esperando en su lugar, el cuadrado central. El *sha'rah* era un juego complejo, que databa de antes de la Guerra del Poder. *Sha'rah*, *tcheran* y *no'ri* —al juego lo llamaban ahora «guijas» simplemente o incluso «damas»— y cada variante tenía sus adeptos, los cuales afirmaban que abarcaba todas las sutilezas de la vida, pero Moridin siempre había preferido el *sha'rah*, en el que había sido un maestro. Únicamente había nueve personas vivas que recordaban ese juego, mucho más complicado que el *tcheran* o el *no'ri.* El primer objetivo era capturar al Pescador; sólo entonces empezaba realmente la partida.

Se acercó un criado vestido totalmente de blanco, un joven delgado y garboso, increíblemente atractivo, que se inclinó mientras le ofrecía una copa de cristal que llevaba en una bandeja de plata. Sonrió, pero el gesto no se reflejó en sus ojos negros, que, más que muertos, estaban vacíos, inánimes. Cualquiera se habría sentido incómodo bajo aquella mirada, pero Moridin se limitó a coger la copa y despidió con un gesto al sirviente. Los viticultores producían algunos caldos excelentes. Sin embargo, no bebió.

El Pescador retenía su atención, irresistible como un cebo. Varias piezas tenían movimientos variables, pero sólo los atributos del Pescador cambiaban según su posición; en una casilla blanca, era débil en ataque pero ágil y veloz en la huida; en una negra, era fuerte en ataque, aunque lento y vulnerable. Cuando jugaban maestros, el Pescador cambiaba de bando muchas veces antes del final de la partida. Cualquier pieza podía amenazar la línea de meta verde y la roja que rodeaba la superficie de juego del tablero, pero sólo el Pescador podía entrar en ella, si bien hacerlo no significaba que estuviese a salvo ni siquiera allí; el Pescador nunca lo estaba. Cuando el Pescador era de un jugador, éste intentaba moverlo a una casilla de su color, detrás del extremo de su oponente en el tablero. Era la victoria; de la manera fácil, ya que no la única. Cualquier posición a lo largo de la línea de meta serviría; tener al Pescador resultaba peligroso las más de las veces. Naturalmente había un tercer camino a la victoria en el *sha'rah* si uno lo tomaba antes de ser atrapado. El juego siempre degeneraba en una sangrienta refriega, y la victoria llegaba únicamente con la aniquilación total del adversario. Había intentado esa variante una vez, llevado por la desesperación, pero la tentativa había fracasado. Dolorosamente.

La ira rugió en la mente de Moridin, y un torbellino de puntos negros pasó por sus ojos al asir el Poder Verdadero. El éxtasis que equiparaba al dolor hinchió arrolladoramente su cuerpo. Su mano se cerró sobre las dos trampas mentales, y el Poder Verdadero rodeó al Pescador y lo alzó en el aire, a punto de reducirlo a polvo y el polvo a la nada. La copa se hizo añicos en su mano. Los dedos de la otra casi aplastaron las *cour'souvras.* Los *saas* eran como una cellisca negra, pero Moridin no cerró los párpados. La figura del Pescador se representaba siempre como un hombre, con una venda cubriéndole los ojos, una mano apretada contra el costado y unas cuantas gotas de sangre resbalando entre sus dedos. Las razones, al igual que

Librodot

el origen del juego, se perdían en la noche de los tiempos. Ello le preocupaba en ocasiones, le encolerizaba que hubiese cualquier conocimiento perdido tal vez en los giros de la Rueda, conocimiento que necesitaba, conocimiento al que tenía derecho. ¡Todo el derecho!

Poco a poco, muy despacio, volvió a soltar al Pescador sobre el tablero. Poco a poco, muy despacio, sus dedos dejaron de apretar las *cour'souvras.* Su destrucción no era necesaria. Todavía. Una calma helada reemplazó la cólera en un abrir y cerrar de ojos. De su mano herida goteaba sangre y vino, pero no lo notó. Quizás el Pescador provenía de algún borroso y remoto recuerdo de Rand al'Thor, la sombra de una sombra. Daba igual. Cayó en la cuenta de que estaba riéndose y no hizo el menor esfuerzo por contenerse. Sobre el tablero, el Pescador seguía esperando; sin embargo, en el tablero del gran juego, al'Thor se movía ya conforme a sus deseos. Y pronto, a no tardar... Era muy difícil perder una partida cuando se jugaba a ambos lados del tablero. Moridin rió con tantas ganas que lloró, pero ni siquiera notó las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Librodot

CAPÍTULO 1

Cumplir el trato

La Rueda del Tiempo gira y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene en mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la tercera por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en la extensa isla montañosa de Tremalking. El viento no fue un inicio, pues no existen ni comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un principio.

El viento sopló hacia el este a través de Tremalking, donde los Amayares de tez muy blanca cultivaban sus campos, fabricaban porcelana y cristal finos y seguían la pacífica Filosofía del Agua. Los Amayares no hacían caso del mundo que había más allá de sus desperdigadas islas, ya que la Filosofía del Agua enseñaba que ese mundo era sólo ilusión, una imagen reflejada de la imaginación; sin embargo, algunos observaron el viento que arrastraba el polvo y un calor propio de pleno verano cuando deberían estar cayendo las lluvias invernales, y recordaron las historias oídas a los Atha'an Miere. Historias del mundo más allá de las islas, y que lo anunciado por la profecía se cumpliría. Algunos miraron hacia un cerro donde una enorme mano de piedra se alzaba sobre el suelo, sosteniendo una translúcida esfera de cristal más grande que muchas casas. Los Amayares tenían sus propias profecías, y algunas de ellas hablaban de la mano y de la esfera. Y del final de las imágenes ilusorias.

El viento siguió viajando por el Mar de las Tormentas, hacia el este, bajo un sol abrasador en el cielo despejado, azotando las crestas de las verdes olas, batallando contra vientos del sur y del oeste, abriéndose paso en remolinos mientras abajo el oleaje crecía. No eran las tormentas propias de pleno invierno, aunque dicha estación tendría que estar ya mediada, y menos aún las grandes turbonadas de finales de verano, sino los vientos y las corrientes que podían utilizar los pueblos de navegantes para costear el continente desde Fin del Mundo hasta más allá de Mayene y después a la inversa. El viento sopló ferozmente hacia el este, por encima del embravecido océano donde las grandes ballenas emergían y resoplaban y los peces voladores surcaban el aire dos metros o más, sustentados en las aletas extendidas, hacia el este, ahora virando hacia el norte, el nordeste, por encima de flotillas de barcos pesqueros que arrastraban sus redes en aguas más someras. Algunos de aquellos pescadores se quedaban boquiabiertos, con los cabos olvidados entre las manos, contemplando de hito en hito el inmenso despliegue de altas naves y otras más pequeñas que navegaban resueltamente contra viento y marea, rompiendo las olas con proas achatadas, cortándolas con otras afiladas, su bandera un halcón dorado que aferraba un rayo en sus garras, una multitud de estandartes como augurios de tormenta. Sopló al este y al norte, y el viento llegó a la ancha bahía abarrotada de barcos de Ebou Dar, donde cientos de naves de los Marinos se encontraban ancladas, como lo estaban en muchos otros puertos, aguardando noticias del Coramoor, del Elegido.

El viento rugió a través de la bahía, zarandeando barcos grandes y pequeños, y cruzó la propia ciudad que relucía blanquísima bajo el implacable sol, con sus torres, sus murallas y sus cúpulas bordeadas de colores, sus calles y canales bullendo de actividad, envueltos en el

ajetreo de la afamada industria sureña. Pasó arremolinado alrededor de las brillantes cúpulas y de las esbeltas torres del palacio de Tarasin, llevando consigo el olor a salitre, agitando la bandera de Altara —dos leopardos dorados sobre un campo rojo y azul— y los estandartes de la casa regente Mitsobar: la Espada y el Ancla, verde sobre blanco. Aún no era la tormenta, pero sí su heraldo.

Aviendha sintió que la piel le picaba entre los omóplatos mientras recorría, a la cabeza de sus compañeros, los pasillos de palacio solados con baldosas de docenas de colores fuertes. Era la misma sensación de ser vigilada que había notado por última vez cuando todavía estaba casada con la lanza. No hacía mucho que esa sensación había significado que alguien podría estar intentando matarla. La muerte no era algo de lo que tener miedo —todo el mundo moría, un día u otro— pero no quería perecer como un conejo pateando en una trampa. Tenía que cumplir con un *toh.*

Los sirvientes se cruzaban con ella apresuradamente, tan pegados a la pared como les era posible, haciendo reverencias y agachando los ojos casi como si entendieran la vergüenza de las vidas que llevaban, pero sin duda no eran ellos quienes despertaban ese deseo de encoger los hombros. Había intentado acostumbrarse a mirar a los criados, pero incluso ahora, con la piel de gallina en la espalda, sus ojos los evitaban. Tenía que ser cosa de su imaginación, y por los nervios. Era un día para figuraciones y nerviosismo.

A diferencia de los sirvientes, los ricos tapices de seda atraían su mirada, así como las lámparas de pie doradas y las de techo que jalonaban los corredores. Objetos de porcelana, fina como papel, en colores rojos, amarillos, verdes y azules, se exhibían en vitrinas y nichos abiertos en las paredes, junto con adornos de oro y plata, marfil y cristal, montones y montones de cuencos, jarrones, estatuillas y urnas. Sólo las piezas más hermosas captaban su interés; en contra de lo que pensaran los habitantes de las tierras húmedas, la belleza tenía más valor que el oro. Y allí había mucha belleza. No le habría importado tomar su parte del quinto de ese lugar.

Irritada consigo misma, frunció el entrecejo. Aquélla no era una idea honorable encontrándose bajo un techo que le había ofrecido sombra y agua de buen grado. Sin ceremonia, cierto, pero también sin deuda ni sangre, acero ni necesidad. Sin embargo, mejor pensar en eso que en un chiquillo solo, en alguna parte de aquella ciudad corrupta. Cualquier ciudad lo era —de eso no le cabía duda ahora, después de haber visto en parte cuatro de ellas—, pero Ebou Dar sería la última en la que habría dejado a un niño salir solo. Lo que no entendía era por qué acudían a su cabeza pensamientos sobre Olver a pesar de que se propusiera evitarlos. No formaba parte del *toh* que tenía con Elayne y con Rand al'Thor. Una lanza Shaido había acabado con el padre del chico, y el hambre y las privaciones se habían llevado a su madre; no obstante, aunque hubiesen sido sus propias lanzas las que los hubiesen matado, Olver no dejaba de ser un Asesino del Árbol, un cairhienino. ¿Por qué se preocupaba por un niño de esa estirpe? ¿Por qué? Intentó concentrarse en el tejido que debía realizar, pero a pesar de haberlo practicado bajo la supervisión de Elayne hasta el punto de ser capaz de ejecutarlo dormida, el rostro de Olver seguía interfiriendo. Birgitte se preocupaba por el chico incluso más que ella, pero la arquera tenía una extraña debilidad por los críos, en especial los feos.

Suspirando, Aviendha renunció a intentar no prestar atención a la conversación que sus compañeros mantenían a su espalda, en la que se percibía una irritación que crepitaba con una nube cargada de rayos. Pero incluso eso era mejor que inquietarse por el hijo de unos Asesinos del Árbol. De unos quebrantadores de juramentos. Una estirpe despreciable sin la que el mundo sería un lugar mejor. Ni le incumbía ni era asunto de ella. En absoluto. Mat Cauthon encontraría al chico, de todos modos. Por lo visto podía encontrar cualquier cosa. Además, escuchar la tranquilizaba; el picorcillo de la espalda se calmó.

—¡No me gusta ni pizca! —rezongaba Nynaeve, siguiendo con la discusión iniciada en sus habitaciones—. Ni pizca, Lan, ¿me has oído?

Había manifestado su desagrado al menos veinte veces, pero Nynaeve nunca se rendía por el mero hecho de que hubiese perdido. De corta estatura y ojos oscuros, caminaba con

feroces zancadas que agitaban la falda pantalón del traje de montar azul, y alzaba de vez en cuando una mano hacia la trenza gruesa, larga hasta la cintura, para después bajarla brusca y firmemente antes de subirla de nuevo. Nynaeve mantenía un férreo control de su temperamento cuando Lan se encontraba cerca. O lo intentaba. La colmaba un orgullo desmedido por su matrimonio con él. Llevaba abierta la chaqueta, bordada y muy ajustada, sobre el traje de seda acuchillado en amarillo, exhibiendo en exceso el busto al estilo de los habitantes de las tierras húmedas, sólo para mostrar el grueso sello de oro que colgaba de su cuello en una cadena.

—No tienes derecho a prometer cuidar de mí así, Lan Mandragoran —continuó firmemente—. ¡No soy una figurilla de porcelana!

El hombre caminaba a su lado, con la cambiante capa de Guardián colgando a la espalda; de estatura adecuada para un varón, Nynaeve ni siquiera le llegaba al hombro. Su rostro parecía tallado en piedra, y su mirada ponderaba la posible amenaza de cualquier sirviente con el que se cruzaban, examinaba todas las intersecciones del corredor y cada hueco en las paredes en busca de hipotéticos atacantes escondidos. Irradiaba una disposición inminente a entrar en acción, la de un león a punto de cargar. Aviendha había crecido rodeada de hombres peligrosos, pero jamás de uno que igualase a *Aan'allein.* De ser la muerte un varón, habría sido él.

—Eres Aes Sedai y yo un Guardián —dijo con su voz profunda e impasible—. Cuidar de ti es mi deber. —Su tono se suavizó, en marcada contradicción con sus rasgos angulosos y sus ojos impávidos—. Además, cuidar de ti es lo que desea mi corazón, Nynaeve. Puedes pedirme o exigirme cualquier cosa, pero jamás que te deje morir sin intentar salvarte. El día que mueras, yo moriré.

Eso último era la primera vez que lo decía, que Aviendha supiera, y tuvo en Nynaeve el mismo efecto que un puñetazo en el estómago; los ojos casi se le salieron de las órbitas y su boca se abrió y se cerró sin emitir sonido alguno. Empero, se recuperó enseguida, como siempre. Simulando que se arreglaba el sombrero adornado con plumas azules, una prenda ridícula que parecía un pájaro extraño posado sobre su cabeza, le echó una ojeada bajo la ancha ala.

Aviendha había empezado a sospechar que la otra mujer a menudo se valía del silencio y de miradas supuestamente significativas para encubrir su desconocimiento. También le daba en la nariz que Nynaeve sabía poco más que ella sobre los hombres, y aún menos en lo tocante a la relación con uno. Hacerles frente con cuchillos y lanzas resultaba mucho más fácil que amar a uno en particular. Muchísimo más. ¿Cómo se las arreglaban las mujeres para estar casadas con ellos? Aviendha sentía la imperiosa necesidad de aprender, y no tenía ni idea de cómo hacerlo. Haber estado casada con *Aan'allein* un solo día había cambiado a Nynaeve en muchos más aspectos que su empeño en controlar el genio. La mujer parecía saltar continuamente del sobresalto a la conmoción, por más que quisiera disimularlo. Se quedaba abstraída en ensoñaciones en momentos imprevistos, se sonrojaba ante preguntas inocentes y —aunque lo negaba enérgicamente, Aviendha la había visto hacerlo— se reía tontamente sin motivo alguno. No tenía sentido intentar aprender algo de Nynaeve.

—Supongo que tú también vas a hablar sobre Aes Sedai y Guardianes —dijo fríamente Elayne a Birgitte—. Bien, pues tú y yo no estamos casadas. Espero tener guardadas las espaldas contigo, pero no admitiré que me hagas prometer quedarme atrás.

Elayne llevaba un atuendo tan inadecuado como el de Nynaeve: un traje de montar ebudariano de seda verde con bordados dorados y cuello apropiadamente alto, pero con una escotadura ovalada que dejaba al aire las redondeces interiores de sus senos. Las mujeres de las tierras húmedas barbotaban indignadas ante la mención de una tienda de vapor o por tener que estar desvestidas delante de los *gai'shain*, y luego salían a la calle medio desnudas donde cualquier extraño podía verlas. A Aviendha no le importaba realmente en el caso de Nynaeve, pero Elayne era su medio hermana. Y esperaba que llegara a ser algo más.

Los tacones altos de las botas de Birgitte hacían que le sacase un palmo a Nynaeve, aunque todavía seguía siendo más baja que Elayne o Aviendha. Con su chaqueta de color azul

oscuro y sus amplios pantalones verdes, exhibía una actitud alerta, segura y preparada para la acción muy semejante a la de Lan, si bien en ella parecía más despreocupada: un leopardo tumbado sobre una roca, aunque ni por asomo tan perezoso como aparentaba. En su arco no había ninguna flecha encajada, pero a pesar de su modo de caminar reposado, como si paseara, y de sus sonrisas, podía sacar una saeta de la aljaba que llevaba a la cintura antes de que nadie tuviese tiempo de pestañear, y estar disparando el tercer proyectil antes de que cualquiera hubiese encajado una segunda flecha en la cuerda del arco. La mujer le dirigió una mueca irónica a Elayne mientras sacudía la cabeza, de manera que la dorada trenza, tan larga y gruesa como la de Nynaeve, se meció a su espalda.

—Mi promesa te la hice a la cara, no a tu espalda —replicó secamente—. Cuando hayas aprendido un poco más, no tendré que hablarte sobre Aes Sedai y Guardianes.

Elayne se envaró y levantó el mentón con gesto altanero mientras toqueteaba las cintas de su sombrero, que tenía montones de largas plumas verdes, peor incluso que el de Nynaeve.

—Quizá bastante más, no sólo un poco —añadió Birgitte—. Estás haciéndole otro nudo en ese lazo.

Si Elayne no hubiese sido su medio hermana, Aviendha se habría reído cuando la otra joven se puso colorada como un tomate. Ponerle la zancadilla a alguien que intentaba trepar demasiado alto o ver cómo lo hacía otro siempre resultaba divertido, e incluso una pequeña caída merecía una carcajada. Tal como eran las cosas, asestó una mirada firme a Birgitte, una promesa de que ir más allá podría acarrearle consecuencias. Le gustaba la arquera a despecho de todos sus secretos, pero la diferencia entre una amiga y una medio hermana era algo que las habitantes de las tierras húmedas parecían incapaces de entender. Birgitte se limitó a sonreír a la par que su mirada pasaba de ella a Elayne y murmuraba entre dientes. Aviendha captó la palabra. Peor aún, sonó cariñoso. Todos debían de haberlo escuchado. ¡Todos!

—¿Qué te ocurre, Aviendha? —demandó Nynaeve mientras le daba golpecitos en el hombro con el índice—. ¿Es que piensas quedarte ahí todo el día, sonrojándote? Tenemos prisa.

Sólo entonces la Aiel cayó en la cuenta de que la cara le ardía y que debía de estar tan colorada como Elayne. Y además, plantada en el sitio más quieta que un peñasco, cuando el tiempo apremiaba. ¡Mira que quedarse cortada por una palabra, como una muchachita recién casada con la lanza que no está acostumbrada a las bromas entre Doncellas! Tenía casi veinte años y se estaba comportando como una chiquilla que juega con su primer arco. La idea hizo que su sofoco aumentara, motivo por el que giró bruscamente en la siguiente esquina y casi se dio de bruces con Teslyn Baradon.

El frenazo hizo que resbalara en las baldosas rojas y verdes y a punto estuvo de caer patas arriba, evitándolo por poco al agarrarse a Elayne y a Nynaeve. En esta ocasión se las ingenió para no enrojecer hasta las orejas, pero deseó haberlo hecho. Estaba avergonzando a su medio hermana tanto como a sí misma; Elayne siempre guardaba la compostura, ocurriera lo que ocurriese. Por suerte, Teslyn Baradon no reaccionó mucho mejor que ella al encuentro.

La mujer de rostro afilado reculó por la sorpresa y soltó un respingo sin poder evitarlo, tras lo cual agitó los hombros en un gesto irritado. Las mejillas descarnadas y la estrecha nariz ocultaban la cualidad intemporal de los rasgos de la hermana Roja, y su vestido rojo, brocado en un tono azul tan oscuro que parecía negro, contribuía a hacerla parecer aún más huesuda; empero, recobró rápidamente la entereza de una señora del techo de clan. Sus ojos castaños oscuros adquirieron la frialdad de las sombras más profundas; pasaron sobre Aviendha, relegándola como alguien sin importancia, hicieron caso omiso de Lan como de una herramienta a la que no veía utilidad y centellearon un instante al posarse en Birgitte. Casi todas las Aes Sedai desaprobaban que la arquera fuese un Guardián, aunque ninguna podía dar una razón aparte de rezongos desabridos sobre la tradición. Sin embargo, se quedaron prendidos primero en Elayne y después en Nynaeve. A Aviendha le habría resultado más fácil rastrear el viento del día anterior que inferir algo de su rostro impasible.

—Ya se lo he dicho a Merilille —empezó con un fuerte acento illiano—, pero, ya puesta, también podría tranquilizaros a vosotras. Sea cual fuere la... travesura que os traéis

Librodot

entre manos, Joline y yo no nos inmiscuiremos. Me he encargado de ello. Si tenéis cuidado, tal vez Elaida no se entere nunca. Y dejad de mirarme boquiabiertas como una carpa ahogándose, muchachas —agregó con un gesto de desagrado—. No soy ciega ni sorda. Estoy enterada de la presencia de Detectoras de Vientos en palacio y de las reuniones secretas con la reina Tylin. Y de otras cosas. —Los finos labios se apretaron y, a pesar de que su tono se mantuvo sereno, los oscuros ojos centellearon de ira—. Pagaréis caro esas otras cosas; vosotras y quienes os permiten jugar a ser Aes Sedai, pero de momento haré la vista gorda. La expiación de las culpas puede esperar.

Nynaeve se asió con fuerza la coleta, manteniendo la espalda muy recta y la cabeza bien alta al tiempo que sus ojos chispeaban de ira. En otras circunstancias, Aviendha habría sentido cierta compasión por la inminente diana de los dardos que estaban a punto de dispararse. La afilada lengua de Nynaeve tenía más espinas que una *segade* de finísimas púas. Fríamente, consideró cómo responder a esa mujer que se creía con derecho a mirarla como si no existiese. Una Sabia no se rebajaba a enzarzarse a puñetazos con alguien, pero ella era todavía una aprendiza; a lo mejor no adquiría *jih* si le hacía sólo unos pocos moretones a Teslyn Baradon. Abrió la boca para dar a la hermana Roja la oportunidad de defenderse en el mismo momento que Nynaeve abría la suya; no obstante, Elayne se adelantó a las dos:

—Lo que nos «traigamos entre manos», Teslyn, no es de tu incumbencia —manifestó en tono gélido. También ella estaba muy erguida y sus azules ojos semejaban pedazos de hielo; un rayo de sol cayó casualmente sobre sus rizos rubios rojizos y pareció prenderles fuego. Justo en ese instante Elayne habría hecho que una señora del techo pareciera una cabrera con demasiado *oosquai* en el estómago. Era una habilidad que pulía a la perfección. Pronunció cada palabra con fría y cristalina dignidad—. No tienes derecho a inmiscuirte en nada de lo que hagamos, en nada de lo que haga ninguna hermana. Ni el mínimo derecho. De modo que deja de meter las valvas en nuestra cazuela, mejillón revenido de verano, y date por contenta de que decidamos pasar por alto el hecho de que respaldas a una usurpadora en la Sede Amyrlin.

Perpleja, Aviendha miró de reojo a su medio hermana. ¿Que no metiera las *valvas* en su *cazuela*? Ellas no llevaban ninguna cazuela. ¿Mejillón revenido de verano? ¿Qué significaba eso? A menudo los habitantes de las tierras húmedas decían cosas muy raras, pero en esta ocasión las demás parecían tan desconcertadas como ella. Únicamente Lan, que miraba de soslayo a Elayne, daba la impresión de haber entendido y parecía... sobresaltado. Y quizá divertido. No era fácil asegurarlo; *Aan'allein* controlaba bien la expresión de su rostro.

Teslyn Baradon aspiró sonoramente por la nariz, y su cara se atirantó aún más. Aviendha seguía intentando denodadamente llamar a aquellas personas sólo por parte de su nombre, como hacían ellas —¡cuando utilizaba un nombre completo creían que estaba enfadada!— pero ni siquiera alcanzaba a imaginarse a sí misma intimando con Teslyn Baradon.

—Os dejaré, necias muchachas, con vuestros *asuntos* —gruñó la mujer—. E id con cuidado para no acabar con vuestras narices atrapadas en una grieta peor que en la que ya las habéis metido.

Cuando se volvía para marcharse, recogiéndose los vuelos de la falda en un gesto pomposo, Nynaeve la retuvo por un brazo. Por lo general, los habitantes de las tierras húmedas dejaban que las emociones se plasmaran claramente en sus semblantes, y el de Nynaeve era la viva imagen de una persona en conflicto, la ira debatiéndose para salir a través de la firme determinación.

—Aguarda, Teslyn —empezó de mala gana—. Joline y tú podéis estar en peligro. Se lo conté a Tylin, pero creo que podría tener miedo de hablar de ello con otros. O sentirse poco inclinada a hacerlo, en cualquier caso. No es algo de lo que le guste hablar a nadie.

Respiró hondo, y si pensaba en sus propios temores en aquel asunto, tenía motivos. No había deshonra en tener miedo, sólo en demostrarlo o ceder a él. La propia Aviendha sintió un desagradable cosquilleo en el estómago cuando Nynaeve prosiguió.

—Moghedien ha estado aquí, en Ebou Dar. Tal vez siga aún en la ciudad. Y puede que

también haya otro de los Renegados. Con un *gholam*, una especie de Engendro de la Sombra contra el que no surte efecto el Poder. Su aspecto es el de un hombre, pero fue pensado y creado para matar Aes Sedai. Tampoco las armas de acero parecen afectarlo y puede escabullirse por un agujero de ratón. También está aquí el Ajah Negro. Y se aproxima una tormenta; una muy mala. Sólo que no es una tormenta normal, un fenómeno atmosférico. La siento; es una habilidad que tengo, un Talento, quizá. Se aproxima peligro a Ebou Dar, y problemas más grandes que cualquier viento, lluvia, rayo o trueno.

—Así que Renegados, una tormenta que no es tal y un tipo de Engendro de la Sombra del que nunca había oído hablar —dijo con seca ironía Teslyn Baradon—. Por no mencionar al Ajah Negro. ¡Luz! ¡El Ajah Negro! ¿Y no está también el propio Oscuro? —La sonrisa torcida afinó más si cabe sus labios. Soltó la manga de la mano de Nynaeve con gesto desdeñoso—. Cuando estéis de vuelta en la Torre Blanca, donde pertenecéis, y vestidas de blanco como os corresponde, aprenderéis a no perder el tiempo con absurdas fantasías. O a contárselas a las hermanas.

De nuevo sus ojos pasaron de una a otra —y otra vez por encima de Aviendha—, tras lo cual aspiró desdeñosamente por la nariz y echó a andar pasillo adelante tan deprisa que los criados tuvieron que apartarse de un salto de su camino.

—¡Esa mujer tiene el valor de...! —barbotó Nynaeve mientras asestaba una mirada fulminante a la espalda de la hermana Roja que se alejaba y se retorcía la trenza con las dos manos—. ¡Después de que me rebajé a...! —Casi se atragantó de ira—. En fin, lo intenté. —Y ahora lo lamentaba, a juzgar por su tono.

—Así es —convino Elayne con un seco cabeceo—. Y más de lo que se merece. ¡Mira que negar que somos Aes Sedai! ¡No aguantaré tal cosa ni una vez más! ¡No lo haré! —Si antes su voz parecía fría, ahora era realmente gélida, además de sombría.

—¿Quién se fiaría de alguien como ella? —masculló Aviendha—. Quizá deberíamos asegurarnos de que no se inmiscuya. —Se miró el puño apretado; en eso sí que se fijaría Teslyn Baradon. La mujer merecía que la atraparan los Depravados de la Sombra, ya fuese Moghedien u otro. Los necios tenían lo que su estupidez les acarreaba.

Nynaeve pareció considerar su sugerencia, si bien lo que dijo no tenía nada que ver.

—Si no la conociese, pensaría que está dispuesta a darle la espalda a Elaida. —Chasqueó la lengua con exasperación.

—Aparte de un buen mareo, no sacarás nada en claro si tratas de entender los derroteros de la política Aes Sedai. —Elayne no añadió que su amiga debería saber tal cosa a esas alturas, pero su tono fue más que explícito—. Hasta una Roja podría volverse contra Elaida por alguna razón que ni siquiera se nos pasaría por la cabeza. O quizá lo que intenta es hacernos bajar la guardia para que caigamos en alguna trampa que nos ponga en manos de Elaida. O...

Lan la interrumpió con una tos.

—Si uno o más Renegados vienen hacia aquí —dijo en un tono duro como granito pulido—, podrían llegar en cualquier momento. O ese *gholam.* En cualquier caso, lo mejor sería estar en cualquier otra parte.

—Con las Aes Sedai se necesita siempre un poco de paciencia —abundó Birgitte como si citara palabras textuales, y añadió—. Pero las Detectoras de Vientos no parecen tener ni poca ni mucha, así que haríais bien en olvidaros de Teslyn y recordar a Renaile.

Aviendha advirtió que Elayne y Nynaeve asestaban a sus Guardianes unas miradas tan frías como para dar que pensar a diez Soldados de Piedra. No les gustaba huir de los Depravados de la Sombra ni de ese *gholam*, aun cuando habían sido ellas quienes decidieron que no quedaba otra opción. Y, por supuesto, les hacía casi tan poca gracia que les recordaran que tenían que ir a reunirse con las Detectoras de Vientos como que debían escapar de los Renegados. Habría querido aprender de Elayne y Nynaeve a mirar de ese modo, observando cómo lo hacían; las Sabias lograban con una mirada o unas pocas palabras aquello para lo que ella siempre necesitaba la amenaza de la lanza o de los puños, y por lo general obtenían resultados mejores y más rápidos. Pero, curiosamente, esas miradas no parecieron surtir efecto

Librodot

alguno en la pareja de Guardianes. Birgitte esbozó una sonrisa y volvió los ojos hacia Lan, que respondió encogiéndose de hombros con manifiesta flema.

Elayne y Nynaeve se dieron por vencidas. Apresuradamente —y sin necesidad— se arreglaron las faldas y las dos se agarraron a ambos brazos de la Aiel antes de reemprender el camino sin molestarse siquiera en comprobar si sus Guardianes las seguían. Naturalmente, a Elayne no le hacía falta mirar para saberlo, debido al vínculo con su Gaidin. Ni a Nynaeve, aunque fuera por otros motivos; el vínculo del *Aan'allein* podría pertenecerle a otra, pero su corazón iba junto al sello de oro colgado al cuello de la mujer. Se esforzaron por simular que caminaban despreocupadamente, reacias a dejar que Birgitte y Lan pensaran que les habían metido prisa, si bien lo cierto era que andaban más rápido que antes.

Como para compensarlo, parlotearon con deliberada despreocupación, escogiendo los temas más frívolos. Elayne lamentaba no haber tenido ocasión de ver realmente el Festival de los Pájaros, celebrado dos días antes, y no mostró el menor sonrojo al hablar sin empacho de los escasos atuendos que mucha gente había llevado. Nynaeve tampoco enrojeció, pero se puso a parlotear de la Fiesta de las Ascuas, que se celebraría esa noche. Algunos criados afirmaban que habría fuegos de artificio, preparados supuestamente por un Iluminador refugiado allí. Varios espectáculos itinerantes habían acudido a la ciudad con sus extraños animales y sus acróbatas, hecho que interesaba a ambas, Elayne y Nynaeve, ya que habían pasado algún tiempo viajando con uno de esos espectáculos. Hablaron de modistas y de variedades de encaje disponibles en Ebou Dar y de las diferentes cualidades de sedas y linos que podían comprarse, y Aviendha se encontró respondiendo con agrado a los comentarios de lo bien que le quedaba el traje de montar de seda gris y los otros atuendos que Tylin Quintara le había regalado, paños finos y sedas, medias y ropa interior a juego, así como joyas. También Elayne y Nynaeve habían recibido regalos extravagantes. En conjunto, sus presentes colmaban varios baúles y bultos que habían sido llevados a los establos por los criados, junto con sus alforjas.

—¿Por qué estás ceñuda, Aviendha? —quiso saber Elayne mientras le daba una palmadita en el brazo y le dedicaba una sonrisa—. No te preocupes, sabes realizar el tejido. Lo harás bien.

—Te prepararé una infusión cuando tenga oportunidad —le susurró Nynaeve, que se había acercado a su oído—. Conozco varias que te asentarán el estómago. O los malestares propios de las mujeres. —También ella le palmeó el brazo.

No lo entendían. Ninguna infusión ni palabras reconfortantes aliviarían lo que le pasaba. ¡Estaba *disfrutando* con una charla sobre puntillas y bordados! No sabía si gruñir de rabia o chillar de desesperación. Se estaba haciendo blanda. Jamás en toda su vida había mirado un vestido de mujer excepto para preguntarse dónde podría ocultarse un arma en él, sin fijarse nunca en colores ni estilos, y menos aún imaginar cómo le quedaría a ella. Era hora de marcharse de esa ciudad, de alejarse de palacios de las tierras húmedas. Pronto empezaría a esbozar sonrisitas tontas. No había visto a Elayne ni a Nynaeve hacer tal cosa, pero todo el mundo sabía que las mujeres de las tierras húmedas sonreían bobamente, y era evidente que se había vuelto tan débil como cualquier ñoña habitante de las tierras húmedas. ¡Paseando agarradas del brazo y hablando de *puntillas*! ¿Cómo iba a llegar a su cuchillo del cinturón si alguien las atacaba? Un cuchillo podría ser inútil contra los probables atacantes, pero ella había confiado en las armas blancas mucho antes de saber que podía encauzar. Si alguien intentaba hacer daño a Elayne o a Nynaeve —sobre todo a Elayne, pero había prometido a Mat Cauthon proteger a ambas, igual que habían hecho Birgitte y Lan—, si alguien lo intentaba, le metería un palmo de acero en el corazón. ¡Puntillas! Mientras caminaban, lloró por dentro por lo blanda que se había vuelto.

Puertas dobles y enormes se abrían en tres lados del establo mayor de palacio, con los umbrales atestados de sirvientes con uniformes verdes y blancos. Detrás de ellos, en las cuadras de blanca piedra, aguardaban los caballos, ensillados o cargados con alforjas de mimbre. En lo alto, las aves marinas chillaban y volaban en círculos, un recordatorio poco agradable de la inmensa cantidad de agua que había cerca. Las pálidas baldosas irradiaban

calor, pero lo que cargaba el ambiente era la tensión reinante. Aviendha había visto derramarse sangre en otras situaciones en que los nervios no estaban tan a flor de piel como ocurría en el patio en ese momento.

Renaile din Calon, luciendo sedas rojas y amarillas y cruzada de brazos en actitud arrogante, se encontraba al frente de otras diecinueve mujeres descalzas, con tatuajes en las manos, vestidas con blusas de colores llamativos y, la mayoría, con pantalones y largos fajines igualmente chillones. El sudor que brillaba en los oscuros rostros no mermaba su grave dignidad. Algunas olisqueaban las cajitas de filigrana de oro, llenas de fuertes esencias, que colgaban de sus cuellos. Cinco gruesos aros de oro adornaban cada una de las orejas de Renaile din Calon, y una cadena con medallones le cruzaba la mejilla izquierda hasta el aro de su nariz. Las tres mujeres que estaban a continuación de ella llevaban ocho pendientes y una cantidad de colgantes de oro ligeramente inferior. Así era como los Marinos señalaban su rango, al menos entre las mujeres. Todas acataban a Renaile din Calon, Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere, pero incluso las dos aprendizas que se encontraban atrás del todo, con pantalones oscuros y blusas de lino en lugar de seda, contribuían con los brillos dorados de sus pendientes. Cuando Aviendha y los demás aparecieron, Renaile din Calon miró ostentosamente al sol, que pasaba de su cenit. Sus cejas se enarcaron cuando volvió los ojos hacia el grupo, unos ojos tan negros como su cabello, salvo por los blancos aladares; una exigente mirada en la que la impaciencia era tan obvia como si la hubiese gritado.

Elayne y Nynaeve se frenaron en seco, obligando a Aviendha a detenerse bruscamente. Intercambiaron miradas preocupadas y profundos suspiros. La Aiel no veía cómo podrían escapar de aquello. La obligación ataba de pies y manos a su medio hermana y a Nynaeve, y ellas mismas eran quienes habían apretado bien fuerte los nudos.

—Iré a ver cómo van las mujeres del Círculo —musitó entre dientes Nynaeve.

—Voy a asegurarme de que las hermanas están listas —anunció Elayne con algo más de firmeza.

Se soltaron los brazos y se marcharon en direcciones opuestas, recogido el repulgo de las faldas para caminar a buen paso, y seguidas por Birgitte y por Lan. Así, ella se quedó sola para afrontar la mirada severa de Renaile din Calon, la mirada de águila de una mujer consciente de ocupar un lugar elevado privilegiado del que no puede ser desplazada. Por suerte, la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos se volvió enseguida hacia sus compañeras, tan bruscamente que las puntas del largo fajín amarillo ondearon ampliamente. Las otras Detectoras de Vientos se agruparon a su alrededor, pendientes de lo que les decía en voz baja. Atizarla, aunque sólo fuese una vez, sin duda daría al traste con todo; Aviendha intentó no lanzarles una mirada fulminante, pero por mucho que procuró dirigir la vista a otro lado, sus ojos volvían una y otra vez hacia ellas. Nadie tenía derecho a meter en un aprieto a su medio hermana. ¡Anillos en la nariz! Un buen tirón de aquella cadena y la expresión altanera de Renaile din Calon Estrella Azul cambiaría radicalmente.

Apiñadas a un extremo del patio de las caballerizas, la menuda Merilille Ceandevin y otras cuatro Aes Sedai también observaban a las Detectoras de Vientos, casi todas ellas con enojo mal disimulado bajo la expresión de fría serenidad, hasta la delgada y canosa Vandene Namelle y su primera hermana Adeleas, tan iguales que parecían calcos, y que por lo general eran las que se mostraban más imperturbables. De tanto en tanto, una u otra se ajustaba el guardapolvo de fino lino o se sacudía la falda pantalón; saltaba a la vista que la irritación movía sus manos. Repentinas ráfagas de viento levantaban un poco de polvo y agitaban las capas de colores cambiantes de los cinco Guardianes que se encontraban detrás. Únicamente Sereitha, que montaba guardia junto a un bulto grande, con forma de disco, no se movía pero sí fruncía el entrecejo. Detrás de ellas, la... doncella de Merilille, Pol, tenía cara de pocos amigos. Las Aes Sedai se habían mostrado acaloradamente contrarias al trato que había llevado a las Atha'an Miere de sus barcos y les había dado el derecho de mirar a las Aes Sedai con intolerante impaciencia, pero el mismo trato les ataba la lengua a las hermanas y las ahogaba con su propia irritación; ellas intentaban ocultarlo, y es posible que tuvieran éxito

Librodot

con los habitantes de las tierras húmedas. El tercer corrillo de mujeres que formaba un apiñado grupo al otro extremo del patio también era objeto de su observación.

Reanne Corly y las otras diez supervivientes del Círculo de Labores de Punto rebullían con inquietud bajo aquel desaprobador escrutinio; se enjugaban las caras sudorosas con pañuelos bordados, se acomodaban los amplios y coloridos sombreros de paja, se alisaban las sobrias faldas de paño, recogidas con puntadas a un lado para dejar a la vista capas de enaguas de tonalidades tan llamativas como los atuendos de las mujeres de los Marinos. En parte, eran las miradas de las Aes Sedai las que las hacían bullir inquietas; también contribuía el miedo a los Renegados y al *gholam*, así como algunas otras cosas. Los profundos y estrechos escotes de sus vestidos habrían bastado como razón; casi todas ellas tenían al menos unas pocas arrugas en las mejillas, aunque parecían niñas sorprendidas con un trozo de pastel robado. Es decir, todas excepto la corpulenta Sumeko, que, puesta en jarras, devolvía mirada por mirada a las Aes Sedai. El brillo del *Saidar* envolvía a una de ellas, Kirstian, que no dejaba de lanzar ojeadas por encima del hombro. Con su tez pálida, y unos diez años mayor que Nynaeve, daba la impresión de estar fuera de lugar entre las demás. La palidez de su semblante se acentuaba cada vez que sus negros ojos se encontraban con los de alguna Aes Sedai.

Nynaeve se acercó apresuradamente hacia las mujeres que encabezaban a las Allegadas con una expresión animosa en el rostro, y Reanne y las otras sonrieron con evidente alivio; cierto, un alivio ligeramente empañado por las miradas de reojo que dirigieron a Lan, el cual las observaba como el lobo que parecía. Sin embargo, Nynaeve era la razón de que Sumeko no se encogiese al igual que las otras cada vez que una Aes Sedai volvía la vista en su dirección. Había jurado que enseñaría a aquellas mujeres que tenían brío, resolución, aunque Aviendha no acababa de entender por qué. La propia Nynaeve era Aes Sedai; ninguna Sabia le diría jamás a nadie que plantase cara a otras Sabias.

Por bien que eso estuviese funcionando con respecto a las otras Aes Sedai, hasta Sumeko mostraba cierto aire adulador hacia Nynaeve. Decir que al Círculo le resultaba chocante que mujeres tan jóvenes como Elayne y Nynaeve dieran órdenes a las otras Aes Sedai y que éstas obedecieran era quedarse corto. La propia Aviendha lo encontraba raro; ¿cómo podía tener más peso la fuerza en el Poder, algo tan innato en la persona como el color de los ojos, que el honor adquirido a lo largo de años? Sin embargo, las Aes Sedai de mayor edad obedecían, y para las Emparentadas eso bastaba. Ieine, casi tan alta como Aviendha y con la tez casi tan oscura como las Atha'an Miere, reaccionaba a las miradas de Nynaeve con una sonrisa obsequiosa, en tanto que Dimana, cuyo cabello pelirrojo estaba surcado de hebras plateadas, agachaba la cabeza continuamente cuando los ojos de Nynaeve se posaban en ella, y la rubia Sibella ocultaba risitas nerviosas tapándose la boca con la mano. A pesar de sus ropas ebudarianas, sólo Tamarla, una mujer enjuta de tez olivácea, era altaranesa, y ni siquiera oriunda de la ciudad.

Se apartaron tan pronto como Nynaeve se aproximó a ellas, dejando ver a una mujer arrodillada, con las manos atadas a la espalda, la cabeza tapada con un saco de cuero y sus finas ropas rotas y polvorientas. Ella era el motivo de la intranquilidad de las Allegadas tanto como el ceño de Merilille o los Renegados. Puede que incluso más.

Tamarla le retiró el capuchón sin contemplaciones, dejando enredadas las finas trenzas adornadas con cuentas; Ispan Shefar trató de levantarse y consiguió ponerse en cuclillas antes de perder el equilibrio y volver a caer de rodillas al tiempo que parpadeaba y soltaba una absurda risita. El sudor le corría por la cara, y unos cuantos moretones estropeaban sus rasgos intemporales. En opinión de Aviendha, se la había tratado con demasiada delicadeza habida cuenta de sus crímenes.

La infusión de hierbas que Nynaeve le había obligado a tragarse todavía obnubilaba su mente además de debilitarle las rodillas, pero Kirstian mantenía un escudo sobre ella empleando hasta la última brizna de Poder que era capaz de absorber. No había posibilidad de que la Seguidora de la Sombra escapara —incluso en el caso de que no hubiese estado drogada, Kirstian era tan fuerte en el Poder como Reanne, más que la mayoría de las Aes Sedai que Aviendha conocía— pero aun así hasta Sumeko se agarraba la falda con

nerviosismo y evitaba mirar a la mujer postrada de rodillas.

—Sin duda deberían ser las hermanas quienes se ocuparan de ella ahora. —La voz de tono agudo de Reanne sonaba tan vacilante como para pertenecer a la hermana Negra escudada por Kirstian—. Nynaeve Sedai, nosotras no... No deberíamos guard... ejem, estar a cargo de una... Aes Sedai.

—Muy cierto —se apresuró a intervenir Sumeko—. Las Aes Sedai deberían hacerse cargo de ella ahora.

Sibella convino con ella, y las demás Emparentadas mostraron su acuerdo con cabeceos y murmullos. El convencimiento de encontrarse muy por debajo de las Aes Sedai estaba firmemente arraigado en sus mentes; seguramente habrían preferido vigilar trollocs que a una hermana.

Las desaprobadoras miradas de Merilille y de las otras hermanas cambiaron una vez que el rostro de Ispan Shefar quedó al descubierto. Sareitha Tomares, que llevaba el chal hacía pocos años y todavía no tenía la apariencia de intemporalidad, le asestó una mirada de desprecio que habría lanzado por el aire a la Seguidora de la Sombra a cincuenta pasos de distancia. Adeleas y Vandene, con las manos crispadas sobre las faldas, parecían luchar contra el odio por la mujer que había sido su hermana y las había traicionado. No obstante, las ojeadas dirigidas al Círculo de Labores de Punto no eran mucho mejores. También estaban convencidas de que las Allegadas se encontraban muy por debajo de ellas. En el fondo había mucho más, pero la traidora había sido una de las suyas, y sólo a ellas asistía el derecho de ocuparse de la mujer. En eso Aviendha les daba la razón. Una Doncella que traicionaba a sus hermanas de lanza no recibía una muerte rápida y honrosa.

Nynaeve volvió a poner el saco sobre la cabeza de Ispan Shefar con cierta brusquedad.

—Hasta ahora lo habéis hecho bien, y seguiréis haciéndolo —dijo a las Emparentadas con firmeza—. Si da señales de recobrar el control, hacedle tragar un poco más de esa infusión. La mantendrá tan aturdida como una cabra llena de cerveza. Le tapáis la nariz si se resiste a beber. Hasta una Aes Sedai tragará si no puede respirar y se la amenaza con unas buenas bofetadas.

Reanne se quedó boquiabierta y sus ojos se desorbitaron, como les ocurrió a la mayoría de sus compañeras. Sumeko asintió, aunque lentamente, y abrió los ojos casi tanto como las demás. Cuando las Allegadas decían Aes Sedai era como si nombraran al Creador, y la idea de pinzar la nariz a una hermana, aunque fuese una Seguidora de la Sombra, puso una expresión de horror en sus semblantes.

A juzgar por los ojos saltones de las Aes Sedai, a ellas la idea les hacía aún menos gracia. Merilille abrió la boca, prendidos los ojos en Nynaeve, pero justo en ese momento Elayne llegó junto a ella y la hermana Gris se volvió hacia la joven, dedicando sólo una ojeada desaprobadora a Birgitte. Un indicador de su agitación fue el hecho de que alzase la voz en lugar de bajarla; normalmente, Merilille era muy discreta.

—Elayne, debes hablar con Nynaeve. Esas mujeres ya están confusas y asustadas a más no poder. No ayudará que las altere aún más. Si la Amyrlin se propone realmente permitirles ir a la Torre —sacudió la cabeza con lentitud, como si quisiera negar tal cosa y quizá muchas otras más—, si de verdad es su intención, deben tener muy claro cuál es su sitio y...

—Es la intención de la Amyrlin —la cortó Elayne. Viniendo de Nynaeve, un tono firme equivalía a un puño amenazador ante tu nariz. Viniendo de Elayne, era una sosegada seguridad—. Tendrán su oportunidad para intentarlo de nuevo y, si fallan, tampoco se las echará. Ninguna mujer capaz de encauzar volverá a ser separada de la Torre. Todas formarán parte de la Torre Blanca.

Mientras toqueteaba ociosamente su cuchillo del cinturón, Aviendha reflexionó sobre aquello. Egwene, la Sede Amyrlin, decía lo mismo. También era una amiga, pero había volcado su corazón en ser Aes Sedai. La propia Aviendha no quería ser parte de la Torre Blanca, y dudaba mucho que Sorilea o cualquiera de las otras Sabias lo desearan. Merilille suspiró y entrelazó las manos, pero a pesar de su aparente aceptación, siguió olvidando bajar el tono de voz.

Librodot

—Como tú digas, Elayne. Pero en cuanto a Ispan, simplemente no podemos...

Elayne alzó bruscamente una mano. La autoridad reemplazó la mera seguridad.

—Basta, Merilille. Vosotras tenéis a vuestro cargo el Cuenco de los Vientos, y su vigilancia es tarea de sobra para cualquiera. *Bastará* para vosotras.

Merilille abrió la boca y volvió a cerrarla antes de inclinar la cabeza en señal de aquiescencia. Bajo la firme mirada de Elayne, las otras Aes Sedai también la inclinaron. Si algunas mostraron reticencia, por pequeña que fuese, no todas lo hicieron. Sareitha se apresuró a recoger el bulto en forma de disco, envuelto en seda blanca, que había estado a sus pies. Sus brazos apenas rodeaban el diámetro del Cuenco de los Vientos al sostenerlo contra su pecho, y sonrió ansiosamente a Elayne como para demostrar que lo vigilaba muy estrechamente.

Las Atha'an Miere contemplaban el bulto con avidez, casi echadas hacia adelante. A Aviendha no la habría sorprendido verlas saltar sobre las losas del patio para apoderarse de él. Obviamente, las Aes Sedai también advirtieron lo mismo; Sareitha apretó más contra sí el paquete blanco y Merilille se interpuso entre la hermana y las Detectoras de Vientos. Los sosegados semblantes Aes Sedai se tensaron por el esfuerzo de mantenerse inexpresivos. Creían que el Cuenco debía pertenecerles; a su modo de ver, *todas* las cosas que utilizaban o manipulaban el Poder Único eran propiedad de la Torre, estuviesen en posesión de quien estuviesen. Pero existía el trato.

—El sol sigue su curso, Aes Sedai —anunció en voz alta Renaile din Calon—, y el peligro amenaza. O eso afirmasteis. Si pensáis escabulliros del compromiso de algún modo con el retraso, pensároslo muy bien antes. Intentad eludir el trato, y juro por el corazón de mi padre que regresaré de inmediato a los barcos. Y reclamaré el Cuenco como compensación. Al fin y al cabo era nuestro desde el Desmembramiento.

—Mucho cuidado con el modo en que hablas a las Aes Sedai —bramó Reanne, la viva imagen de la indignación desde su sombrero de paja azul hasta los toscos zapatos que asomaban por el repulgo de las enaguas verdes y blancas.

La boca de Renaile din Calon se curvó en una mueca burlona.

—Vaya, las medusas tienen lengua, al parecer. Sin embargo, es una sorpresa que sepan utilizarla sin el permiso previo de una Aes Sedai.

En un instante, el patio resonó con los insultos intercambiados entre las Allegadas y las Atha'an Miere, «salvajes» y «débiles» entre ellos y cosas mucho peores, gritos estridentes que ahogaron los intentos de Merilille de hacer callar a Reanne y a sus compañeras por un lado y calmar a las mujeres de los Marinos por el otro. Varias Detectoras de Vientos pasaron de toquetear los cuchillos que llevaban metidos en los fajines a asir sus empuñaduras. El brillo del *Saidar* surgió sucesivamente en una tras otra de las mujeres ataviadas con ropas de llamativos colores. Las Emparentadas parecieron sobresaltarse, aunque no por ello cesaron sus invectivas, y a continuación Sumeko abrazó la Fuente, y la siguió Tamarla, y luego la esbelta Chilares con sus ojos de gacela, y poco después todas ellas y todas las Detectoras de Vientos brillaban mientras los insultos volaban y la ira parecía a punto de estallar.

Aviendha deseó gemir. En cualquier momento correría la sangre. Seguiría la directriz de Elayne, pero su medio hermana miraba con gélida furia a Detectoras de Vientos y Allegadas por igual. Elayne no tenía paciencia con la estupidez, ya fuese en ella o en otros, y gritarse insultos cuando un enemigo podría estar acercándose era la mayor estupidez posible. Aviendha asió con firmeza el mango de su cuchillo y luego, un instante después, abrazó el *Saidar*, se sintió colmada de vida y gozo hasta sentir ganas de llorar. Las Sabias utilizaban el Poder sólo cuando las palabras fracasaban, pero en esa situación ni las palabras ni las armas blancas servirían de nada. Ojalá supiera a quién debía matar primero.

—¡Basta ya! —El penetrante grito de Nynaeve acalló de golpe todas las voces. Rostros estupefactos se volvieron hacia ella. Su expresión era tormentosa, y apuntó con el índice a las componentes del Círculo—. ¡Dejad de comportaros como niñas! —Aunque había moderado el tono, sólo era por un pelo—. ¿Es que pensáis pelearos hasta que los Renegados lleguen para apoderarse del Cuenco y de nosotras? Y vosotras —el dedo se dirigió a las Detectoras de

Vientos—, ¡dejad de intentar libraros del trato! ¡No tendréis el Cuenco hasta que hayáis cumplido hasta la última letra del acuerdo! ¡No creáis lo contrario! —A continuación se giró hacia las Aes Sedai—. ¡Y vosotras...! —La reacción de fría sorpresa de las hermanas cortó el torrente de palabras reduciéndolo a un ahogado gruñido. Las Aes Sedai no se habían sumado al griterío, sino que habían intentado apaciguarlo. Ninguna de ellas brillaba con el halo del *Saidar.*

Pero, naturalmente, aquello no bastaba para calmar del todo a Nynaeve. La mujer tiró con fuerza de su sombrero, obviamente para desahogar la ira que aún la embargaba. Sin embargo, las Allegadas tenían la vista fija en el suelo, abochornadas y apesadumbradas, e incluso las Detectoras de Vientos parecían algo avergonzadas —un poco— mascullando entre ellas pero evitando la mirada furiosa de Nynaeve. Los halos brillantes se apagaron uno tras otro hasta que sólo quedó Aviendha abrazando la Fuente.

La Aiel dio un respingo cuando Elayne le tocó el brazo. Se estaba volviendo blanda, no cabía duda. ¡Mira que dejarse pillar por sorpresa, o saltar por el simple roce de una mano!

—Esta crisis parece haberse superado —musitó Elayne—. Quizá sea mejor ponernos en marcha antes de que estalle otra. —Un leve rubor en las mejillas era la única señal de que se había encolerizado. Y también en las de Birgitte; las dos mujeres se reflejaban en ciertos aspectos desde la vinculación.

—Para luego es tarde —convino Aviendha. Si se quedaban mucho más acabaría siendo una blandengue mujer de las tierras húmedas.

Todos los ojos se prendieron en ella mientras se encaminaba al espacio despejado en el centro del patio, al punto que había estudiado y sentido hasta que lo conoció con los ojos cerrados. Había un gozo en asir el Poder, en trabajar el *Saidar*, que no sabía expresar con palabras. Sentirse rebosante de él, estar envuelta en él, era como sentirse más viva que nunca. Una ilusión, según las Sabias, tan falsa y peligrosa como un espejismo de agua en el Termool, si bien parecía más real que las losas del suelo bajo sus pies. Luchó contra el impulso de absorber más; ya asía casi el límite de su capacidad. Todo el mundo se aproximó mientras realizaba el tejido de los flujos.

Que hubiese ciertas cosas que muchas Aes Sedai no podían hacer seguía sorprendiendo a Aviendha, después de todo lo que había visto. Varias mujeres del Círculo tenían fuerza suficiente, pero sólo Sumeko y, cosa curiosa, Reanne estudiaban abiertamente lo que estaba haciendo. Sumeko llegó incluso a sacudirse de encima la mano de Nynaeve, que intentaba darle unas palmaditas de ánimo, con lo que se ganó una mirada de estupefacta indignación por parte de la antigua Zahorí, y de la que Sumeko no se percató al tener los ojos prendidos en Aviendha. Todas las Detectoras de Vientos poseían fuerza suficiente para realizarlo. Observaron tan ávidamente como habían mirado el Cuenco. El acuerdo les daba derecho a ello.

Aviendha enfocó y los flujos se tejieron creando un nexo entre el lugar actual y el que Elayne, Nynaeve y ella habían elegido en un mapa. Hizo un gesto como si abriese las solapas de entrada a una tienda. No era parte del tejido que Elayne le había enseñado, pero sí era casi lo único que podía recordar de lo que había hecho ella por sí misma, mucho antes de que Egwene abriese su primer acceso. Los flujos confluyeron en una línea vertical, plateada, que rotó sobre sí misma y se convirtió en un agujero en el aire, más alto que un hombre e igual de ancho. Más allá se encontraba un claro amplio rodeado de árboles de quince o veinte metros de altura, varios kilómetros al norte de la ciudad, al otro lado del río. La hierba seca y alta hasta la rodilla llegaba justo al borde del acceso y se mecía con una suave brisa; no es que la línea hubiese girado sobre sí misma, sólo daba la impresión de hacerlo. Algunas de las hierbas estaban sesgadas limpiamente por la mitad, algunas a todo lo largo. Los bordes de un acceso hacían que el filo de una cuchilla pareciera embotado en comparación.

Su obra la llenó de insatisfacción. Elayne era capaz de crear ese tejido utilizando sólo parte de su fuerza, pero, por alguna razón, ella necesitaba emplear casi toda la suya. Estaba convencida de que podría tejer una puerta más grande, tanto como las que hacía Elayne, si usaba los tejidos que había realizado sin pensar cuando intentaba escapar de Rand al'Thor, lo

que ahora le parecía muchísimo tiempo atrás. No sentía envidia —por el contrarió, los logros de su medio hermana eran motivo de orgullo para ella—, pero su propio fracaso hacía brotar la vergüenza en su corazón. Sorilea y Amys serían muy duras con ella si lo supieran. Lo de la vergüenza. Demasiado orgullo, argumentarían. Amys debería entenderlo; al fin y al cabo, había sido Doncella, y era motivo de vergüenza el fracaso en lo que uno debía ser capaz de hacer. De no ser porque tenía que mantener el tejido, habría echado a correr para que nadie la viera.

La partida se había planeado meticulosamente, y todo el patio de los establos se puso en movimiento de golpe en el momento en que el acceso quedó abierto del todo. Dos de las mujeres del Círculo tiraron de la encapuchada Seguidora de la Sombra y la pusieron de pie, en tanto que las Detectoras de Vientos se apresuraban a formar una fila detrás de Renaile din Calon. Los criados empezaron a sacar los caballos de las cuadras. Lan, Birgitte y uno de los Guardianes de Careane, un hombre larguirucho llamado Cieryl Arjuna, cruzaron de inmediato el acceso, uno detrás de otro. Al igual que las *Far Dareis Mai*, los Guardianes reclamaban el derecho a actuar como avanzadilla de reconocimiento. Aviendha sentía unas ganas inmensas de ir en pos de ellos, pero eso no tenía sentido. A diferencia de Elayne, no podía alejarse más de cinco o seis pasos de ese tejido sin que empezara a debilitarse, y ocurría lo mismo si intentaba atarlo. Resultaba muy frustrante.

En esa ocasión no se preveía realmente un peligro, de modo que las Aes Sedai pasaron a continuación; también Elayne y Nynaeve. Las granjas abundaban en aquel terreno arbolado, y podría haber algún pastor errabundo o una pareja de jóvenes en busca de intimidad a los que habría que alejar para que no viesen lo que no debían, pero ningún Seguidor de la Sombra o Depravado de la Sombra podía tener noticia de aquel claro; sólo Elayne, Nynaeve y ella lo conocían y no habían hablado mientras hacían la elección por miedo a que alguien estuviese escuchando a escondidas. Parada delante del acceso, Elayne dirigió una mirada interrogante a Aviendha, pero la Aiel le indicó con un gesto que continuara. Los planes se elaboraban para seguirlos a menos que hubiese un motivo para cambiarlos.

Las Detectoras de Vientos empezaron a cruzar hacia el claro, todas ellas de repente irresolutas cuando se aproximaban a aquella cosa que jamás habrían imaginado siquiera e inhalaban hondo antes de traspasarla. Y, de pronto, el picorcillo en la espalda de Aviendha surgió de nuevo.

Los ojos de la Aiel se alzaron hacia las ventanas que daban al patio de las caballerizas. Cualquiera podría estar escondido tras las blancas celosías de hierro forjado o de madera trabajada en complejos diseños. Tylin había ordenado a los criados que no se acercaran a esas ventanas, pero ¿quién impediría que lo hiciese Teslyn o Joline o...? Algo la hizo mirar más arriba, hacia las cúpulas y las esbeltas torres, y en una de ellas, muy alto, divisó una figura perfilada por la intensa aureola del sol que brillaba a su espalda. Un hombre.

Contuvo la respiración. Nada en su postura, con las manos sobre el repecho de piedra, denotaba amenaza, pero aun así Aviendha supo que era él quien provocaba el escalofrío entre sus omóplatos. Un Depravado de la Sombra no se limitaría a quedarse allí, observando, pero esa criatura, el *gholam...* Sintió como si se formase hielo en sus entrañas. Podría tratarse de un simple sirviente de palacio. Sí, podía serlo, pero Aviendha no lo creía. No había vergüenza en reconocer el miedo.

Dirigió una mirada ansiosa a las mujeres que seguían cruzando el acceso con desesperante lentitud. La mitad de las Atha'an Miere ya había pasado, y las componentes del Círculo aguardaban detrás del resto, con la Seguidora de la Sombra asida firmemente, debatiéndose entre su propia incertidumbre ante el acceso y el resentimiento porque se hubiese dejado pasar antes a las mujeres de los Marinos. Si expresaba sus sospechas, las Allegadas saldrían corriendo —la mera mención de los Depravados de la Sombra les dejaba seca la boca y les producía retortijones en el vientre— y por su parte a las Detectoras de Vientos se les podría ocurrir reclamar el Cuenco de inmediato. Para ellas, el Cuenco estaba por encima de todo. No obstante, sólo un necio se quedaría rascándose mientras un león se acercaba al rebaño al que han encomendado guardar. Cogió a una de las Atha'an Miere por la

manga de seda roja.

—Dile a Elayne... —Un rostro como pulida piedra negra se volvió hacia ella; de algún modo la mujer se las arreglaba para que los labios turgentes pareciesen finos; sus ojos semejaban guijos negros, duros e inexpresivos. ¿Qué mensaje podía enviar que no diera lugar a todos los problemas que temía de ellas?—. Diles a Elayne y a Nynaeve que no se fíen. Diles que el enemigo siempre llega cuando menos se espera.

La Detectora de Vientos asintió con mal disimulada impaciencia, pero sorprendentemente esperó a que Aviendha le soltase la manga para cruzar el acceso.

El parapeto en lo alto de la torre estaba vacío, pero ello no fue un alivio para Aviendha. El hombre podía encontrarse en cualquier parte, tal vez de camino al patio de las caballerizas. Quienquiera que fuese, *era* peligroso; no eran imaginaciones suyas. Los últimos cuatro Guardianes habían formado un cuadrado alrededor del acceso y serían los últimos en cruzarlo; por mucho que despreciara sus espadas, agradecía que alguien más aparte de ella supiera cómo utilizar un arma. Tampoco era que fueran a tener más posibilidades contra un *gholam* —o, peor aún, contra un Depravado de la Sombra— que los criados que esperaban con los caballos. O que ella misma.

Absorbió más Poder, hasta que la dulzura del *Saidar* se tornó casi en dolor. Una mínima fracción más y el dolor se volvería un suplicio insoportable durante los instantes que tardara en morir o en perder la habilidad para siempre. ¡Por qué no apretaban el paso esas calmosas mujeres! No había vergüenza en sentir miedo, pero Aviendha mucho se temía que el suyo se le reflejaba en el semblante.

Librodot

CAPÍTULO 2

Deshacer un tejido

Elayne se hizo a un lado tan pronto como cruzó el acceso, pero Nynaeve avanzó por el claro, ahuyentando saltamontes marrones de la hierba marchita y oteando aquí y allí en busca de los Guardianes. De un Guardián, mejor dicho. Un pájaro de plumaje rojo intenso pasó volando sobre el claro y desapareció. No se movía nada aparte de las hermanas; una ardilla gritó furiosamente en los árboles casi desnudos de hojas, y luego reinó el silencio. A Elayne le parecía imposible que esos tres pudieran haber pasado por la hierba sin dejar tras de sí un camino tan ancho como el que dejaba Nynaeve y, sin embargo, no distinguía señal alguna de que hubiesen estado allí.

Percibía a Birgitte en algún lugar a su izquierda, más o menos hacia el sudoeste, le parecía, y en buen estado de ánimo, obviamente sin encontrarse en peligro inminente. Careane, que formaba parte del círculo protector en torno a Sareitha y el Cuenco, ladeaba la cabeza casi como si percibiera algo. Por lo visto, su Cieryl se encontraba al sudeste. Lo que significaba que Lan estaba al norte. Curiosamente, el norte era la dirección hacia la que Nynaeve escudriñaba, sin dejar de murmurar entre dientes. Tal vez el matrimonio había despertado en ella alguna clase de percepción del hombre. Lo más probable era que hubiese captado un rastro que a ella se le había pasado por alto. Nynaeve era tan diestra en conocimientos de la vida del bosque como en las hierbas.

Desde donde Elayne se había situado al principio podía ver claramente a Aviendha a través del acceso; la Aiel escudriñaba las zonas altas de palacio como si esperase una emboscada. Por su postura, podría haber portado las lanzas, lista para lanzarse a la lucha vestida con su traje de montar. Sonrió al ver su empeño en ocultar la angustia por los problemas que tenía con el acceso, cuando era mucho más valiente que ella. Sin embargo, no podía evitar preocuparse al mismo tiempo. Aviendha era valerosa, sí, y Elayne no conocía a nadie que mantuviese la calma como la Aiel, pero también podría decidir que el *ji'e'toh* le exigía luchar cuando no quedaba más remedio que huir. El brillo que la envolvía era tan intenso que resultaba obvio que no podía absorber más *Saidar.* Si uno de los Renegados apareciese...

«Debí quedarme con ella.» Elayne rechazó la idea de inmediato. Diese la excusa que diese, Aviendha se daría cuenta de la verdad y a veces era tan susceptible como un hombre. Casi siempre, en realidad. Sobre todo cuando tenía que ver con su honor. Suspirando, Elayne dejó que las Atha'an Miere la apartaran del acceso a medida que lo cruzaban, si bien se mantuvo lo bastante cerca para oír si alguien gritaba al otro lado. Lo bastante para acudir en ayuda de Aviendha en un abrir y cerrar de ojos. Y por otra razón.

Las Detectoras de Vientos cruzaron por orden de rango, esforzándose por mantener el gesto impasible, pero incluso Renaile relajó los hombros tensos una vez que sus pies descalzos pisaron la alta hierba agostada. Algunas se sacudieron con un leve estremecimiento, rápidamente contenido, o volvieron la vista hacia atrás contemplando con los ojos muy abiertos el acceso. Todas, de la primera a la última, dirigieron una mirada desconfiada a Elayne al pasar ante ella, y dos o tres abrieron la boca, tal vez para preguntar qué hacía allí o quizá para pedirle —o decirle— que se moviera. Se alegró de que se apresuraran a seguir adelante obedeciendo las secas y apremiantes palabras de Renaile. Ya era bastante que pronto

pudieran decir a las Aes Sedai lo que debían hacer para que, encima, empezaran ya con ella.

Aquella idea le provocó un vacío en el estómago, y lo nutrido de su número la hizo sacudir la cabeza. Poseían el conocimiento del clima para utilizar adecuadamente el Cuenco, pero aun así hasta Renaile había convenido —aunque a regañadientes— en que cuanto más Poder se dirigiese a través del Cuenco mayores posibilidades habría de arreglar el clima. Debía dirigirse con una precisión imposible excepto para una mujer sola o un círculo, sin embargo. De modo que tenía que ser un círculo completo de trece, entre las que, por supuesto, estarían incluidas Nynaeve, Aviendha y ella misma, y tal vez algunas Allegadas, pero obviamente Renaile intentaba saltar a la parte del acuerdo que decía que se les permitiría aprender cualquier habilidad que las Aes Sedai pudiesen enseñarles. La creación del acceso había sido la primera, y formar un círculo sería la segunda. Lo extraño era que no hubiese llevado a todas las Detectoras de Vientos que había en la bahía. ¡Imagina, intentar tratar con trescientas o cuatrocientas mujeres de ésas! Elayne dio las gracias a la Luz de que sólo hubiera veinte.

Pero no estaba allí para contarlas. A medida que cada Detectora de Vientos cruzaba el acceso, a poco más de un paso de distancia entre sí, Elayne se abrió para percibir la fuerza de cada una con el Poder. Con el lío de convencer a Renaile de que fuera y todo lo demás, antes sólo había tenido oportunidad de aproximarse lo bastante a unas pocas para comprobarlo. Por lo visto, el grado de rango entre las Detectoras de Vientos no se relacionaba con la edad ni con la fuerza; Renaile estaba lejos de ser la más fuerte, ni siquiera se contaba entre las tres o cuatro primeras; por otro lado, Senine, una mujer de cabello muy canoso y mejillas ajadas, se situaba casi al final. Hecho curioso, por las marcas en sus orejas parecía que Senine habría llevado en algún momento más de seis pendientes, y más gruesos de los que en ese momento lucía.

Clasificó y guardó información de rostros y nombres que conocía con una creciente sensación de complacencia. Era posible que las Detectoras de Vientos se hubiesen asegurado la primera mano de la partida, si se la podía llamar así, y Nynaeve y ella podrían encontrarse metidas en un buen problema, tanto con Egwene como con la Antecámara de la Torre, cuando las condiciones de su acuerdo se supieran, pero ninguna de esas mujeres se encontrarían en una posición particularmente alta entre las Aes Sedai. No baja, pero tampoco alta. Se exhortó para sus adentros a no ser petulante —no cambiaba nada lo que habían acordado—, pero resultaba muy difícil no hacerlo. Después de todo, aquéllas eran la flor y nata entre las Atha'an Miere. Al menos allí, en Ebou Dar. Y si hubiesen sido Aes Sedai, todas ellas, desde Kurin, con su pétrea mirada, hasta la propia Renaile, habrían escuchado cuando ella hablase y se habrían puesto de pie cuando hubiese entrado en una habitación. Si fueran Aes Sedai y se comportaran como debieran.

Y entonces llegó el final de la fila, y Elayne dio un respingo cuando una joven Detectora de Vientos de uno de los barcos más pequeños, una mujer de mejillas llenas llamada Rainyn, con la ropa de sencilla seda azul y apenas media docena de adornos colgando en la cadena que unía un pendiente de la oreja al de la nariz, pasó ante ella. Las dos aprendizas, la delgada Talaan con aspecto de chico y Metarra, de enormes ojos, cruzaron las últimas con expresión acosada. Aún no se habían ganado el anillo de la nariz, y menos la cadena, y un único aro fino de oro en la oreja izquierda equilibraba los tres de la derecha. Los ojos de Elayne las siguieron a las tres contemplándolas casi de hito en hito. Y sin casi.

Las Atha'an Miere se agruparon junto a Renaile de nuevo, casi todas, como ella, mirando ansiosamente a las Aes Sedai y el Cuenco. Las tres últimas mujeres se situaron detrás del todo, las aprendizas con el aire de quien duda de si tiene derecho a estar allí, mientras que Rainyn, cruzada de brazos a imitación de Renaile, no mostraba más seguridad que las otras dos. La Detectora de Vientos de una centella, el tipo de nave menor de los Marinos, rara vez se encontraba en compañía de la Detectora de Vientos de la Señora de las Olas de su clan, por no mencionar a la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos. Rainyn igualaba en fuerza a Lelaine o a Romanda, y Metarra estaba al mismo nivel de la propia Elayne, en tanto que Talaan... Talaan, tan sumisa con su blusa de lino rojo y los ojos bajos casi siempre, se

Librodot

acercaba mucho a Nynaeve. Muchísimo. Lo que era más, Elayne sabía que ella aún no había alcanzado todo su potencial, al igual que Nynaeve. ¿Cuánto les faltaba a Metarra y a Talaan? Se había acostumbrado a la idea de que sólo Nynaeve y los Renegados la superaban en fuerza. Bueno, y Egwene, pero ella se había visto forzada, y su propio potencial, y el de Aviendha, igualaban el de Egwene. «Adiós a la propia complacencia», se dijo compungida. Lini le habría dicho que era lo que merecía por dar las cosas por sentadas.

Riendo para sí, Elayne se volvió para comprobar cómo le iba a Aviendha, pero las componentes del Círculo se encontraban paradas, como si hubiesen echado raíces en un punto delante del acceso, encogidas bajo las frías miradas de Careane y Sareitha. Todas excepto Sumeko, y tampoco ella se movía a pesar de sostener las miradas de las hermanas. Kirstian parecía a punto de echarse a llorar.

Reprimiendo un suspiro, Elayne condujo a las Allegadas para quitarlas del camino de los mozos de cuadra, que esperaban a pasar con los caballos. Las mujeres de Círculo la siguieron como corderos —ella era la pastora, y Merilille y las otras, los lobos— y se habrían movido más rápido de no ser por Ispan.

Famelle, una de las únicas cuatro componentes del Círculo que no tenían canas o el cabello blanco, y Eldase, una mujer de ojos fieros salvo cuando miraba a una Aes Sedai, sostenían a Ispan por los brazos. Parecían incapaces de decidirse entre sujetarla lo suficiente para mantenerla erguida y no apretarla demasiado, con el resultado de que la hermana Negra se movía arriba y abajo, como una boya en el agua, hundiéndose al flexionar las rodillas cuando aflojaban los dedos y luego irguiéndose de nuevo antes de caerse del todo.

—Perdonadme, Aes Sedai —murmuraba sin cesar Famelle a Ispan con un ligero acento tarabonés—. Oh, lo siento, Aes Sedai.

Eldase se encogía y soltaba un pequeño gemido cada vez que Ispan tropezaba. Como si Ispan no hubiese tenido que ver en el asesinato de dos de las suyas y sólo la Luz sabía de cuántos otros. Se preocupaban por una mujer que iba a morir. Los asesinatos en los que había conspirado en la Torre bastaban para condenarla por sí mismos.

—Llevadla a un lado —ordenó Elayne haciendo un ademán hacia el claro.

La obedecieron, realizando reverencias y a punto de dejar caer a Ispan, musitando disculpas a Elayne y a la prisionera encapuchada. Reanne y las demás las siguieron presurosas, sin dejar de lanzar miradas ansiosas a las hermanas agrupadas junto a Merilille.

Casi de inmediato la guerra de miradas comenzó de nuevo: las Aes Sedai a las Allegadas, éstas a las Detectoras de Vientos, y las Atha'an Miere a cualquiera sobre quien posaran sus ojos. Elayne apretó los dientes. No iba a gritarles. Nynaeve siempre obtenía mejores resultados con gritos, pero ella no quería meterles un poco de sentido común sacudiéndolas de una en una, hasta que los dientes les castañetearan. Incluida Nynaeve, que se suponía debería estar organizando a todo el mundo, en lugar de escudriñar los árboles. Pero ¿qué pasaría si fuese Rand el que pudiera morir a menos que ella encontrase un modo de salvarlo?

De repente se le llenaron los ojos de lágrimas ardientes. Rand *iba* a morir, y no había nada que ella pudiese hacer para impedirlo.

—Gracias, Lini —musitó. A veces su vieja nodriza era irritante, jamás admitía que alguna de las niñas que había tenido a su cargo había crecido, pero sus consejos siempre eran buenos. Sólo porque Nynaeve no cumpliera con sus obligaciones no era motivo para que ella descuidara las suyas.

Los criados habían empezado a cruzar con los caballos al trote nada más haber pasado las Allegadas, comenzando con los animales de carga. Ninguno de esos animales transportaban cosas tan frívolas como vestidos. Podían caminar si los caballos para montar se tenían que dejar al otro lado del acceso, y llevar la misma ropa si los restantes de carga tenían que quedarse atrás, pero lo que iba en aquellos primeros no se podía dejar a los Renegados. Elayne llamó con un gesto a la mujer de tez curtida como el cuero que conducía al primero para que la siguiera, quitándose del paso de los demás.

Desató y retiró la rígida cubierta de una de las alforjas de mimbre, dejando a la vista un

Librodot

montón de lo que parecían ser desechos metidos de modo que cupiese la mayor cantidad posible de ellos, algunos envueltos en trapos que se caían a trozos. Probablemente la mayor parte era cochambre. Elayne abrazó el *Saidar* y empezó la clasificación. Un peto oxidado fue a parar al suelo, junto con la pata rota de una mesa, una fuente rajada, una jarra de peltre muy abollada y un rollo de tela podrida que casi se deshizo entre sus dedos.

El almacén donde habían encontrado el Cuenco de los Vientos había estado abarrotado con cosas que deberían estar en la basura, mezcladas con otros objetos de Poder aparte del Cuenco, algunos guardados en barriles y baúles comidos por la carcoma y otros amontonados de cualquier manera. Durante cientos y cientos de años las Allegadas habían escondido todas las cosas que encontraron que tenían conexión con el Poder, temerosas de utilizarlas y también de entregarlas a las Aes Sedai. Hasta aquella mañana. Era la primera ocasión que tenía Elayne de ver lo que merecía la pena guardarse. Quisiera la Luz que los Amigos Siniestros no se hubiesen llevado nada importante; habían arramplado con algo, si bien menos de una cuarta parte de lo que contenía la habitación, porquería incluida. Quisiera la Luz que encontrara algo que les fuese útil. Había muerto gente por sacar esas cosas del Rahad.

No encauzó, sino que se limitó a asir el Poder mientras sacaba cada objeto. Una taza de barro desportillada, tres platos rotos, un vestido de niño apolillado y una vieja bota con un agujero en un lado también acabaron en el suelo. Una piedra cincelada, poco más grande que su mano —al tacto daba la impresión de ser piedra, y podría estar cincelada, aunque por alguna razón no parecía obra del cincel—, toda ella llena de curvas de color azul profundo, vagamente semejantes a raíces, pareció calentarse ligeramente al tocarla; tenía una... resonancia con el *Saidar.* Era el término más preciso que se le ocurría. No tenía ni idea de la función para la que servía, pero indudablemente se trataba de un *ter'angreal.* Lo dejó al otro lado, separado del montón de desechos.

Éste siguió creciendo, pero también lo hizo el otro, aunque más despacio, con cosas que no tenían nada en común salvo la reacción de un débil aumento de temperatura al tocarlo y la sensación de reflejar el Poder como un eco: una caja pequeña que tenía el tacto de marfil, cubierta de franjas rojas y verdes de intensidad irregular, que dejó en el suelo cuidadosamente, sin abrir la tapa de bisagras, ya que nunca se sabía qué podía accionar un *ter'angreal*; una varita negra, no más gruesa que su dedo meñique y de tres palmos de largo, rígida pero aun así tan flexible que seguramente habría podido doblarla hasta que se tocaran sus puntas; un frasquito que podría ser cristal, con tapón, que contenía un líquido rojo oscuro; la estatuilla de un hombre robusto, barbudo, con una sonrisa jovial, que sostenía un libro; esta talla, que medía unos cincuenta centímetros, parecía de bronce oscurecido por el paso del tiempo, y Elayne tuvo que sacarla con las dos manos. Y más cosas, en su mayoría, desechos. Ninguna era lo que quería realmente. Todavía.

—¿Es un buen momento para hacer esto? —preguntó Nynaeve, que se había inclinado sobre el pequeño montón de *ter'angreal* y se irguió prestamente mientras torcía el gesto y se frotaba la mano contra la falda—. Esa varita comunica... dolor —murmuró.

La mujer de rostro severo que sujetaba el arreo del caballo de carga parpadeó y se apartó de la varita. Elayne miró el objeto —las sensaciones que Nynaeve percibía de vez en cuando al tocar objetos podían resultar útiles—, pero siguió clasificando los que había en el cesto. Desde luego, había habido mucho dolor últimamente para tener que soportar más. Tampoco es que las percepciones de Nynaeve fueran siempre tan precisas. Tal vez la varita había estado donde se había infligido un gran dolor sin ser ella la causa. Casi había vaciado la alforja de mimbre, y algo de lo cargado al otro lado del caballo tendría que cambiarse para equilibrar el peso.

—Si hay un *angreal* entre todo esto, Nynaeve, me gustaría encontrarlo antes de que Moghedien nos dé un toquecito en el hombro.

La antigua Zahorí gruñó ásperamente, pero se asomó al cesto de mimbre.

Tras echar al suelo otra pata de mesa —con ésta ya sumaban tres, todas diferentes—, Elayne echó una ojeada al claro. Todos los animales de carga habían cruzado y las monturas estaban pasando por el acceso, abarrotando los espacios entre los árboles en medio de mucha

Librodot

confusión y bullicio. Merilille y las otras Aes Sedai ya habían subido a las suyas, disimulando apenas su impaciencia por partir, en tanto que Pol se afanaba con las alforjas de su señora; pero las Detectoras de Vientos... Garbosas a pie y garbosas en sus barcos, no estaban acostumbradas a los caballos. Renaile intentaba montar por el lado equivocado, y la apacible yegua elegida para ella giraba en lentos círculos alrededor del caballerizo que sujetaba la brida con una mano mientras con la otra se tiraba del pelo por la frustración e intentaba en vano corregir a la Detectora de Vientos. Dos de las mujeres que trabajaban en los establos trataban de aupar a Dorile, que servía a la Señora de las Olas del clan Somarin, a la silla, en tanto que una tercera agarraba la cabeza del rucio y mostraba el gesto tirante de quien procura no reírse. Rainyn había subido a un castrado pardo de patas largas, pero, a saber cómo, sin meter ningún pie en los estribos ni asir las riendas, y con muchos problemas para encontrar cualquiera de ellos. Y esas tres parecían las que menos dificultades habían tenido. Los caballos relinchaban, caracoleaban y giraban los ojos, y las Detectoras de Vientos gritaban maldiciones en voz tan alta que podrían haberse oído por encima de un vendaval. Una de ellas asestó tal puñetazo a uno de los criados que el hombre cayó grogui al suelo, y otros tres caballerizos intentaban coger los caballos que se habían soltado y andaban libres.

También vio lo que esperaba, puesto que Nynaeve había dejado de otear los árboles. Lan se encontraba junto a su caballo de batalla negro, *Mandarb*, dividiendo la vigilancia entre la línea de árboles, el acceso y Nynaeve. Birgitte salió del bosque caminando a buen paso y sacudiendo la cabeza, y al cabo de un momento, Cieryl apareció trotando, pero sin aire de urgencia. No había nada ahí fuera que los amenazase o pudiera causarles molestias.

Nynaeve la observaba atentamente, enarcadas las cejas.

—No he dicho nada —manifestó Elayne. Su mano se cerró sobre algo pequeño. Envuelto en un trapo apolillado que quizás en otro tiempo fuera blanco. O marrón. Al punto supo lo que había debajo.

—Más te vale —rezongó Nynaeve, sin molestarse en bajar la voz—. No soporto a las mujeres que meten sus narices en los asuntos de otros.

Elayne pasó por alto el comentario sin respingar siquiera; se enorgullecía de no haber tenido que morderse la lengua.

Retiró el trozo de tela podrido y dejó a la vista un pequeño broche de ámbar con forma de tortuga. Al menos parecía ámbar, y tal vez lo había sido en algún momento, pero cuando la joven se abrió a la Fuente a través de él, el *Saidar* fluyó impetuoso dentro de ella, un torrente en comparación con lo que habría absorbido por sí misma sin correr peligro. No era un *angreal* potente, pero sí mucho mejor que nada. Con él podía asimilar el doble de Poder que Nynaeve, y ésta lo haría aún mejor. Soltó el flujo extra de *Saidar* y deslizó el broche en su escarcela con una sonrisa de felicidad antes de reanudar la búsqueda. Donde había uno, podía haber más. Y ahora que tenía uno para estudiarlo, tal vez fuese capaz de dilucidar cómo crear un *angreal.* Eso era algo que deseaba desde hacía tiempo. Tuvo que esforzarse para no sacar de nuevo el broche y empezar a sondearlo allí mismo.

Vandene, que había estado observando a Nynaeve y a ella durante un rato, taconeó a su castrado en su dirección; al llegar a su lado desmontó. La caballeriza que iba a la cabeza de los caballos de albardón se las ingenió para hacer una reverencia decente aunque con torpeza, que era más que lo que había hecho con Nynaeve y ella.

—Eres prudente, y eso está bien —dijo Vandene a Elayne—. Pero quizá sería mejor dejar esas cosas en paz hasta que se encuentren en la Torre.

Elayne apretó los labios. ¿En la Torre? Hasta que pudieran ser examinadas por otras, eso era realmente lo que quería decir. Alguien de más edad y supuestamente con más experiencia.

—Seguiré con ello, Vandene. Después de todo, yo he creado *ter'angreal*, algo que ninguna otra persona viva ha sido capaz de hacer. —Había enseñado las nociones básicas a algunas hermanas, pero ninguna había cogido el truco para cuando se marchó hacia Ebou Dar.

La Verde mayor asintió mientras se golpeaba la palma de la mano con las riendas en actitud ociosa.

Librodot

—Martina Janata también sabía lo que hacía, según tengo entendido —comentó como sin darle importancia—. Fue la última hermana que realmente se dedicó a estudiar los *ter'angreal.* Lo hizo durante cuarenta años, casi desde el momento que alcanzó el chal. También era muy cuidadosa, al parecer. Entonces, un día, la doncella de Martina la encontró inconsciente en el suelo de su sala de estar. Víctima de la consunción. —Incluso en un tono coloquial aquellas palabras fueron como una bofetada. Empero, la voz de Vandene no se alteró un ápice—. Su Guardián murió de la impresión, algo que no resulta sorprendente en casos así. Cuando Martina volvió en sí, tres días después, no recordaba en qué había estado trabajando, ni nada de lo ocurrido la semana anterior. De eso hace más de veinte años, y nadie desde entonces ha tenido coraje suficiente para tocar cualquiera de los *ter'angreal* que se encontraban en su cuarto. Sus notas mencionaban hasta el último de ellos, y todo lo que había descubierto era inocuo, inocente, incluso frívolo, pero... —Vandene se encogió de hombros—. Dio con algo que no esperaba.

Elayne echó una ojeada a Birgitte y se encontró con que ésta la estaba mirando también. No necesitaba ver el ceño preocupado de la arquera; se reflejaba en su mente, en esa pequeña parte que *era* Birgitte y en el resto. La mujer percibía su preocupación y viceversa, hasta el punto en que a veces resultaba difícil distinguir cuál pertenecía a quién. Ponía en riesgo algo más que a sí misma, pero *sabía* lo que hacía. Más que cualquiera, al menos. E incluso si ninguno de los Renegados aparecía, necesitaban todos los *angreal* que pudiese encontrar.

—¿Qué le ocurrió a Martina? —preguntó en voz queda Nynaeve—. Posteriormente, quiero decir. —Le resultaba casi imposible saber que alguien había sufrido un mal sin desear curarlo; quería Curar todo.

Vandene torció el gesto. Había sido ella la que había sacado a colación el caso de Martina, pero a las Aes Sedai no les gustaba hablar de mujeres que se habían consumido o habían sido neutralizadas. No les hacía gracia recordarlas.

—Desapareció una vez que se encontró bien para marcharse de la Torre —se apresuró a contestar—. Lo que importa recordar es que era muy cuidadosa. No la conocí, pero me contaron que manejaba cada *ter'angreal* como si no supiese cómo iba a reaccionar a continuación, hasta el que fabrica el paño de las capas de los Guardianes, y nadie ha sido capaz de lograr que realice otra cosa distinta. Era muy precavida, pero no le sirvió de nada.

Nynaeve puso un brazo alrededor del canasto casi vacío.

—Quizá realmente deberías... —empezó.

—¡Noooo! —chilló Merilille.

Elayne giró velozmente sobre sí misma a la par que se abría de nuevo a través del *angreal*, consciente sólo a medias de que el *Saidar* también fluía en Nynaeve y Vandene. El brillo del Poder surgió en torno a todas las mujeres del claro que podían abrazar la Fuente. Merilille estaba echada hacia adelante en la silla de montar, con los ojos desorbitados y una mano extendida hacia el acceso. Elayne frunció el entrecejo. Allí no había nadie, excepto Aviendha y los últimos cuatro Guardianes, todos sobresaltados cuando empezaban a alejarse del acceso y buscando el peligro con las espadas medio desenvainadas. Entonces reparó en lo que Aviendha estaba haciendo y casi perdió contacto con el *Saidar* por la impresión.

El acceso temblaba mientras Aviendha deshacía cuidadosamente el tejido que había hecho. Se estremeció y se dobló, los bordes se tornaron irregulares. Los últimos flujos se soltaron y, en lugar de desvanecerse de golpe, el agujero titiló, de manera que la imagen del patio a través de él se fue borrando hasta acabar evaporándose como niebla al sol.

—¡Eso es imposible! —dijo Renaile con incredulidad. Un murmullo estupefacto de acuerdo se alzó entre las Detectoras de Vientos.

Las Allegadas miraban atónitas a Aviendha, abriendo y cerrando la boca sin emitir sonidos. Elayne asintió lentamente a despecho de sí misma. Obviamente era posible, pero una de las primeras cosas que le habían advertido de novicia era que nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia, intentara lo que Aviendha acababa de realizar. Le habían dicho que deshacer un tejido, cualquier tejido, en lugar de dejar que se disipase, siempre acarreaba un desastre inevitable. Inevitable.

Librodot

—¡Muchacha estúpida! —barbotó Vandene con una expresión tormentosa en el semblante. Se acercó a zancadas a Aviendha arrastrando tras de sí a su castrado—. ¿Eres consciente de lo que has estado a punto de provocar? ¡Un desliz, uno solo, y quién sabe cómo se habría partido el tejido y las consecuencias que habría tenido! ¡Podrías haber destruido todo lo que hay en cien pasos a la redonda! ¡En quinientos! ¡Todo! Podrías haberte provocado la consunción y...

—Era necesario —la interrumpió Aviendha. Un coro de protestas se alzó entre las Aes Sedai montadas que se agolpaban alrededor de Vandene, pero la Aiel las miró ferozmente y alzó su voz sobre las de ellas—. Conozco el peligro, Vandene Namelle, pero era necesario. ¿Es ésta otra de las cosas que vosotras, las Aes Sedai, no sabéis hacer? Las Sabias dicen que cualquier mujer puede aprender, si se le enseña, algunas más y otras menos, pero cualquiera puede si sabe cómo deshacer un bordado. —Hablaba sin tono de sorna. Casi.

—¡Esto no es ningún bordado, muchacha! —La voz de Merilille sonaba como el hielo en pleno invierno—. ¡Cualquiera que sea el supuesto entrenamiento que se imparte entre tu gente, es imposible que sepáis con lo que estáis jugando! ¡Tendrás que prometerme, que jurarme, que no volverás a hacerlo!

—Su nombre debería estar en el libro de novicias —dijo con tono firme Sareitha, que seguía sosteniendo el Cuenco contra su pecho—. Siempre lo he dicho. Debería apuntársela en el libro.

Careane asintió mientras su mirada severa parecía tomar medidas a Aviendha para el vestido de novicia.

—De momento tal vez no sea necesario —dijo Adeleas a la Aiel mientras se inclinaba sobre la silla de montar—, pero debes dejar que te guiemos. —El tono de la hermana Marrón era mucho más suave que el de las otras; sin embargo, no estaba haciendo ninguna sugerencia.

Tal vez un mes antes Aviendha habría empezado a encogerse bajo todas aquellas miradas desaprobadoras de Aes Sedai, pero no en ese momento. Elayne se abrió paso apresuradamente entre los caballos antes de que su amiga decidiera desenvainar el cuchillo que acariciaba en ese momento. O hacer algo peor.

—Quizás alguien debería preguntar por qué pensó que era necesario —intervino al tiempo que rodeaba los hombros de la Aiel, tanto para mantenerle los brazos pegados al cuerpo como en un gesto de consuelo.

Aviendha no la incluyó en la mirada exasperada que dirigió a las otras hermanas.

—Así no quedan residuos —contestó en tono paciente. Demasiado—. Los residuos de un tejido de este tamaño podrían distinguirse hasta dentro de dos días.

Merilille resopló, un sonido muy fuerte para salir de un cuerpo tan menudo.

—Ése es un Talento muy escaso, muchacha. Ni Teslyn ni Joline lo tienen. ¿O es que acaso vosotras, las Aiel, también aprendéis eso?

—Pocas pueden hacerlo —admitió sosegadamente Aviendha—. Pero yo sí. —Sus palabras suscitaron otra clase de mirada, incluso de Elayne; verdaderamente era un Talento muy poco corriente. Pero ella no pareció advertirlo—. ¿Es que afirmáis que ninguno de los Depravados de la Sombra puede hacerlo? —continuó. La tensión de su hombro bajo la mano de Elayne denotaba que no estaba tan serena como aparentaba—. ¿Sois tan necias como para dejar rastros que puedan seguir vuestros enemigos? Cualquiera que sea capaz de interpretar los residuos podría abrir un acceso en este mismo lugar.

Eso habría requerido una gran destreza, una destreza enorme, pero la sugerencia bastó para que Merilille parpadease. Adeleas abrió la boca y luego la cerró sin decir nada, y Vandene frunció el entrecejo con gesto pensativo. Sareitha sólo dejó translucir preocupación. ¿Quién sabía qué Talentos tenían los Renegados y la medida de su pericia?

Cosa extraña, toda la ferocidad de Aviendha desapareció de golpe. Sus ojos se bajaron y sus hombros aflojaron la tensión.

—Quizá no debí correr el riesgo —musitó—. Con aquel hombre observándome no era capaz de pensar con claridad, y cuando desapareció... —Parte de su empuje reapareció, pero no mucho—. No creo que un hombre pueda interpretar mis tejidos —le explicó a Elayne—,

pero si era uno de los Depravados de la Sombra o incluso el *gholam...* Los Depravados de la Sombra saben mucho más que cualquiera de nosotras. Si me equivoqué, tengo un gran *toh.* Pero no lo creo. No, no lo creo.

—¿Qué hombre? —demandó Nynaeve.

Llevaba el sombrero torcido de haber pasado entre los caballos, y ello, junto con el ceño con que miró a todas sin excepción, la hacían parecer lista para una pelea. A lo mejor era así. El castrado de Careane la empujó de manera accidental con el hombro y ella le atizó un manotazo en el hocico.

—Algún criado —dijo Merilille, quitándole importancia—. A pesar de las órdenes de Tylin, los sirvientes altaraneses son un puñado de rebeldes. O tal vez era su hijo; ese chico es demasiado curioso.

Las hermanas que estaban alrededor asintieron.

—Difícilmente uno de los Renegados se habría limitado a observar —añadió Careane—. Tú misma lo dijiste. —No dejaba de dar palmaditas al cuello del castrado mientras dirigía una mirada acusadora a Nynaeve. Careane era una de esas personas que sentían por su caballo la clase de afecto que la mayoría de la gente reservaba para los bebés.

—Tal vez fuera un criado o tal vez Beslan. Tal vez —dijo Nynaeve.

Sin embargo, el modo en que aspiró el aire por la nariz dejó claro que no lo creía así. O que quería que las otras pensaran que no lo creía; era capaz de decir a alguien a la cara que era idiota de remate, pero si a cualquier otra persona se le ocurría decir lo mismo, salía en defensa de aquél hasta quedarse ronca. Por supuesto, todavía no parecía haber decidido si Aviendha le caía bien, pero lo que sí tenía muy claro era que no le gustaban las Aes Sedai de más edad. Se colocó el sombrero casi derecho y su mirada ceñuda pasó sobre todas antes de seguir hablando.

—Tanto si fue Beslan como el Oscuro en persona, no tiene sentido quedarnos aquí todo el día. Hemos de prepararnos y partir hacia la granja. ¿Y bien? ¡Moveos! —Dio una fuerte palmada e incluso Vandene respingó.

Poco quedaba por preparar cuando finalmente las hermanas se apartaron con sus caballos. Lan y los otros Guardianes no se habían quedado sentados una vez que comprendieron que no había peligro. Algunos de los criados habían regresado a través del acceso antes de que Aviendha lo deshiciera, pero el resto permanecía con la docena, más o menos, de animales de carga y miraban de vez en cuando a las Aes Sedai, obviamente preguntándose qué maravilla harían a continuación. Todas las Detectoras de Vientos estaban montadas, aunque torpemente, y sostenían las riendas como si esperaran que sus caballos salieran disparados en cualquier momento, o quizá que les creciesen alas y alzaran el vuelo. También habían montado ya las componentes del Círculo, con bastante más gracia, sin preocuparles que las faldas y enaguas les quedaran subidas más arriba de las rodillas, y con Ispan todavía encapuchada y atada sobre una silla, atravesada como un fardo. De todos modos no habría podido ir sentada en un caballo; sin embargo, hasta Sumeko abría mucho los ojos cada vez que los ponía en ella.

Nynaeve dirigió una mirada fulminante alrededor, dispuesta a flagelar con su hiriente lengua a todo el mundo para que hiciera lo que ya estaba hecho, pero entonces Lan le tendió las riendas de su gorda yegua marrón. Había rehusado categóricamente el regalo de un caballo mejor por parte de Tylin. Su mano tembló un poco al tocar la de Lan, y su cara cambió de color mientras se tragaba la ira que había estado a punto de soltar. Cuando él unió las manos para que apoyara el pie y montara, la mujer lo miró un instante como preguntándose qué pretendía y luego enrojeció de nuevo mientras la impulsaba hasta la silla. Elayne sacudió la cabeza; confiaba en que ella no se volvería idiota al casarse. Si es que se casaba.

Birgitte llevó su yegua gris plateada y el alazán claro que montaba Aviendha, pero pareció entender que quería hablar en privado con la Aiel. Asintió, casi como si Elayne hubiese dicho algo, se encaramó a su castrado pardo y fue a reunirse con los otros Guardianes que esperaban. Éstos la recibieron con leves inclinaciones de cabeza y todos empezaron a deliberar sobre algo en voz baja. A juzgar por las ojeadas que echaban a las hermanas, tenía

«algo» que ver con proteger a las Aes Sedai tanto si éstas querían como si no. Incluida ella, advirtió malhumorada Elayne. Sin embargo, no había tiempo para ocuparse de eso. Aviendha manoseaba torpemente las riendas de su caballo y miraba al animal del modo que una novicia miraría una cocina llena de ollas grasientas. A buen seguro, para la Aiel no había gran diferencia entre tener que fregar ollas y tener que cabalgar.

Mientras se ajustaba los guantes verdes, Elayne se las ingenió para desplazar a *Leona* como por casualidad, de manera que interpuso al animal entre los demás y ellas dos, y entonces rozó el brazo de Aviendha.

—Hablar con Adeleas y Vandene podría ser de ayuda —comentó con delicadeza. Tenía que abordar el asunto con mucho cuidado, tanto como para examinar cualquier *ter'angreal*—. Son lo bastante mayores para saber más de lo que imaginas. Ha de haber una razón para que hayas tenido... dificultades con el Viaje. —Era un modo muy suave de plantearlo. Al principio, Aviendha había estado a punto de no conseguir que el tejido funcionara ni poco ni mucho. Mucho cuidado. Aviendha era muchísimo más importante que cualquier *ter'angreal*—. Tal vez pueden ayudarte.

—¿Y cómo? —La Aiel tenía la vista prendida en la silla de su montura—. No saben Viajar. ¿Cómo van a poder ayudarme? —De repente sus hombros se hundieron y volvió la cabeza hacia Elayne. Increíblemente, las lágrimas brillaban en sus verdes ojos—. Eso no es verdad, al menos no del todo. Ellas no pueden ayudarme, pero... Tú eres mi medio hermana y tienes derecho a saberlo. Creen que me dejé asustar por un criado. Si pido ayuda, todo saldrá a relucir. Se sabrá que una vez Viajé para huir de un hombre, un hombre que en el fondo de mi corazón esperaba que me alcanzara. Que huí como un conejo. Que huí deseando ser atrapada. ¿Cómo voy a confesarles semejante vergüenza? Aun en el caso de que pudieran ayudarme, ¿cómo iba a decírselo?

Elayne deseó no haberse enterado. Al menos de la parte de darle alcance, del hecho de que Rand la había pillado. Cogiendo la chispa de celos que de pronto había prendido en su corazón, Elayne la enterró en el rincón más recóndito de su mente y, para más seguridad, pisoteó la tierra en sentido figurado. «Si una mujer hace el tonto, busca el motivo y darás con un hombre.» Era uno de los refranes favoritos de Lini. Otro era: «Los gatitos te enredan el hilo, los hombres el entendimiento, y para unos y otros hacerlo es tan sencillo como respirar». Respiró hondo.

—Nadie lo sabrá por mí, Aviendha. Te ayudaré todo lo posible, si es que se me ocurre cómo. —A decir verdad, no se le ocurría qué podía hacer. Aviendha era extraordinariamente rápida en pillar cómo se formaban los tejidos, mucho más que ella.

La Aiel se limitó a asentir con la cabeza y subió torpemente a la silla, aunque con un poco más de gracia que las Atha'an Miere.

—Había un hombre observando, Elayne, y no era un criado. —Luego, mirando a los ojos a su amiga, añadió—: Me asustó. —Una confesión que seguramente no habría hecho a ninguna otra persona en el mundo.

—Ahora estamos a salvo de él, quienquiera que fuese —contestó Elayne al tiempo que hacía dar la vuelta a *Leona* para seguir a Nynaeve y a Lan fuera del claro. Lo más probable era que se tratara de un sirviente, aunque eso no se lo diría a nadie, y menos a Aviendha—. Estamos a salvo, y dentro de poco llegaremos a la granja de las mujeres del Círculo, utilizaremos el Cuenco y el mundo volverá a la normalidad. —Bueno, hasta cierto punto. El sol parecía encontrarse más bajo, pero sabía que sólo eran imaginaciones suyas. Por una vez, le habían ganado la mano a la Sombra.

Detrás de una celosía blanca de hierro forjado, Moridin vio cómo el último caballo desaparecía a través del acceso, y luego la joven mujer alta y los cuatro Guardianes. Cabía la posibilidad de que llevaran con ellos algún objeto que le fuera de utilidad —un *angreal* adaptado para los varones, por ejemplo— pero las posibilidades eran escasas. En cuanto al resto, los *ter'angreal*, lo más probable era que se mataran a sí mismas intentando dilucidar cómo usarlos. Sammael era un necio por haber arriesgado tanto para apoderarse de una

colección de quién sabía qué. Claro que Sammael nunca había sido ni la mitad de listo de lo que él se creía. En cuanto a él, no alteraría sus planes sólo por un si acaso, por ver qué migajas de civilización podía hallar. Únicamente la curiosidad lo había llevado allí; le gustaba saber lo que otros consideraban importante. Pero todo era basura.

Iba a volverse cuando de repente el perfil del acceso empezó a doblarse y a temblar. Petrificado, no apartó la vista hasta que el acceso se... disolvió, simplemente. Nunca había sido un hombre dado a soltar palabras malsonantes, pero varias acudieron a su mente. ¿Qué había hecho la mujer? Esas bárbaras incultas guardaban demasiadas sorpresas. Un modo de Curar la sección del Poder, por imperfecto que fuese el resultado. ¡Algo imposible de hacer! Pero se había hecho. Formar anillos involuntarios. Los Guardianes y el vínculo que compartían con las Aes Sedai. Eso lo sabía hacía mucho, mucho tiempo, pero cada vez que creía que les tenía tomadas las medidas, esas *primitivas* revelaban una nueva habilidad, hacían algo que ni en sueños había imaginado nadie de su propia Era. ¡Algo desconocido para el pináculo de la civilización! ¿Qué había hecho esa chica?

—¿Gran Amo?

Moridin apenas volvió la cabeza de la ventana.

—¿Sí, Madic? —Maldita fuese su alma, ¿qué había hecho la chica?

El hombre calvo y de rostro alargado, vestido con uniforme verde y blanco, que había entrado en la habitación hizo una profunda reverencia antes de caer de rodillas. Madic era uno de los sirvientes principales de palacio y poseía una dignidad pomposa que incluso en ese momento intentó mantener. Moridin había visto hombres a los que, ocupando una posición mucho más alta, el intento no les había salido tan bien como a él.

—Gran Amo, me he enterado de lo que las Aes Sedai trajeron a palacio esta mañana. Se comenta que encontraron un gran tesoro escondido en los viejos tiempos, oro, joyas y piedras del corazón, artefactos de Shiota, Eharon e incluso de la Era de Leyenda. Cuentan que entre ellos hay cosas que utilizan el Poder Único. Se dice que uno puede controlar el clima. Nadie sabe dónde se dirigen, Gran Amo. El palacio bulle de hablillas, pero de cada boca sale un destino distinto.

Moridin había vuelto a examinar el patio de las caballerizas cuando Madic empezó a hablar. Los chismes ridículos sobre oro y *cuendillar* no tenían interés para él. Nada haría que un acceso se comportara de ese modo. A menos que... ¿Habría sido capaz esa chica de destejer la trama? La muerte no lo asustaba. Fríamente, consideró la posibilidad de haber visto una trama desenredándose. Y con éxito. Otro imposible llevado a cabo por una de ésas... Algo dicho por Madic atrajo su atención.

—¿El clima, Madic?

Las sombras de las torres de palacio apenas habían empezado a alargarse desde sus bases, pero no había una sola nube que escudara a la ciudad de cocerse bajo el sol.

—Sí, Gran Amo. Se llama el Cuenco de los Vientos.

El nombre no significaba nada para él, pero... ¿Un *ter'angreal* para controlar el clima? En su propia Era, el tiempo se había regulado cuidadosamente mediante *ter'angreal.* Una de las sorpresas de la era presente —de las menores, al parecer— era que había quienes podían manipular el tiempo hasta un grado que habría requerido uno de aquellos *ter'angreal.* Un artilugio de ese tipo no bastaría para afectar siquiera una zona amplia de un continente, pero ¿qué serían capaces de hacer esas mujeres con él? ¿Qué? ¿Y si formaban un anillo?

Aferró el Poder Verdadero sin pensarlo y los *saa* pasaron ante su vista como una negra cellisca. Sus dedos se cerraron fuertemente sobre las rejas de la celosía de hierro; el metal crujió y se retorció, no por su presión, sino por la de los zarcillos del Poder Verdadero, absorbido del propio Gran Señor, que se ceñían en torno a la obra de forja y apretaban a medida que lo hacía su mano por la ira. Al Gran Señor no le complacería eso. Había ejercido una gran presión desde su prisión a fin de alcanzar el mundo lo suficiente para detener las estaciones. Estaba impaciente por tocar más el mundo, por romper el vacío que lo retenía, y eso no le gustaría. La cólera envolvía a Moridin, la sangre le palpitaba en los oídos. Un instante antes no le había importado adónde iban esas mujeres, pero ahora... Algún lugar

distante de allí. La gente que huía corría tan lejos y tan deprisa como podía. En algún lugar en el que se sintieran a salvo. Era inútil enviar a Madic a indagar, así como intentar sacar información a nadie de palacio; no eran tan tontas como para dejar atrás a nadie vivo que supiera su destino. A Tar Valon, no. ¿Y con al'Thor? ¿O con ese grupo de Aes Sedai rebeldes? En esos tres sitios tenía espías; algunos ni siquiera sabían que trabajaban para él. Antes de que llegase el final, todos estarían a su servicio. No permitiría que un fallo casual echara a perder sus planes.

De pronto le llegó otro sonido distinto al atronador pálpito de su furia, una especie de borboteo. Miró con curiosidad a Madic y se retiró un paso del charco que se extendía en el suelo. Al parecer, en su cólera había asido algo más que la celosía con el Poder Verdadero. Curioso, la cantidad de sangre que podía extraerse de un cuerpo humano al estrujarlo.

Dejó caer lo que quedaba del hombre sin lamentarlo; sólo pensó que cuando encontraran a Madic sin duda culparían a las Aes Sedai. Una pequeña contribución más al caos creciente en el mundo. Abrió un agujero en la urdimbre del Entramado y Viajó mediante el Poder Verdadero. Tenía que encontrar a esas mujeres antes de que utilizaran el Cuenco de los Vientos. Y si eso fallaba... No le gustaba la gente que se entremetía en sus planes. Quienes lo hacían y seguían vivos, vivían para pagarlo.

El *gholam* entró en la habitación con sigilo, agitando las aletas de la nariz al percibir el olor a sangre caliente. La quemadura lívida de su mejilla era como una brasa ardiente. El *gholam* parecía simplemente un hombre delgado, un poco más alto que la estatura media de la época, pero jamás había topado con nada que pudiera hacerle daño. Hasta que apareció ese hombre con el medallón. Lo que podría pasar por una sonrisa o el inicio de un gruñido dejó a la vista sus dientes. Escudriñó con curiosidad la habitación, pero no había nada aparte del cuerpo despachurrado sobre las baldosas. Y una... sensación... de algo. No del Poder Único, pero sí algo que le provocaba... ansia, aunque no del mismo modo. La curiosidad lo había llevado allí. Partes de la celosía estaban aplastadas, de manera que toda ella se había soltado de los lados. El *gholam* creyó recordar algo que le causaba esa misma picazón, pero lo que recordaba era vago, borroso. El mundo había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Había habido un mundo de guerra y matanza a gran escala, con armas que tenían un alcance de miles de kilómetros, y después lo siguió... esto. Pero el *gholam* no había cambiado; seguía siendo el arma más peligrosa de todas.

Las aletas de su nariz se agitaron de nuevo, aunque no por el olor del rastro de quienes podían encauzar. El Poder Único se había utilizado allí abajo, y kilómetros al norte. ¿Para seguirlo o no? El hombre que lo había herido no se encontraba con ellas; de eso se había asegurado bien antes de abandonar su ventajosa posición alta. La persona que lo mandaba quería muerto al hombre que lo había herido tal vez tanto como quería muertas a las mujeres, pero ellas eran un blanco mucho más fácil. Se había nombrado también a las mujeres, y de momento estaba sujeto a la compulsión. A lo largo de toda su existencia había estado obligado a obedecer a uno u otro humano, pero su mente albergaba el concepto de no ser objeto de coacción. Debía seguir a las mujeres. Quería seguirlas. El momento de la muerte, cuando percibía que la habilidad de encauzar se desvanecía en ellas junto con su vida, le producía una sensación de éxtasis. De arrobamiento. Pero también tenía hambre, y era la hora. Allí donde huyeran, él podía seguirlas. Acomodándose ágilmente al lado del cadáver despachurrado, empezó a alimentarse. La sangre fresca, caliente, era necesaria, pero la sangre humana era la que tenía un sabor más dulce.

CAPÍTULO 3

Una agradable cabalgada

El campo en torno a Ebou Dar estaba ocupado en gran parte por granjas, pastizales y olivares, pero también había numerosos bosquecillos de unos pocos kilómetros de extensión, y aunque el terreno era mucho más llano que hacia el sur, en las colinas Rhannor, presentaba ondulaciones y a veces se alzaba en una prominencia de cien metros o más, lo suficiente para arrojar sombras bajo el sol de la tarde. En definitiva, la zona proporcionaba bastante cobertura para pasar inadvertida a ojos indeseados lo que parecía una extraña caravana de mercaderes, con casi cincuenta personas montadas y otras tantas a pie, y más aún cuando se contaba con Guardianes que encontraban sendas poco frecuentadas a través de la maleza. Elayne no vio señales que indicaran asentamientos humanos aparte de unas cuantas cabras paciendo en algunos cerros.

Hasta las plantas y los árboles acostumbrados al calor empezaban a marchitarse y a morir, si bien en cualquier otro momento habría disfrutado contemplando el paisaje. Era como si marcharan a mil kilómetros de distancia de la tierra que había visto mientras cabalgaba por la otra orilla del Eldar. Las suaves colinas eran extrañas, con formas rugosas, como si unas manos colosales y descuidadas las hubiesen estrujado. Bandadas de aves de brillantes colores alzaban el vuelo al paso de la comitiva, y docenas de tipos de colibríes huían espantados de los caballos, cual joyas aladas. En algunos sitios las enredaderas colgaban como gruesas cuerdas, y había árboles con copas de manojos de hojas estrechas y largas, en lugar de follaje, y cosas que parecían plumeros verdes tan grandes como un hombre. Un puñado de plantas, engañadas por el calor, se esforzaban por echar flores de intensos tonos rojos y amarillos, algunas el doble de anchas que sus dos manos juntas. Su perfume era exuberante y... sensual, fue la palabra que le vino a la mente. Reparó en unas rocas que habría apostado que en otros tiempos fueron dedos de una estatua, si bien no alcanzaba a imaginar la razón de que alguien hubiese hecho una estatua tan gigantesca y descalza; más adelante, el sendero los condujo a través de otro tipo de bosque, formado por piedras, gruesas y estriadas; eran los tocones erosionados de columnas, muchas desplomadas y todas minadas casi hasta la base por los granjeros lugareños para aprovechar su piedra. Una cabalgada agradable a pesar del polvo levantado del reseco suelo por los cascos de los caballos. El calor no la afectaba, desde luego, y no había demasiadas moscas. Todos los peligros habían quedado atrás; habían huido de los Renegados y ahora ya no había posibilidad de que alguno de ellos o sus servidores los alcanzaran. Sí, podría haber sido casi un paseo agradable, salvo por...

Por una cosa. Aviendha se había enterado de que el mensaje que había enviado de que el enemigo podía aparecer cuando menos se esperaba no había sido transmitido. Al principio Elayne sintió alivio de cambiar a otro tema que no fuese Rand. Los celos no habían reaparecido; en realidad, cada vez con mayor frecuencia se sorprendía deseando para sí lo que Aviendha había compartido con él. Celos no, envidia. Casi habría preferido lo contrario. Entonces empezó a escuchar realmente lo que su amiga le estaba diciendo en un tono bajo y monocorde, y sintió que el vello de la nuca se le ponía de punta.

—No puedes hacer eso —protestó mientras tiraba de las riendas para aproximar su caballo a la montura de la Aiel. De hecho, suponía que Aviendha no tendría muchos problemas para darle una paliza a Kurin o atarla o cualquiera de las otras cosas. Es decir, si es

Librodot

que las otras Detectoras de Vientos lo consentían—. No podemos iniciar una guerra con ellas, y menos antes de utilizar el Cuenco. Y desde luego, no por eso —se apresuró a añadir—. En modo alguno. —Ciertamente no iban a iniciar un conflicto ni antes ni después de usar el Cuenco sólo porque las Detectoras de Vientos se comportaran con mayor prepotencia de hora en hora, o sólo porque... Respiró hondo y prosiguió—. Si me lo hubiese dicho, yo no habría sabido a qué te referías. Comprendo que no pudieses hablar más claro, pero lo entiendes ¿verdad?

Aviendha miraba al frente con expresión hostil mientras espantaba las moscas en actitud ausente.

—Sin falta, le dije —gruñó—. ¡Sin falta! ¿Y si hubiese sido uno de los Depravados de la Sombra? ¿Y si hubiese conseguido sobrepasarme en el acceso y os hubiese sorprendido al no estar advertidas? ¿Y si...? —Volvió los ojos hacia ella con una mirada de desamparo—. Me comeré mi cuchillo —dijo tristemente—, pero quizás el hígado me reviente por ello.

Elayne estaba a punto de contestar que tragarse la cólera era el modo correcto de actuar y que podía dar rienda suelta a un acceso de ira tan grande como quisiera siempre y cuando no lo descargara contra las Atha'an Miere —era lo que significaba todo eso del cuchillo y el hígado—, pero antes de que tuviese ocasión de abrir la boca, Adeleas acercó su larguirucha montura y se situó al otro lado. La hermana de pelo blanco había adquirido una nueva silla en Ebou Dar, muy sobrecargada, trabajada con plata en la perilla y el arzón. Por alguna razón, parecía que las moscas la evitaban, aunque la mujer llevaba un perfume tan intenso como cualquiera de las flores.

—Perdona, pero no pude evitar oír eso último.

La voz de Adeleas no translucía el menor atisbo de disculpa, y Elayne se preguntó cuánto habría escuchado realmente. Sintió que se encendían sus mejillas. Parte de lo que Aviendha había dicho sobre Rand había sido notoriamente franco y directo. Y también parte de lo que había dicho ella. Una cosa era hablar de ese modo con la mejor amiga y otra muy diferente sospechar que otra persona está escuchando. Aviendha parecía pensar igual; no se puso colorada, pero la mirada cortante que lanzó a la Marrón habría hecho sentirse orgullosa a Nynaeve. Adeleas se limitó a sonreír, un gesto vago y tan insulso como una sopa aguada.

—Quizá lo mejor sería que dieses carta blanca a tu amiga con las Atha'an Miere. —Sus ojos pasaron de Elayne a Aviendha y parpadearon—. Bueno, al menos un poco. Con un buen susto debería bastar. Ya están casi a punto, por si no lo habías notado. Muestran mucha más prevención por la «salvaje» Aiel, y perdona Aviendha, que por las Aes Sedai. Merilille lo habría sugerido, pero las orejas todavía le arden.

El semblante de Aviendha rara vez translucía algo, pero en ese momento denotaba tanto desconcierto como el que sentía Elayne. Ésta se giró sobre la silla para mirar hacia atrás con el entrecejo fruncido. Merilille cabalgaba al lado de Vandene, Careane y Sareitha a corta distancia, y todas se esforzaban por mirar a cualquier parte excepto a ella. Detrás de las hermanas iban las Atha'an Miere, todavía en fila india, y a continuación irían las componentes del Círculo, que por el momento se encontraban fuera de su vista, justo delante de los animales de carga. Avanzaban a través del claro de las columnas truncadas; en lo alto, cincuenta o cien aves de larga cola y plumaje rojo y verde volaban y llenaban el aire con sus agudos cotorreos.

—¿Por qué? —inquirió secamente Elayne. Parecía absurdo atizar más la agitación subyacente, una agitación que a veces afloraba sin trabas, pero Adeleas no tenía un pelo de tonta. Las cejas de la hermana Marrón se enarcaron con aparente sorpresa. Quizás estaba sorprendida; Adeleas solía pensar que cualquiera debería ver lo que veía ella. Quizá.

—¿Que por qué? Para recobrar un poco el equilibrio, por eso. Si las Atha'an Miere creen que nos necesitan para protegerlas de una Aiel podría ser un contrapeso beneficioso para... —La Marrón hizo una ligera pausa, de repente muy interesada en arreglarse la falda gris pálido—. Compensar otras cosas.

El rostro de Elayne se tensó. Otras cosas. El acuerdo con las mujeres de los Marinos era a lo que Adeleas se refería.

Librodot

—Puedes volver con las demás —dijo fríamente.

Adeleas no protestó ni intentó insistir en su argumentación. Inclinó la cabeza y dejó que su caballo se retrasara. La leve sonrisa no se alteró un ápice. Las Aes Sedai de más edad aceptaban que Nynaeve y Elayne estuviesen por encima de ellas y hablaran respaldadas por la autoridad de Egwene, pero lo cierto era que eso no cambiaba mucho en el fondo. Tal vez nada. Aparentemente se mostraban respetuosas, obedecían, pero aun así...

Al fin y al cabo, al menos ella era Aes Sedai a una edad en la que la mayoría de iniciadas de la Torre seguían vistiendo el blanco de novicia, y muy pocas habían llegado a Aceptadas. Y Nynaeve y ella se habían avenido a aquel acuerdo que difícilmente podía considerarse una demostración de sabiduría y perspicacia. Las Atha'an Miere no sólo conseguían el Cuenco, sino que veinte hermanas debían ir con ellas, sujetas a sus leyes, para enseñarles cualquier cosa que las Detectoras de Vientos quisieran aprender, y no podrían marcharse hasta que otras fueran a reemplazarlas. Además, las Detectoras de Vientos tendrían acceso a la Torre como invitadas, para aprender cuanto quisieran, y podrían marcharse cuando lo desearan. Esas condiciones por sí mismas harían que la Antecámara pusiese el grito en el cielo, y probablemente Egwene también, pero el resto... Todas las hermanas de más edad pensaban que cualquiera de ellas habría encontrado un modo de eludir ese acuerdo. A lo mejor sí. Elayne no lo creía, pero no estaba segura.

No le dijo nada a Aviendha, pero al cabo de unos segundos la otra joven habló.

—Si puedo cumplir con el honor y ayudarte al mismo tiempo, no me importa si lo que sea sirve para un fin de las Aes Sedai.

No parecía asimilar que también ella era Aes Sedai; no del todo. Elayne vaciló y luego asintió. Había que hacer algo para frenar a las Atha'an Miere. Merilille y las otras habían demostrado una gran paciencia hasta el momento, pero ¿cuánto duraría eso? Nynaeve podría estallar en cuanto volviera su atención a las Detectoras de Vientos. Había que mantener la situación lo más tranquila posible durante el mayor tiempo posible, pero si las Atha'an Miere seguían pensando que podían mirar por encima del hombro a las Aes Sedai, habría problemas. La vida era más complicada de lo que había imaginado cuando vivía en Caemlyn, daba igual las muchas lecciones que hubiese recibido como hija heredera del trono. Y mucho más complicada desde que entró en la Torre.

—Pero no seas demasiado... contundente —advirtió en voz queda—. Y por favor, ten cuidado. Después de todo, ellas son veinte y tú sólo una. No querría que te pasara algo antes de que tuviera ocasión de ayudarte.

Aviendha le dedicó una sonrisa en la que había mucho de lobuna y luego apartó a un lado su yegua parda, junto a las piedras, para esperar a las Atha'an Miere.

De vez en cuando Elayne echaba un vistazo hacia atrás, pero lo único que atisbó entre los árboles fue a Aviendha cabalgando al lado de Kurin; la Aiel hablaba con gran tranquilidad, sin mirar siquiera a la mujer de los Marinos. Por su parte, Kurin la contemplaba, no furiosa, sino con considerable estupefacción. Cuando Aviendha taconeó su montura para regresar junto a Elayne —sacudiendo las riendas; nunca llegaría a ser una buena amazona—, Kurin se adelantó para hablar con Renaile, y poco después Renaile enviaba, furiosa, a Rainyn a la cabeza de la marcha.

La más joven de las Detectoras de Vientos montaba peor aún que Aviendha, a la cual fingió no ver al otro lado de Elayne del mismo modo que fingía no reparar en las pequeñas moscas verdes que zumbaban en torno a su oscura tez.

—Renaile din Calon Estrella Azul —empezó con fría formalidad—, exige que repruebes a la Aiel, Elayne Aes Sedai.

Aviendha le enseñó los dientes en un remedo de sonrisa, y Rainyn debía de estar mirándola, al menos de reojo, porque sus mejillas enrojecieron bajo la película de sudor.

—Dile a Renaile que Aviendha no es Aes Sedai —contestó Elayne—. Le pediré que tenga cuidado —en eso no mentía; ya se lo había dicho y volvería a decírselo—, pero no puedo obligarla a hacer nada. —Siguiendo un impulso añadió—. Ya sabéis cómo son los Aiel.

Los Marinos tenían ideas muy peregrinas con respecto al modo de ser de los Aiel.

Librodot

Rainyn miró con los ojos muy abiertos a la todavía sonriente Aviendha, su semblante se puso grisáceo y luego hizo volver grupas a su caballo y galopó de vuelta con Renaile rebotando en la silla.

Aviendha soltó una risita complacida, pero Elayne se preguntó si la idea no habría sido un error. A pesar de los buenos treinta metros que las separaba, pudo ver que la cara de Renaile se congestionaba al recibir el informe de Rainyn, y que las otras empezaban a murmurar de un modo que recordaba el zumbido de abejas furiosas. No parecían asustadas, sino enfadadas, y las miradas hostiles que dirigían a las Aes Sedai que marchaban delante se tornaron torvas. No a Aviendha, sino a las hermanas. Adeleas asintió pensativamente cuando vio la reacción, y Merilille apenas pudo contener una sonrisa. Al menos parecían complacidas.

Si aquél hubiese sido el único incidente durante la cabalgada no habría menguado el gozo de disfrutar de flores y pájaros, pero la cosa ni siquiera había empezado. Poco después de dejar atrás el claro con las columnas, las componentes del Círculo se habían ido acercando a Elayne una por una, todas salvo Kirstian, y a buen seguro que también ella habría acudido si no le hubiesen ordenado que mantuviera escudada a Ispan. Todas se mostraron vacilantes, sonriendo medrosamente hasta el punto de que Elayne deseó gritarles que se comportaran como se esperaba de unas mujeres de su edad. Ni que decir tiene que no exigieron nada, y eran demasiado listas para pedir directamente lo que ya se les había negado, si bien hallaron otros caminos.

—Se me ocurre —empezó Reanne— que debes de querer interrogar a Ispan Sedai cuanto antes. ¿Quién sabe qué más se proponía hacer en la ciudad aparte de intentar encontrar el almacén? —Fingía estar sosteniendo una simple charla, pero lanzaba rápidas ojeadas a Elayne para ver cómo se lo estaba tomando—. Todavía tardaremos más de una hora en llegar a la granja, o puede que dos, y seguramente no querrás perder dos horas. Las hierbas que Nynaeve Sedai le dio la han vuelto muy parlanchina, y no me cabe duda de que hablaría con las hermanas.

La sonrisa se borró cuando Elayne dijo que el interrogatorio de Ispan podía esperar. Luz, ¿de verdad esperaban que alguien hiciese preguntas mientras cabalgaba a través de bosques o por senderos que no merecían llamarse así? Reanne regresó con las Allegadas mascullando entre dientes.

—Perdona, Elayne Sedai —musitó Chilares poco después, con un ligero acento murandiano en la voz. Su sombrero verde de paja hacía juego con algunas de las enaguas—. Te pido disculpas por molestarte.

No llevaba el cinturón rojo de una Mujer Sabia; la mayoría de las componentes del Círculo no lo lucían. Famelle era orfebre, y Eldase proporcionaba piezas lacadas a los mercaderes para la exportación; Chilares era vendedora de alfombras, y la propia Reanne arreglaba los embarques para pequeños comerciantes. Algunas se dedicaban a tareas sencillas —Kirstian dirigía una pequeña tejeduría, y Dimana era modista, aunque próspera—; claro que, en el transcurso de sus vidas todas ellas habían realizado distintos oficios. Y utilizado muchos nombres.

—Ispan Sedai no parece encontrarse bien —continuó Chilares mientras rebullía con inquietud sobre la silla—. Quizá las hierbas la están afectando más de lo que Nynaeve Sedai pensaba. Sería terrible si le ocurriera algo. Antes de interrogarla, quiero decir. Tal vez las hermanas querrían echarle un vistazo. Para la Curación, ya sabes... —Dejó la frase sin terminar a la par que sus enormes ojos marrones parpadeaban con nerviosismo. Y con razón, teniendo a Sumeko entre sus compañeras.

Una mirada hacia atrás descubrió a la fornida mujer de pie sobre los estribos para mirar más allá de las Detectoras de Vientos, hasta que advirtió que Elayne estaba mirándola, y entonces volvió a sentarse apresuradamente. Sumeko sabía de la Curación más que ninguna hermana aparte de Nynaeve. Elayne se limitó a señalar hacia atrás hasta que Chilares se puso colorada e hizo volver grupas a su montura.

Merilille se reunió con Elayne pocos segundos después de que Reanne se hubiese

marchado, y la hermana Gris hizo un papel mucho mejor que las Allegadas fingiendo sostener una simple conversación. En su modo de hablar, al menos, era el aplomo en persona. Lo que tenía que decir era otra historia.

—Me pregunto hasta qué punto son de fiar esas mujeres, Elayne. —Apretó sus labios con desagrado mientras se limpiaba el polvo de la falda pantalón con la mano enguantada—. Afirman que no aceptan espontáneas, pero la propia Reanne podría serlo. Y también Sumeko, y Kirstian lo es, desde luego. —Dedicó un leve ceño a Kirstian y luego pareció desestimarla con una sacudida de cabeza—. Tienes que haber notado cómo reacciona cuando se habla de la Torre. Lo único que sabe es lo poco que haya podido pescar en conversaciones con alguien que realmente fuera expulsada. —Merilille suspiró, como si lamentase tener que decir lo siguiente; realmente era muy buena—. ¿Has considerado la posibilidad de que estén mintiendo también en otras cosas? Podrían ser Amigas Siniestras, por lo que sabemos, o víctimas del engaño de Amigos Siniestros. Tal vez no, pero difícilmente se puede confiar demasiado en ellas. Creo que sí hay una granja, la utilicen para retirarse o no, jamás habría aceptado esto, pero no me sorprendería encontrar sino edificios destartalados y una docena de espontáneas. Bueno, no destartalados, ya que parecen disponer de dinero, pero el axioma es el mismo. No, no son de fiar, simplemente.

Elayne empezó a encresparse tan pronto como se dio cuenta de la dirección que llevaba Merilille y la irritación fue en aumento. Con todos sus rodeos, sus «tal vez» y sus «podrían» la mujer insinuaba cosas que ni siquiera ella creía. ¿Amigas Siniestras? El Círculo de Labores de Punto había *luchado* contra los Amigos Siniestros. Dos de ellas habían muerto. Y sin Sumeko e Ieine, Nynaeve podría haber muerto en lugar de tener prisionera a Ispan. No, la razón por la que no había que fiarse de ellas no era que Merilille temiera que estuviesen del lado de la Sombra, o de otro modo lo habría dicho sin ambages. No se debía confiar en ellas porque al no ser de fiar tampoco se les podía permitir que custodiaran a Ispan.

Asestó un manotazo a una enorme mosca verde que se había posado en el cuello de *Leona*, subrayando la última palabra de Merilille con un sonoro golpe, y la hermana Gris dio un respingo de sorpresa.

—¿Cómo te atreves? —instó Elayne—. Se enfrentaron a Ispan y a Falion en el Rahad, y al *gholam*, por no mencionar a dos docenas o más de matones armados con espadas. Tú no estabas allí.

Eso no era justo. Habían dejado en palacio a Merilille y las otras porque en el Rahad las Aes Sedai —aquellas cuya condición de Aes Sedai resultaba obvia— llamarían la atención. Pero le daba igual. Su ira crecía por momentos, y su tono se alzó a medida que hablaba.

—No vuelvas a sugerirme tal cosa nunca. ¡Jamás! ¡No sin una prueba irrefutable! ¡Si lo haces, te impondré un castigo que hará que se te salgan los ojos de las cuencas! —Aunque estuviese muy por encima de la otra mujer, no tenía autoridad para imponerle ningún castigo, pero tampoco eso le importó—. ¡Harás el resto del camino a Tar Valon a pie! ¡Te pondré a su cargo y les diré que te den de bofetadas si se te ocurre asustar aunque sólo sea a un ganso!

Entonces cayó en la cuenta de que estaba chillando. Una gran bandada de algún tipo de aves grises y blancas pasaba volando sobre sus cabezas, y su voz ahogaba los gritos de los animales. Inhaló profundamente e intentó calmarse. El timbre de su voz no era el apropiado para gritar; siempre le salía como un chillido agudo. Todos la miraban, la mayoría estupefactas. Aviendha asentía con aprobación. Claro que la Aiel habría hecho igual si Elayne hubiese hundido un cuchillo en el corazón de Merilille. Aviendha siempre apoyaba a sus amigos hicieran lo que hiciesen. La blanca tez cairhienina de Merilille se había tornado mortalmente pálida.

—Hablo en serio —le dijo Elayne en un tono mucho más frío, lo cual hizo que el rostro de Merilille perdiese aún más color. Había dicho cada palabra muy en serio; no podía permitirse que corriese ese tipo de rumor entre el grupo. Y conseguiría cumplir sus amenazas si llegaba el caso, de un modo u otro, aunque sin duda las mujeres del Círculo se desmayarían.

Confiaba en que aquello fuera el final. Tendría que haberlo sido. Pero cuando Chilares se marchó, Sareitha ocupó su lugar, y también ella expuso un motivo para no confiar en las

Librodot

Allegadas: sus edades. Incluso Kirstian afirmaba ser mayor que cualquier Aes Sedai viva, en tanto que Reanne le sacaba cien años y ni siquiera era la más vieja. Su título de Rectora correspondía a la mayor que se encontraba en Ebou Dar, pero debido al riguroso programa de reemplazos que seguían para evitar llamar la atención, había otras mujeres aún mayores en otros lugares. Obviamente tal cosa era imposible, mantenía Sareitha.

Elayne no gritó; puso gran cuidado en no hacerlo.

—Acabaremos sabiendo la verdad —le contestó a Sareitha. No dudaba de la palabra de las Allegadas, pero tenía que haber una razón para que no tuviesen el aspecto de intemporalidad y tampoco aparentaran, ni mucho menos, su supuesta edad. Ojalá diera con la solución. Algo le decía que era evidente, pero no se le ocurría nada—. A su debido tiempo —añadió firmemente cuando la Marrón volvió a abrir la boca—. No insistas, Sareitha.

La mujer asintió sin convicción y regresó junto a las otras Aes Sedai. No habían pasado ni diez minutos cuando le tocó el turno a Sibella.

Cada vez que una Allegada acudía para plantearle con rodeos la petición de que las eximiera de la tarea de ocuparse de Ispan, una de las hermanas se presentaba con la misma pretensión. Todas excepto Merilille, que todavía parpadeaba cada vez que Elayne la miraba. Tal vez gritar tuviera su punto de utilidad. Desde luego, ninguna otra sugirió un ataque tan directo a las mujeres del Círculo.

Por ejemplo, Vandene empezó hablando de las Atha'an Miere, de cómo contrarrestar los efectos del acuerdo hecho con ellas y del porqué era necesario disminuir sus ventajas todo lo posible. Fue muy concisa y desapasionada, sin una sola palabra o gesto que mereciera reprobación. Tampoco es que le hiciera falta; de eso se encargaba el tema en sí, por mucha delicadeza con que se tratara. La Torre Blanca, dijo, mantenía su influencia sobre el mundo no por la fuerza de las armas o la persuasión, ni siquiera mediante la intriga o la manipulación; esas dos últimas las pasó muy por encima, quitándoles importancia. En cambio, la Torre Blanca controlaba o influía en los acontecimientos, en mayor o menor medida, porque todo el mundo la veía distante y superior, más incluso que reyes o reinas. A su vez, eso dependía de que todas las Aes Sedai tuviesen dicha imagen de misterio y alejamiento, de diferenciación con los demás. Distintas al resto de los mortales. Históricamente, se hacía lo imposible por evitar que las Aes Sedai incapaces de lograr tal cosa —y habían sido unas pocas— fuesen vistas en público.

A Elayne le costó un rato darse cuenta de que el tema de la conversación se había desviado de las Atha'an Miere y se dirigía hacia otra cuestión: una persona distinta al resto de los mortales, misteriosa y distante, no podía llevar la cabeza metida en un saco e ir echada y atada sobre una silla como un fardo. No en un sitio donde cualquiera que no fuese Aes Sedai pudiese verla, por lo menos. En realidad, las hermanas serían más duras con Ispan de lo que las Allegadas serían capaces, sólo que no en público. El argumento habría tenido más peso si se hubiese expuesto en primer lugar, pero, tal como estaban las cosas, Elayne despachó a Vandene tan prestamente como a las demás. Y la reemplazó Adeleas, inmediatamente después de que contestara a Sibella que si ninguna de las mujeres del Círculo entendía lo que Ispan murmuraba entonces tampoco ninguna de las hermanas lo comprendería. ¡Murmurar! ¡Luz! Las Aes Sedai continuaron acudiendo por turnos y, aun sabiendo lo que se proponían, a veces costaba trabajo advertir el enfoque al principio, así que cuando Careane empezó diciendo que antaño aquellas rocas habían sido realmente dedos de los pies, supuestamente de una estatua de una reina guerrera de casi cincuenta metros de altura...

—Ispan se queda donde está —la interrumpió fríamente Elayne sin esperar que añadiese nada más—. Y a menos que tu verdadera intención sea contarme por qué se les ocurrió a los shiotanos erigir una estatua así...

La Verde comentó que en documentos antiguos se afirmaba que la estatua sólo llevaba puesta una armadura, y que eran más bien escasas sus piezas. ¡Una reina, nada menos!

—¿De veras? Bien, si eso es todo me gustaría hablar con Aviendha en privado, si no te importa.

Ni siquiera mostrarse tajante cortó el constante afluir, por supuesto. Le sorprendió que

no metieran a la doncella de Merilille en la rueda de turnos.

Nada de aquello habría ocurrido si Nynaeve hubiese estado donde se suponía que debía estar. A buen seguro su compañera habría acallado a las mujeres del Círculo y a las hermanas de buenas a primeras. En eso era muy eficiente. El problema era que Nynaeve parecía haberse pegado con goma a Lan desde que salieron del primer claro. Los Guardianes patrullaban al frente y a ambos lados, e incluso a veces en retaguardia, y sólo regresaban a la columna para informar de lo que habían visto o para dar instrucciones sobre cómo evitar una granja o a un pastor. Birgitte exploraba a gran distancia y no pasaba más de unos segundos con Elayne. Por su parte, Lan llegaba aún más lejos, y allí donde fuera Lan iba Nynaeve.

—Nadie causa problemas, ¿verdad? —demandó Nynaeve mientras dirigía una mirada sombría a las Atha'an Miere, la primera vez que regresó con Lan—. Entonces todo va bien —añadió antes de que Elayne abriese la boca.

Acto seguido había hecho volver grupas a la gorda yegua como si ésta fuese un caballo de carreras, la azuzó con las riendas y galopó en pos de Lan sujetándose el sombrero con una mano; lo alcanzó justo antes de que desapareciese al rodear la falda de una colina que se alzaba al frente. Naturalmente, en aquel momento no había motivo para protestar. Reanne había realizado su visita y Merilille la suya, y todo parecía solucionado.

Cuando Nynaeve regresó por segunda vez, Elayne había tenido que aguantar varias intentonas disimuladas para que se pusiera a Ispan a cargo de las hermanas, Aviendha había mantenido la charla con Kurin y las Detectoras de Vientos estaban encrespadas, pero cuando se lo explicó, Nynaeve se limitó a mirar hacia atrás con el entrecejo fruncido. Por supuesto, justo en ese momento todo el mundo ocupaba su puesto en la columna. Las Atha'an Miere exhibían un gesto hostil, cierto, pero las componentes del Círculo marchaban detrás de ellas, y en cuanto a las hermanas, ni siquiera un grupo de novicias habría mostrado una actitud más inocente y mejor comportamiento. Elayne habría querido gritar de rabia.

—No me cabe duda de que sabrás manejar la situación, Elayne —dijo Nynaeve—. Cuentas con todo ese entrenamiento para ser reina, y esto no debe de ser ni con mucho tan... ¡Maldito hombre! ¡Allá va otra vez! Tú puedes controlarlo. —Y de nuevo partió a galope, azuzando a la pobre yegua como si se tratara de un caballo de batalla.

Y entonces fue cuando Aviendha decidió comentar lo mucho que a Rand parecía gustarle besarla en el cuello y, por cierto, lo mucho que le había gustado a ella. También le había gustado a Elayne cuando se lo hizo a ella, pero por muy acostumbrada que estuviera a hablar de ese tipo de cosas —incómodamente acostumbrada— no quería referirse a ello en ese momento. Estaba furiosa con Rand. Era injusto, pero, de no ser por él, habría podido decir a Nynaeve que se ocupara de sus obligaciones y que dejara de tratar a Lan como a un niño que podría tropezar con sus propios pies. Casi deseó culparle también por la forma en que se comportaban las Allegadas, y las otras hermanas, y las Detectoras de Vientos. «Es una de las cosas para la que sirven los hombres: para echarles la culpa», le había dicho una vez Lini sin dejar de reírse. «Por lo general se lo merecen, aunque no sepas exactamente cómo o por qué.» No era justo, pero deseó que estuviera allí el tiempo suficiente para darle un bofetón, sólo uno. Y para besarlo y que él le besara suavemente el cuello. Y para que...

—Admite consejos, aun cuando no le guste que se le den —dijo de repente mientras se ponía colorada. Luz, con tanto que hablaba de vergüenza, en ciertas cosas Aviendha no tenía ninguna. ¡Y por lo visto también ella la había perdido!—. Pero si intentaba presionarlo, se cerraba en banda aunque fuese evidente que yo tenía razón. ¿Le ocurría igual contigo?

Aviendha la miró y pareció comprender. Elayne no sabía si le gustaba eso o no; por lo menos había dejado de hablar de Rand y de besos. Es decir, durante un rato. Aviendha conocía algo a los hombres —había viajado con ellos y combatido a su lado como Doncella Lancera—, pero nunca había deseado ser otra cosa que *Far Dareis Mai* y tenía... ciertas lagunas. Incluso siendo niña siempre había jugado con sus muñecas a las lanzas y a combates. Jamás había coqueteado, no lo entendía y tampoco quería entender por qué sentía lo que sentía cuando los ojos de Rand se posaban en ella, o un centenar de cosas más que Elayne había empezado a aprender la primera vez que reparó en que un chico la miraba de manera

Librodot

diferente a como miraba a otros chicos. Esperaba que Elayne le enseñara todo eso, y la heredera del trono lo intentaba. En realidad podía hablar con Aviendha de cualquier cosa; pero ojalá Rand no fuera el ejemplo utilizado con tanta frecuencia. Si se hubiese encontrado allí, le habría dado de bofetadas. Y lo habría besado. Y luego habría vuelto a abofetearlo.

En resumen, que el viaje no estaba siendo agradable, sino lamentable.

Nynaeve hizo otras cuantas visitas breves antes de anunciar, finalmente, que la granja de las Allegadas estaba un poco más adelante, detrás de un cerro bajo que parecía a punto de desplomarse de costado. Reanne había sido pesimista en sus cálculos; el sol ni siquiera había recorrido el trecho de dos horas.

—Falta muy poco para llegar —dijo Nynaeve sin advertir, al parecer, la mirada huraña de Elayne—. Lan, ve a buscar a Reanne, por favor. Más vale que vean un rostro conocido de inmediato. —El Guardián volvió grupas y fue a cumplir el encargo, en tanto que Nynaeve se giraba en la silla y asestaba una mirada firme a las hermanas—. No quiero que las asustéis ahora, así que callaos hasta que tengamos tiempo de explicar lo que pasa. Y ocultad los rostros. Echaos las capuchas. —Se volvió de nuevo hacia adelante sin esperar respuesta y asintió con expresión satisfecha—. Ahí tienes. Todo arreglado y como debe ser. Juro Elayne que no entiendo por qué protestabas. Todas actúan exactamente como deben, por lo que veo.

Elayne rechinó los dientes. Ojalá estuviesen ya en Caemlyn. Allí era donde se dirigirían una vez que aquello hubiese acabado. Le esperaban asuntos en Caemlyn de los que habría debido ocuparse hacía tiempo. Sólo tenía que convencer a las casas más fuertes de que el Trono del León era suyo a pesar de su prolongada ausencia, y vérselas con uno o dos pretendientes a la corona rivales. No los habría habido si ella se hubiese encontrado allí cuando su madre desapareció, cuando murió, pero por la historia de Andor, a estas alturas tenía que haberlos. De algún modo, aquella tarea le parecía más sencilla que la que entonces afrontaba.

Librodot

CAPÍTULO 4

Un lugar tranquilo

La granja de las Allegadas se encontraba en una ancha hondonada, rodeada por tres colinas bajas; la formaba una docena o más de edificios desperdigados, grandes, encalados y con tejados planos, que brillaban al sol. Había cuatro grandes graneros construidos justo en la falda de la colina más alta, una elevación de cumbre aplanada, con una vertiente que caía en escarpados farallones, detrás de los graneros. Unos cuantos árboles que no habían perdido las hojas proporcionaban una mínima sombra en el patio de la granja. Hacia el norte y el este se extendían olivares a lo largo de la hondonada e incluso ascendían por las laderas de los cerros. Una especie de tranquilo ajetreo envolvía la granja; a pesar del calor de la tarde había a la vista más de un centenar de personas, ocupadas en las tareas diarias, pero sin apresurarse.

Habría pasado incluso por una aldea en lugar de una granja, sólo que no se veían hombres ni niños por ningún lado. Elayne no esperaba verlos. Era el punto de parada para las Emparentadas que pasaban por Ebou Dar hacia cualquier otro destino, y así no había demasiadas en la ciudad al mismo tiempo, pero tal cosa era secreta, tanto como la misma existencia de las Allegadas. Públicamente, la granja era conocida en un radio de trescientos kilómetros o más como un retiro para mujeres, un lugar para la meditación donde escapar de los afanes mundanos durante un tiempo, días, semanas y a veces incluso períodos más largos. Elayne casi podía sentir la serenidad en el aire. Habría lamentado haber llevado el mundo a aquel apacible lugar de no ser porque también llevaba nuevas esperanzas.

La aparición de los primeros caballos rodeando la colina inclinada produjo menos revuelo del esperado. Varias mujeres interrumpieron sus ocupaciones para observar, pero nada más. Sus ropas abarcaban gran variedad —Elayne vio incluso el brillo de seda aquí y allí—, unas llevaban cestos o cubos, o grandes fardos que parecían ropa para la colada. Una sujetaba por las patas un par de gansos atados, uno en cada mano. Nobles o artesanas, granjeras o mendigas, todas eran bien recibidas allí, pero cada cual compartía las tareas diarias durante su estancia. Aviendha tocó a Elayne en el brazo y luego señaló la cumbre de una de las colinas, una elevación con apariencia de embudo invertido y ladeado. La heredera del trono se protegió los ojos del resol con una mano además del ala del sombrero y un momento después divisó movimiento. Ahora entendía que la aparición de la caravana no hubiese causado sorpresa. Vigías apostados allí arriba avistarían a cualquiera que se aproximara mucho antes de su llegada.

Una mujer normal y corriente se adelantó para salirles al paso a corta distancia de los edificios de la granja. Su vestido era de estilo ebudariano, con un escote profundo, pero la oscura falda y las enaguas de colorines eran lo bastante cortas para que no tener que recogérselas a fin de que no se rozaran con el polvo. No llevaba Cuchillo de Esponsales; las reglas de las Allegadas prohibían el matrimonio; eran muchos los secretos que debían guardar.

—Ésa es Alise —informó Reanne mientras frenaba su montura entre Nynaeve y Elayne—. Está encargada de dirigir la granja este turno. Es muy inteligente. —Casi como una ocurrencia de último momento, añadió en voz más baja—: Alise tiene muy poca paciencia con las estupideces de la gente.

Mientras Alise se aproximaba, Reanne se sentó más erguida en la silla como

preparándose para una dura prueba. Elayne calificó a Alise como común para sus adentros, no alguien que diese que pensar a Reanne, desde luego, aun en el caso de que ésta no hubiese sido la Rectora del Círculo. Alise, que caminaba con la espalda muy recta, parecía de mediana edad, ni gorda ni flaca, ni alta ni baja, con algunas canas mezcladas en el cabello castaño oscuro que llevaba atado en la nuca con una cinta, pero de un modo muy práctico. Su rostro también era común y corriente, si bien muy agradable; una cara de rasgos suaves, quizá de mandíbula algo larga. Cuando vio a Reanne dejó translucir una fugaz expresión de sorpresa y luego sonrió. Aquella sonrisa lo transformó todo. No la hizo hermosa, ni siquiera bonita, pero Elayne se sintió reconfortada por su calidez.

—No esperaba verte... Reanne —dijo con una ligerísima vacilación al pronunciar el nombre. Obviamente no estaba segura de la conveniencia de utilizar el título preceptivo de Reanne delante de Nynaeve, Aviendha y Elayne. Las observó a las tres con rápidas ojeadas mientras hablaba. Parecía haber cierto acento tarabonés en su voz—. Berowin trajo noticias sobre problemas en la ciudad, naturalmente, pero no pensé que fueran tan graves como para que tuvieses que marcharte. ¿Quiénes son estas...? —Se calló al tiempo que abría mucho los ojos y se quedaba mirando fijamente detrás de ellas.

Elayne echó una ojeada hacia atrás y a punto estuvo de soltar unas cuantas frases escogidas que había escuchado en distintos sitios, la mayoría en labios de Mat Cauthon. No las entendía todas; en realidad, casi ninguna —nadie había querido explicarle lo que significaban exactamente— pero servían para liberar emociones. Los Guardianes se habían quitado las capas cambiantes, y las hermanas se habían puesto las capuchas como se les había indicado, incluso Sareitha, que no tenía necesidad de ocultar su rostro juvenil, pero Careane no se había calado la suya lo suficiente, de manera que los pliegues enmarcaban sus rasgos intemporales en lugar de disimularlos. No todo el mundo habría sabido lo que ello significaba, pero sin duda cualquier mujer que hubiese pisado la Torre Blanca sí sabría a qué atenerse. Careane tiró de la capucha hacia adelante ante la mirada iracunda de Elayne, pero el daño ya estaba hecho. Además de Alise, había otras mujeres que tenían muy buena vista.

—¡Aes Sedai! —chilló una de ellas en un tono apropiado para anunciar el fin del mundo.

Quizás era lo que significaba para su mundo. Los gritos cundieron como polvo levantado por el viento, y con igual celeridad la granja se convirtió en un pandemónium tal que parecía un hormiguero pateado. Aquí y allí una mujer se desmayaba sin más, pero la mayoría echó a correr enloquecidamente, chillando, tirando lo que llevaban, chocando entre sí, cayendo y levantándose precipitadamente para volver a correr. Patos y gallinas aleteaban y cabras negras de cuernos cortos corrían para evitar ser pisoteadas. En medio del jaleo, algunas mujeres seguían paralizadas y boquiabiertas, obviamente aquellas que habían acudido al retiro sin saber nada sobre las Allegadas, aunque unas cuantas también empezaron a correr, contagiadas por el histerismo.

—¡Luz! —bramó Nynaeve, propinándose un tirón de la trenza—. ¡Algunas huyen hacia los olivares! ¡Detenedlas! ¡Que cunda el pánico es lo que menos nos interesa! ¡Enviad a los Guardianes! ¡Vamos, deprisa!

Lan enarcó una ceja en gesto interrogante, pero ella hizo un ademán perentorio.

—¡Rápido! —insistió—. ¡Antes de que todas huyan!

El hombre asintió con un cabeceo que empezó como si fuese a sacudir la testa, y luego taconeó a *Mandarb* y galopó en pos de los otros Guardianes, procurando esquivar el maremágnum desencadenado entre los edificios.

Elayne se encogió de hombros y después indicó a Birgitte que se uniera a los demás Gaidin. Estaba de acuerdo con Lan. Parecía un poco tarde para evitar que se desatara el pánico y probablemente unos Guardianes a caballo tratando de conducir a mujeres aterradas no era el mejor modo de lograrlo. Pero ahora no veía el modo de cambiar las cosas y no tenía sentido dejarlas huir por la campiña. Todas querrían enterarse de las nuevas que traían Nynaeve y ella.

Alise no hizo intención de huir ni dio señales de inquietud. Su tez palideció ligeramente,

pero mantuvo la vista fija en Reanne. Una mirada firme.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué, Reanne? Jamás habría imaginado esto de ti! ¿Te sobornaron? ¿Te ofrecieron inmunidad? ¿Te dejarán libre mientras las demás pagamos el precio? Probablemente no lo permitirán, pero juro que les pediré que me dejen darte un escarmiento. ¡Sí, a ti! Las reglas son aplicables incluso para ti, *Rectora.* ¡Si puedo hallar un modo de evitarlo, juro que no saldrás de esto de rositas!

Una mirada muy firme. Acerada, de hecho.

—No es lo que piensas —se apresuró a decir Reanne mientras desmontaba y soltaba las riendas. Cogió las manos de Alise a pesar del esfuerzo de la otra mujer para apartarlas—. Oh, no quería que ocurriera así. Lo saben, Alise. Saben lo de las Allegadas. La Torre lo ha sabido siempre, todo. O casi todo. Pero eso no es lo importante. —Las cejas de Alise se alzaron exageradamente al oír aquello, pero Reanne prosiguió precipitadamente y exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja bajo el sombrero de paja—. Podemos volver, Alise. Podemos intentarlo de nuevo. Dijeron que podíamos.

Los edificios de la granja también se estaban vaciando, ya que las mujeres salían para ver a qué se debía el barullo y luego se unían a la huida sin hacer más pausa que la necesaria para recogerse las faldas. Los gritos provenientes de los olivares ponían de manifiesto que los Guardianes estaban metidos de lleno en su tarea, pero no hasta qué punto tenían éxito. Elayne percibió en Birgitte una frustración creciente, así como irritación. Reanne contempló el tumulto y suspiró.

—Tenemos que reunirlas y traerlas, Alise —dijo—. Podemos regresar.

—Eso está muy bien para ti y para algunas de las otras —adujo su compañera en tono dubitativo—. Si es cierto. Pero ¿y las demás de nosotras? La Torre no me habría dejado quedarme tanto tiempo como estuve si hubiese sido más rápida en aprender. —Dirigió una mirada ceñuda a las ahora bien ocultas hermanas, y cuando la volvió hacia Reanne la rabia no era menor en sus ojos—. ¿Para qué vamos a regresar? ¿Para que nos digan otra vez que no somos lo bastante fuertes y mandarnos marchar? ¿O nos dejarán como novicias el resto de nuestras vidas? Quizás algunas acepten tal cosa, pero yo no. ¿Para qué, Reanne? ¿Para qué?

Nynaeve desmontó y tiró de las riendas para que la yegua la siguiera; Elayne hizo otro tanto, aunque condujo a *Leona* con más tiento.

—Para formar parte de la Torre, si es eso lo que quieres —intervino Nynaeve, impaciente, antes de llegar junto a las dos mujeres del Círculo—. O, quizá, para ser Aes Sedai. En lo que a mí respecta, no sé por qué tienes que poseer más o menos fuerza siempre y cuando pases las absurdas pruebas. O no regreses; por mí, puedes huir. Una vez haya acabado aquí, en cualquier caso. —Plantó firmemente los pies, se quitó el sombrero de un tirón y se puso en jarras—. Esto es una pérdida de tiempo, Reanne, y tenemos trabajo que hacer. ¿Seguro que hay alguien aquí que pueda ayudarnos? Vamos, habla. Si no estás segura, entonces podríamos ponernos en ello enseguida. Tal vez no sea necesario actuar con prisas, pero ahora que tenemos el objeto, preferiría empezar cuanto antes y acabar de una vez.

Cuando les presentaron a ella y a Elayne como Aes Sedai, las Aes Sedai que habían hecho las promesas, Alise soltó un ruido ahogado y empezó a alisarse la falda de paño como si sus manos quisieran cerrarse sobre el cuello de Reanne y apretar. Abrió la boca con gesto furioso, y entonces la cerró de golpe sin haber dicho nada cuando Merilille se reunió con ellas. Su mirada hostil no se borró del todo, pero sí se mezcló con un punto de maravillado pasmo. Y bastante más cautela.

—Nynaeve Sedai —empezó Merilille pausadamente—, las Atha'an Miere están... impacientes por bajar de los caballos. Creo que algunas podrían pedir la Curación. —Una fugaz sonrisa asomó a sus labios.

Aquello dejó resuelta la cuestión, aunque Nynaeve rezongó exageradamente sobre lo que haría a la siguiente persona que pusiera en duda su condición de Aes Sedai. Elayne habría podido añadir unas cuantas palabras de su cosecha, pero lo cierto era que Nynaeve ofrecía una imagen bastante ridícula actuando de ese modo mientras Merilille y Reanne esperaban atentamente a que terminara su diatriba y Alise las miraba de hito en hito a las tres. Sí, aquello

Librodot

zanjó la cuestión, o quizá fue a causa de las Detectoras de Vientos, que llegaron a pie y tirando de las riendas de sus monturas. Habían perdido hasta el último vestigio de gracia durante el viaje, borrada por las duras sillas —sus piernas estaban tan rígidas como sus semblantes—, pero aun así nadie dejaría de identificarlas por lo que eran.

—Si hay veinte mujeres de los Marinos tan lejos del mar —murmuró Alise—, entonces creeré cualquier cosa.

Nynaeve resopló pero no dijo nada, cosa que Elayne agradeció. A la mujer ya le costaba bastante trabajo aceptar lo que eran las dos aun cuando Merilille las llamaba Aes Sedai, de modo que ni una rabieta ni ninguna invectiva servirían de nada.

—Entonces, cúralas —dijo Nynaeve a Merilille. Sus ojos fueron hacia el grupo de mujeres tambaleantes y añadió—. Si lo piden. Con educación.

Merilille sonrió de nuevo, pero Nynaeve ya se había desentendido de las mujeres de los Marinos y miraba ceñuda el patio casi vacío. Unas pocas cabras seguían trotando de un lado para otro entre ropa tirada, escobones, cubos derramados y cestos, por no mencionar las formas inmóviles de las Emparentadas que se habían desmayado; un puñado de gallinas había vuelto a picotear y a escarbar, pero las únicas mujeres conscientes que seguían entre los edificios de la granja no eran, evidentemente, del Círculo. Reanne había dicho que en cualquier época la mitad más o menos de las que se encontraban en la granja podrían pertenecer a ese grupo. La mayoría parecía estupefacta.

Pese a sus rezongos, Nynaeve no perdió un momento en encargarse de Alise; o puede que fuese al contrario. Resultaba difícil asegurarlo, ya que la Allegada no mostraba la deferencia hacia las Aes Sedai que exhibían las mujeres del Círculo. Quizá se encontraba demasiado aturdida aún por el repentino giro de los acontecimientos. En cualquier caso, echaron a andar las dos juntas, Nynaeve conduciendo a la yegua y gesticulando con el sombrero en la otra mano, dando instrucciones a Alise sobre cómo traer de vuelta a las mujeres desperdigadas y qué hacer con ellas una vez que las hubiese reunido. Reanne estaba convencida de que al menos había una lo bastante fuerte para unirse al círculo, Garenia Rosoinde, y tal vez otras dos más. A decir verdad, Elayne se temía que todas hubiesen huido. Alise alternaba los cabeceos de asentimiento con miradas impávidas en extremo dirigidas a Nynaeve, que ésta aparentemente no advertía.

En la espera mientras reunían a las huidas, a Elayne le pareció un buen momento para buscar un poco más en los cestos de las alforjas, pero cuando se volvió hacia los animales de carga, que empezaban a ser conducidos hacia los edificios de la granja, reparó en que las componentes del Círculo, Reanne y todas las demás al completo, se dirigían a la granja a pie, algunas corriendo hacia las mujeres tendidas en el suelo y otras hacia las que seguían de pie, boquiabiertas. Todas ellas, y ni rastro de Ispan. Sin embargo, sólo tardó un momento en localizarla, entre Adeleas y Vandene, cada una sosteniéndola por un brazo mientras la llevaban casi a rastras, con las capas ondeando detrás.

Las hermanas de cabello blanco estaban coligadas y el brillo del *Saidar* las envolvía de algún modo a ambas sin incluir a Ispan. Imposible saber cuál de las dos estaba a cargo del pequeño círculo y mantenía el escudo sobre la Amiga Siniestra, pero ni siquiera una de las Renegadas habría podido romperlo. Se pararon para hablar con una mujer corpulenta vestida con sencillo paño de lana, que se quedó boquiabierta al reparar en el saco de cuero que cubría la cabeza de Ispan, pero aun así hizo una reverencia y señaló hacia uno de los edificios encalados.

Elayne intercambió una mirada furiosa con Aviendha. Bueno, la suya era furiosa, en cualquier caso. A veces Aviendha resultaba tan inexpresiva como una piedra. Entregaron sus caballos a un mozo de cuadra de palacio y fueron apresuradamente en pos del trío. Algunas de las mujeres que no eran Allegadas les preguntaron qué estaba pasando, unas pocas de un modo muy autoritario, pero Elayne las despachó con cajas destempladas, dejando a su paso un rastro de indignados respingos y resoplidos. ¡Oh, qué no habría dado por tener ya el semblante intemporal! Aquello dio un tironcillo de un hilo de su memoria, pero desapareció tan pronto como intentó examinarlo.

Librodot

Cuando abrió de golpe la sencilla puerta de madera tras la cual había desaparecido el trío, Adeleas y Vandene habían sentado a Ispan en una silla, con la cabeza destapada; el saco se encontraba sobre una mesa estrecha de caballete, junto con sus guardapolvos de lino. El cuarto sólo tenía una ventana, abierta en el techo, por la que penetraba bastante luz debido a que el sol aún estaba alto. Las paredes se hallaban cubiertas de estanterías, repletas de tarros de cobre y grandes cuencos blancos. Por el olor a pan cociéndose, la otra puerta que había conducía a la cocina.

Vandene se volvió bruscamente al oír la puerta, pero al verlas suavizó el gesto hasta que su rostro quedó inexpresivo.

—Sumeko nos dijo que el efecto de las hierbas de Nynaeve empezaba a debilitarse —comentó—, y nos pareció que lo mejor era interrogarla antes de embotarle el cerebro otra vez. Ahora parece haber tiempo para hacerlo. Sería conveniente saber qué se traía entre manos el... Ajah Negro —su boca se torció en un gesto de asco—, en Ebou Dar. Y lo que saben.

—Dudo que tengan noticia de esta granja, ya que nosotras desconocíamos su existencia —argumentó Adeleas al tiempo que se daba golpecitos con el índice en los labios, pensativamente, y estudiaba a la mujer sentada en la silla—, pero más vale asegurarse que lamentarlo después, como nuestro padre solía decir.

Por su actitud podría haber estado examinando a un animal desconocido, una criatura que jamás imaginó que pudiera existir.

Ispan apretó los labios. El sudor le caía por la cara magullada, tenía despeinadas las largas y finas trenzas adornadas con cuentas y las ropas desaliñadas, pero a pesar del empañamiento de sus ojos la mujer no estaba ni mucho menos tan atontada como antes.

—El Ajah Negro. Es una fábula, un bulo infame —se mofó con voz un tanto ronca. El saco de cuero debía de dar mucho calor, y no había bebido agua desde que salieron del palacio de Tarasin—. Particularmente, me sorprende que lo nombréis en voz alta. ¡Y acusarme de ello a mí! Lo que he hecho ha sido por orden de la Sede Amyrlin.

—¿Elaida? —espetó Elayne con incredulidad—. ¿Tienes la osadía de afirmar que Elaida te ordenó asesinar hermanas y robar objetos de la Torre? ¿Que Elaida ordenó lo que hicisteis en Tear y Tanchico? ¿O acaso te refieres a Siuan? ¡Tus mentiras resultan patéticas! De algún modo te has retractado de los Tres Juramentos, y eso te señala como miembro del Ajah Negro.

—No tengo por qué responder a vuestras preguntas —replicó hoscamente Ispan, encorvando los hombros—. Sois rebeldes contra la legítima Sede Amyrlin. Seréis castigadas, tal vez neutralizadas. Sobre todo si me hacéis daño. Sirvo a la verdadera Sede Amyrlin y se os castigará severamente si me maltratáis.

—Responderás a todas las preguntas que te haga mi medio hermana. —Aviendha se limpió la uña del pulgar con el cuchillo del cinturón mientras hablaba, pero sus ojos no se apartaron de Ispan—. Los habitantes de las tierras húmedas temen el dolor. No saben cómo abrazarlo, cómo aceptarlo. Responderás a todo lo que se te pregunte.

Su mirada no era iracunda ni el tono de su voz amenazante, pero la hermana Negra se echó hacia atrás en la silla.

—Me temo que eso está vedado, aun cuando no fuese una iniciada de la Torre —adujo Adeleas—. Tenemos prohibido derramar sangre en un interrogatorio o que lo hagan otras personas en nuestro nombre.

Su tono sonaba renuente, aunque Elayne no supo discernir si se debía a la prohibición o por admitir que Ispan era una iniciada. A decir verdad, no se le había ocurrido que a la hermana Negra se la pudiera seguir considerando una de ellas. Existía un dicho sobre que ninguna mujer había terminado con la Torre hasta que ésta hubiese terminado con ella; una vez que el contacto con la Torre quedaba establecido, jamás se destrababa.

Elayne frunció el entrecejo mientras estudiaba a la hermana Negra, tan desaliñada y, aun así, tan segura de sí misma. Ispan se sentó más erguida y asestó miradas rebosantes de complacido desprecio a Aviendha y a Elayne. Antes no había demostrado tanto aplomo, cuando pensó que eran sólo Nynaeve y Elayne quienes la tenían atrapada; la recuperación de

Librodot

compostura había surgido al recordar que había otras hermanas de mayor edad presentes. Hermanas que verían la ley de la Torre como parte de sí mismas. Dicha ley prohibía no sólo derramar sangre, sino también romper huesos y otras cuantas cosas que cualquier interrogador de los Capas Blancas estaría más que dispuesto a hacer. Antes de iniciar cada sesión, tenía que realizarse una Curación, y si el interrogatorio comenzaba después de la salida del sol, debía terminar antes del ocaso, y viceversa. La ley era más restrictiva incluso cuando se trataba de iniciadas de la Torre —hermanas, Aceptadas y novicias—, en las que estaba descartado el uso del *Saidar* para interrogar, castigar o disciplinar. Oh, sí, una hermana podía dar un tirón de orejas a una novicia utilizando el Poder si estaba exasperada, o incluso un buen azote, pero no mucho más. Ispan le sonrió. ¡Le sonrió! Elayne respiró hondo.

—Adeleas, Vandene, quiero que nos dejéis a Aviendha y a mí a solas con Ispan.

Sintió un nudo en el estómago. Tenía que haber un modo de presionar a la mujer lo bastante para descubrir lo que querían sin romper la ley de la Torre, pero ¿cómo? Las personas que eran sometidas a un interrogatorio de la Torre por lo general empezaban a hablar sin ponerles un dedo encima —todo el mundo sabía que nadie se resistía a la Torre; ¡nadie!—, pero rara vez eran iniciadas. Pudo oír una voz, otra que no era la de Lini, sino la de su madre. «Lo que ordenes hacer, debes estar dispuesta a hacerlo por tu propia mano. Como reina, lo que ordenes hacer, serás tú quien lo haga.» —Si rompía la ley... De nuevo oyó la voz de su madre: «Ni siquiera una reina se encuentra por encima de la ley, o no existe ley». Y la de Lini: «Siempre puedes hacer lo que quieras, pequeña, mientras estés dispuesta a pagar el precio». Se quitó el sombrero sin desatar las cintas.

—Cuando hayamos... —Mantener firme la voz le costó un gran esfuerzo—. Cuando hayamos acabado de hablar con ella, la llevaréis de nuevo con las mujeres del Círculo.

Después se sometería a Merilille. Cualesquiera cinco hermanas podían enjuiciar a alguien y dictar sentencia, si se les pedía.

Ispan volvió la cabeza hacia Aviendha y luego hacia Elayne sucesivamente, y sus ojos se desorbitaron poco a poco hasta que se vio el blanco alrededor. Ya no se sentía segura de sí misma.

Vandene y Adeleas intercambiaron una mirada del modo que lo hace la gente que ha pasado junta tanto tiempo que ya no necesita hablar para entenderse; luego Vandene cogió a Elayne y a Aviendha por el brazo.

—¿Podemos hablar fuera un momento? —Sonaba como una sugerencia, pero ya las empujaba disimuladamente hacia la puerta.

En el patio de la granja se encontraban unas dos docenas de Allegadas, agrupadas como un rebaño de ovejas. No todas llevaban vestidos ebudarianos, pero dos tenían el cinturón rojo de las Mujeres Sabias, y Elayne reconoció a Berowin, una mujer fornida y baja que por lo general hacía gala de un orgullo mucho mayor que su fuerza en el Poder. Pero no en ese momento. Al igual que las demás, su expresión era asustada y sus ojos lanzaban rápidas y fugaces miradas a pesar de que el Círculo al completo las rodeaba, hablando con urgencia. Un poco más allá, Nynaeve y Alise intentaban conducir a otro grupo, quizás el doble de numeroso, hacia el interior de uno de los edificios más grandes. Desde luego, el término «intentar» parecía el más adecuado.

—... me importa poco qué heredades te pertenecen —le gritaba Nynaeve a una mujer de porte orgulloso, vestida en seda verde—. ¡Entra y quédate ahí, donde no estorbes, o te meteré de una patada!

Alise se limitó a coger a la mujer de verde por la nuca y la hizo cruzar el umbral a pesar de sus acaloradas y prolijas protestas. Sonó una especie de graznido, como si alguien hubiese pisado a un pato gordo, y luego Alise reapareció en la puerta, sacudiéndose las manos. Después de aquello, las demás no dieron problemas.

Vandene las soltó y las miró a la cara con aire pensativo. El brillo de la Fuente todavía la envolvía, pero tenía que ser Adeleas la que controlaba los flujos combinados de ambas. Una vez tejido, Vandene habría podido mantener el escudo aunque no lo viese, pero si hubiese sido ella la que dirigía la coligación, lo lógico habría sido que fuera Adeleas quien las

condujese fuera. Vandene habría podido alejarse varios cientos de pasos antes de que la coligación empezara a debilitarse —no se rompería aunque Adeleas se marchara a la otra punta del mundo, si bien perdería su utilidad mucho antes— pero se mantuvo cerca de la puerta. Daba la impresión de que escogía mentalmente las palabras antes de hablar.

—Siempre he pensado que es mejor que sean mujeres de experiencia las que se encarguen de esta clase de cosas —dijo finalmente—. A las jóvenes se les sube la sangre a la cabeza con más facilidad, y entonces se exceden. O a veces se dan cuenta de que son incapaces de hacer lo necesario, porque aún no han visto realmente lo suficiente. O, peor aún, encuentran cierto... deleite en ello. Y no es que crea que ninguna de vosotras tiene ese defecto. —Dedicó a Aviendha una mirada ponderativa sin hacer pausa alguna; la Aiel se apresuró a envainar su cuchillo—. Adeleas y yo hemos visto lo suficiente para saber por qué hemos de hacer lo que debe hacerse, y hace mucho que dejamos atrás el arrebatamiento de la juventud. Quizá quieras dejarnos esto a nosotras. Mucho mejor así, desde todo punto de vista.

Vandene pareció tomar la recomendación como aceptada; inclinó la cabeza y se dirigió a la puerta. En cuanto desapareció tras ella, Elayne percibió el uso del Poder en el interior, un tejido que aislaba el cuarto; una salvaguardia contra oídos indiscretos, indudablemente. Sin duda, no querían que cualquiera oyera por casualidad lo que quiera que Ispan tuviese que decir. Entonces se le ocurrió otro uso, y de repente el silencio del cuarto le resultó más ominoso que los posibles gritos que dicha salvaguardia pudiera silenciar.

Volvió a ponerse el sombrero, bruscamente. No sentía el calor, pero de pronto el resol le había revuelto el estómago.

—Tal vez te apetezca ayudarme a mirar lo que llevan esos animales de carga —dijo con un hilo de voz. No había ordenado hacerlo, pero ese detalle no parecía cambiar nada. Aviendha asintió con sorprendente rapidez; daba la impresión de que también quería alejarse de aquel silencio.

Las Detectoras de Vientos esperaban a poca distancia de donde los sirvientes tenían a los caballos albardones con aire impaciente y dirigiendo miradas imperiosas en derredor, todas cruzadas de brazos en imitación a Renaile. Alise fue hacia ellas, identificando a Renaile como la cabecilla del grupo con sólo un breve vistazo. Hizo caso omiso de Elayne y Aviendha.

—Venid conmigo —instó en tono enérgico que no admitía discusión—. Las Aes Sedai dicen que querréis resguardaros del sol hasta que las cosas estén más calmadas. —Había tanta amargura en las palabras «Aes Sedai» como el temor reverencial al que Elayne se había acostumbrado a oír en labios de las Allegadas. Tal vez más. Renaile se puso tensa y su rostro se ensombreció, pero Alise siguió sin inmutarse—. Por mí, espontáneas, podéis sentaros aquí fuera y sudar si es eso lo que queréis. Si es que estáis en condiciones de sentaros. —Saltaba a la vista que ninguna de las Atha'an Miere había recibido Curación para los dolores causados por las sillas; su actitud era la de unas mujeres que quisieran olvidar que existían de cintura para abajo—. Lo que no haréis será tenerme aquí esperando.

—¿Sabes quién soy? —demandó Renaile con rabia mal contenida, pero Alise ya se alejaba sin mirar atrás.

Luchando consigo misma de manera patente, Renaile se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y luego ordenó a las otras, iracunda, que dejaran los «condenados costeros» caballos y la siguieran. Caminaron en fila, bamboleándose y despatarradas, en pos de la mujer, todas, salvo las dos aprendizas, mascullando entre dientes, incluida la propia Alise.

Instintivamente, Elayne empezó a planear cómo suavizar la situación, cómo lograr que se curaran los dolores de las Atha'an Miere sin que éstas tuviesen que pedirlo, y sin que una hermana tuviese que ofrecerlo demasiado enérgicamente; también había que apaciguar a Nynaeve y a las otras hermanas. Para su sorpresa, descubrió que, por primera vez en su vida, no sentía el menor deseo de suavizar nada. Mientras seguía con la vista a las Detectoras de Vientos que cojeaban hacia uno de los edificios de la granja, decidió que las cosas estaban bien así. Aviendha exhibía una sonrisa abierta y amplia al tiempo que observaba a las Atha'an

Librodot

Miere. Elayne borró la suya, mucho más discreta, y se volvió hacia los animales de carga. Se lo merecían. No sonreír costaba un gran esfuerzo.

Con ayuda de Aviendha, la búsqueda fue mucho más rápida, y reunieron un surtido de objetos que habrían sido causa de celebración de haberlos llevado a la Torre. Aunque no hubiese nadie que estudiara los *ter'angreal.* Los había de todas las formas imaginables; copas, cuencos y jarrones, ninguno igual a otro en tamaño, diseño o material. Una caja aplanada, comida por la carcoma, contenía joyas —un collar y brazaletes con piedras de colores engastadas, un fino cinturón tachonado de gemas, varios anillos—, y había sitio para más. Todas eran *ter'angreal*, y hacían juego, pensadas para llevarlas puestas a la vez, aunque Elayne no alcanzaba a imaginar por qué querría una mujer lucir tantas al mismo tiempo. Aviendha encontró una daga con la empuñadura de cuerno de ciervo y forrada con hilo de oro; la hoja no tenía filo y, por las apariencias, nunca lo había tenido. La Aiel empezó a darle vueltas y más vueltas entre los dedos —de hecho, las manos empezaron a temblarle— hasta que Elayne se la cogió y la puso con los otros objetos sobre la tapa de la cisterna. Aun entonces, Aviendha continuó mirándola fijamente un rato y lamiéndose los labios como si los tuviese secos. Había anillos, pendientes, collares, brazaletes y broches, muchos con diseños realmente peculiares. Había figurillas y tallas de pájaros, animales y gente; varios cuchillos —éstos con filo—; media docena de medallones grandes en bronce o acero, la mayoría trabajada con dibujos extraños y ninguno de ellos con una imagen que Elayne alcanzara a entender; un par de sombreros singulares, aparentemente hechos de metal, demasiado ornamentados y finos para ser yelmos, y un montón de objetos a los que no sabía cómo describir. Una vara, tan gruesa como su muñeca, suave, de color rojo intenso y redondeada, más firme que dura a pesar de parecer de piedra; ésta no adquirió una leve calidez cuando la tocó, sino que casi quemaba. No una quemazón real, del mismo modo que la calidez tampoco lo era, ¡pero aun así! ¿Y qué decir de un juego de bolas de metal huecas en filigrana, metidas unas dentro de otras? Cualquier movimiento producía un ligero tintineo musical, de tono distinto en cada ocasión; tenía la impresión de que por mucho que mirara, siempre habría otra bola más pequeña esperando a ser descubierta. ¿Y aquello que parecía un rompecabezas de los que hacían los herreros, pero de cristal? Pesaba tanto que se le cayó, y desportilló el borde de la tapa de la cisterna. Sí, era una colección que habría despertado el asombro de cualquier Aes Sedai. Y, lo más importante de todo, encontraron dos *angreal.* Elayne los puso aparte, al alcance de su mano.

Uno era una extraña pieza de joyería, un brazalete dorado unido por cadenillas a anillos, todo ello cincelado con un intrincado dibujo laberíntico. Ése era el más fuerte de los dos, más que la tortuga que todavía guardaba en la escarcela. Estaba hecho para una mano más pequeña que la suya o la de Aviendha. Cosa curiosa, el brazalete tenía una pequeña cerradura, completa con una diminuta llave tubular que colgaba de una fina cadena y que obviamente estaba hecha para poder quitarla. ¡Junto con la llave! El otro era la figura de una mujer sentada, en marfil oscurecido por el paso del tiempo, con las piernas dobladas y las rodillas desnudas, pero con el cabello tan largo y frondoso que no habría estado más cubierta con una capa. Ni siquiera tenía la fuerza de la tortuga, pero la encontró muy atrayente. Una mano reposaba sobre una rodilla, con la palma hacia arriba y los dedos colocados de manera que el pulgar tocaba las puntas del corazón y el anular, en tanto que la otra mano la tenía levantada, con el índice y el corazón alzados y los otros dedos flexionados. Toda la figurilla tenía un aire de suprema dignidad y, sin embargo, el rostro, delicadamente trabajado, mostraba contento y deleite. ¿La habrían creado para alguna mujer en particular? De alguna manera parecía personal. Tal vez hacían eso en la Era de Leyenda. Algunos *ter'angreal* eran inmensos y hacían falta hombres y caballos, o incluso el Poder, para moverlos, pero el tamaño de casi todos los *angreal* era lo bastante pequeño para poder llevarlos encima; no todos, pero sí la mayoría.

Estaban retirando las cubiertas de lona de otro grupo de alforjas de mimbre cuando Nynaeve se acercó caminando a zancadas. Las Atha'an Miere empezaron a salir de uno de los edificios de la granja, sin cojear ya. Merilille hablaba con Renaile, o más bien la Detectora de

Librodot

Vientos hablaba y Merilille escuchaba. Elayne se preguntó qué habría ocurrido allí dentro. La delgada Gris ya no parecía tan satisfecha. El grupo de Allegadas había aumentado, pero mientras Elayne las miraba otras tres aparecieron, vacilantes, en el patio, y otras dos se asomaron al borde de los olivos, con aire indeciso. Podía percibir a Birgitte en alguna parte entre los olivares, y sólo un poco menos irritada que un rato antes.

Nynaeve echó una ojeada al montón de *ter'angreal* y se dio un tirón de la coleta. Se había dejado el sombrero en algún sitio.

—Eso puede esperar —dijo, en un tono que sonaba indignado—. Ha llegado el momento.

Librodot

CAPÍTULO 5

Estalla la tormenta

El sol se hallaba a poco más de la mitad de su recorrido hacia el horizonte cuando el grupo subió el sinuoso sendero, bien marcado por el uso frecuente, que conducía a la cumbre de la escarpada colina situada detrás de los establos. Era el lugar elegido por Renaile. Tenía sentido, por lo que Elayne sabía sobre trabajar con el tiempo, todo aprendido de una Detectora de Vientos de los Marinos, naturalmente. Realizar cambios más allá de las inmediaciones requería actuar sobre grandes distancias, lo que significaba ser capaz de *ver* una gran extensión, cosa mucho más fácil de llevar a cabo en el océano que en tierra firme. Excepto desde la cima de una colina. También precisaba una gran destreza para no provocar lluvias torrenciales o trombas o sólo la Luz sabía qué desastres en otros lugares. Hiciera lo que hiciera, los efectos se expandían como las ondas en un estanque al arrojar una piedra. Elayne no deseaba en absoluto dirigir el círculo que utilizaría el Cuenco.

La cima plana —aunque no exenta de relieves— y sin rastro de vegetación formaba una mesa pelada y rocosa, amplia, de cincuenta pasos de longitud, con espacio de sobra para todas las que tenían que estar allí y otras cuya presencia, para ser estrictos, no era necesaria. A una altura de cincuenta metros sobre la granja, la espectacular vista se extendía a kilómetros de distancia cual un mosaico formado por granjas y pastizales, bosques y olivares. Entre un centenar de matices verdes, la excesiva proliferación de tonos pardos y amarillos clamaba la necesidad de lo que estaban a punto de acometer, pero aun así la belleza del paisaje impresionó a Elayne. ¡Se avistaba tan lejos a pesar de la calina originada por el polvo que flotaba en el aire! Allí el terreno era bastante llano, salvo por aquellos contados cerros. Ebou Dar se encontraba hacia el sur, justo detrás del horizonte, imperceptible aun cuando abrazase el *Saidar*, y sin embargo parecía que debería poder divisarla con sólo esforzarse un poco. A buen seguro, conseguiría avistar el río Eldar si forzaba la vista. Un panorama maravilloso que no llamaba la atención de todas.

—Una hora perdida —rezongó Nynaeve a la par que lanzaba una mirada malhumorada, de soslayo, a Reanne. Y a casi todo el mundo. Al no encontrarse presente Lan, a lo mejor aprovechaba la oportunidad para dar rienda suelta a su mal genio—. Casi una hora. Tal vez más. Completamente perdida. Alise es bastante competente, supongo, ¡pero sería de esperar que Reanne supiera quiénes se encontraban en la granja! ¡Luz! ¡Si esa estúpida mujer se me desmaya otra vez...!

Elayne contaba con que siguiera así un rato más. Ahora que se había desatado, parecía un aluvión incontenible. Reanne intentaba mantener un gesto animado y ansioso, pero sus manos no dejaban de toquetear la falda, dándole tirones y alisándola. Kirstian se limitaba a aferrar la suya y a sudar, aparentemente a punto de vomitar en cualquier momento; cuando cualquiera la miraba, fuese quien fuese, se ponía a temblar. La tercera Allegada, Garenia, era una mercader saldaenina de nariz firme y boca ancha, una mujer baja, estrecha de caderas, más fuerte en el Poder que las otras dos, y que no parecía mucho mayor que Nynaeve. Su pálida tez brillaba con una humedad grasa, y sus oscuros ojos se desorbitaban cada vez que se encontraban con una Aes Sedai. Elayne pensó que quizá tendría la oportunidad de comprobar, por fin, si los ojos de alguien acababan saliéndose de las órbitas. Por lo menos, Garenia había dejado de gimotear, cosa que había hecho todo el camino colina arriba.

Librodot

Había otras dos que quizás hubiesen sido lo bastante fuertes —sólo quizás; las Allegadas no tenían demasiado en cuenta eso—, pero se habían marchado, la última hacía tres días. Nadie más en la granja se acercaba ni de lejos a lo requerido, razón por la cual Nynaeve estaba enfadada. Una de las razones. La otra era que Garenia, que se encontraba entre las primeras a las que habían encontrado, se desmayó en el patio. En realidad, se quedó privada de nuevo las dos primeras veces que la hicieron volver en sí, tan pronto como sus ojos recayeron en una de las hermanas. Ni que decir tiene que Nynaeve, siendo como era, no estaba dispuesta a admitir que debería haber hecho algo tan sencillo como preguntar a Alise quién más había en la granja. O incluso decirle lo que buscaba antes de que la mujer se lo preguntara. La antigua Zahorí jamás esperaba que alguien tuviese cabeza para saber cuál era su mano derecha. Salvo ella, claro.

—¡Podríamos haber acabado ya a estas alturas! —gruñó Nynaeve—. ¡Podríamos habernos quitado de encima...! —Casi tembló por el esfuerzo de no dirigir miradas ceñudas a las Atha'an Miere, que se reunían cerca del extremo oriental de la meseta.

Renaile parecía impartir instrucciones con gestos enfáticos. Elayne habría dado un montón por oírlas. Naturalmente, las miradas irritadas de Nynaeve abarcaban a Merilille, Careane y Sareitha, la última todavía estrechando firmemente contra su pecho el Cuenco envuelto en seda. Adeleas y Vandene se habían quedado abajo, encerradas con Ispan a cal y canto. Las tres hermanas charlaban entre ellas, sin prestar atención a Nynaeve a menos que ésta les hablase directamente, pero los ojos de Merilille se desviaban de vez en cuando hacia las Detectoras de Vientos para luego apartarlos de golpe. Su máscara de serenidad tenía leves fisuras; se humedecía los labios con la punta de la lengua.

¿Habría cometido algún error en la granja, mientras realizaba la Curación? Merilille había negociado tratados y mediado en disputas entre naciones; pocas en la Torre Blanca la superaban en eso. Sin embargo, Elayne recordaba una historieta contada en cierta ocasión, una especie de anécdota chistosa, sobre una mercader domani, un Maestre de Cargamento de los Marinos y una Aes Sedai. Pocos eran los que contaban chistes en los que aparecían Aes Sedai; hacerlo no era del todo seguro. La mercader y el Maestre de Cargamento encontraban una piedra corriente en la playa y empezaban a comprársela y a vendérsela entre sí sucesivamente, consiguiendo sacar beneficio en cada ocasión. Entonces llegaba una Aes Sedai. La domani la convencía para que comprase la piedra por el doble del precio que ella había pagado la última vez, tras lo cual el Atha'an Miere convencía a la Aes Sedai para que le comprara a él la *misma* piedra por el doble de lo que acababa de pagar. Sólo era un chiste, pero ponía de manifiesto lo que pensaba la gente. A lo mejor las hermanas de más edad no habrían hecho un trato mejor con los Marinos.

Aviendha se encaminó al borde del escarpado tan pronto como llegó a la meseta y se quedó mirando fijamente hacia el norte, tan inmóvil como una estatua. Al cabo de un momento, Elayne se dio cuenta de que la Aiel no contemplaba el paisaje; simplemente tenía la vista fija en el vacío. Se recogió las faldas, no sin cierta dificultad a causa de los tres *angreal* que tenía en las manos, y se reunió con su amiga.

El risco se precipitaba a plomo cuarenta y cinco metros hasta los olivares, en una pared vertical, irregular y alomada, pelada salvo por unos pocos arbustos pequeños, medio muertos. La caída no era realmente vertiginosa, pero tampoco se parecía a mirar el suelo desde la copa de un árbol. Curiosamente, mirar abajo hizo que a Elayne se le fuese un poco la cabeza. Aviendha no parecía notar que el borde del precipicio se abría a sus pies.

—¿Te preocupa algo? —le preguntó en voz baja.

—Te he fallado. —Aviendha mantuvo la vista fija en el horizonte; su voz sonaba inexpresiva, vacía—. No sé crear accesos correctamente, y todos me vieron avergonzarte. Tomé a un sirviente por un Depravado de la Sombra, y no pude comportarme de un modo más estúpido. Las Atha'an Miere dirigen miradas iracundas a las Aes Sedai y hacen caso omiso de mí, como si fuese un perro de las Aes Sedai que ladra cuando se lo mandan. Fingí que podría hacer hablar a la Seguidora de la Sombra, pero a ninguna *Far Dareis Mai* se le permite interrogar a los prisioneros hasta que haya estado casada con la lanza durante veinte

años, ni siquiera presenciar interrogatorios hasta que la haya llevado diez. Soy débil y blanda, Elayne. No soporto la idea de avergonzarte más aún. Si te fallo otra vez, moriré.

A la heredera del trono se le quedó seca la boca de golpe. Aquello sonaba muy parecido a una promesa. Asió firmemente el brazo de su amiga y la obligó a retirarse del precipicio. A veces los Aiel se comportaban de un modo casi tan peculiar como imaginaban los Atha'an Miere. No creía realmente que Aviendha se arrojase al vacío, pero no estaba dispuesta a correr ningún riesgo. Al menos no opuso resistencia.

Todas las demás parecían absortas en sí mismas o pendientes unas de otras. Nynaeve había empezado a hablar con las Atha'an Miere, la coleta sujeta firmemente con ambas manos y el semblante casi tan tenso como el de ellas a causa del esfuerzo por no gritar, en tanto que las mujeres de los Marinos escuchaban con aire entre desdeñoso y arrogante. Merilille y Sareitha seguían guardando el Cuenco, pero Careane intentaba, con escaso éxito, hablar con las Allegadas. Reanne contestaba, si bien parpadeando y lamiéndose los labios por los nervios, en tanto que Kirstian permanecía callada y temblorosa, y Garenia tenía los ojos prietamente cerrados. Elayne mantuvo el tono bajo, de todos modos; aquello no les incumbía a las demás.

—No le has fallado a nadie, y menos a mí, Aviendha. En ningún momento has hecho nada que me haya avergonzado, y nunca harás nada que me avergüence. —Aviendha la miró y pestañeó dubitativa—. Y estás tan lejos de ser débil y blanda como una piedra. —Aquél debía de ser el cumplido más extraño que había dedicado a alguien en toda su vida, aunque Aviendha pareció complacida—. Y también estoy segura de que las mujeres de los Marinos aún no se han recuperado del susto que les diste. —Otro extraño halago; hizo sonreír a Aviendha, aunque levemente. Elayne respiró hondo—. En cuanto a Ispan... —No le gustaba pensar siquiera en eso—. También yo creí ser capaz de hacer lo que fuese necesario, pero sólo con pensarlo me sudan las manos y se me revuelve el estómago. Habría vomitado si lo hubiese intentado, así que en eso estamos iguales.

«Me sorprendes», dijo Aviendha utilizando el lenguaje de señas de las Doncellas; había empezado a enseñarle algunos signos a Elayne, aunque le explicó que estaba prohibido. Por lo visto, ser medio hermanas que aprendían a ser algo más cambiaba aquello. Salvo que, en realidad, no lo hacía. Aviendha parecía pensar que su explicación había quedado perfectamente clara.

—No quise decir que no pudiera —manifestó en voz alta—, sólo que no sabría cómo. Seguramente la habría matado al intentarlo. —De repente sonrió, mucho más cálida y abiertamente que antes, y rozó con suavidad la mejilla de Elayne—. Ambas tenemos debilidades —susurró—, pero no acarrea deshonra mientras sólo lo sepamos nosotras.

—No —repuso Elayne con un hilo de voz. ¡Podía, sólo que no sabía *cómo*!—. No la acarrea. —Esta Aiel guardaba más sorpresas que un juglar—. Ten —dijo mientras le ponía en la mano la figurilla de la mujer cubierta con la melena—. Utilízalo en el círculo. —Desprenderse del *angreal* no era fácil. Había decidido usarlo ella, pero, con sonrisas o sin ellas, su amiga, su medio hermana, necesitaba levantar el ánimo. Aviendha le dio vueltas a la figurilla de marfil entre sus manos; Elayne casi podía ver cómo se estrujaba el cerebro para devolvérsela—. Aviendha, sabes qué se siente cuando se absorbe todo el *Saidar* posible, ¿verdad? Pues imagina lo que es absorber el doble. Piénsalo bien. Quiero que lo utilices, por favor.

Los Aiel no dejarían translucir mucho en sus rostros, pero los verdes ojos de Aviendha se abrieron como platos. Habían hablado sobre los *angreal* cuando se plantearon su búsqueda, pero probablemente hasta ese momento nunca había pensado cómo sería usar uno.

—El doble —musitó la Aiel—. Absorber tanto. Casi no puedo imaginarlo. Es un gran regalo, Elayne. —Volvió a rozar la mejilla de su amiga con las puntas de los dedos; era el equivalente Aiel de un beso y un abrazo.

Fuera lo que fuese lo que Nynaeve tuviera que decirles a las Atha'an Miere, no le llevó mucho tiempo. Se alejó de ellas apuñando la falda con rabia. Se acercó a la Aiel, miró ceñuda por igual a Aviendha y el borde del precipicio, y se quedó cerca de Elayne. Normalmente

Librodot

negaba que las alturas le diesen vértigo, pero se situó de manera que las dos jóvenes quedaran entre ella y el vacío.

—Tengo que hablar contigo —murmuró mientras guiaba a Elayne a cierta distancia por la cima de la colina, lejos del precipicio. No se apartó demasiado, pero sí lo bastante para que nadie más la oyera. Respiró hondo varias veces antes de empezar en voz baja, y evitó mirar a Elayne.

»Me... He estado comportándome como una necia. ¡Todo por culpa de ese maldito hombre! Cuando no lo tengo delante de las narices, casi no puedo pensar en otra cosa, y cuando está conmigo, ni siquiera puedo pensar! —Su tono se mantuvo bajo, pero sonaba casi como un gemido—. No puedo permitirme el lujo de perder la cabeza por un hombre, y menos en este momento.

Elayne estaba tan estupefacta que se quedó momentáneamente muda. ¿Nynaeve admitiendo que había actuado como una idiota? ¡Estuvo tentada de mirar el sol para ver si se había vuelto verde!

—No es culpa de Lan, y lo sabes, Nynaeve —contestó finalmente. Rechazó el recuerdo de sus propios pensamientos recientes sobre Rand. No era lo mismo. Y la oportunidad se presentaba como un regalo del cielo. Seguramente al día siguiente Nynaeve la abofetearía si se le ocurría decir que había estado haciendo el idiota—. Contrólate, deja de comportarte como una niña atolondrada. —Ningún pensamiento de Rand, definitivamente. ¡Ella no había estado en las nubes ni soñando con él hasta ese punto!—. Eres una Aes Sedai, y se supone que estás al mando de todas nosotras. ¡Al mando! ¡Y piensa!

Nynaeve enlazó las manos a la altura de la cintura y bajó la cabeza.

—Lo intentaré —balbuceó—. Lo intentaré de verdad. Sin embargo, tú no sabes lo que es esto. Yo... Lo siento.

Elayne casi se tragó la lengua por la impresión. ¿Y, además, Nynaeve se disculpaba? ¿Nynaeve avergonzada? Quizás estaba enferma. La cosa no duró, por supuesto. Nynaeve carraspeó mientras observaba el *angreal* con el entrecejo muy fruncido.

—Le diste uno a Aviendha, ¿verdad? —instó bruscamente—. Bueno, supongo que está bien tratándose de ella. Lástima que tengamos que dejar que las Atha'an Miere usen uno. ¡Apuesto que no querrán devolverlo! ¡De acuerdo, pues, que lo intenten! ¿Cuál es el mío?

Con un suspiro, Elayne le entregó el brazalete con anillos, y Nynaeve se alejó manipulando la pieza para ponérsela en la mano izquierda mientras llamaba a todo el mundo para que ocupara su sitio. A veces costaba trabajo distinguir a Nynaeve dirigiendo de Nynaeve intimidando. En fin, mientras dirigiera...

El Cuenco de los Vientos se hallaba asentado, despojado de la cobertura de seda blanca, en el centro de la cumbre; era un disco de cristal claro, pesado y poco profundo, de medio metro de diámetro, con espesas y arremolinadas nubes talladas en su interior. Una pieza ornamentada, pero sencilla si se tenía en cuenta lo que podía hacer. Lo que esperaban que pudiera hacer. Nynaeve ocupó su lugar cerca del Cuenco, con el *angreal* finalmente abrochado en la muñeca. Movió la mano, como sorprendida de que las cadenillas no la molestasen; le encajaba como si se lo hubiesen hecho a medida. Las tres Allegadas ya estaban allí, Kirstian y Garenia arrimadas a la espalda de Reanne y más asustadas que nunca, si tal cosa era posible, pero las Detectoras de Vientos seguían agrupadas detrás de Renaile, a casi veinte pasos de distancia.

Recogiéndose la falda pantalón, Elayne se reunió con Aviendha junto al Cuenco y miró con desconfianza a las Atha'an Miere. ¿Se proponían armar jaleo? Había temido algo así desde que se mencionó por primera vez que algunas mujeres de la granja podían ser lo bastante fuertes para unirse a la coligación. Las mujeres de los Marinos eran tan quisquillosas con el tema del rango como para dejar pequeña a la Torre Blanca, y la presencia de Garenia significaba que Renaile din Calon Estrella Azul, Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere, no formaría parte del círculo. No debería.

La mirada escrutadora de Renaile pasó sobre todas las mujeres que rodeaban el Cuenco. Parecía estar sopesándolas, juzgando sus aptitudes.

—Talaan din Gelyn —llamó de pronto—. ¡Ocupa tu sitio! —Sonó como el chasquido de un látigo, y hasta Nynaeve dio un brinco.

Talaan hizo una profunda reverencia, con la mano sobre el corazón, y luego corrió hacia el Cuenco. No bien se hubo movido, Renaile volvió a bramar:

—¡Metarra din Junalle, a tu puesto!

Metarra, gruesa pero sólida, fue rápidamente en pos de Talaan. Ninguna de las dos aprendizas era lo bastante mayor para haberse ganado lo que el pueblo de los Marinos llamaba un «nombre de sal».

Una vez hubo empezado, Renaile pronunció rápidamente los siguientes nombres, enviando a Rainyn y a otras dos Detectoras de Vientos, todas las cuales se movieron con premura, si bien no tanto como las dos aprendizas. Mujeres de porte digno y un sosegado aire de autoridad, Naime y Rysael superaban en rango a Rainyn a juzgar por sus medallones, pero eran notoriamente más débiles que ella en el Poder. Entonces Renaile hizo una pausa; cortísima, aunque bastó para que acabara de decidir la lista de mujeres:

—¡Tebreille din Gelyn Viento del Sur, a tu puesto! ¡Caire din Gelyn Ola Rompiente, toma el mando!

Elayne sintió un momentáneo alivio por que Renaile no se hubiese nombrado a sí misma, pero sólo duró lo que la pausa de Renaile. Tebreille y Caire intercambiaron una mirada, la de Tebreille sombría y la de Caire petulante, antes de dirigirse hacia el Cuenco. Ocho pendientes y multitud de medallones apiñados en la cadena señalaban a cada una de ellas como Detectora de Vientos de la Señora de las Olas de su clan. Sólo Renaile estaba por encima de ellas, y entre las mujeres de los Marinos presentes en la cumbre de la colina únicamente Dorile era su igual. Vestida de seda amarilla con brocados, Caire era ligeramente la más alta, en tanto que Tebreille, con brocado verde, tenía el semblante más severo en cierto modo; ambas más que atractivas, no hacía falta el apellido para saber que eran hermanas. Tenían los mismos ojos grandes y casi negros, la misma nariz recta, el mismo mentón firme. Caire señaló en silencio un punto a su derecha; Tebreille tampoco habló ni vaciló para situarse donde le indicaba su hermana, pero su rostro parecía de piedra. Con ella, un círculo de trece mujeres, casi hombro con hombro, rodeaba el Cuenco. Los ojos de Caire brillaban; los de Tebreille estaban sombríos. Elayne recordó otro de los dichos de Lini: «No hay cuchillo más afilado que el odio de una hermana».

Caire paseó la mirada por las mujeres situadas alrededor del Cuenco, aun cuando todavía no era realmente un círculo, como si intentara grabar en su mente la cara de cada una de ellas. O tal vez para plasmar en los rostros de las mujeres su expresión ceñuda. Recordando de pronto, Elayne se apresuró a pasar el último *angreal* a Talaan y empezó a explicar cómo funcionaba. Era fácil, si bien cualquiera que intentara usarlo sin saber cómo, podría pasarse horas sin conseguirlo. No le dieron ocasión de pronunciar ni cinco palabras, empero.

—¡Silencio! —bramó Caire. Con los puños tatuados apoyados en las caderas y plantados los pies descalzos muy separados, se diría que estaba en la cubierta de un barco listo para entrar en batalla—. No se hablará en los puestos sin mi permiso. Talaan, preséntate ante el mando nada más regresar al barco.

En el tono de Caire no había nada que sugiriera que estaba hablándole a su propia hija. Talaan hizo una profunda inclinación, con la mano sobre el corazón, y murmuró algo inaudible. Caire resopló desdeñosamente —y asestó una mirada a Elayne que apuntaba el deseo de tener potestad para que también ella se presentara ante alguien— antes de continuar con una voz que podría haberse oído al pie de la colina:

—Hoy haremos lo que no se ha llevado a cabo desde el Desmembramiento del Mundo, cuando nuestros antepasados lucharon contra vientos y olas enloquecidos. Por el Cuenco de los Vientos y la gracia de la Luz, sobrevivieron. Hoy usaremos el Cuenco de los Vientos, perdido para nosotros durante más de dos mil años y ahora recuperado. He estudiado el antiguo saber, los registros de los días cuando nuestras predecesoras adquirieron los conocimientos sobre el mar y la Detección de Vientos, y la sal entró en nuestra sangre. Lo que se sabe del Cuenco de los Vientos, lo sé yo, más que cualquier otra persona. —Sus ojos se

desviaron hacia su hermana, una mirada satisfecha de la que Tebreille no se dio por enterada, cosa que pareció satisfacer aún más a Caire—. Lo que las Aes Sedai no pueden hacer, lo haré yo hoy, si la Luz quiere. Espero que cada mujer permanezca en su puesto hasta el final. No toleraré negligencias.

Las demás Atha'an Miere parecieron acoger la arenga como algo esperado y pertinente, pero las Allegadas contemplaban boquiabiertas por la estupefacción a Caire. En opinión de Elayne, calificar la parrafada de grandilocuente era quedarse corta; ¡era obvio que Caire esperaba plenamente que la Luz *quisiera*, y que *ella* se molestaría si no ocurría así! Nynaeve alzó los ojos al cielo y abrió la boca, pero Caire se le adelantó.

—Nynaeve —anunció la Detectora de Vientos en voz alta—, te toca demostrar la técnica de la coligación. ¡Empieza, mujer, y aprisa!

En respuesta, la antigua Zahorí cerró los ojos con fuerza y apretó los labios. Daba la impresión de que una arteria se le fuera a reventar en cualquier momento.

—Deduzco que eso significa que tengo *permiso* para hablar —masculló, por suerte en voz tan baja que Caire, situada al otro lado del círculo, no la oyó. Abrió los ojos y esbozó una sonrisa que resultaba espantosa en conjunto con el resto de su expresión. Era el gesto de quien tiene ardor de estómago y varias dolencias más concentradas en una.

—El primer paso es abrazar la Fuente Verdadera, Caire. —La luz del *Saidar* brilló de pronto alrededor, con intensidad; por lo que percibía Elayne, estaba utilizando ya el *angreal* que llevaba puesto—. Doy por sentado que sabes cómo hacer eso, por supuesto. —Hizo caso omiso de los labios repentinamente apretados de Caire y prosiguió—. Elayne me ayudará ahora en la *demostración*, si es que tenemos tu *permiso.*

—Me preparo para abrazar la Fuente —se apresuró a intervenir la heredera del trono, antes de que Caire estallara—, pero en realidad no la abrazo. —Se abrió al Poder y las Detectoras de Vientos se echaron hacia adelante, observándola con gran atención aunque aún no había nada que ver. Incluso Kirstian y Garenia olvidaron su miedo lo bastante para mostrar interés—. Mientras estoy en este punto, lo difiero a Nynaeve.

—Ahora entro en contacto con ella... —Nynaeve se interrumpió y miró a Talaan. Elayne no había tenido ocasión de decirle nada—. Es parecido a hacerlo con un *angreal* —añadió, dirigiéndose a la esbelta aprendiza. Caire gruñó y Talaan intentó observar a Nynaeve sin levantar la cabeza—. Te abres a la Fuente *a través* de un *angreal*, del mismo modo que haré a través de Elayne. Como si intentaras abrazar el *angreal* y la Fuente a la vez. En realidad no es muy difícil. Observa y lo verás. Cuando llegue el momento de incluirte en el círculo, no tienes más que ponerte en el límite de estar a punto de absorberla. De ese modo, cuando yo la abrace a través de ti también lo haré a través del *angreal.*

Con concentración o sin ella, el sudor empezó a perlar la frente de Elayne. Claro que el calor no tenía nada que ver. La Fuente Verdadera la llamaba, palpitaba, y ella palpitaba al unísono. La apremiaba. Cuanto más tiempo permanecía suspendida en ese punto en el que casi tocaba el Poder, más intenso era el deseo, la necesidad. Aguantó, pero empezó a temblar levemente. Vandene le había dicho que cuanto más se encauzaba, peor se volvía esa ansiedad.

—Fíjate en Aviendha —dijo Nynaeve a Talaan—. Ella sabe cómo... —Reparó entonces en el semblante de Elayne y terminó rápidamente—. ¡Observa!

No era exactamente como utilizar un *angreal*, aunque se parecía mucho. Y tampoco era para realizarlo con prisas; en el mejor de los casos, Nynaeve no tenía un contacto suave. Elayne se sentía como si la estuviesen sacudiendo; físicamente no ocurría nada, pero dentro de su cabeza parecía que la zarandearan y rodara dando tumbos ladera abajo. Lo peor, sin embargo, era la desesperante lentitud con que esos zarandeos la acercaban hacia la Fuente. Sólo se tardaba unos segundos, aunque daba la impresión de que fuesen días. Quería chillar, pero no podía respirar. De pronto, como si reventara un dique, el Poder Único fluyó a través de ella, un torrente de vida y gozo, de dicha ilimitada, y exhaló en un largo resuello de placer y alivio tan abrumador que las piernas le temblaron. Apenas pudo contener el jadeo. Tambaleante, se irguió y dirigió una mirada severa a Nynaeve, quien se encogió de hombros en un gesto de disculpa. ¡Dos veces en un mismo día! Por fuerza el sol tenía que estar

Librodot

volviéndose verde.

—Ahora controlo el flujo del *Saidar* de ella además del mío —prosiguió Nynaeve, esquivando los ojos de su amiga—, y seguiré haciéndolo hasta que la suelte. Bien, no temáis que quienquiera que dirija el círculo —asestó una mirada ceñuda a Caire y aspiró por la nariz con desdén— pueda haceros absorber demasiado. Realmente es muy parecido a un *angreal.* Los *angreal* actúan como topes que protegen de la carga adicional de Poder, y de un modo semejante, en un círculo no se os puede hacer absorber demasiado. A decir verdad, en un círculo se puede absorber más de lo que de otro mod...

—¡Esto es peligroso! —la interrumpió Renaile mientras se abría paso entre Caire y Tebreille. Su mirada ceñuda abarcaba a Nynaeve, Elayne y las hermanas que estaban fuera del círculo—. ¿Dices que una mujer puede, sin más, apresar a otra, retenerla, utilizarla? ¿Cuánto hace que vosotras, Aes Sedai, sabéis esto? Os lo advierto, si intentáis utilizarlo con una de nosotras... —Ahora le llegó el turno de que la interrumpieran a ella.

—No funciona así, Renaile —dijo Sareitha, que tocó a Garenia en el hombro y ésta y Kirstian se apartaron para dejarla pasar. La joven Marrón miró a Nynaeve con incertidumbre; luego enlazó las manos y adoptó un tono didáctico, como si se dirigiera a una clase. Con él llegó la compostura; quizás en ese momento veía a Renaile como una alumna—. La Torre estudió esto durante largos años, mucho antes de la Guerra de los Trollocs. He leído todas las páginas que se conservan en la biblioteca de la Torre sobre esos estudios. Se demostró de manera concluyente que una mujer no puede formar una coligación con otra en contra de su voluntad. Es imposible hacerlo, simplemente; no ocurre nada. Es preciso un sometimiento voluntario, igual que para abrazar el *Saidar.* —Hablaba con absoluta certeza, pero Renaile seguía ceñuda; todo el mundo sabía que las Aes Sedai podían eludir el Juramento contra la mentira.

—¿Y por qué lo estudiaron? —inquirió la Atha'an Miere—. ¿Por qué le interesaba tanto a la Torre una cosa así? ¿Acaso lo seguís estudiando?

—Eso es ridículo. —La exasperación rezumó en la voz de Sareitha—. Para que lo sepas, fue el problema de los hombres capaces de encauzar lo que las condujo a ello. Por aquel entonces, para algunas el Desmembramiento del Mundo era un suceso acaecido en su tiempo. Imagino que muchas hermanas ni siquiera lo recuerdan, ya que no ha formado parte de la instrucción requerida desde antes de la Guerra de los Trollocs, pero también se puede hacer entrar a hombres en el círculo, y como el círculo no se rompe incluso si te quedas dormida... En fin, que las ventajas son obvias. Por desgracia, el intento fue un fracaso total. Bien, volviendo al tema que nos ocupa, repito que es imposible obligar a una mujer a entrar en un círculo. Si lo dudas, inténtalo tú misma y lo verás.

Renaile asintió, aceptando por fin la evidencia; poco más podía hacerse cuando una Aes Sedai daba un dictamen concluyente sobre algo. Con todo, Elayne no lo tenía tan claro. ¿Qué había en las páginas que *no* se habían conservado? Había advertido un ligerísimo cambio en la entonación de Sareitha en cierto momento. Tenía unas cuantas preguntas, pero las dejaría para más tarde, cuando no hubiese tantos oídos atentos.

Cuando Renaile y Sareitha salieron del círculo, Nynaeve estiró su falda pantalón para ponerla derecha, obviamente irritada por la interrupción, y abrió la boca de nuevo.

—Continúa con tu demostración, Nynaeve —ordenó Caire con aspereza. La fría impasibilidad plasmada en su oscura tez recordaba un estanque helado, pero tampoco ella se sentía muy complacida.

Nynaeve movió los labios varias veces antes de ser capaz de emitir algún sonido y, cuando lo hizo, habló con precipitación, como si temiera que alguna otra fuera a interrumpirla.

La siguiente parte de la lección era pasar el control del círculo. También eso debía hacerse de manera voluntaria, y mientras se disponía a llegar a Nynaeve, Elayne contuvo la respiración hasta que sintió el sutil cambio que significaba que ahora era ella la que controlaba el Poder que fluía en su interior. Y el que fluía por Nynaeve, desde luego. No había estado muy segura de que funcionara. Nynaeve podía formar fácilmente un círculo, ya

que no con cierta delicadeza, pero pasar la dirección también implicaba una forma de sometimiento, y la antigua Zahorí tenía *bastantes* dificultades para renunciar al control o ser introducida en un círculo, del mismo modo que antes las había tenido para rendirse al *Saidar.* Razón por la cual era Elayne quien llevaba las riendas de momento. Habría que pasar el control a Caire, y quizá Nynaeve no sería capaz de entregarlo dos veces seguidas. En comparación, hasta disculparse en dos ocasiones debía de haberle costado mucho menos trabajo.

A continuación, Elayne se coligó con Aviendha, a fin de que Talaan pudiese ver, en la medida de lo posible, cómo se hacía con un *angreal*, y todo funcionó perfectamente; Aviendha era una alumna muy avispada y se incorporó con facilidad. Resultó que Talaan también era rápida, y su adición del flujo aún mayor reforzado por el *angreal* salió a pedir de boca. Elayne las fue introduciendo en la coligación una por una; casi temblaba ante el torrente de Poder que fluía por ella. Todavía ninguna absorbía ni de lejos tanto como ella era capaz, pero era una suma, en especial al estar involucrados *angreal.* La percepción de la joven aumentaba con cada anexión de *Saidar*, podía oler los intensos aromas de las cajitas de filigrana que las Detectoras de Vientos llevaban colgadas al cuello, y cada uno por separado. Distinguía cada pliegue y fruncido en las ropas de todas con tanta precisión como si tuviese la nariz pegada a las telas, o incluso más. Notaba hasta el más leve movimiento del aire contra su cabello y su piel, un roce acariciante que jamás habría sentido sin el Poder.

Y su percepción no se limitaba a eso, por supuesto. La coligación guardaba semejanza con el vínculo del Guardián, igualmente intenso y, en cierto sentido, incluso más íntimo. Sabía que a Nynaeve le dolía el talón derecho por la pequeña ampolla que le había salido al trepar colina arriba; la antigua Zahorí insistía siempre en las excelencias de un calzado fuerte, pero sentía debilidad por los escarpines con mucho bordado. Nynaeve mantenía la vista fija en Caire, cruzada de brazos y toqueteando la trenza echada sobre el hombro con los dedos en los que llevaba puesto el *angreal*, todo en ella ofreciendo una imagen de sólida estabilidad, si bien por dentro era un tumulto de emociones: temor, preocupación, expectación, irritación, recelo e impaciencia agolpándose en un confuso revoltijo, e insinuándose en medio, a veces prevaleciendo sobre todo lo demás, ondas de calidez y oleadas de ardor que amenazaban con estallar en una violenta llamarada. Esas últimas las sofocaba rápidamente, en especial las segundas, pero siempre reaparecían. Elayne casi creyó reconocerlas, pero era como algo atisbado con el rabillo del ojo, que desaparece cuando se vuelve la cabeza.

Cosa sorprendente, también Aviendha sentía miedo, pero leve y firmemente contenido, casi sofocado por la determinación. El de Garenia y Kirstian, que temblaban visiblemente, rayaba en el terror, y era tan intenso que parecía un milagro que hubiesen sido capaces de abrazar la Fuente. En el caso de Reanne, lo que desbordaba era ansiedad, por mucho que se alisara la falda. En cuanto a las Atha'an Miere... Incluso Tebreille exudaba una actitud de precavida alerta, y no hicieron falta las fugaces ojeadas de Metarra y de Rainyn para saber que el centro de ello era Caire, que las observaba a todas, impaciente e imperiosa.

Elayne la dejó para el final, y no fue realmente una sorpresa que tuviese que hacer cuatro intentonas —¡cuatro!— para incorporar a la mujer al círculo. Obviamente, a Caire le costaba rendirse tanto como a Nynaeve. Elayne esperaba fervientemente que se la hubiese escogido por su habilidad, no por el rango.

—Ahora te pasaré el control del círculo a ti —le dijo a la Detectora de Vientos cuando finalmente hubo acabado—. Si recuerdas lo que hice con Nyna...

Las palabras se cortaron de golpe en su garganta cuando la guía del círculo le fue arrebatada de manera brutal al rendir el control; fue una sensación como si una impetuosa ráfaga de viento le desgarrara las ropas o le arrancara los huesos. Exhaló ferozmente, y si sonaba como si escupiese, pues tanto mejor.

—Bien —dijo Caire al tiempo que se frotaba las manos—. Bien. —Volcó su atención en el Cuenco, girando la cabeza a uno y otro lado a medida que lo examinaba. Bueno, quizá no toda su atención, ya que Reanne empezó a sentarse y, sin levantar la cabeza, espetó—: ¡Continúa en tu puesto, mujer! ¡Esto no es una excursión de pesca!

Librodot

Sobresaltada, Reanne se puso erguida bruscamente mientras mascullaba entre dientes, pero Caire le hizo tan poco caso como si no existiese. Los ojos de la Detectora de Vientos siguieron prendidos en el aplanado objeto de cristal. Elayne percibió en ella resolución suficiente para mover montañas. Y algo más, mínimo y aplastado rápidamente: incertidumbre. ¿Incertidumbre? Si después de todo esto, la mujer no sabía qué hacer...

En ese momento, Caire absorbió a fondo. El *Saidar* fluyó a través de Elayne casi al límite de lo que la joven podía contener; un anillo luminoso cobró consistencia y unió a las mujeres del círculo, más luminoso allí donde alguna utilizaba un *angreal*, pero en ningún caso débil. Observó atentamente mientras Caire encauzaba y formaba, mediante un complejo tejido con la totalidad de los Cinco Poderes, una estrella de cuatro puntas que situó sobre el Cuenco con exquisita precisión. La estrella tocó el objeto y la joven dio un respingo. En una ocasión ella había encauzado un pequeño flujo hacia el Cuenco —en el *Tel'aran'rhiod*, naturalmente, y sólo hacia un reflejo del Cuenco, aunque no por ello dejaba de ser peligroso—, y el nítido cristal se había tornado de color azul pálido y las nubes talladas se habían movido. Ahora el Cuenco de los Vientos *era* azul, del color intenso de un cielo estival, y lo surcaban velozmente blancas nubes algodonosas.

Las cuatro puntas de la estrella aumentaron a cinco, como resultado de una ligera variación del tejido, y el Cuenco pasó a ser un verde mar con enormes olas hinchadas. Luego pasó a tener seis puntas, y fue otro cielo, de un azul distinto, más oscuro, quizás invernal, con nubarrones purpúreos cargados de lluvia o nieve. Siete puntas, y un mar gris verdoso se encrespó con la rugiente tormenta. Ocho puntas, y cielo. Nueve, y mar. Y de repente Elayne sintió al propio Cuenco absorbiendo *Saidar*, un torrente violento mucho mayor del que el círculo al completo podría manejar.

Los cambios siguieron sucediéndose sin interrupción dentro del Cuenco, de mar a cielo, de olas a nubes, pero una columna de *Saidar*, enroscada y sinuosa, salió lanzada desde el somero disco de cristal, Fuego y Aire, Agua y Tierra y Energía; una columna de compleja trama, tan ancha como el Cuenco, que ascendió y ascendió hasta que el extremo se perdió de vista en el cielo. Caire seguía tejiendo y el sudor le resbalaba por la cara; hizo una pausa sólo para parpadear y quitarse las saladas gotitas de los ojos mientras examinaba las imágenes del Cuenco, y luego incorporó un nuevo tejido. El diseño del trenzado de la columna cambiaba con cada tejido, reflejando sutilmente lo que realizaba Caire.

Menos mal que no había propuesto ser ella la que enfocara los flujos del círculo, comprendió Elayne; lo que esa mujer estaba haciendo requería más años de estudio de los que ella tenía. Muchos más. De pronto reparó en algo más. Aquel trenzado cambiante de *Saidar* se enroscó en torno a otra cosa, algo invisible que dio solidez a la columna. Elayne tragó con esfuerzo. El Cuenco estaba absorbiendo *Saidin* también.

Su esperanza de que nadie más hubiese identificado qué era se desvaneció con sólo echar una ojeada a las otras mujeres. La mitad de ellas contemplaba la sinuosa columna con una repugnancia que debería haberse reservado para el Oscuro. El miedo cobró mayor relevancia entre las otras emociones que percibía su mente. Algunas se acercaban al punto de terror de Garenia y Kirstian, y lo milagroso era que aquellas dos no se hubiesen desmayado. A Nynaeve le faltaba un pelo para vomitar, a pesar de su semblante repentinamente impávido. También Aviendha ofrecía una imagen de serenidad, pero por dentro aquel temor diminuto vibraba y palpitaba, tratando de crecer.

De Caire sólo le llegaba determinación, tan inflexible como su expresión. Nada se interpondría en su camino, y desde luego no la mera presencia del *Saidin* contaminado por el Oscuro mezclándose con su tejido. Nada la detendría. Trabajó los flujos y, repentinamente, finísimas redes de *Saidar* brotaron desde el extremo invisible de la columna, cual radios de una rueda torcidos, casi un abanico sólido extendiéndose hacia el sur, y otros abanicos menos densos hacia el norte y noroeste, y radios individuales, delicados como encaje, en otras direcciones. Cambiaron a medida que crecían, diferentes de un momento a otro, irrepetibles, extendiéndose a través del cielo, más y más lejos, hasta que también los extremos del entramado se perdieron de vista. Tampoco era sólo *Saidar*, de eso no le cupo duda a Elayne;

en algunos sitios aquella telaraña parecía enroscarse en torno a algo que no podía ver. Caire siguió tejiendo, dominando a su antojo la evolución de la columna, *Saidar* y *Saidin* juntos, y la telaraña cambió y fluyó como un caleidoscopio irregular girando a través del cielo, desapareciendo en la distancia, constantemente, sin parar.

Sin previo aviso, Caire enderezó la espalda, se frotó los riñones y soltó la Fuente de golpe. Columna y telaraña se desvanecieron, y la mujer se quedó desmadejada, respirando con dificultad. El Cuenco se tornó transparente de nuevo, pero retazos de *Saidar* lanzaban destellos y chisporroteaban alrededor del borde.

—Está hecho, si la Luz quiere —dijo con voz cansina.

Elayne apenas la escuchó. Ése no era modo de poner fin a un círculo. Cuando Caire soltó la Fuente como lo había hecho, el Poder desapareció de todas las mujeres de forma simultánea. A Elayne se le desorbitaron los ojos; durante un instante, fue como si se encontrara en lo alto de la torre más grande del mundo y, de pronto, la torre hubiese desaparecido bajo sus pies. Sólo duró un segundo, pero la experiencia resultó muy desagradable. Se sentía cansada, aunque ni de lejos tanto como lo habría estado de haber actuado como algo más que un conducto, pero lo que verdaderamente sentía era la pérdida. Soltar el *Saidar* ya era bastante malo de por sí; que te privasen repentinamente de él era indescriptible.

Otras lo habían pasado peor que ella. Mientras el brillo que rodeaba el círculo se disipaba, Nynaeve se sentó pesadamente donde estaba, como si las piernas se le hubiesen derretido, y se quedó acariciando el brazalete y los anillos, mirándolos fijamente y jadeando. El sudor le corría por la cara.

—Me siento como un tamiz de cocina por el que ha pasado toda la harina del molino —murmuró. Absorber tanto Poder conllevaba un precio, aunque no se hiciese nada, aunque se utilizara un *angreal.*

Talaan se tambaleó cual un junco sacudido por el vendaval, y lanzó miradas temerosas a su madre; saltaba a la vista que le daba miedo sentarse sin su permiso. Aviendha aguantaba derecha; su expresión impávida denotaba que la fuerza de voluntad tenía mucho que ver en ello. Sin embargo, esbozó una leve sonrisa e hizo una seña con el lenguaje de la Doncellas, «mereció el precio», y a continuación otra: «más». Merecía la pena, incluso más precio del pagado. Todo el mundo parecía agotado, aunque no tanto como las que habían utilizado los *angreal.* El Cuenco de los Vientos quedó finalmente en reposo y volvió a ser un simple recipiente de cristal puro, aunque ahora estaba decorado con olas encrespadas. Empero, daba la impresión de que el *Saidar* seguía allí; no manejado por nadie; no visible, sino en tenues destellos percibidos, como los que habían chisporroteado por su borde al final.

Nynaeve alzó la cabeza y miró ceñuda el cielo despejado para luego bajar la vista hacia Caire.

—Todo eso ¿para qué? ¿Conseguimos algo o no?

Un soplo de aire barrió la cumbre de la colina, caliente como el de una cocina. La Detectora de Vientos se puso de pie trabajosamente.

—¿Crees que Tejer los Vientos es como dar un golpe de timón en un barco ligero? —preguntó despectivamente—. ¡Lo que acabo de hacer es mover el timón de un rasador con un bao maestro tan grande como el mundo! Tardará en virar, en saber que se *supone* que tiene que virar. Que *debe* virar. Pero cuando lo haga, ni el mismísimo Padre de las Tormentas podrá impedírselo. Lo he hecho, Aes Sedai, ¡y el Cuenco de los Vientos es nuestro!

Renaile se acercó al círculo y se arrodilló junto al Cuenco de los Vientos. Con todo cuidado empezó a envolverlo en el blanco paño de seda.

—Se lo llevaré a la Señora de los Barcos —dijo a Nynaeve—. Hemos cumplido con nuestra parte del trato. Ahora os toca a vosotras, Aes Sedai, cumplir el resto de la vuestra.

Merilille soltó un sonido gutural, pero cuando Elayne la miró, la Gris volvía a ser la viva imagen de la compostura.

—Tal vez hayáis cumplido vuestra parte —manifestó Nynaeve mientras se incorporaba tambaleándose—. Tal vez. Se verá cuando ese... *rasador* vuestro vire. ¡Si es que lo hace! —

Librodot

Renaile la miró duramente por encima del Cuenco, pero Nynaeve no se inmutó—. Qué extraño —murmuró a la par que se frotaba las sienes; el brazalete se le enredó en el pelo y la mujer torció el gesto—. Casi puedo sentir un eco del *Saidar.* ¡Debe de ser por esta cosa!

—No —dijo lentamente Elayne—. También yo lo siento.

No era sólo el chisporroteo percibido débilmente en el aire. Más bien era la sombra de un eco, tan tenue como si hubiera alguien utilizando el *Saidar* a cierta... Se volvió bruscamente. En el horizonte meridional centelleaban los relámpagos, docenas de rayos emitiendo un intenso azul plateado contra el cielo vespertino. Muy cerca de Ebou Dar.

—¿Una tormenta? —sugirió, anhelante, Sareitha—. El tiempo debe de estar volviendo a la normalidad ya.

Pero no había nubes en el cielo allí donde los relámpagos se bifurcaban y descargaban. Sareitha no era lo bastante fuerte para percibir el uso del *Saidar* a tanta distancia.

Elayne tuvo un escalofrío. Tampoco ella era lo bastante fuerte, a menos que alguien estuviese utilizando tanto como habían usado ellas en la cumbre de la colina. Cincuenta o tal vez cien Aes Sedai, todas encauzando a la vez. O...

—No uno de los Renegados —musitó, y alguien a su espalda gimió.

—Uno solo no podría hacer eso —convino con ella Nynaeve—. Quizá no nos sintieron como nosotras los hemos sentido. Quizá, pero lo habrán visto, a menos que estén ciegos. ¡Mierda, qué perra suerte! —A pesar de mantener el tono bajo estaba muy agitada; a menudo regañaba a Elayne por usar ese tipo de lenguaje—. Reúne a todas las que vayan a Andor contigo, Elayne. Yo te... Me reuniré contigo allí. Mat está en la ciudad. He de volver para buscarlo. Maldito chico; vino por mí y he de hacerlo.

Elayne se rodeó con los brazos y respiró profundamente. Dejaba a la reina a su suerte, encomendándola a la Luz; Tylin sobreviviría si era posible. Pero Mat Cauthon, su peculiar y muy instructivo súbdito, su salvador más inverosímil. También había venido a buscarla a ella, y le ofreció mucho más. Y Thom Merrilin; el querido Thom, del que a veces todavía deseaba que resultara ser su verdadero padre, y al infierno con lo que tal cosa convertiría a su madre. Y el chico, Olver, y Chel Vanin, y... Tenía que pensar como una reina, «La Corona de la Rosa pesa más que una montaña, y el deber te hará llorar, pero has de resistir y hacer lo que se exige de ti», le había dicho su madre.

—No —manifestó, y repitió con voz más firme—. No. Mira en qué estado te encuentras, Nynaeve; casi no te tienes en pie. Aun cuando fuésemos todas, ¿qué podríamos hacer? ¿Cuántos Renegados hay allí? Moriríamos y, lo que es peor, para nada. Los Renegados no tienen motivos para buscar a Mat o a los otros. Andan detrás de nosotras.

Nynaeve la miró boquiabierta; la tozuda Nynaeve, con el rostro sudoroso y las piernas inestables. La maravillosa, valiente e insensata Nynaeve.

—¿Estás diciendo que lo abandonemos, Elayne? Aviendha, dile algo. ¡Háblale de ese honor que siempre estás sacando a relucir!

Aviendha vaciló un momento y luego sacudió la cabeza. Sudaba casi tanto como la propia Nynaeve y, por la forma en que se movía, se encontraba tan cansada como ella.

—Hay ocasiones en las que uno debe luchar aunque no se tenga esperanza, Nynaeve, pero Elayne tiene razón. Los Depravados de la Sombra no van detrás de Mat Cauthon, sino de nosotras y del Cuenco de los Vientos. Es posible que él haya salido ya de la ciudad. Si volvemos, corremos el riesgo de ponerlos a su alcance, lo que puede deshacer aquello que hemos realizado. No importa dónde mandemos el Cuenco, sabrán cómo obligarnos a decirles quién se lo ha llevado y adónde.

El rostro de Nynaeve se crispó por el dolor. Elayne alargó los brazos para estrecharla contra sí y consolarla.

—¡Un Engendro de la Sombra! —gritó alguien, y de pronto hubo mujeres abrazando el *Saidar* por toda la cumbre de la colina. De las manos de Merilille salieron disparadas bolas de fuego, así como de las de Careane y Sareitha, tan deprisa como podían lanzarlas. Una forma enorme y alada se precipitó desde el cielo envuelta en llamas, dejando tras de sí una estela de humo negro y grasiento; desapareció de la vista por el precipicio.

Librodot

—¡Ahí viene otro! —chilló Kirstian a la par que señalaba.

Una segunda criatura alada se zambullía en un picado que la alejaba de la colina; su cuerpo era tan grande como el de un caballo; las alas, con nervaduras, tenían una envergadura de treinta pasos o más; el largo cuello se estiraba hacia el frente, y la cola, aún más larga, ondeaba tras ella. Dos personas se agazapaban sobre su lomo. Una descarga cerrada de fuego la persiguió, las más rápidas en el ataque eran Aviendha y las Atha'an Miere, quienes no realizaban gestos de lanzamiento como parte de su tejido. Era una lluvia de fuego tan densa que parecía formarse del propio aire, y el ser se zambulló detrás de la colina para eludirla, al otro lado de la granja, y pareció desvanecerse.

—¿Lo hemos matado? —inquirió Sareitha, con los ojos brillantes y la respiración agitada.

—¿Le hemos dado siquiera? —gruñó una de las mujeres de los Marinos.

—Engendros de la Sombra —comentó Merilille sin salir de su asombro—. ¡Aquí! Al menos eso confirma la presencia de Renegados en Ebou Dar.

—No son Engendros de la Sombra —manifestó Elayne con voz hueca. El semblante de Nynaeve era la viva imagen de la angustia; también ella lo sabía—. Se llaman *raken.* Son los seanchan. Debemos irnos, Nynaeve, y llevarnos a todas las mujeres de la granja. Tanto si matamos a ese animal como si no, vendrán más. A cualquiera que dejemos atrás llevará puesta una correa de *damane* en las primeras horas de mañana.

Nynaeve asintió lenta, pesarosamente; Elayne creyó oírla murmurar: «Oh, Mat».

Renaile se aproximó a zancadas, con el Cuenco en los brazos, de nuevo envuelto en la seda blanca.

—Algunos de nuestros barcos han tenido enfrentamientos con esos seanchan. Si están en Ebou Dar, entonces intentarán salir a mar abierto. ¡Mi nave lucha para sobrevivir y yo no me encuentro en su cubierta! ¡Nos vamos de inmediato!

Formó allí mismo el tejido de un acceso. Ni que decir tiene que la urdimbre se entrelazó en vano, enredándose, centelleó durante un instante y después se desvaneció, pero Elayne chilló a despecho de sí misma. ¡Mira que intentar abrir un acceso allí mismo, justo en medio de todas!

—¡No irás a ninguna parte desde aquí a menos que te quedes el tiempo suficiente para conocer a fondo esta cumbre! —instó bruscamente. Confió en que ninguna de las mujeres que había formado parte del círculo intentara realizar el tejido; estar colmada de *Saidar* era el mejor modo de conocer un sitio a la perfección. Ella podría hacerlo funcionar allí, y seguramente las demás también estarían en condiciones de realizarlo—. No vas a ir a un barco en movimiento desde *ninguna parte*; ¡no es posible!

Merilille asintió, aunque tal cosa no significaba nada; las Aes Sedai daban por ciertas muchas cosas, y de hecho algunas lo eran. Mejor así si las Atha'an Miere lo creían probado, en cualquier caso. Nynaeve, demacrada y con la mirada perdida, no se encontraba en condiciones de ponerse al mando en ese momento, de modo que Elayne continuó, confiando en ser digna de su madre muerta.

—Pero, sobre todo, no iréis a ninguna parte excepto con nosotras, porque nuestro acuerdo no está cumplido del todo; el Cuenco de los Vientos no os pertenecerá hasta que el clima se haya normalizado. —No era exactamente cierto, a menos que se tergiversaran un poco los términos del acuerdo, y Renaile abrió la boca para protestar, pero Elayne no le dio ocasión—. Y porque hicisteis un trato con Matrim Cauthon, mi súbdito. Vendréis voluntariamente donde yo diga, o iréis atadas como fardos sobre las sillas de los caballos. Son opciones que aceptasteis, de modo que bajad ahora mismo de esta colina, Renaile din Calon Estrella Azul, antes de que los seanchan caigan sobre nosotras con un ejército y unos cuantos centenares de mujeres que encauzan y a las que no habría nada que les gustase más que vernos atadas a un collar manejado por ellas. ¡Vamos! ¡Deprisa!

Para su sorpresa, las Atha'an Miere echaron a correr.

Librodot

CAPÍTULO 6

Hilos

Ni que decir tiene que también Elayne corrió, con las faldas recogidas, y enseguida se puso a la cabeza por el trillado sendero de tierra. Sólo Aviendha la seguía pegada a sus talones, a pesar de que no parecía tener mucha idea de cómo correr llevando puesto un vestido, aunque fuese un traje de montar; por cansada que estuviera, sin duda habría sobrepasado a su amiga de haberlo querido. Todas las demás iban tras ellas en fila, a cierta distancia, por el estrecho y sinuoso sendero. Ninguna de las Atha'an Miere osaría adelantarse a Renaile, quien, pese a llevar pantalones de seda, no podía moverse deprisa al ir cargada con el Cuenco, que estrechaba contra su pecho. Nynaeve no tenía tales reparos, y se abrió paso a codazos y empujones, gritándoles que se quitasen de en medio cuando tropezaba con ellas, ya fuesen Detectoras de Vientos, Allegadas o Aes Sedai.

Trotando sendero abajo, tropezando y recuperando el equilibrio, Elayne sintió deseos de reír a pesar de las prisas. A pesar del peligro. Lini y su madre habían puesto fin a sus carreras y su trepar a los árboles cuando había cumplido los doce años, pero no era el mero placer de volver a correr lo que despertaba en ella aquel puro gozo. ¡Se había comportado como se esperaba de una reina y el resultado había sido el previsto! ¡Había tomado el mando para poner fuera de peligro a las demás y todas habían obedecido! Se había estado preparando para esto toda su vida. Era la satisfacción lo que la hacía reír, y tenía la sensación de estar a punto de reventar de orgullo.

Pasó el último recodo y descendió el último tramo recto, a lo largo de uno de los establos encalados. Entonces tropezó con una piedra medio enterrada; salió lanzada hacia adelante, agitando los brazos, y de pronto se encontró dando una voltereta en el aire. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Con un sonoro golpe que le hizo chocar los dientes y le vació de aire los pulmones, aterrizó bruscamente en el arranque del sendero, justo delante de Birgitte. Durante un instante ni siquiera fue capaz de pensar, y cuando pudo hacerlo, la sensación de euforia había desaparecido por completo. Adiós a la dignidad de reina. Se retiró el cabello de la cara e intentó recobrar el resuello mientras esperaba el comentario hiriente de Birgitte. Era una oportunidad de oro para que la otra mujer se desquitara haciendo el papel de hermana mayor y más experimentada, y Birgitte rara vez dejaba pasar la ocasión.

Para sorpresa de Elayne, la arquera la ayudó a levantarse aun antes de que Aviendha pudiera llegar a su lado, y en su rostro ni siquiera se insinuaba el atisbo de sonrisa de la Aiel. Lo único que percibía en su Guardián era una sensación de... concentración en algo; pensó que así se sentiría una flecha encajada en la cuerda tensa de un arco.

—¿Huimos o presentamos batalla? —preguntó Birgitte—. Reconocí a esas bestias voladoras de Falme y, con toda sinceridad, yo aconsejaría lo primero. Mi arco es normal y corriente ahora.

Aviendha la miró con el entrecejo levemente fruncido, y Elayne suspiró; Birgitte debía aprender a tener cuidado con lo que decía si quería mantener en secreto su verdadera identidad.

—Huimos, por supuesto —jadeó Nynaeve, que había recorrido el último tramo con gran esfuerzo—. ¡Huir o luchar! ¡Qué pregunta tan estúpida! ¿Crees que estamos completamente...? ¡Luz! ¿Qué demonios hacen? —Su tono empezó a subir

Librodot

progresivamente—. ¡Alise! Alise, ¿dónde estás? ¡Alise! ¡Alise!

Con un sobresalto, Elayne cayó en la cuenta de que en la granja reinaba un tumulto igual al desatado cuando se reconoció el rostro de Careane. Tal vez peor. Ciento cuarenta y siete Allegadas vivían actualmente allí, según había informado Alise, incluidas cincuenta y cuatro Mujeres Sabias recién llegadas y otras cuantas que estaban de paso por la ciudad; parecía que todas ellas, de la primera a la última, corrían en una u otra dirección, y también otras muchas mujeres. Casi todos los sirvientes del palacio de Tarasin, con sus uniformes verdes y blancos, trotaban de aquí para allá con celeridad, cargados con bultos. Patos y gallinas aleteaban espantados en medio del jaleo, contribuyendo al barullo con sus graznidos y cacareos. Elayne vio incluso a Jaem, el canoso Guardián de Vandene, pasar a la carrera rodeando con sus nervudos brazos un enorme saco de yute.

Alise pareció surgir de la nada, la viva imagen del aplomo y la serenidad a pesar del rostro sudoroso. Ni un solo pelo estaba fuera de su sitio, y el aspecto de sus ropas era el de quien sale a dar un paseo.

—No es necesario chillar —dijo sosegadamente mientras se ponía en jarras—. Birgitte me explicó qué son esas enormes aves, y pensé que era mejor marcharnos antes que después, sobre todo viéndoos galopar sendero abajo como si os persiguiera el Oscuro en persona. Les dije a todas que cogieran un vestido limpio por cabeza, tres mudas y medias, jabón, costurero y todo el dinero que tuvieran. Y nada más. Las diez que acaben en último lugar tendrán que fregar los platos hasta que lleguemos a dondequiera que vayamos; eso les hará darse prisa. Y les dije a los sirvientes que reunieran todos los víveres que pudieran, por si acaso. Y también a vuestros Guardianes. Unos tipos sensatos, en su mayoría. Sorprendentemente sensatos, tratándose de hombres. ¿Ser Guardianes tiene algo que ver?

Nynaeve seguía plantada en el mismo sitio, con la boca abierta para empezar a impartir órdenes y sin que quedase ninguna que dar. Las emociones pasaron por su semblante demasiado deprisa para identificarlas.

—Muy bien —balbuceó finalmente con acritud. Su expresión se animó de repente—. Las mujeres que no son Allegadas. ¡Sí! Hay que...

—Cálmate —la interrumpió Alise a la par que hacía un gesto tranquilizador—. Ya se han marchado casi todas. Principalmente las que tenían esposos o familias de los que preocuparse. No habría podido retenerlas aunque hubiese querido. Sin embargo, hay treinta o más que están convencidas de que esos animales son Engendros de la Sombra y desean permanecer tan cerca de las Aes Sedai como sea posible. —Un corto y seco resoplido dejó muy claro lo que pensaba sobre eso—. Bien, serena esos ánimos. Bebe agua fresca, pero despacio. Y compón un poco el gesto. Yo voy a vigilar cómo marcha todo. —Al fijarse en el alboroto, unos y otros corriendo sin aparente orden, sacudió la cabeza—. Algunas se lo tomarían con más calma si unos trollocs atacaran colina abajo, y la mayoría de las nobles nunca se han acostumbrado realmente a nuestras reglas. A buen seguro tendré que recordarles dos o tres antes de marcharnos.

Sin más, se alejó tranquilamente hacia el tumulto del patio de la granja, dejando boquiabierta a Nynaeve.

—Bueno —comentó Elayne mientras se sacudía la falda—, tú dijiste que era una mujer muy competente.

—Jamás dije tal cosa —espetó su amiga—. No dije «muy» en ningún momento. —Resopló con fuerza—. ¿Dónde ha ido a parar mi sombrero? Se cree que lo sabe todo. ¡Apuesto a que eso no lo sabe!

Echó a andar en dirección opuesta a la tomada por Alise.

Elayne la siguió con la mirada, enarcada una ceja. ¿Su sombrero? También a ella le gustaría saber qué había pasado con el suyo —era precioso—, pero ¡diantre! A lo mejor estar en el círculo trabajando con tanto Poder había atontado temporalmente a Nynaeve. Ella misma se sentía un poco rara todavía, como si pudiese arrancar pequeños fragmentos de *Saidar* del aire que la rodeaba. En cualquier caso, tenía otros asuntos de los que ocuparse en ese momento. Por ejemplo, marcharse de allí antes de que los seanchan cayeran sobre ellas.

Librodot

Por lo que había visto en Falme, podrían traer realmente un centenar o más de *damane*, y basándose en lo poco que Egwene consintió hablar sobre su cautividad, la mayoría de esas mujeres estarían más que dispuestas a colaborar para poner a otras collares como los que ellas llevaban. Afirmaba que lo que más le había revuelto el estómago había sido ver *damane* reír con sus *sul'dam*, haciéndoles fiestas y jugando con ellas como harían sabuesos bien entrenados con sus cariñosos dueños. Egwene contaba que algunas mujeres a las que habían puesto la correa en Falme también actuaban así. A Elayne se le había helado la sangre en las venas al oírlo. ¡Antes moriría que dejar que le hiciesen eso a ella! Y también preferiría que los Renegados se apoderaran de lo que había encontrado antes que los seanchan. Corrió hacia la cisterna, con Aviendha a su lado; la respiración de la Aiel era casi tan trabajosa como la de Elayne.

Sin embargo, parecía que Alise había pensado realmente en todo. Los *ter'angreal* ya habían sido retirados y cargados en los caballos de albardas. Los cestos que no habían registrado seguían llenos de un revoltijo de cachivaches, y la Luz sabía qué más, pero los que habían vaciado Aviendha y ella ahora rebosaban de toscos sacos de harina y sal, alubias y lentejas. Un puñado de caballerizos hacía guardia junto a los animales de carga, en lugar de ir corriendo de aquí para allá con bultos y paquetes. Sin duda, siguiendo las órdenes de Alise. ¡Pero si hasta Birgitte se apresuró a acudir junto a la mujer cuando ésta la llamó, y se limitó a sonreír con desgana!

Elayne levantó las cubiertas de lona para examinar los *ter'angreal* lo mejor posible sin volver a descargarlos. Aparentemente todo estaba allí, un poco amontonado y revuelto en dos cestos que no llenaban, pero no se veía ninguno roto. Tampoco es que hubiese nada, salvo el propio Poder Único, que pudiese romper la mayoría de *ter'angreal*, pero aun así...

Aviendha se sentó cruzada de piernas en el suelo y se enjugó el sudor de la cara con un pañuelo de lino, grande y sencillo, que parecía fuera de lugar junto a su bonito vestido de seda. Hasta ella empezaba a dar señales de cansancio.

—¿Qué mascullas, Elayne? Me recuerdas a Nynaeve. La tal Alise no ha hecho más que ahorrarnos el trabajo de empaquetar esas cosas.

Elayne se ruborizó ligeramente. No había sido su intención hablar en voz alta.

—Lo que pasa es que no quiero que los toque nadie que no sepa lo que está haciendo, Aviendha. —Algunos *ter'angreal* se ponían en funcionamiento aunque la persona que los toqueteara no pudiese encauzar si se hacía algo indebido, pero lo cierto era que no quería que *nadie* los tocara. ¡Eran de ella! La Antecámara no iba a entregar esos objetos a cualquier otra hermana sólo porque fuese mayor y más *experimentada*, ni a esconderlos porque estudiarlos fuese demasiado peligroso. Con tantos ejemplos para examinar, a lo mejor podía dilucidar finalmente cómo crear *ter'angreal* que funcionaran siempre; había habido demasiados fracasos y éxitos a medias—. Requieren una persona que sepa lo que se trae entre manos —reiteró mientras volvía a echar la dura cubierta.

El orden empezó a cobrar forma del pandemónium con mayor rapidez de la que esperaba Elayne, aunque no tan deprisa como habría deseado. Claro que, admitió de mala gana para sus adentros, nada que no fuese instantáneo la habría complacido. Incapaz de apartar los ojos del cielo, envió a Careane a lo alto del cerro para que vigilase en dirección a Ebou Dar. La fornida Verde rezongó un poco entre dientes antes de inclinar la cabeza; incluso asestó miradas fulminantes a la atareadas Allegadas, como si estuviese a punto de sugerir que enviase a una en lugar de a ella; pero Elayne quería allá arriba a alguien que no se desmayase al divisar la aproximación de «Engendros de la Sombra», y Careane era una de las menos fuertes entre las hermanas. Adeleas y Vandene salieron del edificio llevando a Ispan entre ellas, firmemente escudada y con el saco cubriéndole la cabeza. Caminaba sin dificultad y no había nada visible que indicara que se le había hecho algo, pero... Ispan caminaba con las manos enlazadas por delante de la cintura, sin hacer el menor intento de alzar el saco para echar un vistazo, y cuando la auparon a la silla de montar, extendió las manos unidas para que le ataran las muñecas sin necesidad de que se lo dijeran. Si estaba tan dócil, a lo mejor le habían sacado alguna información. Elayne no quería pensar cómo se habría logrado la

Librodot

supuesta información.

Se daban lo que podía llamarse... colisiones, incluso con lo que quizá se les venía encima. Con lo que sin duda se les venía encima. El que Nynaeve recobrase su sombrero de plumas azules perdido no fue exactamente una, pero le faltó poco; Alise lo encontró y se lo entregó mientras le decía que debía protegerse la cara del sol si quería conservar esa bonita piel tersa. Nynaeve, boquiabierta, siguió con la mirada a la canosa mujer que se alejaba presurosa a ocuparse de uno de los numerosos y pequeños problemas, y luego metió ostentosamente el sombrero debajo de la correa de sus alforjas.

Desde el principio Nynaeve se puso a la tarea de cortar las verdaderas colisiones, pero Alise se le adelantaba casi siempre, y cuando Alise se encontraba con una, la colisión se cortaba por sí misma. Algunas de las nobles exigieron ayuda para empaquetar sus pertenencias, sólo para ser informadas sin contemplaciones que lo que había dicho iba en serio y que si no dejaban de dar la lata a lo mejor se marchaban sin llevar encima más que lo puesto. Dejaron de dar la lata, claro. Otras, y no sólo nobles, cambiaron de idea cuando se enteraron de que se dirigían a Andor; a éstas se las ahuyentó literalmente, a pie y con la advertencia de que no dejasen de correr mientras pudieran. Se necesitaban todos los caballos, pero tenían que encontrarse muy lejos antes de que llegaran los seanchan; en el mejor de los casos, someterían a interrogatorio a cualquiera que encontrasen cerca de la granja. Como era de esperar, Nynaeve se enzarzó a gritos con Renaile a costa del Cuenco y de la tortuga que Talaan había utilizado, la cual, al parecer, Renaile había metido debajo de su fajín. Sin embargo, ni siquiera habían llegado a agitar los brazos cuando Alise se plantó allí y, de inmediato, el Cuenco volvió a estar al cuidado de Sareitha y la tortuga en poder de Merilille. Y a renglón seguido, Elayne se dio el gustazo de presenciar cómo Alise sacudía el índice admonitoriamente ante las narices de la estupefacta Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere mientras la vapuleaba con una parrafada sobre el robo que dejó a Renaile farfullando de rabia. También Nynaeve farfulló algo mientras se alejaba con las manos vacías, si bien Elayne pensó que en su vida había visto a alguien tan apesadumbrado.

Sin embargo, en conjunto no se tardó mucho. Las restantes mujeres que habían estado en la granja se agruparon bajo la atenta mirada del Círculo de Labores de Punto, y de Alise, que tomó buena nota de las últimas diez que llegaron, todas salvo dos con finas ropas de seda bordada, apenas diferentes de las de Elayne. Definitivamente no eran Allegadas. La heredera del trono tuvo la seguridad de que, de todas formas, les tocaría fregar los platos; Alise no permitiría que algo tan nimio como ser de noble cuna fuese óbice para hacer cumplir sus normas. Las Detectoras de Vientos esperaban en fila con sus caballos y sorprendentemente silenciosas con excepción de Renaile, que mascullaba imprecaciones cada vez que veía a Alise. Se avisó a Careane para que bajara de la colina. Los Guardianes llevaron las monturas de las hermanas. La mayoría vigilaba continuamente el cielo, y el brillo del *Saidar* envolvía a todas las Aes Sedai de más edad y a casi todas las Detectoras de Vientos. Asimismo, los halos rodeaban a unas cuantas Allegadas.

Nynaeve condujo a su yegua a la cabeza de la columna, junto a la cisterna, sin dejar de toquetear el *angreal* que aún llevaba puesto en la mano, como si fuese a ser ella la que creara el acceso, por ridícula que pudiera ser la mera idea. Para empezar, aunque se había lavado la cara y —aunque pareciera mentira considerando lo ocurrido— puesto el sombrero, todavía se tambaleaba cada vez que flaqueaba su autocontrol. Lan se mantenía prácticamente pegado a su hombro, con su habitual gesto pétreo, pero si había un hombre dispuesto a coger a una mujer si se desplomaba, ése era él. Aun con el brazalete y los anillos, probablemente Nynaeve sería incapaz de tejer un acceso. Más aún, la mujer había estado corriendo de un lado a otro de la granja desde que llegaron a ella por primera vez; en cambio, ella había estado abierta al *Saidar* un buen rato justo donde se encontraban en ese momento, de modo que conocía bien ese sitio. Nynaeve se enfurruñó cuando Elayne abrazó la Fuente, pero al menos tuvo el sentido común de no decir nada.

Desde el primer momento, la heredera del trono deseó haber pedido a Aviendha la figurilla de la mujer arropada con el cabello; también se sentía agotada, y el *Saidar* que

Librodot

lograba absorber apenas bastaba para formar el tejido que lo hiciese funcionar. Los flujos vacilaron, casi como si se retorcieran en un intento de escapar a su dominio, y luego ocuparon su lugar tan bruscamente que la joven dio un brinco; encauzar cuando se estaba cansada no se parecía en nada a hacerlo en otras circunstancias, pero esta vez fue peor que nunca. Al menos la familiar línea vertical plateada apareció como debía, y se ensanchó hasta crear un acceso justo al lado de la cisterna. No era mayor del que había abierto Aviendha, si bien Elayne se alegraba de que fuera lo bastante amplio para que pasara un caballo, cosa que había llegado a dudar al final. Las Allegadas lanzaron exclamaciones ahogadas a la vista de un prado de tierras altas que de repente se encontraba entre ellas y la familiar mole gris de la cisterna.

—Tendrías que haberme dejado intentarlo —adujo suavemente Nynaeve, pero aun así con un leve tono cortante en la voz—. Ha faltado poco para que fuese un fiasco.

Aviendha le asestó una mirada tan incisiva que Elayne estuvo en un tris de agarrarla del brazo. Cuanto más tiempo hacía que eran medio hermanas, más parecía creer la Aiel que debía defender su honor; ¡si llegaban a convertirse en primeras hermanas, no iba a quedarle más remedio que andarse con mañas para mantenerla apartada de Nynaeve y de Birgitte!

—Lo he conseguido, Nynaeve, y es lo que importa —se apresuró a contestar.

La antigua Zahorí le lanzó una mirada cortante mientras murmuraba algo sobre la susceptibilidad que había en el ambiente ese día. ¡Como si fuese Elayne la que estuviese mostrando su lado irascible!

Birgitte fue la primera en cruzar el acceso, llevando de las riendas a su caballo y empuñando el arco en la otra mano, no sin antes dirigir descaradamente una sonrisa socarrona a Lan. Elayne percibió en ella entusiasmo y una pizca de satisfacción, quizá porque en esa ocasión era ella la que iba en cabeza en lugar de él —entre los Gaidin siempre había un poquito de rivalidad—, así como cierta cautela. Muy poca. Elayne conocía bien aquel prado; Gareth Bryne le había enseñado a cabalgar muy cerca de allí. A unos ocho kilómetros de las colinas escasamente arboladas que se divisaban al fondo, se encontraba la casa solariega de una de las haciendas de su madre. Mejor dicho, de unas de *sus* haciendas; tenía que acostumbrarse a eso. Las siete familias que atendían la casa y las tierras serían las únicas personas que habría a medio día de viaje en cualquier dirección.

Elayne había elegido aquel destino porque desde allí se llegaba a Caemlyn en dos semanas. Y porque la hacienda se encontraba tan aislada que podría entrar en la ciudad antes de que nadie supiese que estaba en Andor, una precaución que consideraba muy necesaria; en distintos momentos de la historia del país, los rivales aspirantes a la Corona de la Rosa habían sido retenidos como «invitados» hasta que renunciaron a sus pretensiones. Su madre lo había hecho con dos hasta que ocupó el trono. Con suerte, tendría establecida una base sólida para cuando Egwene y los demás llegasen.

Lan condujo a *Mandarb* inmediatamente detrás del castrado castaño de Birgitte, y Nynaeve dio una sacudida hacia adelante como para ir a todo correr tras el negro caballo de batalla, pero luego se paró en seco y lanzó una mirada penetrante a Elayne, como retándola a que dijese una sola palabra. Toqueteando con rabia las riendas, hizo un palpable esfuerzo para dirigir la vista a cualquier parte excepto al acceso y a Lan. Sus labios se movieron, y al cabo de un momento Elayne comprendió que estaba *contando.*

—Nynaeve, realmente no tenemos tiempo para... —empezó en voz baja.

—Vamos, avanzad —instó la voz de Alise desde atrás, y las palmadas que dio subrayaron sus palabras de manera seca y cortante—. ¡Nada de empujones ni codazos, pero tampoco toleraré remoloneos! Avanzad.

Nynaeve giró bruscamente la cabeza hacia atrás; en su semblante se plasmaba una dolorosa indecisión. Por alguna razón se tocó el sombrero de plumas azules, rotas y dobladas, para luego apartar la mano con rapidez.

—¡Oh, esa vieja «chinga chivos» del...! —farfulló.

El resto se perdió mientras arrastraba a su yegua a través del acceso. Elayne resopló con desdén. ¡Y luego se atrevía a criticar a los demás por su lenguaje! Ojalá hubiese oído lo que seguía, sin embargo; esa primera parte ya la conocía.

Librodot

Alise siguió metiéndoles prisa, si bien no fue realmente necesario después de que pasara la primera. Hasta las Detectoras de Vientos se apresuraron al tiempo que echaban ojeadas preocupadas hacia el cielo. Incluso Renaile, que mascullaba algo sobre Alise y de lo que Elayne tomó nota mental, aunque llamar a alguien «carroñera zampapeces» sonaba bastante suave. Había imaginado que los Marinos comían pescado a todas horas.

La propia Alise cerraba la marcha, con excepción de los restantes Guardianes, aparentemente decidida a arrear incluso a los animales de carga. Se detuvo un instante para tender a Elayne su sombrero de plumas verdes.

—Querrás proteger del sol esa dulce carita —dijo con una sonrisa—. Una chica tan guapa no tiene por qué volverse un cuero viejo y arrugado antes de tiempo.

Aviendha, sentada en el suelo a poca distancia, cayó hacia atrás y pateó muerta de risa.

—Creo que le pediré que busque un sombrero para ti. Con montones de plumas y grandes lazos —repuso Elayne en tono dulcísimo antes de seguir a la Allegada a través del acceso. Aquello, naturalmente, cortó las risas de Aviendha.

El prado suavemente ondulado, ancho y de más de un kilómetro de longitud, estaba rodeado de colinas más altas que las que habían dejado atrás, así como de árboles conocidos para Elayne: robles, pinos, endrinos, tupelos, cedros y abetos; bosques densos con buenos ejemplares madereros al sur, este y oeste, aunque quizás ese año no habría tala. En su mayor parte, los dispersos árboles que crecían al norte, en dirección a la casa solariega, eran más apropiados para leña. Pequeños peñascos grises salpicaban la espesa hierba agostada aquí y allí, y ni un solo tallo seco marcaba el lugar ocupado por una flor silvestre muerta. En eso no había tanta diferencia con el sur del continente.

Por una vez, Nynaeve no oteaba el entorno intentando localizar a Lan. Él y Birgitte no estarían ausentes mucho tiempo, de todos modos; allí no. En cambio, caminaba con brío entre los caballos, ordenando a la gente que montara con voz alta e imperiosa, metiendo prisa a los sirvientes con los animales de carga, espetando en tono cortante a algunas de las Allegadas que no tenían monturas que hasta un chiquillo podría caminar ocho kilómetros, gritándole a una noble altaranesa, una mujer esbelta y con una cicatriz en la mejilla, que cargaba un fardo casi tan grande como ella, que si había sido tan estúpida para llevarse todos sus vestidos entonces también podía acarrearlos. Alise había reunido a las Atha'an Miere alrededor y les daba instrucciones sobre cómo montar a caballo. Lo asombroso era que parecían estar prestándole atención. Nynaeve echó un vistazo en su dirección y pareció complacida de ver a Alise parada en un sitio. Hasta que Alise le sonrió animosamente y le hizo un ademán para que siguiera con lo que estaba haciendo.

Nynaeve se quedó inmóvil, mirándola de hito en hito. Luego se dirigió hacia Elayne caminando a zancadas a través de la hierba. Se llevó las dos manos al sombrero, vaciló, y alzó la vista hacia él, observándolo ceñuda antes de ponérselo derecho de un tirón.

—Dejaré que esta vez ella se encargue de todo —manifestó en un tono sospechosamente razonable—. Veremos qué tal le va con esas... mujeres de los Marinos. Sí, ya veremos. —Un tono que se pasaba de razonable. De repente frunció el entrecejo al ver abierto el acceso—. ¿Por qué lo mantienes? Suéltalo.

También Aviendha estaba ceñuda. Elayne respiró hondo; lo había pensado bien y no había otra solución, pero Nynaeve intentaría discutir para hacerle cambiar de idea, y no había tiempo para discusiones. A través del acceso, la granja seguía vacía, ya que hasta las gallinas se habían escapado, asustadas por el alboroto; pero ¿cuánto tardaría en volver a estar abarrotada? Estudió su tejido, entrelazado tan prietamente que sólo se distinguían algunos hilos. Podía ver cada flujo, desde luego, pero con excepción de unos pocos, los demás parecían inseparablemente unidos.

—Lleva a todo el mundo a la casa solariega, Nynaeve —dijo. El sol no tardaría mucho en ponerse; quizá quedara un par de horas de luz—. Maese Bencorno se sorprenderá al ver llegar a tantos visitantes de noche, pero dile que sois invitados de la niña que lloró por el cardenal con el ala rota; se acordará de eso. Me reuniré con vosotras lo antes posible.

—Elayne —empezó Aviendha con una voz sorprendentemente ansiosa.

Librodot

—¿Qué crees que...? —instó al mismo tiempo Nynaeve.

Sólo había un modo de poner fin a aquello. Elayne soltó uno de los hilos discernibles del tejido, que ondeó y se agitó como un tentáculo vivo; siseó y chisporroteó al tiempo que minúsculas partículas de *Saidar* se soltaban y desaparecían. No había notado eso cuando Aviendha deshizo su tejido. Claro que sólo había visto la última parte del proceso.

—Idos —le indicó a Nynaeve—. Esperaré a seguir con los demás hilos hasta que os hayáis perdido de vista. —Nynaeve la miraba boquiabierta—. Hay que hacerlo —musitó Elayne—. Los seanchan llegarán a la granja dentro de unas horas, sin duda. Aunque esperen hasta mañana, ¿y si una de las *damane* posee el Talento de interpretar los residuos? Nynaeve, no entregaré el Talento del Viaje a los seanchan. ¡Jamás!

La antigua Zahorí rezongó algo entre dientes sobre los seanchan que debió de ser particularmente expresivo, a juzgar por su tono.

—¡Bueno, pues no pienso dejar que te consumas! —manifestó en voz alta—. ¡Vamos, vuelve a ponerlo en su sitio, antes que todo ello explote como dijo Vandene! ¡Podrías matarnos a todos!

—No se puede volver a colocar —informó Aviendha mientras ponía una mano en el brazo de la otra mujer—. Elayne ha empezado y ahora debe terminarlo. Tienes que hacer lo que dice, Nynaeve.

Las cejas de Nynaeve se fruncieron. «Tener que» eran unas palabras que no le gustaban ni pizca cuando se aplicaban a ella. Sin embargo, no era una necia, de modo que tras unos instantes de mirada fulminante —a Elayne, al acceso, a Aviendha, al mundo en general— rodeó con los brazos a Elayne y la estrechó tanto que hizo que le crujieran las costillas.

—Ten cuidado, ¿me oyes? —susurró—. ¡Si te matas, juro que te despellejaré viva!

A pesar de todo, Elayne no pudo menos de echarse a reír. Su amiga resopló y la apartó sujetándola por los hombros.

—Sabes lo que quiero decir —rezongó—. ¡Y no creas que no hablo en serio! Muy en serio —añadió en tono más suave—. Ten mucho cuidado.

Le costó unos instantes recobrar la compostura, mientras parpadeaba y se ponía los guantes azules con bruscos tirones. En sus ojos parecía haber un brillo húmedo, aunque tal cosa era imposible; Nynaeve hacía llorar a otros, pero ella no lloraba.

—En fin —dijo en voz alta—. Alise, si todavía no está preparado todo el mundo... —Al volverse, se le cortó la voz con un sonido estrangulado.

Los que debían estar montados, lo estaban, incluso las Atha'an Miere. Todos los Guardianes se encontraban agrupados alrededor de las otras hermanas; Lan y Birgitte habían regresado, y la arquera observaba a Elayne con gesto preocupado. Los sirvientes tenían a los animales de carga puestos en fila, y las Allegadas aguardaban pacientemente, la mayoría a pie, excepto las componentes del Círculo. Varios caballos que podrían haberse montado estaban cargados con sacos de víveres y fardos de pertenencias. Las mujeres que habían cogido más de lo que Alise les había autorizado —ninguna de ellas Allegada— cargaban sus bultos a las espaldas. La esbelta noble con la cicatriz iba encorvada bajo el suyo y asestaba miradas fulminantes a todos, salvo a Alise. Todas las mujeres que podían encauzar no quitaban ojo del acceso, y las que habían estado lo bastante cerca para oír lo que Vandene había explicado sobre el peligro que conllevaba deshacer un tejido, contemplaban aquel filamento ondeante como si fuese una víbora roja.

Fue la propia Alise quien llevó su montura a Nynaeve. Y le enderezó el sombrero de plumas azules mientras la mujer más joven ponía el pie en el estribo. Nynaeve condujo a la oronda yegua hacia el norte, con Lan montado en *Mandarb* a su lado; en el semblante de la antigua Zahorí se plasmaba la vergüenza más absoluta. Elayne no entendía por qué no ponía en su sitio a Alise. Por lo que ella misma había contado, Nynaeve había estado haciendo eso con mujeres mucho mayores que ella desde que era poco más que una chiquilla. Y, después de todo, ahora era Aes Sedai; eso tendría tanto peso como una montaña en el caso de las Allegadas.

Mientras la columna avanzaba sinuosamente hacia las colinas, Elayne volvió la vista

Librodot

hacia Aviendha y Birgitte. La Aiel se limitaba a seguir plantada allí, cruzada de brazos; en una mano asía fuertemente el *angreal* de la mujer arropada con su pelo. Birgitte cogió las riendas de *Leona* a Elayne y las unió a las de su caballo y el de Aviendha; a continuación se alejó hasta un pequeño peñasco que se alzaba a unos veinte pasos y se sentó.

—Vosotras dos también tenéis que iros —empezó Elayne, y tosió cuando Aviendha enarcó las cejas en un gesto de sorpresa. Alejar a la Aiel del peligro era imposible sin avergonzarla. O quizás era imposible en cualquier caso—. Quiero que vayas con los demás —le dijo a Birgitte—. Y llévate a *Leona.* Aviendha y yo podemos montar por turnos en su castrado. Me gustaría dar un paseo antes de acostarme.

—Si alguna vez tratas a un hombre la mitad de bien que a esta yegua, será tuyo de por vida —manifestó secamente Birgitte—. Creo que me quedaré sentada un rato; ya he cabalgado bastante tiempo hoy. No estoy siempre a tu entera disposición, aunque sigamos ese juego delante de las hermanas y los otros Guardianes para evitarte sonrojos, pero tú y yo sabemos a qué atenernos.

A despecho de sus burlonas palabras, Elayne percibió afecto en ella. No; era algo más profundo que afecto. Sintió un repentino escozor en los ojos. Su muerte heriría en lo más profundo a Birgitte —eso lo garantizaba el vínculo de Guardián—, pero era la amistad lo que la hacía quedarse ahora.

—Doy gracias a la Luz por tener dos amigas como vosotras —dijo simplemente.

La arquera sonrió como si hubiese dicho una tontería, pero Aviendha enrojeció intensamente y miró a Birgitte con los ojos muy abiertos, aturullada, como si la presencia de la Guardiana tuviera la culpa de que le ardieran las mejillas. Volvió prestamente los ojos hacia la gente que se dirigía hacia la primera colina y que aún se encontraba a menos de un kilómetro de distancia.

—Será mejor esperar hasta que se pierdan de vista —manifestó—, pero no puedes retrasarlo mucho. Una vez que se ha empezado a destejer, los flujos comienzan a volverse... resbaladizos al cabo de un rato. Si uno se suelta antes de haberlo destejido del conjunto, tiene las mismas consecuencias que si se desbarata todo el tejido: evolucionará en lo que quiera. Sin embargo, tampoco debes precipitarte. Cada hilo ha de soltarse hasta donde llegue. Cuantos más hilos haya sueltos, más fácil será ver los otros, pero siempre tienes que coger el hilo que se ve mejor. —Le sonrió con cariño y apretó firmemente los dedos contra su mejilla—. Lo harás bien, si tienes cuidado.

No parecía tan difícil. Sólo tenía que ir con cuidado. Se le hizo larguísimo hasta que la última mujer desapareció tras la colina; era la esbelta noble, encorvada bajo el fardo de vestidos. El sol apenas se había desplazado hacia el horizonte, pero tenía la impresión de que hubiesen transcurrido horas. ¿Qué quería decir Aviendha exactamente con «resbaladizos»? La Aiel no pudo explicarlo con más precisión que utilizando sinónimos del término; costaba trabajo asirlos, nada más.

Elayne lo descubrió tan pronto como reanudó el trabajo. Más que «resbaladizo» era como intentar agarrar una anguila a la que antes se ha pringado con grasa. Apretó los dientes al asir el primer hilo, sin olvidar que además tenía que destejerlo. Lo único que la frenó de soltar una exclamación de alivio cuando el hilo de Aire empezó a agitarse como un látigo, suelto por fin, era que todavía quedaban los demás. Si se volvían más «resbaladizos», no estaba segura de poder conseguirlo. Aviendha observaba atentamente, aunque sin pronunciar palabra, y siempre tenía presta una sonrisa animosa cuando Elayne lo necesitaba. La heredera del trono no podía ver a Birgitte —no se atrevía a apartar la vista de su trabajo—, pero sí la sentía, como un pequeño nódulo de confianza sólida como una roca dentro de su propia cabeza, suficiente para colmarla.

El sudor le corría por la cara, por la espalda y el estómago, hasta que llegó a sentirse tan «resbaladiza» como los hilos. Sería estupendo darse un baño esa noche. No, no debía pensar en eso; debía volcar toda su atención en el tejido. Lo cierto era que los hilos se volvían cada vez más difíciles de manejar, agitándose en cuanto los tocaba, pero seguían destejiéndose, y cada vez que uno de ellos se agitaba al quedar suelto, otro parecía saltar de la urdimbre y

Librodot

tornarse claramente perceptible de repente, cuando antes sólo había sólido *Saidar.* Ante sus ojos, el acceso semejaba algo monstruoso y deforme de cien cabezas en el fondo de un estanque, rodeado de zarcillos ondeantes, cada uno de ellos recubierto con innumerables hilos de Poder que crecían, se retorcían y desaparecían sólo para ser reemplazados por otros nuevos. La abertura visible a cualquier otra persona se estiraba y contraía por los bordes, cambiando de forma e incluso de tamaño constantemente. Las piernas empezaron a temblarle; la tensión le provocaba pinchazos en los ojos, además del sudor. No sabía cuánto más podría aguantar. Prietos los dientes, luchó. Paso a paso; de uno en uno.

A mil quinientos kilómetros de distancia, a menos de cien pasos a través del trémulo acceso, docenas de soldados surgieron alrededor de los blancos edificios de la granja; eran hombres bajos, armados con ballestas y vestidos con petos marrones y yelmos pintados que semejaban cabezas de insectos enormes. Tras ellos llegó una mujer que llevaba una falda con piezas de tela roja adornadas con rayos plateados, y un brazalete en la muñeca unido por una correa de plata al collar que rodeaba el cuello de otra mujer de gris; y después apareció otra *sul'dam* con su *damane*, y seguidamente otra pareja. Una de las *sul'dam* señaló al acceso, y el brillo del *Saidar* envolvió repentinamente a su *damane.*

—¡Agachaos! —gritó Elayne mientras se echaba hacia atrás, fuera de la vista de la granja, y un rayo azul plateado se descargó a través del acceso con un violento estampido que la ensordeció, bifurcándose ferozmente en todas direcciones. Se le puso el pelo de punta, los mechones intentando alzarse por sí mismos, y allí donde se descargó cada ramificación del rayo se levantaron montones de tierra. Una lluvia de polvo y piedrecillas cayó sobre Elayne.

Cuando de golpe recobró la capacidad auditiva, oyó una voz de hombre, procedente del otro lado del acceso, con un acento que arrastraba las palabras al hablar y que le puso la carne de gallina:

—¡Cogedlas vivas, necias!

Repentinamente, uno de los soldados saltó al prado, justo delante de ella. La flecha de Birgitte penetró a través del puño repujado en el peto de cuero. Un segundo soldado seanchan tropezó con el primero antes de tener tiempo de frenarse. Del arco de Birgitte salía una lluvia de flechas; con un pie plantado sobre las riendas de los caballos, sonreía ferozmente mientras disparaba. Los temblorosos animales sacudían las cabezas y pateaban como si fueran a soltarse y a huir, pero Birgitte se limitó a seguir plantada y a disparar tan deprisa como le era posible. Gritos al otro lado del acceso ponían de manifiesto que Birgitte Arco de Plata seguía dando siempre en el blanco. Empero, hubo respuesta, rápida y tremenda, en forma de negros relámpagos, de saetas de ballestas. Todo ocurrió muy deprisa. Aviendha cayó mientras la sangre resbalaba entre los dedos con los que se aferraba el brazo derecho, pero enseguida lo soltó y gateó, tanteando el suelo para buscar el *angreal*, con gesto firme. Birgitte gritó; dejó caer el arco y se agarró el muslo, donde sobresalía el asta de un virote. Elayne percibió una punzada de dolor tan intenso como si lo sufriera en sus propias carnes.

Desesperada, asió otro hilo desde donde yacía medio tumbada de espaldas, y, para su espanto, se dio cuenta de que tras dar el primer tirón no tenía fuerzas para más. ¿Se había movido el hilo? ¿Se había soltado un poco siquiera? En tal caso, no podía soltarlo. El hilo se sacudía, resbaladizo, amenazando con escapársele.

—¡He dicho vivas! —bramó la voz seanchan—. ¡El que mate a una mujer no recibirá su parte del oro recaudado!

La andanada de saetas cesó.

—¿Queréis cogerme? —chilló Aviendha—. ¡Venid entonces y danzad conmigo!

El brillo del *Saidar* la envolvió de repente, muy débilmente a pesar del *angreal*, y unas bolas de fuego surgieron de la nada delante del acceso y salieron disparadas a través de él una y otra vez. No eran grandes, pero sus impactos al estallar en Altara sonaron en una constante sucesión. Aviendha jadeaba por el esfuerzo, con la cara brillante por el sudor. Birgitte había recuperado su arco; de la cabeza a los pies era la viva imagen de la heroína de leyenda, con la sangre resbalando pierna abajo, apenas capaz de sostenerse en pie, pero ya con una flecha en el arco tensado, buscando un blanco.

Librodot

Elayne intentó controlar su respiración. Le era imposible absorber ni una pizca más de Poder, nada que pudiera servir de ayuda.

—Debéis marcharos las dos —dijo. No daba crédito al tono calmado y frío de su voz; sabía que tendría que estar gimiendo y llorando. El corazón parecía querer salírsele del pecho—. No sé cuánto tiempo más podré sujetarlo. —Eso era cierto tanto en lo que atañía al hilo como a todo el tejido. ¿Se le estaba escapando?—. Idos, tan deprisa como podáis. Al otro lado de las colinas debería ser suficientemente seguro, pero cada metro que avancéis os alejará más del peligro. ¡Idos!

Birgitte gruñó en la Antigua Lengua, pero Elayne no entendió una sola palabra. Le sonaba como frases que le gustaría aprender. Si es que alguna vez tenía la oportunidad de hacerlo. Birgitte continuó con palabras comprensibles para la joven.

—Como sueltes esa cosa antes de que te lo diga, no tendrás que preocuparte de que Nynaeve te despelleje, porque lo haré yo misma. Y después le dejaré su turno. ¡Tú quédate quieta y aguanta! Aviendha, ven aquí. ¡Por detrás del acceso! ¿Puedes seguir lanzando esas cosas desde atrás? Acércate y sube a uno de los condenados caballos.

—Mientras vea dónde he de tejer —contestó la Aiel mientras se ponía de pie, tambaleándose. Se ladeó hacia un lado y poco faltó para que volviera a caerse al suelo. La sangre manaba de un feo tajo y le resbalaba por la manga—. Creo que puedo.

Desapareció detrás del acceso, y las bolas de fuego continuaron estallando. Era posible ver a través de un acceso desde el lado contrario, si bien parecía que hubiese calima en el aire. No obstante, no se podía cruzar desde allí —intentarlo resultaría terriblemente doloroso— y cuando Aviendha reapareció caminaba a trompicones a bastante distancia de la abertura. Birgitte la ayudó a montar en su castrado, ¡pero al revés, nada menos!

Cuando la arquera la llamó gesticulando enérgicamente, Elayne ni se molestó en negar con la cabeza. Para empezar, le daba miedo lo que podría ocurrir si hacía tal cosa.

—No estoy segura de poder retenerlo si intento ponerme de pie. —A decir verdad, ni siquiera estaba segura de ser capaz de levantarse. Ya no era simple cansancio, sino que sus piernas parecían de gelatina—. Cabalgad tan deprisa como podáis. Yo aguantaré hasta donde me sea posible. ¡Idos, por favor!

Mascullando maldiciones en la Antigua Lengua —tenían que ser maldiciones; ¡ninguna otra cosa sonaba igual!—, Birgitte entregó las riendas de los caballos a Aviendha. A punto de caer en dos ocasiones, cojeó hacia Elayne y se agachó para cogerla por los hombros.

—Puedes aguantar —dijo, rebosante la voz de la misma convicción que Elayne percibía en ella—. Eres la primera reina de Andor que conozco, pero he conocido soberanas como tú: un temple de acero y el corazón de un león. ¡Puedes hacerlo!

Aupó a Elayne lentamente, sin esperar su respuesta, tenso el rostro, cada punzada en el muslo reflejándose como un eco en la cabeza de Elayne. La joven temblaba por el esfuerzo de mantener el tejido, asiendo el dichoso hilo; se sorprendió de encontrarse de pie. Y viva. El dolor de la pierna de Birgitte palpitaba salvajemente en su cabeza. Procuró no apoyarse en la arquera, pero sus temblorosas piernas no la sostenían bien. Mientras avanzaban a trancas y barrancas hacia los caballos, una medio recostada en la otra, Elayne no dejó de echar ojeadas hacia atrás. Era capaz de mantener un tejido sin tener que verlo —normalmente—, pero necesitaba asegurarse de que realmente seguía sujetando el hilo, que no se le estaba soltando. El acceso ofrecía una apariencia como jamás había visto en un tejido, retorciéndose desenfrenadamente, rodeado de erizados tentáculos.

Con un gemido, Birgitte la subió a la silla con esfuerzo, empujándola más que aupándola. ¡Hacia atrás, igual que Aviendha!

—Tienes que ver el acceso —explicó mientras cojeaba hacia su castrado; sujetó las riendas de los tres animales y montó dolorosamente. No emitió quejido alguno, pero Elayne percibió su tormento—. Tú haz lo que tengas que hacer, y deja que sea yo quien decida hacia dónde vamos.

Los caballos partieron al punto, quizás inducidos tanto por el miedo como por el taconazo de Birgitte a su propia montura.

Librodot

Elayne se aferró al alto arzón de la silla con tanta resolución como al tejido y al propio *Saidar.* El galope del caballo la zarandeaba, y se mantuvo en la silla por pura chiripa. Aviendha utilizaba el arzón de la suya como puntal para sostenerse derecha; respiraba con la boca abierta y sus ojos parecían desenfocados. No obstante, el brillo del *Saidar* la envolvía, y la andanada de bolas de fuego continuó. No tan deprisa como antes, cierto, y algunas se quedaban cortas, dejando rastros de llamas en la hierba, o caían al otro lado, pero seguían formándose y surcando el aire. Elayne recobró la entereza, se obligó a hacer acopio de fuerzas; si Aviendha era capaz de aguantar cuando parecía a punto de desplomarse inconsciente, ella también podía.

Siguieron galopando y el acceso empezó a desdibujarse en la distancia a medida que la extensión de hierba agostada aumentaba entre ellas y la abertura, y entonces el terreno se volvió empinado. ¡Subían la colina! Birgitte volvía a ser la flecha en el arco, toda ella concentración, luchando contra el intenso dolor en la pierna, azuzando a los caballos para que aumentaran aún más la velocidad. Sólo tenían que llegar a la cumbre, pasar al otro lado.

Con un gemido entrecortado, Aviendha se dobló sobre los codos, brincando en la silla como un saco mal atado; el brillo del *Saidar* parpadeó alrededor de ella y se desvaneció.

—No puedo —jadeó—. No puedo.

Ni siquiera tuvo fuerzas para decir más. Los soldados seanchan empezaron a saltar al prado tan pronto como la lluvia de fuego cesó.

—No pasa nada —consiguió articular Elayne. Tenía la garganta seca como arena; todo el líquido que antes hidrataba su cuerpo empapaba ahora su piel y sus ropas—. Usar un *angreal* es agotador. Lo hiciste bien, y ahora no pueden alcanzarnos.

Como queriendo burlarse de ella, una *sul'dam* apareció abajo, en la pradera; incluso a casi un kilómetro de distancia las dos mujeres eran inconfundibles. El sol, muy bajo en el horizonte, todavía arrancaba destellos en el *a'dam* que las unía. Otra pareja se les unió, y luego una tercera, y una cuarta. Y una quinta.

—¡La cumbre! —gritó Birgitte con regocijo—. ¡Lo hemos conseguido! ¡Esta noche habrá buen vino y un hombre bien plantado!

En la pradera, una *sul'dam* señaló y Elayne tuvo la sensación de que el tiempo se detenía. El brillo del Poder Único surgió repentinamente alrededor de la *damane* de la mujer, y Elayne alcanzó a ver el tejido formándose. Sabía lo que era.

—¡Más deprisa! —gritó.

El escudo la golpeó. Debería haber sido demasiado fuerte para que funcionara —¡tendría que haberlo sido!—, pero en su estado de agotamiento, aferrando a duras penas el *Saidar*, desvió la conexión entre ella y la Fuente. Abajo en la pradera, el tejido que había sido un acceso se colapsó sobre sí mismo. Demacrada, con aspecto de ser incapaz de mover un solo músculo, Aviendha se arrojó sobre ella desde su silla, arrastrándola al suelo. Elayne sólo tuvo tiempo de ver la lejana ladera de la colina mientras caía.

El aire se tornó blanco, y la cegó. Hubo un ruido —sabía que era un ruido, un inmenso estruendo— pero se encontraba fuera del alcance auditivo. Algo la golpeó, como si hubiese caído desde el tejado de una casa al pavimento de la calle, desde lo alto de una torre.

Abrió los ojos y vio el cielo. Éste parecía extraño de algún modo, borroso. Durante un momento fue incapaz de moverse y, cuando lo hizo, soltó un ahogado gemido. Le dolía todo. ¡Oh, Luz, cómo dolía! Lentamente se llevó una mano a la cara; al apartar los dedos los tenía rojos. Sangre. Las otras. Tenía que ayudarlas. Percibía a Birgitte, un dolor tan intenso como el suyo, pero al menos estaba viva. Y resuelta, y aparentemente furiosa; no podía estar muy mal herida. Aviendha.

Con un sollozo, Elayne rodó sobre sí misma y luego empujó con las manos y las rodillas; la cabeza le daba vueltas, una punzada lacerante le atravesaba el costado. Recordó vagamente que moverse aunque sólo fuera con una costilla rota era peligroso, pero la idea le llegaba tan borrosa como la imagen de la ladera. Pensar resultaba... difícil. Sin embargo, parpadear pareció aclararle la vista. ¡Se encontraba casi al pie de la colina! En lo alto, una nube de humo se alzaba de la pradera. No tenía importancia ahora. Ninguna en absoluto.

Librodot

Treinta pasos más arriba, Aviendha también estaba a gatas sobre manos y rodillas, y casi se desplomó al alzar una mano para limpiarse la sangre que le chorreaba por la cara, pero sus ojos escudriñaban con ansiedad; al localizar a Elayne la Aiel se quedó paralizada, mirándola de hito en hito. La heredera del trono se preguntó si tan malo sería su aspecto. A buen seguro no tanto como el de Aviendha; la mitad de su falda había desaparecido, el corpiño aparecía desgarrado, y allí donde se le veía piel y carne parecía haber sangre.

Elayne se arrastró hacia ella. Tal como tenía la cabeza, pensó que era mejor gatear que intentar ponerse de pie y caminar. Al acercarse, Aviendha soltó una ahogada exclamación de alivio.

—Estás bien —dijo, tocando con los dedos ensangrentados la mejilla de Elayne—. Tenía tanto miedo. Tanto.

Elayne parpadeó sorprendida. Por lo que alcanzaba a verse a sí misma, se hallaba en tan malas condiciones como Aviendha. Su falda estaba entera, pero la mitad del corpiño había desaparecido por completo, desgarrado del resto, y parecía sangrar por dos docenas de tajos. Entonces comprendió de golpe a qué se refería su amiga. No se había consumido. La idea la hizo temblar.

—Las dos estamos bien —musitó.

A un lado, a cierta distancia, Birgitte limpió su cuchillo en la crin del castrado de Aviendha y se puso de pie junto al animal inmóvil. El brazo derecho le colgaba inerte, le faltaba la chaqueta, así como una bota, y el resto de su atuendo estaba desgarrado; tenía la piel y las ropas tan ensangrentadas como ellas dos. La saeta hincada en el muslo parecía ser la peor herida que sufría, pero el conjunto de las demás la igualaba en gravedad.

—Se había roto la espalda —dijo mientras señalaba al animal tendido a sus pies—. Creo que el mío se encuentra bien, pero la última vez que lo vi galopaba en condiciones de ganar el Laurel de Megairil. *Leona...* —Se encogió de hombros e hizo un gesto de dolor—. Elayne, estaba muerta cuando la encontré. Lo siento.

—Nosotras estamos vivas —repuso firmemente la heredera del trono—, y eso es lo que importa. —Podría llorar por *Leona* después. El humo que se alzaba por encima de la colina no era denso, pero cubría una extensa área—. Quiero ver exactamente qué fue lo que hice.

Tuvieron que agarrarse las unas a las otras para ponerse de pie; subir la ladera resultó un esfuerzo acompañado de jadeos y gemidos —incluso de Aviendha— que sonaban como si hubiesen estado a punto de perder la vida —Elayne imaginaba que así era—, y por su aspecto habríase dicho que se habían revolcado en los despojos de una carnicería. La Aiel seguía asiendo fuertemente el *angreal*, pero aun en el caso de que ella o la propia Elayne hubiesen poseído más Talento de Curación que el poco que tenían, ninguna de las dos habría conseguido abrazar la Fuente, y mucho menos encauzar. En la cumbre de la colina se sostuvieron unas contra otras y contemplaron la devastación.

El fuego rodeaba la pradera, pero el centro de ella estaba ennegrecido, humeante y arrasado, limpio incluso de los peñascos. La mitad de los árboles de las laderas circundantes se había quebrado o se inclinaba hacia el lado contrario de la pradera. Empezaron a aparecer halcones, planeando en el aire caliente que ascendía del fuego; los halcones cazaban así a menudo, buscando pequeños animales que se ponían al descubierto ahuyentados por las llamas. De los seanchan no quedaba ni rastro. Elayne deseó que hubiese cadáveres; así habría estado segura de que todos habían muerto. En especial todas las *sul'dam.* Sin embargo, al contemplar el terreno abrasado y humeante, se alegró de repente de que no quedaran señales. Había sido un modo horrible de morir.

«Que la Luz se apiade de sus almas —pensó—. De las de todos ellos.»

—Bueno —dijo en voz alta—, no lo hice tan bien como tú, Aviendha, pero supongo que salió lo mejor posible, considerando las circunstancias. Intentaré hacerlo mejor la próxima vez.

Aviendha la miró de reojo. Tenía un tajo en la mejilla, otro cruzándole la frente, y un tercero, largo, en el cuero cabelludo.

—Lo hiciste mucho mejor que yo en el primer intento. Se me entregó un nudo sencillo

Librodot

atado en un flujo de Viento la primera vez. Me costó cincuenta intentos para deshacerlo sin que me estallara un trueno en la cara o recibiera el golpe de un impacto que hacía que me zumbaran los oídos.

—Supongo que debería haber empezado con algo más simple —comentó Elayne—. Tengo la mala costumbre de lanzarme de cabeza a las cosas. —¿Lanzarse? ¡Había saltado sin antes mirar si había agua! Reprimió una risa, pero después de sentir un pinchazo en el costado, así que, en lugar de reír, gimió entre los dientes apretados. Pensó que tenía sueltos algunos—. Al menos hemos encontrado un arma nueva. Tal vez no debería felicitarme por eso, pero con los seanchan de vuelta me alegro.

—No lo entiendes, Elayne. —Aviendha señaló hacia el centro de la pradera, donde había estado el acceso—. Eso podría haber resultado en poco más que un destello de luz o incluso menos. No se sabe hasta que ocurre. ¿Por un estallido de luz merece la pena correr el riesgo de la Consunción para ti y para cualquier mujer que se encuentre a un centenar de pasos o más?

Elayne la miró de hito en hito. ¿Y se había quedado sabiendo eso? Poner en juego la vida era una cosa, pero arriesgarse a perder la habilidad de encauzar...

—Quiero que nos adoptemos como primeras hermanas, Aviendha. Tan pronto como podamos encontrar Sabias. —No se le ocurría qué iban a hacer con respecto a Rand. La mera idea de que se *casara* con las dos, ¡y con Min!, era más que ridícula. Pero de eso sí estaba segura—. No necesito saber más de ti. Quiero ser tu hermana.

Suavemente besó la mejilla ensangrentada de Aviendha. Si antes creyó que la otra joven se había puesto colorada a más no poder, se había equivocado. Ni siquiera los amantes Aiel se besaban donde cualquiera pudiera verlos. El ocaso más rojo se quedaba pálido en comparación.

—También yo te quiero como mi hermana —balbuceó.

Tragó saliva con esfuerzo y, tras echar una mirada de reojo a Birgitte —que fingía no estar pendiente de ellas—, se inclinó y puso ligera y fugazmente los labios en la mejilla de Elayne. Ésta la quiso tanto por aquel gesto como por lo demás.

Birgitte había estado oteando a sus espaldas, por encima del hombro, y tal vez no había fingido en absoluto, después de todo, ya que de repente anunció:

—Alguien se acerca. Lan y Nynaeve, si no me equivoco.

Se volvieron torpemente, cojeando, tropezando y gimiendo. Parecía absurdo. En los cuentos, los héroes nunca salían tan mal heridos que apenas podían tenerse en pie. A lo lejos, por el norte, dos jinetes aparecieron fugazmente entre los árboles. Fugazmente, pero el tiempo suficiente para distinguir a un hombre alto en un enorme caballo, a galope tendido, y una mujer montada en un animal más pequeño, pero galopando igualmente deprisa a su lado. Con gran cuidado, las tres se sentaron para esperarlos. Ésa era otra cosa que los héroes no hacían nunca en las historias, pensó Elayne, suspirando. Confiaba en convertirse en una reina que hubiese enorgullecido a su madre, pero lo que estaba claro era que jamás sería una heroína.

Chulein movió ligeramente las riendas, y *Segani* se ladeó e inició un suave viraje sobre el ala estriada. Era un *raken* bien entrenado, veloz y ágil, su favorito, aunque tenía que compartirlo. Siempre había más *morat'raken* que *raken*; cosas de la vida. Allá abajo, en la granja, unas bolas de fuego surgían aparentemente de la nada y se dispersaban en todas direcciones. La seanchan procuró no prestar atención; su cometido era vigilar por si se presentaran problemas en los alrededores de la granja. Al menos, el humo había dejado de ascender del punto donde Tauan y *Macu* habían muerto en el olivar.

A setecientos cincuenta metros sobre el suelo, disfrutaba de un radio visual muy amplio. Todos los otros *raken* habían partido para explorar la campiña; se señalaría a cualquier mujer que corriera para comprobar si era una de las que habían causado aquella conmoción, aunque no dejaba de ser verdad que lo más probable era que cualquiera de esas tierras que viese a un *raken* en el aire saliera corriendo. Ella sólo tenía que ocuparse de vigilar por si surgían problemas. Ojalá no sintiera esa picazón entre los omóplatos; siempre significaba que se

Librodot

avecinaban dificultades. El viento del vuelo de *Segani* no era muy fuerte a esa velocidad, pero la mujer apretó el cordón de su capucha de lino impermeabilizado para cerrarla más bajo la barbilla, comprobó las correas de seguridad que la sujetaban a la silla, se ajustó los anteojos de cristal y se ciñó bien los guanteletes.

Alrededor de unos cien Puños del Cielo se encontraban ya en el suelo y, lo más importante, seis *sul'dam* con sus *damane*, y una docena más cargadas con mochilas llenas de *a'dam.* La segunda escuadrilla emprendería el vuelo desde las colinas situadas al sur para transportar refuerzos. Mejor habría sido que hubiesen ido más en la primera oleada, pero los *Hailene* disponían de muy pocos *to'raken*, y corría el rumor de que a muchos de ellos se les había encomendado la misión de transportar a la Augusta Señora Suroth y a todo su séquito desde Amadicia. Arriesgado, pensar mal de la Sangre, pero ojalá hubiesen enviado más *to'raken* a Ebou Dar. Ningún *morat'raken* podía tener buena opinión de los enormes y desgarbados *to'raken*, aptos sólo para llevar cargas, pero podrían haber transportado más Puños del Cielo y más *sul'dam* en poco tiempo.

—Según los rumores, hay cientos de *marath'damane* ahí abajo —gritó Eliya, a su espalda. En vuelo, había que hablar a voces para hacerse oír por encima del fuerte silbido del viento—. ¿Sabes lo que pienso hacer con mi parte del oro recaudado? Comprar una posada. Ebou Dar parece un sitio muy apropiado, por lo que he visto. A lo mejor hasta me caso. Y tengo niños. ¿Qué te parece?

Chulein sonrió bajo el tapabocas que la protegía del viento. Todos los voladores hablaban de comprarse una posada —o una taberna e incluso a veces una granja—, pero ¿quién renunciaría al cielo? Dio unas palmaditas en la base del largo y correoso cuello de *Segani.* Todas las voladoras —tres de cada cuatro *morat'raken* eran mujeres— hablaban de esposo y niños, pero tener hijos también significaba poner fin a volar. Eran más las mujeres que dejaban los Puños del Cielo en un mes que las que abandonaban el cielo en medio año.

—Lo que me parece es que deberías seguir vigilando y no apartar la vista del suelo —contestó, pero no había nada malo en charlar un poco. Podría haber divisado a un niño moviéndose entre los olivos, allá abajo, cuanto más cualquier cosa que pudiera representar un peligro para los Puños del Cielo. Los soldados de esa compañía de infantería ligera eran casi tan duros como los Guardias de la Muerte; algunos decían que más—. Yo emplearé mi parte en comprar una *damane* y contratar una *sul'dam.* —Si allí abajo había aunque sólo fuera la mitad de *marath'damane* de lo que afirmaban los rumores, se compraría dos *damane.* ¡Tres!—. Una *damane* entrenada para hacer Luminarias del Cielo. Cuando deje de volar, seré tan rica como un miembro de la Sangre.

Allí tenían algo llamado «fuegos de artificio»; Chulein había visto a varios individuos intentando en vano despertar el interés de la Sangre en Tanchico, pero ¿a quién le seduciría contemplar una cosa tan insignificante en comparación con las Luminarias del Cielo? A esos tipos se los había sacado a empujones de la ciudad, dejándolos tirados en la calzada.

—¡La granja! —gritó Eliya, y de pronto algo golpeó con fuerza a *Segani*, más fuerte que la peor ráfaga de viento tormentoso que Chulein había sentido en su vida, y lo volteó sobre un costado.

El *raken* cayó a plomo mientras lanzaba su estridente grito, girando tan deprisa que Chulein sintió la presión de las correas de seguridad. Dejó las manos sobre los muslos, asiendo las riendas, pero quietas. *Segani* tenía que superar aquello por sí mismo; cualquier tirón de las riendas sólo lo entorpecería más. Cayeron girando como una rueda de juego. A los *morat'raken* se les enseñaba a no mirar el suelo si un *raken* caía por la razón que fuera, pero Chulein no pudo menos que calcular su altura cada vez que una de las bruscas volteretas hacía visible la tierra. Seiscientos metros. Cuatrocientos cincuenta. Trescientos. Ciento cincuenta. Que la Luz iluminara su alma y la infinita misericordia del Creador la guardara de...

Con un seco chasquido de sus anchas alas, que la lanzó violentamente hacia un lado e hizo que los dientes le chasquearan, *Segani* se niveló, y las puntas de las alas rozaron las copas de los árboles en su pasada rasa. Con una tranquilidad adquirida merced a un duro entrenamiento, la mujer comprobó el movimiento de las alas del animal buscando algún tipo

Librodot

de lesión. No vio nada, pero de todos modos haría que un *der'morat'raken* lo examinara minuciosamente. Algo minúsculo que a ella podría pasarle inadvertido no se le escaparía a un maestro.

—Al parecer, nos hemos escapado de la Dama de las Sombras una vez más, Eliya. —Se giró para mirar hacia atrás y enmudeció. Un trozo de la correa de seguridad rota ondeaba en el asiento vacío que había a su espalda. Todos los voladores sabían que la Dama esperaba al final de una larga caída, pero saberlo nunca lo hacía más fácil cuando ocurría.

Tras alzar una plegaria por su compañera muerta, la mujer se obligó a reanudar su cometido y azuzó a *Segani* para que se elevara. Fue una ascensión lenta, en espiral, por si acaso había alguna lesión que no se apreciara a simple vista, aunque todo lo deprisa que consideraba seguro. Tal vez un poco más. El humo elevándose tras la encorvada colina la hizo fruncir el entrecejo, pero lo que vio cuando sobrepasó la cumbre le dejó la boca seca. Sus manos se quedaron inmóviles en las riendas, y *Segani* siguió cobrando altura con poderosos aleteos.

La granja había... desaparecido. De los blancos edificios sólo quedaban los cimientos, y las grandes estructuras construidas en la ladera estaban reducidas a montones de escombros aplastados. Desaparecido. Todo estaba abrasado y ennegrecido. El fuego ardía furiosamente en la maleza de las faldas de las colinas y avanzaba en abanicos que se extendían un kilómetro por los olivares y el bosque, propagándose por los terrenos bajos entre cerro y cerro. Más lejos se divisaban árboles tronchados en un radio de otros mil metros o más, todos ellos caídos en dirección opuesta a la granja. Jamás había visto algo igual. No podía haber nada vivo allí abajo. Nada podía haber sobrevivido a una cosa así. Fuese lo que fuese.

Rápidamente, se obligó a salir de su estupor e hizo que *Segani* virase hacia el sur. En lontananza divisó *to'raken*, cada uno de ellos cargado a tope con una docena de Puños del Cielo, ya que la distancia no era larga. Puños del Cielo y *sul'dam* que llegaban demasiado tarde. Empezó a redactar mentalmente su informe; no había nadie más para hacerlo. Todos decían que ésa era una tierra repleta de *marath'damane* esperando a que se les pusiera la correa, pero con esa nueva arma, las mujeres que se llamaban a sí mismas Aes Sedai representaban un verdadero peligro. Había que hacer algo con ellas, algo contundente. Tal vez si la Augusta Señora Suroth se hallaba de camino a Ebou Dar, también entendería que era necesario.

Librodot

CAPÍTULO 7

En un corral

El cielo ghealdano estaba totalmente despejado y un sol de justicia pegaba en las colinas arboladas. Sin ser aún mediodía, el calor era sofocante. Pinos y cedros amarilleaban por la sequía, así como otros ejemplares que Perrin sospechaba eran perennes. No se movía ni gota de aire. El sudor le corría por la cara y penetraba en su corta barba. Tenía pegado a la cabeza el rizado cabello. Le pareció oír un trueno lejano, por el oeste, pero casi había perdido la esperanza de que alguna vez volviera a llover. Uno tenía que martillear el hierro que había en el yunque, no soñar despierto con trabajar la plata.

Desde su ventajosa posición en la cresta escasamente arbolada, examinó la ciudad amurallada de Bethal a través de un visor de lentes montado en un tubo de bronce. Incluso a sus penetrantes ojos no les venía mal una ayuda a esa distancia. Era una ciudad de buen tamaño, de edificios con los tejados de pizarra, entre ellos media docena de construcciones altas que podrían ser palacios de nobles menores o las casas de mercaderes acaudalados. No alcanzaba a distinguir la bandera escarlata que colgaba fláccida en lo alto de la torre mayor del palacio más grande, el único estandarte a la vista, pero sí sabía a quién pertenecía: Alliandre Maritha Kigarin, reina de Ghealdan, lejos de su corte y trono, en Jehannah.

Las dos puertas de la ciudad se encontraban abiertas, con veinte guardias o más en cada una, pero nadie salía por ellas, y las calzadas que divisaba desde su posición permanecían vacías, con excepción de un jinete solitario que cabalgaba a galope tendido hacia Bethal, procedente del norte. Los soldados tenían los nervios de punta, y algunos alzaron picas o arcos a la vista del jinete, como si éste blandiese una espada chorreando sangre. Otros soldados que estaban de guardia se agolparon en las almenas de las torres de la muralla o en los adarves intermedios. También allí arriba se encajaron muchas flechas en las cuerdas de los arcos o se alzaron ballestas. Miedo a montones.

Una tormenta se había descargado sobre esa zona de Ghealdan. Y aún seguía allí. Las partidas del Profeta desataban el caos, los bandidos se aprovechaban de ello, y los Capas Blancas que habían cruzado la frontera desde Amadicia podrían atacar incluso allí a pesar de la lejanía. Unas columnas de humo dispersas, más al sur, probablemente señalaban granjas incendiadas, ya fuese a manos de los Capas Blancas o de los hombres del Profeta. Los bandidos rara vez se molestaban en prender fuego, y los otros dos grupos dejaban poco para ellos, en cualquier caso. Sumándose a la confusión, los rumores que corrían por los pueblos por los que había pasado en los últimos días afirmaban que Amador había caído, en manos del Profeta, de los taraboneses o de las Aes Sedai, según quién contaba la historia. Algunos aseguraban que el propio Pedron Niall había muerto en combate defendiendo la ciudad. En conjunto, había sobradas razones para que una reina estuviese preocupada por su propia seguridad. O tal vez los soldados estuvieran allí abajo por su causa. A pesar de todos sus esfuerzos, su marcha hacia el sur no había pasado inadvertida.

Se rascó la barba, pensativo. Lástima que los lobos que había en las colinas circundantes no pudieran contarle nada, pero rara vez prestaban atención a los asuntos de los hombres, salvo para mantenerse lo más lejos posible de ellos. Además, desde lo ocurrido en los pozos de Dumai, le daba cargo de conciencia pedirles más de lo que no fuese absolutamente necesario. Al final, quizá lo mejor sería ir a la ciudad solo, con la única compañía de unos

Librodot

pocos hombres de Dos Ríos.

No pocas veces había sospechado que Faile podía leerle los pensamientos, por lo general cuando menos le interesaba a él, y ahora su mujer lo demostró taconeando su yegua negra, *Golondrina*, para situarla junto a su caballo pardo. El traje de montar, de estrecha falda pantalón, era casi tan oscuro como la yegua, pero aun así parecía estar soportando el calor mejor que él. Exhalaba un débil aroma a jabón de hierbas, a sudor limpio, a ella misma. A resolución. Sus ojos rasgados translucían una gran determinación, así como su enérgica nariz; tenía mucho del ave rapaz cuyo nombre había adoptado.

—No me gustaría ver agujeros en esa excelente chaqueta azul, esposo —dijo en voz queda, sólo para sus oídos—, y esos tipos parecen dispuestos a disparar a un grupo de hombres desconocidos antes de preguntar quiénes son. Además, ¿cómo llegarías hasta Alliandre sin proclamar tu nombre a los cuatro vientos? Esto debe hacerse con total discreción, recuerda.

No añadió que debería ser ella la que fuera, que los guardias de las puertas tomarían por una refugiada a una mujer sola, que podría llegar ante la reina utilizando el nombre de su madre sin levantar demasiados comentarios, pero no era necesario. Perrin ya había oído todo eso hasta la saciedad desde la primera noche que entraron en Ghealdan. Se encontraban allí en parte por la cautelosa carta de Alliandre a Rand, ofreciéndole... ¿Apoyo? ¿Lealtad? En cualquier caso, su deseo de mantenerlo en secreto había sido primordial.

Perrin dudaba que ni siquiera Aram, montado en su caballo gris de largas patas, a escasos metros detrás de ellos, hubiese oído una sola palabra de lo que Faile había dicho, mas, cuando aún no había acabado de hablar, Berelain adelantó a su yegua blanca hasta situarla al otro lado del caballo pardo. Su cara brillaba de sudor; también ella olía a resolución, aunque mezclada con una vaharada de perfume de rosas. A él al menos le parecía una vaharada. Cosa extraña, su traje de montar verde no dejaba ver más carne que la imprescindible.

Los dos acompañantes de Berelain no se movieron de su sitio, aunque Annoura, su consejera Aes Sedai, lo observaba con una expresión indescifrable bajo la capa de trencillas adornadas con cuentas y largas hasta los hombros; no a las dos mujeres y a él, sino a él en particular. Ni rastro de sudor en aquel rostro. Perrin habría querido encontrarse lo bastante cerca para oler a la hermana Gris de prominente nariz; a diferencia de las otras Aes Sedai, ella no hacía promesas a nadie. Cualquiera que fuese el valor de dichas promesas. Lord Gallenne, jefe de la Guardia Alada de Berelain, parecía muy ocupado en observar Bethal a través del visor de lentes con su único ojo, toqueteando las riendas de un modo que Perrin había llegado a comprender que significaba que el hombre estaba sumido en reflexiones. Probablemente, en cómo tomar Bethal por la fuerza; Gallenne siempre veía primero la peor alternativa.

—Sigo pensando que debería ser yo la que se acercara a Alliandre —manifestó Berelain. Eso también lo había oído Perrin a diario—. Después de todo, es por lo que vine. —Ésa era una de las razones—. A Annoura se le concederá inmediatamente una audiencia, y me introducirá sin que se entere nadie, excepto Alliandre.

Otro motivo de asombro: en su voz no había sonado ni el más leve atisbo de coqueteo. Aparentemente, le prestaba tan poca atención a él como a los guantes de cuero rojo que se estaba ajustando. ¿A cuál de las dos designar? El problema era que no quería elegir a ninguna de ellas.

Seonid, la otra Aes Sedai que había subido a la cresta, se encontraba al lado de su yegua castaña a cierta distancia, cerca de un alto endrino mustio, con los ojos puestos no en Bethal, sino en el cielo. Las dos Sabias de ojos muy claros que estaban con ella ofrecían un llamativo contraste: los rostros curtidos por el sol, en lugar de la tez blanca de la hermana; cabello rubio, en contra del oscuro de ella; altas, en lugar de su baja estatura. Por no mencionar las oscuras faldas y blusas blancas, tan distintas a su traje de fino paño azul. Edarra y Nevarin lucían collares y brazaletes de oro, plata y marfil, en tanto que Seonid sólo llevaba su anillo de la Gran Serpiente. Las dos Aiel eran jóvenes, a diferencia del aspecto intemporal de la Aes Sedai. No obstante, las Sabias igualaban en serenidad y dominio de sí mismas a la hermana Gris, y también ellas observaban el cielo.

—¿Veis algo? —preguntó Perrin, posponiendo la decisión.

—Vemos el cielo, Perrin Aybara —repuso sosegadamente Edarra; sus joyas tintinearon con suavidad cuando la Sabia se ajustó el oscuro chal que llevaba sobre los hombros. El calor parecía afectar tan poco a las Sabias como a la Aes Sedai—. Si viésemos algo más, te lo diríamos.

Confiaba en que así lo hicieran. Creía que lo harían. Al menos, si había algo, imaginaba que Grady y Neald podrían verlo también, y los dos Asha'man no lo mantendrían en secreto. Ojalá se encontraran allí, en lugar de haberse quedado en el campamento.

Hacía más de media semana, un vaporoso chorro de Poder Único surcando el cielo a gran altura había provocado agitación entre las Aes Sedai y las Sabias. Y en Grady y Neald, cosa que había ocasionado mayor agitación, lo más parecido al pánico que cualquier Aes Sedai podría demostrar. Asha'man, Aes Sedai y Sabias, todos ellos, afirmaban que seguían percibiendo débilmente el Poder en el aire mucho después de que el chorro desapareciera, pero ninguno sabía su significado. Neald decía que le recordaba el viento, aunque ignoraba la razón. Ninguno formuló en voz alta algo más que una opinión; sin embargo, si las dos mitades del Poder, masculina y femenina, eran visibles, tenía que deberse a alguna maniobra de los Renegados, y a gran escala. Preguntarse qué se traerían entre manos había mantenido despierto a Perrin hasta altas horas casi todas las noches desde entonces.

A despecho de sí mismo, alzó los ojos al cielo. No vio nada, por supuesto, salvo un par de palomas. De repente, un halcón apareció en su campo visual, zambulléndose, y una de las palomas desapareció en medio de una rociada de plumas. La otra aleteó frenéticamente hacia Bethal.

—¿Has tomado una decisión, Perrin Aybara? —preguntó Nevarin con cierta brusquedad. La Sabia de ojos verdes parecía incluso más joven que Edarra, quizá de la misma edad que Perrin, y le faltaba un punto de la serenidad que poseía la mujer de ojos azules. El chal le resbaló por los brazos cuando se puso en jarras, y Perrin casi esperó que agitara el índice en su dirección. O un puño. Le recordaba a Nynaeve, aunque físicamente no se parecían en nada. Nevarin habría hecho que Nynaeve pareciese gorda—. ¿De qué sirven nuestros consejos si haces oídos sordos a ellos? ¿De qué?

Faile y Berelain se mantenían muy erguidas en sus monturas, ambas la viva imagen del orgullo, ambas oliendo a expectación e incertidumbre por igual. Y a irritación, por sentir tal inseguridad; a ninguna le gustaba ese pequeño desdoro. Seonid se encontraba demasiado lejos para percibir su olor, pero los labios apretados denotaban de sobra su estado de ánimo. La enfurecía la orden de Edarra de que guardase silencio a menos que se le hablase antes. Con todo, obviamente deseaba que Perrin aceptase el consejo de las Sabias; lo observaba fijamente, como si la fuerza de su mirada pudiera empujarlo a hacer lo que ellas querían. A decir verdad, se sentía inclinado a elegir a la Aes Sedai, pero lo asaltaban las dudas. ¿Hasta dónde llegaba realmente su juramento de lealtad a Rand? Más allá de lo que jamás habría imaginado, por lo que había visto, pero, aun así, ¿hasta qué punto podía fiarse de una Aes Sedai? La llegada de los dos Guardianes de Seonid le dio unos minutos más de respiro.

Cabalgaban juntos, a pesar de que habían partido por separado, y mantenían los caballos entre los árboles, alejados de la cresta para que no los avistasen desde la ciudad. Furen era teariano, de tez casi tan oscura como un buen mantillo y con hebras grises en su negro y rizado cabello, en tanto que Teryl, un murandiano, era veinte años más joven, tenía el cabello castaño rojizo, bigote con las puntas enroscadas y los ojos aún más azules que los de Edarra. No obstante, estaban cortados por el mismo patrón: altos, enjutos y duros. Desmontaron ágilmente, sus capas cambiando de color y desvaneciéndose de un modo que producía mareo, y presentaron sus informes a Seonid, haciendo caso omiso de las Sabias a propósito. Y de Perrin.

—Es peor que en el norte —explicó, desabrido, Furen. Unas gotitas de sudor perlaban su frente, pero a ninguno de los dos hombres parecía afectarles mucho el calor—. Los nobles del lugar se han encerrado en sus casas solariegas o en la ciudad, y los soldados de la reina se mantienen dentro de las murallas. Han abandonado el campo en manos de los hombres del

Librodot

Profeta. Y de los bandidos, aunque de éstos no parece haber muchos por los alrededores. Las hordas del Profeta están por todas partes. Opino que Alliandre se alegrará de verte.

—Chusma —resopló Teryl mientras se golpeaba con las riendas en la palma de la mano—. En ningún momento he visto más de quince o veinte en el mismo sitio, armados principalmente con horcas y jabalinas y cubiertos de andrajos como pordioseros. Que les teman los granjeros es comprensible, pero de los lores podría esperarse que los erradicaran y los ahorcaran a parvas. La reina besará tu mano al ver a una hermana.

Seonid abrió la boca, pero entonces miró a Edarra, quien asintió con la cabeza. Si acaso, el permiso para hablar tensó aún más los labios de la Verde, aunque su tono fue suave como la mantequilla.

—Ya no hay razón para que retraséis vuestra decisión, lord Aybara. —Puso un punto de énfasis en el título, sabedora del derecho que realmente tenía a él—. Vuestra esposa podrá alegar su pertenencia a una gran casa, y Berelain es una dirigente, pero aquí las casas saldaeninas cuentan poco, y Mayene es una ciudad-Estado, con poca entidad como nación. Enviar a una Aes Sedai de emisaria os respaldará con todo el peso de la Torre Blanca a los ojos de Alliandre. —Quizás al recordar que Annoura serviría para eso igual que ella, se apresuró a añadir—. Además, ya he estado antes en Ghealdan, y mi nombre es bien conocido. Alliandre no sólo me recibirá de inmediato, sino que prestará oídos a lo que le diga.

—Nevarin y yo la acompañaremos —intervino Edarra.

—Nos aseguraremos de que no diga nada que no deba —agregó la otra Sabia.

Seonid rechinó los dientes de forma audible para el agudo oído de Perrin y se afanó en arreglar los pliegues de su falda pantalón, cuidando de mantener baja la vista. Annoura dejó escapar lo que sonó mucho a gruñido; por su parte, se mantenía apartada de las Sabias, y no le gustaba ver a las otras hermanas con ellas.

Perrin habría querido gritar. Enviar a la Verde lo libraría del conflicto que era como un puñal clavado en el alma, pero las Sabias se fiaban menos que él de las Aes Sedai y seguían atando corto a Seonid y a Masura. Por los pueblos también habían corrido cuentos recientemente sobre los Aiel. Nadie de allí había visto en su vida a uno, pero los rumores de que seguían al Dragón Renacido se habían propagado, y la mitad de los ghealdanos tenía la certeza de que había Aiel a un día o dos de distancia, además de que cada historia contada era más extraña y más horrible que la anterior. Alliandre podría sentirse demasiado asustada para permitirle acercarse a ella después de haber visto a dos mujeres Aiel diciéndole a una Aes Sedai lo que debía hacer. Y Seonid agachaba la cabeza y obedecía, por mucho que rechinase los dientes. Bueno, pues no estaba dispuesto a poner en peligro a Faile teniendo como garantía de que sería bien recibida sólo una carta redactada en términos ambiguos meses antes. Aquel puñal se clavó más hondo, pero no tenía alternativa.

—Un grupo pequeño pasará esas puertas con más facilidad que uno numeroso —dijo finalmente mientras guardaba el visor de lentes en su alforja. Y también daría mucho menos que hablar—. Lo que significa que sólo iréis tú y Annoura, Berelain. Y tal vez lord Gallenne. Probablemente lo tomarán por el Guardián de Annoura.

Berelain rió encantada, a la par que se inclinaba para apretarle el brazo con las dos manos. No se conformó con eso, naturalmente. Sus dedos presionaron en un gesto acariciante, seguido de una encendida sonrisa prometedora, y a continuación la mujer se enderezó antes de que Perrin tuviese tiempo de mover un músculo, recuperando de golpe una expresión tan inocente como la de un bebé. Con gesto impasible, Faile centraba su atención en ajustarse los guantes. Por su olor, no había advertido la sonrisa de Berelain; ocultaba bien su decepción.

—Lo siento Faile, pero —empezó Perrin...

Un efluvio de indignación tan punzante como espinas irradió violentamente de su mujer.

—Sin duda tienes asuntos que discutir con la Principal antes de que parta, esposo —dijo con calma. Sus ojos rasgados eran la viva imagen de la serenidad; su olor, abrojos de las dunas—. Más vale que lo discutas con ella ahora, cuanto antes.

Hizo volver grupas a *Golondrina* y la condujo hacia donde se encontraban Seonid —que

echaba chispas— y las Sabias —que exhibían un gesto tirante—, pero no desmontó ni habló con ellas. Por el contrario, contempló ceñuda Bethal, cual halcón oteando desde su nido.

Perrin cayó en la cuenta de que se estaba tocando la nariz y bajó la mano bruscamente. No había sangre, desde luego, sólo que la sensación era como si tuviese una hemorragia.

Berelain no necesitaba instrucciones de última hora —la Principal de Mayene y su consejera Gris estaban impacientes por ponerse en camino, totalmente seguras de saber lo que debían hacer y decir—, pero de todos modos Perrin hizo hincapié en que tuviesen prudencia y recalcó que era Berelain, y sólo Berelain, la que debía hablar con Alliandre. Annoura le lanzó una de aquellas frías miradas Aes Sedai e inclinó la cabeza; lo que podía significar aquiescencia o no. Perrin dudaba que pudiese sacarle nada más ni con tenazas. Los labios de Berelain se curvaron en un gesto divertido, si bien la mujer se mostró de acuerdo con todo lo que él dijo. O quizá sólo lo hizo por cumplir. Sospechaba que la Principal diría cualquier cosa con tal de salirse con la suya, y esas sonrisitas en los momentos más inoportunos le fastidiaban. Gallenne había guardado su visor de lentes, pero seguía jugueteando con las riendas, sin duda planeando cómo abrirse camino a la fuerza para sacar de Bethal a las dos mujeres. Perrin habría querido rugir de frustración.

Los vio descender por la calzada, preocupado. El mensaje que llevaba Berelain era sencillo: Rand comprendía la actitud cautelosa de Alliandre, pero si quería su protección debía estar dispuesta a anunciar públicamente que lo apoyaba. Dicha protección llegaría con soldados y Asha'man para dejárselo claro a todo el mundo, e incluso con el propio Rand si era menester, una vez que accediera a hacer dicha declaración. Berelain no tenía motivo para cambiar el mensaje ni un pelo, a pesar de sus sonrisas —suponía que debía de ser otra forma de coquetear—, pero Annoura... Las Aes Sedai hacían lo que hacían, y sólo la Luz sabía por qué la mitad de las veces. Ojalá se le ocurriese algún modo de entrar en contacto con Alliandre sin tener que recurrir a una hermana o a parlamentos vehementes. O poner en peligro a Faile.

Los tres jinetes llegaron a las puertas, con Annoura a la cabeza, y los guardias alzaron picas, bajaron arcos y ballestas, sin duda en cuanto supieron que era Aes Sedai. No había muchas personas con arrestos para oponerse a quien hacía esa afirmación. Apenas hubo una pausa antes de que la hermana entrara en la ciudad precediendo a los otros dos. De hecho, daba la impresión de que los soldados estaban ansiosos por que pasaran cuanto antes, fuera del alcance de la vista de cualquiera que estuviese vigilando desde las colinas. Algunos otearon hacia las distantes elevaciones, y Perrin no necesitó olerlos para percibir su inquietud ante un posible observador oculto allá arriba, alguien que, cosa nada probable, pudiera identificar a una hermana.

Perrin viró hacia el norte, en dirección al campamento, y condujo al grupo a lo largo de la cresta hasta que se encontraron fuera del alcance de la vista de las torres de Bethal, y entonces descendió en diagonal hacia la calzada de tierra. A ambos lados de ésta se veían granjas desperdigadas, con casas de tejados de paja y establos estrechos y alargados, pastizales marchitos y campos de rastrojeras, rediles de altos muros de piedra, si bien apenas se veían animales, y menos aún gente. Esas contadas personas observaban con desconfianza a los jinetes, como observarían las gallinas a los zorros, interrumpiendo sus tareas hasta que los caballos pasaban de largo. Aram, por su parte, no les quitaba ojo, a veces mientras toqueteaba la empuñadura de la espada, que asomaba por encima de su hombro, tal vez deseando topar con alguien que no fuera simplemente un granjero. A pesar de su chaqueta a rayas verdes, dentro de él quedaba poco de su origen gitano.

Edarra y Nevarin caminaban al lado de *Brioso*, aparentemente como si estuviesen dando un paseo, pero mantenían el paso sin dificultad a pesar de sus faldas amplias. Seonid las seguía de cerca, con su castrado, y Furen y Teryl marchaban detrás de ella. La Verde de tez pálida fingía que iba dos pasos por detrás de las Sabias por propio gusto, pero los dos hombres no se molestaban en disimular su ceño. A menudo los Guardianes eran más quisquillosos con respecto a la dignidad de su Aes Sedai que la propia hermana en cuestión, y eso que las Aes Sedai no tenían nada que envidiar a una reina en ese aspecto.

Librodot

Faile iba en *Golondrina*, manteniendo a la yegua al otro lado de las Aiel, sumida en el silencio y en apariencia observando el paisaje marcado por la sequía. Esbelta y grácil, hacía que Perrin se sintiera patoso en el mejor de los casos. Era puro azogue, y a él le encantaba, por lo general, pero... Se había levantado una ligera brisa, la suficiente para que su olor se mezclara con el de los demás. Perrin sabía que debía de estar pensando en Alliandre y en cuál sería su respuesta, o, mejor incluso, en el Profeta y en cómo encontrarlo una vez que la reina se hubiese manifestado en uno u otro sentido, pero era totalmente incapaz de hacer un hueco en su cabeza para esos asuntos.

Había esperado que Faile se enfadara cuando él eligiese a Berelain, aun cuando se suponía que Rand la había enviado con ese propósito. Faile sabía que no quería ponerla en peligro —ni en riesgo de un probable peligro—, cosa que la desagradaba más incluso que la propia Berelain. Empero, su efluvio había sido apacible como una mañana estival... ¡hasta que él intentó disculparse! Bueno, las disculpas avivaban su ira si estaba enfadada ya —salvo en las ocasiones en que disipaban su mal genio, se entiende—, ¡pero no se había enfadado! Sin la presencia de Berelain, las cosas marchaban como la seda entre ellos. La mayor parte del tiempo. Pero sus explicaciones de que no hacía nada para alentar las expectativas de esa mujer —¡todo lo contrario!— sólo recibían un seco «¡Por supuesto que no lo haces!», en un tono que lo calificaba de necio por sacar a relucir el tema. Sin embargo todavía se enfadaba —¡con él!— cada vez que Berelain le sonreía o encontraba una excusa para tocarlo, sin importar la brusquedad con que la rechazara, y la Luz sabía que lo hacía. Aparte de atarla, no se le ocurría qué más podía hacer para desanimarla y para que dejara de insinuarse. Sus cautelosos sondeos a Faile para intentar averiguar qué estaba haciendo mal, recibían un ligero «¿Por qué piensas que has hecho algo?» o un no tan despreocupado «¿Qué *crees* tú que has hecho?», o un seco y escueto «No quiero hablar de eso». Es decir, *estaba* haciendo algo mal, ¡pero no entendía qué! Sin embargo, debía descubrirlo. Nada era tan importante como Faile. ¡Nada!

—¿Lord Perrin?

La voz excitada de Aram lo sacó de sus cavilaciones.

—No me llames así —masculló mientras volvía la vista hacia donde señalaba el índice del joven, otra granja abandonada, un poco más adelante, donde el fuego había consumido los tejados de la casa y del establo; sólo quedaban en pie las toscas paredes de piedra. Una granja abandonada, pero no desierta. Allí se alzaron gritos furiosos.

Alrededor de una docena de tipos, mal vestidos y empuñando lanzas y horcas, intentaba abrirse paso a la fuerza por encima del muro de piedra de un corral, que parecía tener más de un metro de altura, en tanto que un puñado de hombres que había dentro trataba de impedírselo. Varios caballos corrían dentro del cercado de un lado para otro, asustados por el ruido, y también había tres mujeres montadas. Éstas no se limitaban a esperar para ver en qué acababa todo aquello, sin embargo; una de ellas parecía estar arrojando piedras, y otra se aproximó al muro para asestar un golpe con un largo garrote, mientras la tercera mujer hacía cocear a su montura, y un tipo alto cayó hacia atrás desde lo alto de la valla para esquivar los cascos del animal. Pero había muchos atacantes, demasiado muro que defender.

—Mi consejo es que demos un rodeo y los esquivemos —dijo Seonid, con lo que se ganó miradas severas de Edarra y Nevarin, pero la hermana no se inmutó y siguió hablando en un tono práctico e indiferente a más no poder—. Sin duda son hombres del Profeta, y matar a su gente sería un mal comienzo. Decenas, cientos de miles de personas pueden morir si no lográis llegar hasta él. ¿Vale la pena correr ese riesgo por salvar a un puñado de gente?

Perrin no tenía intención de matar a nadie si podía evitarlo, pero tampoco estaba dispuesto a hacer la vista gorda como si no pasara nada. Sin embargo, no perdió tiempo en dar explicaciones.

—¿Podéis asustarlos? —le preguntó a Edarra—. Sólo asustarlos. —Recordaba muy bien lo que las Sabias habían hecho en los pozos de Dumai. Y los Asha'man. Tal vez era mejor que Grady y Neald no estuviesen allí.

—Quizá —contestó Edarra mientras observaba a la chusma que rodeaba el corral. Sacudió la cabeza a medias y se encogió levemente de hombros—. Quizá.

Eso tendría que ser suficiente.

—Aram, Furen, Teryl —espetó Perrin—, ¡seguidme!

Clavó talones y, mientras *Brioso* salía a galope, sintió un gran alivio al ver que los Guardianes lo seguían de cerca. Cuatro hombres a la carga imponían mucho más que dos. Perrin mantuvo las manos en las riendas, lejos del hacha.

No se sintió tan complacido cuando vio que Faile azuzaba a *Golondrina* hasta situarse a su altura. Abrió la boca para protestar, pero ella enarcó una ceja. Qué hermoso era su negro cabello, ondeando al viento. Qué hermosa era ella. Una ceja enarcada; nada más. Cambió de idea y dijo:

—Guárdame las espaldas.

Sonriente, su mujer sacó una daga de algún sitio. Con todas las que llevaba escondidas, a veces Perrin se preguntaba cómo no acababa ensartado en una sólo al intentar abrazarla.

Tan pronto como Faile volvió la cabeza al frente, Perrin gesticuló frenéticamente a Aram, procurando que ella no lo viera. Aram asintió, pero el joven cabalgaba inclinado hacia adelante, con la espada desenvainada, dispuesto a ensartar al primer seguidor del Profeta que se pusiera en su camino. Perrin confió en que el chico entendiera que tenía que guardar las espaldas a Faile —y todo lo demás— si acababan enzarzados con aquellos tipos.

Ninguno de los rufianes había reparado en ellos todavía. Perrin gritó, pero los individuos no parecieron oírlo ensordecidos por sus propios gritos. Un hombre que llevaba una chaqueta que parecía demasiado grande para él se las ingenió para trepar a lo alto del muro, y otros dos parecían a punto de sobrepasarlo. Si las Sabias pensaban hacer algo, ya iba siendo hora de que...

Un trueno retumbó casi sobre sus cabezas y a poco dejó sordo a Perrin; fue un estampido descomunal que hizo trompicar a *Brioso* antes de que el animal recobrara el paso. Los atacantes, ni qué decir tiene, sí que repararon en eso, y miraron en derredor aturullados, tambaleándose, algunos con las manos sobre las orejas. El tipo subido al muro perdió el equilibrio y cayó por el lado de fuera. Sin embargo, se incorporó prestamente y gesticuló hacia el corral con ademanes furiosos; algunos de sus compañeros reanudaron el ataque. Otros vieron a Perrin entonces y señalaron mientras decían algo, pero no huyeron. Unos cuantos enarbolaron sus armas.

Encima del corral apareció de pronto una rueda horizontal de fuego, con un diámetro del tamaño de un hombre, que escupía llamas a medida que giraba emitiendo a la par un quejido, ora grave, ora agudo, pasando de plañido gemebundo a penetrante lamento sucesivamente.

Los hombres mal vestidos huyeron en todas direcciones cual codornices espantadas. Durante unos instantes, el hombre con la chaqueta demasiado grande agitó los brazos y les gritó; luego, tras una última ojeada a la ardiente rueda, también él salió corriendo.

Perrin sintió ganas de reír. No tendría que matar a nadie. Y no tendría que preocuparse de que una horca se clavara en las costillas de Faile.

Por lo visto, los que estaban dentro del corral se habían asustado tanto como los de fuera; al menos uno de ellos. La mujer que había hecho que el caballo coceara a los atacantes abrió el portón y taloneó al animal, que emprendió el galope; calzada adelante, alejándose de Perrin y los demás.

—¡Espera! —gritó Perrin—. ¡No te haremos daño!

Tanto si lo oyó como si no, siguió azuzando al caballo con las riendas. Un fardo atado detrás de la silla de montar brincaba violentamente. Los asaltantes estarían corriendo tan deprisa como pudieran ahora, pero si la mujer se marchaba sola, incluso dos o tres podrían causarle daño. Perrin se inclinó sobre el cuello de *Brioso*, clavó los talones y el caballo pardo salió disparado como una flecha.

Era un hombre corpulento, pero *Brioso* no se había ganado el nombre por sus patas veloces únicamente. Además, a juzgar por la torpeza de su carrera, el animal de la mujer no debía de ser muy apto para la monta. Con cada zancada, *Brioso* acortaba distancias, más y más cerca, hasta que Perrin pudo alargar la mano y agarrar una de las riendas sueltas del otro

Librodot

caballo. De cerca, el pobre animal —una yegua de hocico aplastado— era poco más que pasto para carroñeros, lleno de espumarajos y más agotado de lo que podría justificar la corta carrera. Poco a poco, hizo que los dos caballos frenaran.

—Perdonadme si os he asustado, señora —dijo—. De verdad, no quiero haceros daño alguno.

Por segunda vez en el mismo día, una disculpa no tuvo la respuesta que esperaba. Unos ojos azules, furiosos, lo miraron desde un rostro enmarcado por largos mechones rubios rojizos; un rostro tan regio como el de cualquier reina a pesar de tenerlo pringado de sudor y polvo. Su vestido era de lana corriente, manchado por el viaje y tan polvoriento como su cara, que exhibía una expresión iracunda.

—No necesitaba que... —empezó en tono gélido al tiempo que tiraba de las riendas en un intento de soltar a la yegua, y entonces enmudeció cuando otra de las mujeres, de pelo blanco y huesuda, llegó a lomos de una yegua marrón en peores condiciones que la primera. Esa gente había estado cabalgando desde hacía tiempo. La mujer mayor estaba tan agotada y cubierta de polvo como la más joven.

La recién llegada dirigió alternativamente sonrisas a Perrin y miradas ceñudas a la otra mujer.

—Gracias, milord. —Su voz, fina pero firme, acusó una nota más aguda cuando ella reparó en sus ojos, pero los iris amarillos de un hombre no iban a frenarla más de un instante. Se notaba que no había muchas cosas que la inmutaran. Seguía empuñando el sólido garrote que había utilizado como arma—. Un rescate de lo más oportuno. Maighdin, ¿en qué estabas pensando? ¡Podrían haberte matado! ¡Y también al resto de nosotros! Es una muchacha testaruda, milord, siempre actuando antes de pensar. Recuerda, pequeña, que sólo un necio abandona a los amigos y cambia plata por reluciente cobre. Os lo agradecemos, milord, y también Maighdin, cuando se tranquilice y recupere el sentido común.

A Maighdin, sus buenos diez años mayor que Perrin, sólo se la podía llamar muchacha en comparación con la mujer mayor, pero a despecho del gesto cauteloso, acorde con su efluvio, y de frustración mezclada con ira, aceptó la reprimenda y sólo hizo otro intento desganado de liberar las riendas, tras lo cual se dio por vencida. Apoyó las manos en el arzón, miró a Perrin con el entrecejo fruncido; y después parpadeó. Otra vez los ojos amarillos. Empero, a despecho de su reacción de extrañeza, siguió sin oler a miedo. La mujer mayor, sí, pero Perrin no creía que fuese por él.

Otro de los compañeros de Maighdin, un hombre sin afeitar que montaba un caballo gris igualmente desastrado y de huesos nudosos, se había acercado mientras la mujer mayor hablaba, pero se mantuvo apartado. Era alto, tanto como Perrin, aunque mucho menos corpulento y vestía una chaqueta oscura, desgastada por el uso, con una espada ceñida a la cintura por encima de la prenda. Al igual que las mujeres, llevaba un fardo atado detrás de la silla. A Perrin le llegó su olor por la suave brisa. No tenía miedo; sólo estaba receloso. Y si el modo en que miraba a Maighdin era una indicación, su recelo era por ella. Tal vez no era algo tan simple como rescatar a unos viajeros del ataque de unos rufianes, después de todo.

—Quizá queráis acompañarnos a mi campamento —ofreció Perrin, soltando finalmente las riendas de la yegua—. Allí estaréis a salvo de... asaltantes.

Casi esperaba que Maighdin saliese huyendo hacia los árboles más cercanos, pero la mujer hizo volver a su montura en dirección al corral. Olía a... resignación.

—Os agradezco la oferta, pero yo... nosotros debemos continuar nuestro viaje —dijo, sin embargo—. Seguiremos, Lini —añadió firmemente, y la mujer mayor le dirigió una mirada tan severa que Perrin se preguntó si no serían madre e hija a pesar de que hubiese utilizado el nombre de pila. Ciertamente, no guardaban ningún parecido entre sí. Lini tenía la cara estrecha y la piel apergaminada, era toda ella nervio, en tanto que Maighdin podría ser hermosa debajo de la gruesa capa de polvo. Si es que a un hombre le gustaban rubias.

Perrin echó una ojeada hacia atrás al hombre que los seguía. Un tipo de dura mirada, necesitado de una navaja de afeitar. Tal vez a él sí le gustaban rubias. Tal vez demasiado. No sería la primera vez que un hombre se había buscado problemas y se los había buscado a otros

Librodot

por esa razón.

Un poco más adelante, Faile había acercado a *Golondrina* al corral y observaba por encima del muro a la gente que seguía dentro. Quizás uno de ellos estaba herido. A Seonid y las Sabias no se las veía por ninguna parte. Aparentemente, Aram había entendido; se mantenía cerca de Faile, si bien miraba con impaciencia a Perrin. No obstante, el peligro había pasado.

Antes de que Perrin hubiese llegado al portón del corral, Teryl apareció con un tipo de ojos muy juntos y barba de varios días, que caminaba a trompicones junto al ruano del Guardián, el cual lo llevaba agarrado por el cuello de la chaqueta.

—Pensé que podía echarle el guante a uno de ellos —comentó Teryl mientras esbozaba una dura sonrisa—. Siempre es mejor escuchar la versión de las dos partes, aunque uno crea tener una idea clara por lo que ha visto, como decía mi anciano padre.

Perrin no salía de su asombro; había imaginado que Teryl era incapaz de pensar más allá de la punta de su espada.

A pesar de estar tirante al tenerla agarrada por el cuello, la chaqueta del individuo era obviamente grande para él. Perrin dudaba que ningún otro hubiese divisado detalles desde tan lejos, pero él reconoció aquella nariz saliente. Era el hombre que había huido en último lugar, y tampoco ahora estaba acobardado. Su mirada desdeñosa abarcó a todos.

—Os habéis metido en mierda hasta el cuello por esto —manifestó el hombre con voz rasposa—. Cumplíamos la voluntad del Profeta, eso es exactamente lo que hacíamos. El Profeta dice que si un hombre molesta a una mujer de un modo que ella no quiere, muere. Esta pandilla la perseguía —señaló con la barbilla a Maighdin—, y vaya si ella corría con ganas. ¡El Profeta os cortará las orejas por esto! —Escupió para dar más énfasis a sus palabras.

—Eso es ridículo —replicó Maighdin en voz clara—. Estas personas son mis amigos. Ese hombre ha interpretado mal lo que vio.

Perrin asintió. Si la mujer lo interpretó como que estaba de acuerdo con ella, mejor que mejor. Pero, si se unía lo que el tipo decía con lo que Lini había dicho... No, no era un simple rescate en absoluto.

Faile y los demás, que ya habían llegado, se les unieron, seguidos por los restantes compañeros de viaje de Maighdin, otros tres hombres y otra mujer, quienes llevaban de las riendas caballos agotados, casi exhaustos. Tampoco es que hubiesen sido buenas monturas desde hacía muchos años, si es que lo habían sido alguna vez. Una colección tan completa de rodillas nudosas, corvejones combados, esparavanes y lomos hundidos como Perrin no recordaba haber visto nunca. Sus ojos buscaron primero a Faile —las aletas de la nariz se dilataron para captar su aroma—, pero fue Seonid la que atrajo su mirada. Hundida en la silla, con el gesto huraño, su cara congestionada tenía un aspecto raro, con las mejillas hinchadas y la boca entreabierta. Se atisbaba algo, entre azul y rojo en... Perrin parpadeó. A menos que fuera obra de su imaginación, ¡llevaba un pañuelo metido en la boca! Por lo visto, cuando las Sabias le decían a una aprendiza que guardara silencio, aunque la aprendiza fuese una Aes Sedai, lo decían en serio.

No era él el único con una vista aguda; Maighdin se quedó de piedra, sorprendida al reparar en Seonid, y luego le dirigió a Perrin una mirada larga y pensativa, como si el responsable del pañuelo fuese él. De modo que reconocía a una Aes Sedai cuando la veía, ¿verdad? Inusitado en una mujer de campo como afirmaba ser. Y tampoco lo parecía por su porte.

Furen, que venía a caballo detrás de Seonid, exhibía una expresión tormentosa, pero fue Teryl quien complicó aún más el asunto al tirar al suelo algo.

—Esto lo encontré cuando lo perseguía —informó—. Puede que se le cayera mientras corría.

Al principio Perrin no supo qué era aquello, un lazo de piel sin curtir en el que se habían ensartado montones de lo que parecían trocitos de cuero resecos. Entonces los identificó, y enseñó los dientes en un gruñido.

Librodot

—El Profeta nos cortaría las orejas, dijiste.

El tipo dejó de mirar boquiabierto a Seonid y se lamió los labios.

—¡Eso... eso es obra de Hari! —protestó—. Es un retorcido. Le gusta llevar la cuenta, coger trofeos, y él... Eh... —Se encogió como un perro acorralado—. ¡No podéis relacionarme con eso! ¡El Profeta os colgará si me tocáis! No sería la primera vez que ahorca nobles, finos lores y ladies. ¡Camino bajo la Luz del venerable lord Dragón!

Perrin hizo que *Brioso* se acercara hasta el hombre, con cuidado de mantener lejos de... esas cosas del suelo los cascos del animal. Sólo tenía intención de captar el olor del tipo, pero se inclinó en la silla, aproximó la cara a él. Le llegó un efluvio a sudor rancio teñido de miedo, de pánico, con un matiz de ira. Lástima que no percibiera culpabilidad. «Puede que se le cayera» no era lo mismo que «Lo dejó caer». Los ojos muy juntos se abrieron de par en par y el hombre reculó hasta chocar con el castrado de Teryl. Unos iris amarillos tenían sus ventajas.

—Si *pudiera* relacionarte con eso, acabarías colgado del árbol más cercano —gruñó. El tipo parpadeó y empezó a animarse cuando comprendió lo que significaba tal cosa, pero Perrin no le dio tiempo de recobrar su actitud bravucona—. Soy Perrin Aybara, y tu precioso lord Dragón me envió *a mí* aquí. Haz correr la voz. Su enviado soy yo, y si encuentro a un hombre con... *trofeos*, ¡lo colgaré! Si encuentro a un hombre prendiendo fuego a una granja, ¡lo colgaré! Si uno de vosotros me mira atravesado, ¡lo colgaré! ¡Y también puedes informar a Masema de lo que he dicho! —Asqueado, Perrin se irguió en la silla—. Suéltalo, Teryl. ¡Si no se ha quitado de mi vista en un santiamén, le...!

Teryl abrió la mano, y el tipo salió corriendo a más no poder hacia los árboles más cercanos, sin mirar una sola vez hacia atrás. Parte de la indignación de Perrin era contra sí mismo. ¡Lanzar amenazas! ¿Si uno de ellos lo miraba atravesado? Mas, aunque ese tipo no hubiese cortado orejas personalmente, sí lo había visto hacer y no lo había impedido.

Faile sonreía, y el orgullo se translucía en su cara a través del sudor. Su mirada se llevó parte de la sensación de asco de Perrin. Caminaría sobre carbones encendidos por esa mirada.

No todos aprobaban lo que había hecho, por supuesto. Seonid tenía cerrados prietamente los ojos, y sus manos enguantadas temblaban sobre las riendas como si deseara desesperadamente quitarse el pañuelo metido en la boca y decirle lo que pensaba. No era difícil imaginarlo, sin embargo. Edarra y Nevarin se habían ajustado los chales y lo observaban con expresión severa. Oh, sí; podía imaginarlo muy bien.

—Creía que debía mantenerse todo en secreto —comentó Teryl como sin darle importancia mientras seguía con la mirada al tipo que huía—. Creía que Masema no tenía que enterarse de vuestra presencia hasta que estuvieseis tan cerca de él que pudieseis hablar a su ejemplar oído.

Ése había sido el plan. Rand lo había sugerido como precaución; Seonid y Masuri habían insistido en ello cada vez que se les presentaba la ocasión. Después de todo, fuera el Profeta del Dragón o no, Masema podría no querer encontrarse cara a cara con alguien enviado por Rand, habida cuenta de las cosas que se decía que había permitido. Esas orejas cortadas no eran lo peor, si se daba crédito a la décima parte de los rumores. Edarra y las otras Sabias veían a Masema como un posible enemigo al que había que tender una emboscada antes de que él tuviese tiempo de preparar su propia celada.

—También se suponía que debía poner fin a... eso —argumentó a la par que señalaba, furioso, el lazo de cuero crudo tirado en el suelo. Había oído rumores y no había hecho nada. Ahora lo había visto con sus propios ojos—. Si hay que hacerlo, ¿por qué no empezar ya? —¿Y si Masema decidía que era un enemigo? ¿Cuántos miles de seguidores tenía el Profeta, ya fuera por convicción o por miedo? Daba igual—. Le puse fin, Teryl. ¡Se acabó!

El murandiano asintió lentamente con la cabeza; miraba a Perrin como si lo viese por primera vez.

—¿Milord Perrin? —habló Maighdin.

Se había olvidado completamente de ella y de sus amigos. Los demás se habían reunido con la mujer a corta distancia, la mayoría a pie todavía. Había tres hombres aparte del tipo que

había seguido a Maighdin, y dos de ellos se ocultaban detrás de sus caballos. Y Lini parecía la más recelosa de todos, observándolo con preocupación; tenía su yegua cerca de la de Maighdin y parecía lista para asir la brida ella misma. No para impedir que la mujer más joven saliera a galope, sino para salir a galope ella y llevar a Maighdin consigo. Maighdin aparentaba estar completamente tranquila, pero también estudiaba a Perrin. No era de extrañar, después de todo lo dicho sobre el Profeta y el Dragón Renacido, además de sus ojos. Por no mencionar a la Aes Sedai amordazada. Esperaba que dijese que querían partir de inmediato, en ese mismo momento, pero se equivocó.

—Aceptaré vuestra amable oferta. Un día o dos de descanso en vuestro campamento podría ser perfecto.

—Como gustéis, señora Maighdin —contestó lentamente. Le costó disimular su sorpresa. Sobre todo habida cuenta de que acababa de reconocer a los dos hombres que intentaban mantener sus caballos entre ellos y él. ¿Sería su influencia de *ta'veren* la que los había llevado hasta allí? En cualquier caso, un curioso giro en los acontecimientos—. Sí que podría ser perfecto, por cierto.

Librodot

CAPÍTULO 8

Una simple mujer de campo

El campamento se encontraba a unos cinco kilómetros, lejos de la calzada, entre las colinas bajas y arboladas, justo al otro lado de un arroyo que tenía unos ocho metros de anchura de piedras y sólo cuatro de agua, sin que su profundidad llegase en ningún punto más arriba de las rodillas de una persona. Pececillos verdes y plateados se alejaron velozmente de los cascos de los caballos. Era poco probable que algún transeúnte fortuito topara con ellos por casualidad. La granja habitada más próxima se encontraba a unos dos kilómetros, y Perrin se había encargado personalmente de comprobar que esas personas llevaban a sus animales a beber agua a otra parte.

Realmente había procurado evitar todo lo posible llamar la atención, viajando por caminos secundarios e incluso senderos cuando no podían seguir la marcha a través de los bosques. Un esfuerzo inútil, a decir verdad. Los caballos podían pastar siempre que había hierba, pero al menos necesitaban un poco de grano, y hasta un pequeño ejército precisaba comprar víveres, y bastantes. Los rumores debían de haber corrido por todo Ghealdan, aunque, con suerte, nadie habría sospechado quiénes eran. Perrin torció el gesto. Tal vez nadie lo imaginó, hasta que él abrió la bocaza. Aun así, no habría actuado de otra manera.

En realidad había tres campamentos, próximos entre sí y ninguno lejos del arroyo. Viajaban juntos, todos siguiéndolo y, supuestamente, obedeciéndole, pero había demasiados personalismos involucrados, y ninguno estaba completamente seguro de que los otros tuvieran marcada la misma meta. Unos novecientos soldados de la Guardia Alada tenían las lumbres apiñadas entre hileras de caballos estacados, en un amplio prado de pisoteada hierba amarillenta. Perrin intentó cerrar la nariz a la mezcla de olores a sudor, caballos, estiércol y carne de cabra cociéndose, una combinación desagradable en un día caluroso. Una docena de centinelas montados recorría lentamente el circuito en parejas, con las largas lanzas, adornadas con banderines rojos, inclinadas en el mismo ángulo preciso, pero los restantes mayenienses se habían quitado petos y yelmos. Sin chaqueta, y a menudo sin camisa, bajo el sol, yacían despatarrados en las mantas o jugaban a los dados mientras esperaban que terminara de hacerse la comida. Algunos alzaron la vista al paso de Perrin, unos cuantos dejaron lo que estaban haciendo para observar las nuevas incorporaciones al grupo, pero nadie acudió corriendo, de modo que las patrullas continuaban ausentes. Éstas eran pequeñas y no llevaban lanzas; así podían ver sin ser vistas. En fin, al menos ésa era la idea. La había sido.

Un puñado de *gai'shain* realizaba diversas tareas entre las tiendas bajas y pardas de las Sabias, en la cima de la colina apenas arbolada que se alzaba junto al campamento de los mayenienses. A esa distancia, las figuras vestidas de blanco parecían inofensivas, gachos los ojos y sumisas. De cerca, ofrecerían la misma actitud, pero la mayoría era Shaido. Las Sabias sostenían que los *gai'shain* eran *gai'shain*; Perrin no confiaba en ningún Shaido que no tuviera a la vista. A un lado de la ladera, debajo de un tupelo, unas doce Doncellas en *cadin'sor* estaban arrodilladas formando un círculo alrededor de Sulin, la más dura de todas a pesar de su cabello blanco. También ella había enviado exploradoras, mujeres que podían moverse tan deprisa a pie como los mayenienses en sus caballos y que probablemente tendrían muchas más posibilidades de pasar inadvertidas. No había ninguna Sabia fuera de las tiendas allí arriba, pero una mujer esbelta, que removía el guiso en una gran olla, enderezó la espalda y se

frotó los riñones mientras observaba el paso de Perrin y los demás. La mujer vestía un traje de montar de seda verde.

A él no le pasó inadvertida la mirada fulminante de Masuri. Las Aes Sedai no removían guisos ni realizaban otras muchas tareas que las Sabias les encargaban a Seonid y a ella. Masuri culpaba de ello a Rand, pero Rand no estaba allí y Perrin sí. De tener la menor oportunidad, seguro que lo despellejaría.

Edarra y Nevarin giraron en aquella dirección, y a pesar de sus amplias faldas, apenas alteraron las capas de hojas secas que alfombraban el suelo. Seonid las siguió, todavía con las mejillas hinchadas a causa del pañuelo metido en la boca. Se giró en la silla para mirar a Perrin. Si hubiese creído posible que una Aes Sedai transluciera ansiedad, sería así como habría descrito su expresión. Detrás de ella, Furen y Teryl exhibían sendos ceños.

Masuri los vio llegar y de inmediato volvió a inclinarse sobre la negra olla, removiéndola con renovado vigor y procurando fingir que no había dejado de hacerlo un solo momento. Mientras Masuri estuviese a cargo de las Sabias, Perrin creía que no tendría que preocuparse por su piel. Las Sabias sabían cómo mantener atado corto a alguien.

Nevarin giró la cabeza hacia atrás para lanzarle otra de aquellas miradas severas que ella y Edarra le habían dedicado desde que envió al tipo de la chaqueta grande con su mensaje de advertencia, de amenaza. Perrin exhaló exasperado. No tenía que preocuparse de su pellejo siempre y cuando las Sabias no decidieran que *ellas* lo querían. Demasiados personalismos. Demasiadas metas.

Maighdin cabalgaba al lado de Faile, en apariencia sin prestar atención a aquello ante lo que pasaban, pero Perrin no habría apostado ni un céntimo en ello. Los ojos de la mujer se habían abierto un poco más de la cuenta al reparar en los centinelas mayenienses. Sabía lo que significaban esos petos rojos y yelmos en forma de olla, tan seguro como que había reconocido el rostro de una Aes Sedai. La mayoría de la gente tampoco habría sabido eso, en especial alguien vestido como ella. La tal Maighdin era todo un misterio. Por alguna razón, le resultaba vagamente familiar.

Lini y Tallanvor —así había oído que Maighdin llamaba al tipo que la había seguido; «joven» Tallanvor, para ser exactos, aunque no podía haber más de cuatro o cinco años de diferencia entre ellos, si acaso— iban detrás de ella, manteniéndose lo más cerca posible, aunque Aram los estorbaba al intentar no apartarse de Perrin. Lo mismo hacía un tipo menudo y enjuto, que siempre tenía los labios apretados, llamado Balwer, el cual parecía prestar menos atención a lo que los rodeaba de lo que Maighdin pretendía. Con todo, Perrin pensó que Balwer veía más que la mujer. No habría sabido decir exactamente por qué, pero las pocas veces que había captado el olor del huesudo individuo, le había recordado un lobo olisqueando el aire. Cosa extraña, no había miedo en Balwer, sólo repentinos brotes de irritación, reprimidos de inmediato, unidos al vibrante efluvio de la impaciencia. Los otros compañeros de Maighdin venían bastante más retrasados. La tercera mujer del grupo, Breane, hablaba en feroces susurros con el hombre corpulento, que mantenía agachados los ojos y asentía en silencio de vez en cuando y en otras ocasiones sacudía la cabeza. Un guardia a sueldo, un duro de las calles si los había, pero la mujer baja también tenía un ribete de dureza en su porte. El último hombre, que se resguardaba detrás de ambos, era corpulento y llevaba un astroso sombrero de paja, bien calado para ocultar sus rasgos. En él, la espada que todos los hombres del grupo llevaban resultaba tan chocante como en Balwer.

El tercer campamento, extendido entre los árboles justo detrás de la curva de la colina donde estaban instalados los mayenienses, ocupaba tanto espacio como el de la Guardia Alada, aunque el número de personas que albergaba era muy inferior. Allí, las hileras de caballos estacados se encontraban bastante separadas de las lumbres, de manera que el olor a comida flotaba en el aire sin mezclarse con otros. La cena de ese día consistía en cabra asada a las brasas y nabos duros, con los que seguramente los granjeros habían pensado alimentar a sus cerdos a pesar de los malos tiempos que corrían. Alrededor de trescientos hombres de Dos Ríos, que habían seguido a Perrin desde la comarca, se ocupaban de la carne ensartada en espetones o remendaban ropas o revisaban flechas y arcos, repartidos en grupos de cinco o

Librodot

seis amigos alrededor de una lumbre. Casi todos ellos saludaban con la mano y gritaban palabras de bienvenida, aunque sonaban demasiados «lord Perrin» y «Perrin Ojos Dorados» para su gusto. Faile sí tenía derecho a los títulos que le daban.

Grady y Neald, sin sudar y con sus chaquetas negras puestas, no vitorearon; de pie junto a la lumbre que habían preparado un poco separada de los demás, se limitaron a mirarlo. De manera expectante, le pareció a Perrin. ¿Expectación por qué? Era la misma pregunta que siempre se hacía con respecto a ellos. Los Asha'man lo hacían sentirse intranquilo, más que las Aes Sedai o las Sabias. Que las mujeres encauzaran el Poder era natural, aunque no fuese algo con lo que cualquier hombre se sintiese cómodo. Grady, con su rostro vulgar, parecía un granjero a pesar de la chaqueta negra y la espada, y Neald un presumido, con su bigote retorcido en las puntas; empero, Perrin no podía olvidar lo que eran, lo que habían hecho en los pozos de Dumai. Claro que también él había estado allí. La Luz lo amparara, también había estado. Apartó la mano del hacha que llevaba colgada al cinto y desmontó.

Los criados, hombres y mujeres procedentes de las heredades de lord Dobraine en Cairhien, acudieron presurosos desde las hileras de caballos estacados para ocuparse de sus monturas. Ninguno le llegaba a Perrin al hombro; gentes vestidas con ropas de campesino que siempre estaban haciendo reverencias e inclinaciones en actitud servil. Faile decía que sólo conseguía ofenderlos cuando intentaba que dejaran de hacerlo o, al menos, que no doblaran la cerviz ante él tan a menudo; verdaderamente, así era como olían cuando se lo decía, y siempre volvían a las reverencias e inclinaciones al cabo de una o dos horas. Otros, casi tantos como los hombres de Dos Ríos, trabajaban con los caballos o alrededor de las filas de carretas que transportaban las provisiones. Unos pocos entraban y salían con premura de una gran tienda roja y blanca.

Como ocurría siempre, esa tienda hizo que Perrin gruñera sombríamente. Berelain tenía una más grande en la parte del campamento mayeniense, además de otra para sus dos doncellas y una más para la pareja de rastreadores que había insistido en llevar. Annoura tenía tienda propia, al igual que Gallenne, pero sólo Faile y él tenían tienda en esa parte del campamento. De ser por él, habría dormido al raso como los otros hombres de la comarca, con sólo una manta para taparse por las noches. Ciertamente, no había miedo de que lloviese. Los criados cairhieninos se acostaban debajo de las carretas. Sin embargo, no podía pedirle a Faile que hiciera tal cosa; no si Berelain tenía una tienda. Ojalá hubiese podido dejar a la Principal en Cairhien. Claro que, en ese caso, habría tenido que enviar a Faile a Bethal.

Los estandartes en altos postes recién cortados y plantados en el centro de un espacio despejado cerca de la tienda agriaron aún más su humor. La brisa había empezado a moverse, aunque seguía siendo caliente; le pareció oír de nuevo un trueno, apagado, hacia el oeste. Las banderas se desplegaban y ondeaban lentamente para después volver a colgar por su propio peso, y vuelta a ondear. Una vez más y en contra de sus órdenes, se exhibían su estandarte del Lobo Rojo y el Águila Roja de la largamente desaparecida Manetheren. Tal vez había dejado de intentar taparlo, en cierto modo, pero lo que entonces era Ghealdan había formado parte de Manetheren; ¡si Alliandre se enteraba de lo de esa bandera, su recelo no se apaciguaría precisamente! Se las ingenió para mostrar un semblante apacible y dedicar una sonrisa a la mujer baja y fornida que hizo una profunda reverencia antes de llevarse a *Brioso*, pero su gesto estaba de más. A los lores se les tenía que obedecer, y si se suponía que él era un lord... En fin, que no lo estaba haciendo muy bien.

Con los puños en las caderas, Maighdin observaba los estandartes mientras se llevaban su yegua con las demás monturas. Cosa sorprendente, Breane cargaba con los fardos de las dos y mostraba una expresión ceñuda y malhumorada, dirigida a la otra mujer.

—He oído hablar de estandartes como ésos —dijo inopinadamente Maighdin. Y furiosa. Su voz y su expresión eran tan suaves y plácidas como un estanque helado, pero la rabia penetró en la nariz de Perrin con intensidad—. Los izaron hombres en Andor, en Dos Ríos, que se rebelaron contra su legítima dirigente. Aybara es un nombre de Dos Ríos, creo.

—En Dos Ríos no sabemos mucho sobre dirigentes legítimos, señora Maighdin — gruñó. Iba a desollar a quienquiera que los hubiese puesto esta vez. Si los cuentos sobre

rebeliones se habían propagando hasta tan lejos...—. Supongo que Morgase era una buena reina, pero tuvimos que valernos por nosotros mismos, defendernos solos, y lo hicimos. —De repente supo a quién le recordaba la mujer. A Elayne. Tampoco es que significara nada; había visto hombres a miles de kilómetros de Dos Ríos que podrían haber pertenecido a familias de allí. Con todo, debía de haber una razón para que estuviera enfadada. Y su acento sonaba andoreño—. Las cosas no están tan mal en Andor como pueden haberos contado —le dijo—. La calma reinaba en Caemlyn cuando me marché, y Rand, es decir, el Dragón Renacido, quería sentar en el Trono del León a la hija de Morgase, Elayne.

Lejos de aplacarse, Maighdin se volvió bruscamente hacia él, con sus azules ojos echando chispas.

—¿Que quería *sentarla* en el trono? ¡Ningún hombre *pone* a una reina en el Trono del León! ¡Elayne reclamará el trono de Andor por derecho propio!

Perrin se rascó la cabeza; ojalá Faile dejara de mirar a la mujer tan tranquilamente y dijese algo. Pero su mujer se limitó a guardar los guantes debajo del cinturón. Antes de que tuviese tiempo de pensar qué contestar, Lini se adelantó, cogió a Maighdin por el brazo y la sacudió con bastante fuerza como para que le chocaran los dientes.

—¡Pide disculpas! —bramó la mujer mayor—. ¡Este hombre te ha salvado la vida, Maighdin, y te has excedido al hablar de ese modo a un lord, siendo una simple mujer de campo! Si este joven señor estaba enfrentado con Morgase, bueno, todo el mundo sabe que está muerta, ¡y no es asunto tuyo de ningún modo!

Maighdin contemplaba a Lini aun más atónita que Perrin, a quien volvió a sorprender, sin embargo. En lugar de replicarle duramente a la mujer mayor, se irguió lentamente, cuadró los hombros, y lo miró a los ojos.

—Lini tiene razón. No tengo derecho a hablaros así, lord Aybara. Me disculpo humildemente. Y pido vuestro perdón.

¿Humildemente? Su gesto era tozudo, su tono tan orgulloso como el de una Aes Sedai, y su olor ponía de manifiesto que habría clavado las uñas a cualquiera.

—Lo tenéis —se apresuró a responder Perrin. Lo cual no pareció aplacarla en absoluto. Ella sonrió; tal vez intentaba mostrar gratitud, pero podía oír cómo rechinaban sus dientes. ¿Es que todas las mujeres estaban locas?

—Tienen calor y necesitan refrescarse y descansar un poco, esposo —intervino Faile, echándole por fin una mano—. Las últimas horas han sido penosas y agotadoras para ellos, lo sé. Aram puede mostrar a los hombres dónde asearse. Yo acompañaré a las mujeres. Haré que traigan paños húmedos para que os lavéis la cara y las manos —dijo dirigiéndose a Maighdin y a Lini. Llamó a Breane con un ademán y empezó a conducirlas hacia la tienda. A un gesto de asentimiento de Perrin, Aram indicó a los hombres que lo siguieran.

—Tan pronto como acabéis de asearos, maese Gill, me gustaría hablar con vos —dijo Perrin.

La reacción fue como si hubiese hecho surgir otra rueda de fuego. Maighdin giró hacia él y lo miró boquiabierta, y las otras dos mujeres se frenaron en seco. Tallanvor volvió a asir la empuñadura de su espada, y Balwer se puso de puntillas para asomarse por encima de su fardo, ladeando la cabeza hacia uno y otro lado. Un lobo no, quizá; más bien un ave alerta a la aparición de gatos. El hombre corpulento, Basel Gill, dejó caer sus pertenencias y saltó dos palmos en el aire.

—Vaya, Perrin —balbuceó mientras se quitaba bruscamente el sombrero de paja. El sudor había dejado churretes de polvo en sus mejillas. Se agachó para recoger el fardo, cambió de idea y se irguió de nuevo con premura—. Quiero decir, lord Perrin. Yo... Eh... Me pareció que eras tú, pero... Pero como te llamaban lord, no estaba seguro de que quisieras reconocer a un viejo posadero. —Se pasó un pañuelo por el cráneo casi calvo y rió con nerviosismo—. Pues claro que hablaremos. Lo de asearme puede esperar un poco más.

—Hola, Perrin —saludó el hombretón. Con sus ojos de párpados cargados, Lamgwin Dorn parecía perezoso a despecho de sus músculos y las cicatrices en la cara y las manos—. Maese Gill y yo oímos que el joven Rand se había convertido en el Dragón Renacido.

Librodot

Tendríamos que habernos imaginado que tú también vendrías a más. Perrin Aybara es un buen hombre, señora Maighdin. Creo que podríais confiar en él sobre cualquier cosa que tengáis en mente.

No era perezoso, y tampoco tenía nada de estúpido. Aram señaló con la cabeza bruscamente, con impaciencia, y los otros dos hombres lo siguieron, pero Tallanvor y Balwer iban arrastrando los pies y echaban ojeadas pensativas a Perrin y a maese Gill. Miradas preocupadas. Y a las mujeres. Faile también las había hecho ponerse en marcha, aunque no dejaban de lanzar miradas a Perrin y a maese Gill, así como a los hombres que seguían a Aram. De repente no les hacía gracia separarse.

Maese Gill se enjugó el sudor de la frente y esbozó una sonrisa forzada. Perrin se preguntó por qué olía a miedo. ¿De él? De un hombre vinculado al Dragón Renacido, que se hacía llamar lord y dirigía un ejército, por pequeño que fuera, amenazando al Profeta. Tal vez también entraba en el lote lo de amordazar Aes Sedai; acabarían achacándoselo a él de un modo u otro. «No —pensó con sarcasmo—. Ninguna de esas cosas asustaría a nadie.» Puede que todos ellos temieran que los matara.

En un intento de tranquilizar a maese Gill, condujo al hombre hasta un gran roble, a cien pasos de la tienda roja y blanca. Casi todas las hojas del enorme árbol se habían caído y la mitad de las que quedaban estaban marrones, pero las gruesas ramas proporcionaban un poco de sombra, y algunas de las raíces retorcidas se alzaban lo suficiente para servir de asiento. Perrin ya había utilizado una para eso mientras se montaba el campamento; cada vez que intentaba hacer algo útil, siempre había diez manos que se lo quitaban de en medio.

Basel Gill no se relajó a pesar de que Perrin se interesó por la marcha de La Bendición de la Reina, su posada en Caemlyn, o evocó su visita al establecimiento. Claro que, quizá Gill recordaba que esa visita no había sido lo más indicado para tranquilizar a un hombre, con Aes Sedai y conversaciones sobre el Oscuro y una huida en plena noche. Paseaba con nerviosismo, apretando el fardo contra su pecho, cambiándoselo de un brazo a otro y contestando con pocas palabras, lamiéndose los labios entremedio.

—Maese Gill —dijo finalmente—, dejad de llamarme lord Perrin. No soy un lord. Es complicado, pero no lo soy. Y lo sabéis.

—Desde luego —contestó el orondo posadero, que por fin tomó asiento en una de las raíces. Parecía reacio a soltar el fardo con sus cosas, y apartó las manos de él lentamente—. Como digáis, lord Perrin —añadió, no sólo usando el título sino también el tratamiento. Rand, eh... el Dragón Renacido, ¿realmente quiere que lady Elayne ocupe el trono? No es que dude de vuestra palabra, en absoluto —agregó presto. Se quitó el sombrero para enjugarse el sudor otra vez. Aunque era un hombre grueso, sudaba el doble de lo que podría justificar el calor que hacía—. Sin duda, el lord Dragón hará lo que decís. —Su risa sonó temblorosa—. Queríais hablar conmigo, y no sobre mi vieja posada, estoy seguro.

Perrin suspiró cansado. Había pensado que no podía haber nada peor que viejos amigos y vecinos haciendo reverencias y pamemas, pero al menos ellos olvidaban a veces y decían lo que pensaban. Y ninguno le tenía miedo.

—Estáis muy lejos de casa —empezó suavemente. No había por qué precipitarse; no con un hombre al que no le llegaba la camisa al cuerpo—. Me pregunto qué os trajo aquí. Espero que ningún problema.

—Responde directamente, Basel Gill, sin florituras —intervino Lini en tono brusco mientras se acercaba al roble. No había estado ausente mucho rato, pero había tenido tiempo para lavarse la cara y las manos y arreglarse el cabello en un moño bajo. Y para sacudirse la mayor parte del polvo del vestido de sencillo paño. Haciendo una somera reverencia a Perrin, se volvió hacia Gill y agitó el huesudo índice ante su nariz—. «Hay tres cosas molestas que sacan de quicio: un dolor de muelas, un dolor de pies y un hombre charlatán.» Así que ve al grano y no marees al joven lord con tu cháchara. —Durante un instante clavó una mirada admonitoria en el estupefacto posadero, y después, bruscamente, hizo otra rápida reverencia a Perrin—. Le encanta el sonido de su propia voz, como a la mayoría de los hombres, pero ahora os lo contará como es debido, milord.

Librodot

Maese Gill le dirigió una mirada fulminante y masculló entre dientes cuando la mujer lo urgió a hablar con un gesto brusco. «Viejo saco de huesos...» fue lo que Perrin oyó.

—Lo que ocurrió, en dos palabras y para abreviar —el orondo posadero volvió a asestar una mirada fulminante a Lini, pero la mujer no pareció advertirlo—, es que tenía un asunto de negocios en Lugard. Una ocasión para importar vino. Pero eso no os interesará. Me llevé a Lamgwin, desde luego, y a Breane, porque a ella no le gusta perderlo de vista ni una hora si puede remediarlo. En el camino conocimos a la señora Dorlain, la señora Maighdin, como la llamamos, y a Lini y a Tallanvor. Y a Balwer, por supuesto. En la calzada. Cerca de Lugard.

—Maighdin y yo servíamos en Murandy —intervino, impaciente, Lini—. Hasta que surgieron los problemas. Tallanvor era un guardia de la casa, y Balwer el secretario. Los bandidos prendieron fuego a la mansión, y nuestra ama no pudo mantenernos a su servicio, así que decidimos viajar juntos para mayor protección.

—Lo estaba contando yo, Lini —gruñó maese Gill mientras se rascaba la oreja—. El mercader de vinos había abandonado Lugard y se había marchado al campo, por alguna razón, y... —Sacudió la cabeza—. Son demasiadas cosas para hablar de ellas, Perrin. Lord Perrin, quiero decir. Disculpad. Sabéis que hay jaleo en todas partes hoy en día, de una clase o de otra. Total, que parecía que cada vez que huíamos de uno nos encontrábamos metidos en otro, y siempre alejándonos más y más de Caemlyn. Y aquí estamos, cansados pero agradecidos. Y, en resumen, eso es todo.

Perrin asintió despacio con la cabeza. Podía ser cierto, pero había aprendido que la gente tenía un montón de razones para mentir o simplemente para enturbiar la verdad. Haciendo una mueca, se pasó los dedos por el cabello. ¡Luz! Se estaba volviendo tan receloso como un cairhienino, y cuanto más lo enredaba Rand, su desconfianza aumentaba. ¿Por qué diablos iba a mentirle, precisamente, alguien como Basel Gill? La doncella de una dama, acostumbrada a ciertos privilegios perdidos en tiempos difíciles como los que corrían; eso explicaba lo de Maighdin. Algunas cosas eran simples.

Lini tenía las manos enlazadas a la altura del talle, pero observaba todo sin perder detalle, ojo avizor, casi como un halcón, y la inquietud de maese Gill se había hecho patente tan pronto como dejó de hablar; parecía interpretar la mueca de Perrin como si le demandase más información. Se echó a reír, más por nerviosismo que por regocijo.

—No había visto gran cosa del mundo desde la Guerra de Aiel, y por entonces estaba bastante más delgado. Vaya, pero si hemos llegado hasta la propia Amador. Claro que nos marchamos de allí después de que esos seanchan tomaran la ciudad, aunque, a decir verdad, no son peores que los Capas Blancas, por lo que pude...

Enmudeció de golpe cuando Perrin se echó hacia adelante bruscamente y lo asió por la solapa.

—¿Seanchan, maese Gill? ¿Estáis seguro de eso? ¿O se trata de otro rumor, como los que corren sobre los Aiel o las Aes Sedai?

—Los vi —contestó el posadero mientras intercambiaba una mirada incierta con Lini—. Y así es como se llaman a sí mismos. Me sorprende que no lo sepáis. La noticia nos ha precedido todo el camino, desde que salimos de Amador. Esos seanchan quieren que la gente se entere de su presencia y de lo que se proponen. Son gentes raras, con criaturas aún más extrañas. —Su voz cobró un tono más agudo—. Como Engendros de la Sombra. Cosas grandes con alas coriáceas que vuelan y transportan hombres. Y esos otros que parecen lagartos, sólo que son tan grandes como caballos y tienen tres ojos. ¡Los vi! ¡De verdad!

—Os creo —lo tranquilizó Perrin al tiempo que soltaba la solapa de su chaqueta—. También yo los he visto.

En Falme, donde un millar de Capas Blancas murieron en cuestión de minutos y fue necesario que regresaran los legendarios héroes muertos, convocados por el Cuerno de Valere, para rechazar a los seanchan. Rand había predicho que regresarían, pero ¿cómo habían podido volver tan pronto? ¡Luz! Si habían tomado Amador, entonces también debían tener en su poder Tarabon, o gran parte del país. Sólo un necio perdía el tiempo matando a un ciervo sabiendo que tenía un oso herido a su espalda. ¿Cuánto territorio habían ocupado?

Librodot

—No puedo enviaros a Caemlyn de inmediato, maese Gill, pero si os quedáis conmigo un poco más, me ocuparé de que lleguéis allí a salvo.

Si es que permanecer a su lado era seguro, daba igual durante cuánto tiempo. El Profeta, los Capas Blancas y ahora, por si fuera poco, quizá también los seanchan.

—Creo que sois un buen hombre —manifestó Lini de repente—. Me temo que no os hemos contado toda la verdad, y quizá deberíamos hacerlo.

—Pero ¿qué dices, Lini? —exclamó el posadero a la par que se incorporaba de un salto—. Creo que el calor la está afectando —añadió, dirigiéndose a Perrin—. Y todo el viaje. A veces tiene fantasías raras. Sabéis que eso le ocurre a la gente mayor. ¡Calla, Lini!

Lini apartó de un manotazo los dedos que intentaba ponerle sobre la boca.

—¡Cuidado con lo que dices, maese Gill! ¡Ya te daré yo «gente mayor»! Maighdin *huía* de Tallanvor, por así decirlo, y él la *perseguía.* Todos íbamos tras ella, desde hacía cuatro días, y casi nos matamos y reventamos a los caballos. En fin, no es de extrañar que no sepa lo que quiere la mitad del tiempo; vosotros, los hombres, atontáis a una mujer hasta el punto de que apenas puede ni pensar, y luego pretendéis no haber hecho nada en absoluto. Habría que daros de bofetadas a todos, por principio. ¡La criatura tiene miedo de sus propios sentimientos! Esos dos deberían casarse, y cuanto antes mejor.

Maese Gill la miraba absorto, y Perrin no estaba seguro de que a él no le ocurriera lo mismo.

—No tengo muy claro qué queréis de mí —contestó despacio, y la mujer de pelo blanco saltó antes de que hubiese terminado de hablar.

—No finjáis ser duro de entendederas. No creería eso de vos ni un solo momento. Veo que tenéis mucha más inteligencia que la mayoría de los hombres. Ése es el peor vicio que tenéis los varones, pretender que no veis lo que tenéis delante de las narices.

¿Qué había pasado con todas esas reverencias? La mujer se cruzó de brazos y lo miró severamente antes de proseguir.

—De acuerdo, si no os queda más remedio que disimular, os lo expondré clara y llanamente: ese lord Dragón vuestro hace lo que quiere, según tengo entendido. Vuestro Profeta coge a la gente y la casa en el acto. Bien, pues, agarrad a Maighdin y a Tallanvor y casadlos. Él os lo agradecerá, y ella también. Cuando se aplaque y vuelva a pensar con claridad.

Estupefacto, Perrin volvió la vista hacia maese Gill, que se encogió de hombros y esbozó una sonrisa forzada.

—Si me disculpáis —dijo Perrin a la ceñuda mujer—. He de ocuparme de ciertos asuntos.

Se alejó deprisa y sólo miró hacia atrás una vez. Lini sacudía el índice ante las narices de maese Gill y lo reprendía a pesar de sus protestas. La brisa soplaba en su contra, de manera que Perrin no pudo oír lo que decían. Sinceramente, no quería saberlo. ¡Todos estaban locos!

Berelain tendría sus dos doncellas y sus husmeadores, pero Faile contaba con sus propios ayudantes, por describirlos de algún modo. Unos veinte jóvenes tearianos y cairhieninos se encontraban sentados en el suelo, cruzados de piernas, cerca de la tienda; las mujeres vestían con chaqueta y pantalón como los hombres, y también llevaban espadas al cinto. A ninguno el cabello le llegaba más abajo de los hombros, y tanto ellos como ellas se lo ataban con una cinta, imitando el largo mechón de los Aiel. Perrin se preguntó dónde estaría el resto; rara vez se alejaban de Faile donde no pudiesen oír su voz. Esperaba que no estuviesen creando problemas. Faile los había tomado bajo su protección para, según ella, evitar que se metiesen en líos, y la Luz sabía que les habría pasado exactamente eso si se hubieran quedado en Cairhien, con montones de estúpidos jovenzuelos como ellos. En su opinión, todos, del primero al último, necesitaban una azotaina o una patada en el trasero para meterles un poco de sentido común en sus cabezotas. Duelos, jugar al *ji'e'toh*, pretender ser algún tipo de Aiel... ¡Idioteces!

Lacile se puso de pie al ver acercarse a Perrin; era una joven menuda y pálida, con cintas rojas prendidas en las solapas, pequeños aros de oro en las orejas y una mirada

Librodot

desafiante que a veces hacía pensar a los hombres de Dos Ríos que quizá le gustaría recibir un beso a despecho de su espada. En ese momento, la expresión de desafío era dura como una piedra. Un instante después de hacerlo ella, Arrela también se puso de pie; ésta era alta y de tez oscura, con el cabello muy corto, como el de una Doncella, y sus ropas más sencillas incluso que las de la mayoría de los hombres. A diferencia de Lacile, con Arrela no cabía duda de que antes besaría a un perro que a un hombre. La pareja hizo intención de situarse ante la entrada de la tienda para cerrar el paso a Perrin, pero un tipo de mandíbula cuadrada, vestido con una chaqueta de mangas abullonadas, bramó una orden y las dos volvieron a sentarse. A regañadientes. En realidad, Parelean se dio golpecitos con el pulgar en la cuadrada barbilla como si reconsiderara la conveniencia de su orden. Tenía barba la primera vez que Perrin lo había visto —por entonces varios de los jóvenes tearianos la llevaban—, pero los Aiel no se dejaban crecer el vello facial.

Perrin masculló entre dientes algo sobre la estupidez. Eran de Faile total y exclusivamente, y el hecho de que él fuera su marido contaba poco. Aram quizá se sintiese celoso de sus atenciones con ella, pero al menos sentía cariño por Faile. Advirtió los ojos de los jóvenes necios clavados en su espalda mientras entraba en la tienda. Faile lo despellejaría vivo si llegaba a enterarse de que esperaba que esos chicos evitaran que *ella* se metiera en problemas.

La tienda era alta y espaciosa, con una alfombra floreada como suelo y contadas piezas de mobiliario, la mayoría de las cuales se plegaban para cargarlas en una carreta. El pesado espejo de cuerpo entero no era una de ellas, naturalmente. A excepción de los arcones reforzados con bronce y cubiertos con telas bordadas, que servían como mesas extras, todo estaba decorado con líneas rectas doradas, desde el palanganero hasta su espejo. Una docena de lámparas azogadas lograban que dentro hubiese tanta luz como en el exterior, aunque resultaba bastante más fresco, e incluso había un par de colgaduras de seda que pendían de los postes del techo, demasiado ornamentadas para el gusto de Perrin. Demasiado rígidas, con los pájaros y las flores colocados en líneas y ángulos. Dobraine lo había planeado todo para que viajaran como nobles cairhieninos, si bien Perrin se las había ingeniado para «perder» los peores detalles. El enorme lecho, para empezar; era ridículo viajar con algo así. Había ocupado casi una carreta entera.

Faile y Maighdin se encontraban sentadas, con unas tazas de plata labrada en las manos. Tenían el aire de mujeres que se están tanteando, todo sonrisas hacia el exterior, pero con un punto de intensidad en la mirada, un atisbo de suma atención a lo que pudiera haber detrás de las palabras, y ni el menor indicio de si se abrazarían de un momento a otro o sacarían los cuchillos. Bueno, en su opinión la mayoría de las mujeres no llegarían a tanto como sacar el cuchillo, pero Faile sí. El aspecto de Maighdin había mejorado, después de lavarse, peinarse y sacudir el polvo del vestido. Entre ambas había una mesita con la superficie de mosaico, ocupada con más copas y una alta jarra de plata cubierta por una capa de condensación y de la que se desprendía el aroma a menta de un té de hierbas. Las dos mujeres se volvieron hacia él cuando entró y, durante un instante, casi tuvieron la misma expresión, preguntándose quién entraba sin llamar y en absoluto complacidas por la interrupción. Al menos Faile la suavizó de inmediato con una sonrisa.

—Maese Gill me relató vuestra historia, señora Dorlain —empezó Perrin—. Habéis pasado días muy duros, pero podéis tener la seguridad de que estaréis a salvo aquí hasta que decidáis marcharos.

La mujer le dio las gracias, pero olía a recelo y sus ojos intentaban leer sus pensamientos como si fuese un libro.

—También Maighdin me ha contado lo que les ha ocurrido, Perrin —intervino Faile—, y querría proponerle algo. Maighdin, tú y tus amigos lo habéis pasado muy mal durante los últimos meses y me has dicho que no tenéis perspectivas de futuro. Entrad a mi servicio, todos vosotros. Tendréis que seguir viajando, pero será en circunstancias mucho mejores. Pago bien y no soy un ama severa con mis criados.

Perrin se mostró de acuerdo de inmediato. Si Faile quería darse el capricho de satisfacer

su inclinación a ocuparse de personas descarriadas, al menos él también deseaba ayudar a ese grupo. Además, quizá se encontraran más a salvo con él que vagando solos por ahí.

Maighdin se atragantó con el té y faltó poco para que se le cayese la taza. Parpadeó al mirar a Faile mientras se limpiaba la barbilla con un pañuelo rematado con puntilla; la silla en la que estaba sentada crujió levemente cuando se giró para, cosa curiosa, estudiar a Perrin.

—Os lo... agradezco. —Unos instantes más de detenido examen a Perrin y luego su voz cobró fuerza—. Sí, acepto vuestra amable oferta con gratitud. Debo informar a mis compañeros. —Se puso de pie y vaciló antes de dejar cuidadosamente la taza en la bandeja; después se puso erguida sólo para extender el vuelo de la falda en una reverencia apropiada para cualquier palacio—. Intentaré serviros bien, milady —dijo con voz ponderada—. ¿Puedo retirarme?

Al asentir Faile, la mujer hizo una segunda reverencia y retrocedió dos pasos antes de darse media vuelta. Perrin se rascó la barba. Otra persona más que haría inclinaciones y venias en su presencia.

Tan pronto como la solapa de la tienda cayó detrás de Maighdin, Faile soltó su taza y se echó a reír mientras golpeaba con los talones en la alfombra.

—Oh, me gusta, Perrin. ¡Tiene carácter! Apuesto que te habría chamuscado la barba por lo de esas banderas si no hubiese intervenido yo. Oh, sí. ¡Tiene mucho brío!

Perrin gruñó. Justo lo que le faltaba; otra mujer para chamuscarle la barba.

—Le prometí a maese Gill ocuparme de ellos, Faile, pero... ¿A que no te imaginas lo que me pidió Lini? Quería que casara a Maighdin con ese hombre, Tallanvor. ¡Que los trajera ante mí y los uniera en matrimonio, al margen de lo que ellos opinaran! Afirmó que ambos lo desean. —Se sirvió té en una taza y se dejó caer en la silla que había ocupado antes Maighdin, haciendo caso omiso de los alarmantes crujidos del mueble bajo su peso—. En cualquier caso, esa estupidez es lo que menos me preocupa. Maese Gill me contó que los seanchan han tomado Amador, y le creo. ¡Luz! ¡Los seanchan!

Faile unió las manos por las puntas de los dedos y se quedó mirando al vacío, pensativa.

—Quizá sería lo mejor —murmuró—. En la mayoría de las casas, todo va mejor si la servidumbre está casada. Quizá debería organizar ese matrimonio. Y también para Breane. A juzgar por el modo en que salió corriendo de aquí, tan pronto como se hubo lavado la cara, para comprobar cómo le iba a ese tipo grandullón, deberían estar casados ya. En sus ojos había un brillo significativo. No admitiré esa clase de comportamiento en mi servidumbre. Sólo conduce a recriminaciones, llantos y enfurruñamientos. Y con Breane será peor que en el caso de él.

Perrin la miró fijamente.

—¿Me has oído? —preguntó despacio—. ¡Los seanchan han tomado Amador! ¡Los seanchan, Faile!

Ella dio un respingo —¡verdaderamente se había estado planteando casar a esas mujeres!—, y luego le sonrió con expresión divertida.

—Amador se encuentra todavía muy lejos, y si topamos con esos seanchan estoy convencida de que te ocuparás de ellos. Después de todo, me enseñaste a que me posara en tu muñeca ¿no es verdad?

Eso era lo que ella decía, aunque Perrin no había visto señal alguna de que fuese así.

—Es posible que se muestren un poco más difíciles de lo que fuiste tú —repuso secamente, y su mujer volvió a sonreír. Por alguna razón, olía a extremadamente complacida—. Estoy planteándome enviar a Grady o a Neald a avisar a Rand, en contra de lo que dijo. —Continuó, a pesar de que Faile sacudió enérgicamente la cabeza, borrada por completo su sonrisa—. Si supiera cómo dar con él, lo haría. Tiene que haber algún modo de ponerlo al corriente sin que nadie se entere.

Rand había insistido en ese punto más incluso que sobre la necesidad de acercarse en secreto a Masema. Supuestamente, Rand lo había exiliado, y nadie debía saber que entre los dos quedaba otra cosa que no fuese enemistad.

—Lo sabe, Perrin. No me cabe duda. Maighdin vio palomares por doquier en Amador, y

Librodot

aparentemente los seanchan no les dieron ninguna importancia. A estas alturas, cualquier mercader que tenga relaciones comerciales con Amador ya se habrá enterado, al igual que la Torre Blanca. Créeme, Rand debe de estar enterado también. Debes confiar en que él sabe lo que hace. En esto sí.

No siempre estaba tan convencida de eso.

—Tal vez —murmuró, irritado. Procuraba no preocuparse por la cordura de Rand, pero su amigo de la infancia conseguía despertar sus mayores recelos cuando, por su actitud, le recordaba a un niño brincando por un prado. Además, ¿hasta qué punto confiaba Rand incluso en él? Se reservaba cosas, hacía planes que nunca revelaba.

Perrin suspiró, se recostó en la silla y tomó un sorbo de té. Lo cierto era que, loco o cuerdo, Rand tenía razón. Si los Renegados —o la Torre Blanca— se olían lo que se proponía, encontrarían algún modo de tirar el yunque para que le cayera sobre el pie.

—Bueno, al menos haré que los espías de la Torre tengan una cosa menos de la que informar. Esta vez voy a *quemar* esa jodida bandera. —Y también la del Lobo Rojo. Si tenía que jugar a ser un lord, de acuerdo, ¡pero para eso no le hacía falta ninguna maldita bandera!

Los carnosos labios de Faile se fruncieron en un gesto circunspecto. Se levantó de la silla y se arrodilló a su lado, cogiéndole las muñecas. Perrin sostuvo, receloso, su mirada serena y firme. Cuando lo miraba de aquel modo tan intenso, tan serio, estaba a punto de decirle algo importante. O de intentar hacerle ver lo que no era y darle vueltas hasta desorientarlo al punto de no saber cuál era su mano derecha y cuál su izquierda. Su efluvio no le aclaraba nada. Intentó dejar de olerla, porque resultaba facilísimo ensimismarse en eso, y entonces sí le haría ver blanco lo que era negro. Si algo había aprendido desde que se había casado, era que un hombre necesitaba poner los cinco sentidos para discutir un asunto con una mujer. A menudo ni siquiera así era suficiente; para salirse con la suya, las mujeres no tenían nada que envidiar a una Aes Sedai.

—Quizá deberías reconsiderar esa idea, esposo —musitó. Una leve sonrisa curvó las comisuras de sus labios, como si, una vez más, le hubiese leído el pensamiento—. Dudo que nadie que nos haya visto desde que entramos en Ghealdan sepa lo que significa la bandera del Águila Roja. Aunque sí es posible que algunos la reconozcan en una ciudad del tamaño de Bethal. Además, cuanto más tiempo pasemos buscando a Masema, más probabilidades habrá.

Perrin ni se molestó en comentar que, precisamente por eso, mayor razón para librarse del estandarte. Faile no tenía un pelo de tonta, y era mucho más despierta que él.

—Entonces, ¿por qué conservarla si con ello sólo se consigue atraer la atención hacia el idiota que todo el mundo pensará que está intentando resucitar Manetheren? —preguntó en cambio. Otros hombres y mujeres ya habían intentado hacer eso mismo en el pasado; el nombre de Manetheren conllevaba recuerdos muy poderosos, algo conveniente para quien deseara iniciar una rebelión.

—Justamente por esa razón. —Se acercó, clavándole una mirada intensa—. Porque un hombre que intente resucitar Manetheren despertará interés. La gente corriente te sonreirá a la cara, esperará que sigas adelante enseguida e intentará olvidarte tan pronto como te hayas marchado. En cuanto a las personas importantes, ahora están demasiado pendientes de otras cosas como para fijarse en ti, a no ser que les pellizques la nariz para llamar su atención. Comparado con los seanchan o el Profeta o los Capas Blancas, un hombre que trata de resucitar Manetheren es una minucia. Y diría que también es más seguro que no atraiga sobre sí la atención de la Torre. No ahora. —Su sonrisa se ensanchó y el brillo de sus ojos anunció que se disponía a exponer su argumento más contundente—. Pero lo más importante es que nadie pensará que ese hombre está haciendo otra cosa. —Su sonrisa se borró de forma repentina; le plantó el índice en la punta de la nariz, con contundencia—. Y no te califiques de idiota, Perrin t'Bashere Aybara. Ni siquiera de refilón. No lo eres, y no me gusta oírtelo decir. —Su aroma era como minúsculas espinas, no verdadera ira pero, sin lugar a dudas, de desagrado.

Azogue. Un martín pescador más veloz que el pensamiento. Desde luego, mucho más rápido que el suyo. A él jamás se le habría ocurrido ocultarse de manera tan... flagrante. Pero

sí se daba cuenta de que tenía sentido. Era como ocultar el hecho de ser un asesino al proclamar que se era un ladrón. Con todo, podía funcionar.

Riendo quedamente, le besó las puntas de los dedos.

—La bandera seguirá ondeando —dijo. Supuso que ello implicaba asimismo la permanencia de la del Lobo Rojo. ¡Rayos y centellas!—. Alliandre debe saber la verdad, sin embargo. Si piensa que Rand se propone erigirme en rey de Manetheren y tomar sus tierras...

Faile se puso de pie tan repentinamente, dándose media vuelta, que Perrin temió haber cometido un error al sacar a colación a la reina. No era difícil relacionarla con Berelain, y el aroma de su esposa era... encrespado. Cauteloso. No obstante, se limitó a responder sin volverse para mirarlo:

—Alliandre no representará el menor problema para Perrin Ojos Dorados. Ese pájaro se puede dar por atrapado en la red, esposo, así que es hora de que nos centremos en encontrar a Masema.

Se arrodilló grácilmente ante un pequeño arcón que había colocado contra la pared de la tienda, el único sin cubrir con telas bordadas; levantó la tapa y empezó a rebuscar entre los mapas enrollados.

Perrin esperaba que estuviera en lo cierto con respecto a Alliandre, pues ignoraba qué haría si se equivocaba. Y ojalá tuviese, aunque sólo fuera, la mitad de capacidad que ella le atribuía: Alliandre era un pájaro atrapado en su red, los seanchan se inclinarían como marionetas ante Perrin Ojos Dorados, y atraparía al Profeta y lo llevaría en presencia de Rand aunque Masema tuviera diez mil hombres alrededor. No por primera vez comprendió que, por mucho que sus arrebatos de ira lo hiriesen y desconcertaran, lo que temía era decepcionarla. Si alguna vez veía decepción en los ojos de su mujer, se le partiría el corazón.

Se arrodilló junto a ella y la ayudó a extender el mapa más grande, que abarcaba el sur de Ghealdan y el norte de Amadicia, y lo contempló fijamente, como si el nombre de Masema fuese a surgir de repente ante su vista, resaltando en el pergamino. Tenía más motivos que Rand para querer alcanzar el éxito en su empresa. Triunfara o no en todo lo demás, no podía decepcionar a Faile.

Faile yació despierta en la oscuridad, escuchando hasta que estuvo segura de que la respiración de Perrin tenía el ritmo constante y profundo del sueño, y entonces salió de entre las mantas que compartían. Esbozó una triste sonrisa mientras se sacaba por la cabeza el camisón de lino. ¿De verdad pensaba Perrin que no iba a descubrir que había escondido la cama en lo profundo de un bosquecillo una mañana, mientras se cargaban las carretas? Tampoco es que le importara; al menos, no demasiado. A buen seguro, había dormido en el suelo tantas veces como él. Había fingido sorpresa, por supuesto, y apenas dio importancia al asunto o, en caso contrario, él se habría disculpado, puede que incluso hubiese vuelto a buscar la dichosa cama. Saber llevar a un marido era un arte, según su madre. ¿Le había resultado tan difícil a Deira ni Ghaline?

Metió los pies descalzos en las zapatillas, se puso una bata de seda y vaciló un instante mientras miraba a Perrin. La vería claramente si se despertaba, pero ella sólo distinguía una forma oscura tumbada. Ojalá su madre estuviese allí en ese momento para aconsejarla. Lo amaba con todo su ser, y él la turbaba profundamente al no ajustarse a sus conceptos sobre los hombres. Comprenderlos era imposible, por supuesto, pero Perrin era totalmente diferente a todos los que había conocido desde su infancia. Jamás hacía alarde de sus cualidades ni se vanagloriaba de nada, sino que era modesto. ¡Nunca habría creído capaz a un hombre de ser modesto! Insistía en que sólo se había convertido en un líder por puro azar, y aseguraba que no sabía dirigir, cuando en realidad los hombres que lo conocían estaban dispuestos a seguirlo al cabo de una hora. Desestimaba su discernimiento al considerarse poco despierto, cuando su razonamiento lento y reflexivo profundizaba de tal modo que ella tenía que hacer malabares para guardar algún secreto. Era un hombre maravilloso; su lobo de rizado pelo. Tan fuerte. Y tan gentil. Suspirando, salió de puntillas de la tienda. El fino oído de su marido ya le había causado problemas antes.

El silencio envolvía el campamento bajo la media luna, que daba tanta luz en el despejado cielo como lo habría hecho en su fase llena, una brillantez que desdibujaba las estrellas. Algún pájaro nocturno lanzó su grito estridente, pero enmudeció al sonar el profundo ululato de un búho. Soplaba una ligera brisa y, maravilla de maravillas, parecía un poco fresca. Seguramente eran imaginaciones suyas. Las noches eran frescas sólo en comparación con las horas diurnas.

Casi todos los hombres dormían, figuras oscuras entre las sombras bajo los árboles. Unos cuantos permanecían en vela, charlando alrededor de las contadas lumbres que aún ardían. Faile no hizo el menor esfuerzo por ocultarse, pero ninguno reparó en ella. Algunos parecían estar medio dormidos donde se encontraban sentados, dando cabezadas. Si no supiera lo bien que cumplían con su turno de vigilancia los hombres que estaban de servicio, habría pensado que hasta una manada de ganado en estampida habría pillado por sorpresa al campamento. Además, las Doncellas montarían guardia durante la noche también. Aunque tampoco importaba si ellas la veían.

Las grandes carretas formaban largas y oscuras hileras, y los criados ya roncaban debajo de ellas. La mayoría de los criados. Allí aún chisporroteaba una lumbre. Maighdin y sus amigos se encontraban sentados alrededor del fuego. Tallanvor estaba hablando y gesticulando bruscamente, pero sólo los otros hombres parecían prestarle atención, a pesar de que sus palabras iban dirigidas aparentemente a Maighdin. No era de extrañar que llevasen mejores ropas en sus hatillos que los casi andrajos con los que habían viajado, pero su anterior señora había debido de ser muy pródiga para que su servicio vistiera de seda, y Maighdin llevaba un vestido de raso verdaderamente excelente, en un color azul apagado. Ninguno de los otros vestía tan bien, así que, quizá, Maighdin había sido la favorita de su señora.

Una ramita crujió bajo el pie de Faile, y las cabezas del grupo se giraron rápidamente; Tallanvor hizo amago de ponerse de pie y desenvainó a medias su espada antes de verla a la luz de la luna. Estaban más alerta que los hombres de Dos Ríos que Faile había dejado atrás. Durante un instante todos ellos se limitaron a mirarla, y entonces Maighdin se incorporó con donaire e hizo una profunda reverencia; los demás siguieron su ejemplo prestamente, con distintos grados de pericia. Sólo Maighdin y Balwer parecían relajados. Una sonrisa nerviosa dividía la cara redonda de Gill.

—Seguid con lo que estabais haciendo —les dijo amablemente—. Pero no trasnochéis demasiado; mañana os espera un día muy ocupado.

Siguió caminando, pero cuando miró hacia atrás ellos seguían de pie, observándola. Su viaje debía de haberles vuelto tan cautelosos como conejos, siempre alerta a la presencia del zorro. Se preguntó si encajarían bien. En las semanas siguientes tendría que dedicarse a ellos para que se habituaran a sus costumbres y viceversa. Lo uno era tan importante como lo otro para la buena marcha de una casa. Tendría que sacar tiempo de donde fuera.

Esa noche no ocuparon mucho sus pensamientos, ya que enseguida dejó atrás las carretas, no del todo fuera del radio vigilado estrechamente por los hombres de Dos Ríos, subidos a los árboles. Sólo un ratón habría pasado inadvertido entre ellos —alguna vez habían detectado incluso a una Doncella—, pero estaban al acecho de intrusos que intentaran entrar a hurtadillas en el campamento, no de quienes tenían todo el derecho a encontrarse en él. En un pequeño claro iluminado por la luna la aguardaba su gente.

Algunos hombres inclinaron la cabeza, y Parelean casi hincó la rodilla en el suelo antes de que pudiera impedírselo. Varias mujeres hicieron reverencias de manera instintiva, gesto por demás chocante al ir vestidas con ropas masculinas, y después agacharon los ojos o rebulleron avergonzadas al darse cuenta de lo que habían hecho. Llevaban imbuidos en la sangre los modales cortesanos, a pesar de su denodado empeño en adoptar costumbres Aiel. O, al menos, lo que ellos tenían por costumbres Aiel. A veces, esas creencias horrorizaban a las Doncellas. Perrin los llamaba necios, y en ciertos aspectos lo eran, pero esos cairhieninos y tearianos le habían jurado fidelidad —con el juramento del agua, como lo denominaban, en imitación de los Aiel o intentándolo— y eso los hacía suyos. Entre ellos, habían dado en llamar a su «asociación guerrera» *Cha Faile*, la Garra del Halcón, si bien habían comprendido

Librodot

la necesidad de mantener aquello en secreto. No eran necios en todos los sentidos. En realidad, tampoco eran tan diferentes de los jóvenes con los que Faile había crecido; rozando el límite, en cualquier caso.

Aquellos a los que había destacado esa mañana acababan de regresar, ya que las mujeres que había entre ellos aún se estaban cambiando los vestidos que habían tenido que ponerse por fuerza. Una mujer con ropas masculinas habría llamado la atención en Bethal, y mucho más cinco. Había un gran trajín de faldas y enaguas, chaquetas, camisas y pantalones en el claro. Las jóvenes fingían que no les afectaba estar desnudas delante de otras personas, incluidos hombres, ya que los Aiel no parecían darle importancia, pero sus prisas y sus agitadas respiraciones dejaban patente la mentira. Por su parte, ellos rebullían con nerviosismo y volvían las cabezas, divididos entre el comportamiento decente de apartar la vista hacia otro lado y el deseo de mirarlas, como pensaban que hacían los Aiel, mientras fingían no estar observando a las mujeres medio desnudas. Faile se ajustó la bata; no había podido vestirse más sin correr el riesgo de despertar a Perrin, pero no disimulaba sentirse cómoda. No era domani, para recibir a sus sirvientes en el baño.

—Disculpadnos por llegar tarde, milady Faile —jadeó Selande mientras se ponía la chaqueta. La menuda mujer tenía un fuerte acento cairhienino. Aun para alguien de su nacionalidad, era de estatura baja, pero se las arreglaba para tener un aire arrogante, una adecuada audacia en la manera de erguir la cabeza y la postura de los hombros—. Habríamos regresado antes, pero los guardias de las puertas nos pusieron problemas para dejarnos salir.

—¿Problemas? —instó Faile. Ojalá hubiese podido ver la ciudad, en lugar de ellos. Ojalá Perrin la hubiese enviado allí en lugar de a esa mujerzuela. No, no quería pensar en Berelain. No era culpa de Perrin. Se repetía eso mismo veinte veces diarias, como una plegaria. Pero ¿por qué estaría tan ciego ese hombre?—. ¿Qué tipo de problemas? —Suspiró disgustada. Tener dificultades con el esposo no debía afectar jamás el tono con que se hablaba a los vasallos.

—Nada en particular, milady. —Selande se abrochó el cinto de la espada y se lo ajustó a las caderas—. Delante de nosotros pasaron unos tipos con sus carretas sin ningún impedimento, pero les preocupaba dejar salir a mujeres de noche.

Algunas de las mujeres se echaron a reír. Los cinco hombres que habían ido a Bethal rebulleron, irritados, sin duda porque no los hubiesen considerado suficiente protección. Los restantes *Cha Faile* formaban un apretado semicírculo detrás de esos diez, observando atentamente a Faile, escuchando con gran interés. El juego de luz y sombras de la luna dejaba en penumbra sus rostros.

—Contadme lo que visteis —ordenó Faile en un tono más calmado. Mucho mejor.

Selande presentó su informe concisamente, y a pesar del afán de Faile de haber ido ella personalmente, tuvo que admitir que habían observado casi tanto como habría podido desear. Las calles de Bethal permanecían casi desiertas incluso en horas de comercio. Las gentes se quedaban en sus casas todo lo posible. Había un goteo mercantil entrando y saliendo de la ciudad, pero muy pocos mercaderes se aventuraban a viajar por esa parte de Ghealdan, y apenas llegaban los suficientes productos del campo para alimentar a todos. La mayoría de los vecinos parecían aturdidos, temerosos de lo que pudiera haber fuera de las murallas, hundiéndose más y más en la apatía y el desánimo. Nadie quería hablar por miedo a los espías del Profeta, y tampoco querían ver nada, por miedo a que los tomasen por espías. El Profeta había causado un profundo impacto en la población. Por ejemplo, por muchos bandidos que merodearan en las colinas, los rateros y asaltantes habían desaparecido de Bethal. Se decía que el castigo del Profeta para un ladrón era cortarle las manos. Aunque eso no parecía aplicable a su propia gente.

—La reina recorre la ciudad a diario, dejándose ver para levantar el ánimo de los suyos, pero no creo que sirva de mucho —comentó Selande—. Está haciendo una gira por el sur para recordar al pueblo que tiene una reina; puede que haya tenido más éxito en otros sitios. Su guardia se ha sumado a los centinelas de las murallas, así como todos sus soldados excepto un puñado. Quizás eso hace que los vecinos se sientan más seguros. Hasta que se marche. A

diferencia de todos los demás, aparentemente la propia Alliandre no tiene miedo de que el Profeta entre a saco en la ciudad. Pasea sola por los jardines del palacio de lord Telabin, mañana y tarde, y sólo tiene a su servicio unos pocos soldados, los cuales pasan casi todo el día metidos en las cocinas. Toda la ciudad parece tan preocupada por los víveres y por el tiempo que durarán, como por el Profeta. A decir verdad, milady, a pesar de los guardias en las murallas creo que si Masema apareciese solo a las puertas, le entregarían la ciudad.

—Lo harían —manifestó desdeñosamente Meralda mientras se ceñía la espada a la cintura—. Y suplicarían clemencia. —Morena y fornida, Meralda era tan alta como Faile, pero la teariana agachó la cabeza ante el ceño de Selande y musitó una disculpa. No cabía duda de quién dirigía *Cha Faile*, después de la propia Faile.

La complació que no hubiese necesidad de cambiar el precedente establecido por ellos. Selande era la más inteligente, con excepción quizá de Parelean, y únicamente Arrela y Camaille eran más rápidas. Y Selande tenía algo más, cierta entereza, como si ya se hubiese enfrentado al peor terror de su vida y jamás pudiera repetirse nada tan malo. Huelga decir que Selande deseaba tener una cicatriz como algunas de las Doncellas. Faile tenía varias pequeñas, distintivos de honor en su mayoría, pero ciertamente buscarlo a propósito era una estupidez. Al menos la cairhienina no se mostraba demasiado ansiosa en lograrlo.

—Hicimos un mapa, como pedisteis, milady —terminó la menuda mujer tras una última mirada de advertencia a Meralda—. Hemos trazado en lo posible la parte posterior del palacio de lord Telabin, pero me temo que no hay mucho más aparte de jardines y establos.

Faile no intentó distinguir las líneas dibujadas en el papel que la mujer desplegó a la luz de la luna. Lástima que no hubiese podido ir personalmente; así habría hecho un croquis del interior. No. Lo hecho, hecho estaba, como le gustaba decir a Perrin. Y era suficiente.

—¿Seguro que nadie registra las carretas que salen de la ciudad?

Aun con la pálida luz de la luna vio las expresiones desconcertadas en muchos de los rostros que tenía delante. Nadie sabía por qué había enviado a unos cuantos de ellos a Bethal. Pero Selande no mostraba desconcierto alguno.

—Sí, milady —respondió sosegadamente. Muy inteligente, y muy despierta.

Sopló una corta ráfaga de viento que agitó las hojas de los árboles y alborotó las que estaban caídas en el suelo; Faile deseó tener la agudeza auditiva de su marido. Y también su olfato y su vista. No importaba que la vieran allí con sus servidores, pero que alguien escuchara la conversación a escondidas era otra cosa muy distinta.

—Bien hecho, Selande. Todos vosotros.

Perrin conocía los peligros que había allí, tan reales como los de más al sur; pero, al igual que casi todos los hombres, pensaba con el corazón tantas veces como con la cabeza. Una esposa tenía que ser práctica si quería evitar que su marido se metiera en problemas. Ése había sido el primer consejo de su madre para la vida de casada.

—Con las primeras luces regresaréis a Bethal, y si recibís noticias mías, esto es lo que deberéis hacer...

Hasta Selande abrió mucho los ojos por la impresión a medida que hablaba, pero nadie articuló la menor protesta. Faile se habría sorprendido si alguno lo hubiese hecho. Sus instrucciones eran precisas. El plan entrañaba cierto peligro, pero, teniendo en cuenta las circunstancias, ni de lejos el que podría haber habido.

—¿Alguna pregunta? —dijo finalmente—. ¿Todo el mundo lo ha entendido?

—Vivimos para servir a lady Faile —respondió al unísono *Cha Faile.*

Y eso significaba que servirían a su adorado lobo, tanto si él lo quería como si no.

Maighdin rebulló entre las mantas tendidas sobre el duro suelo, incapaz de conciliar el sueño. Ahora ése era su nombre; un nombre nuevo para una nueva vida. Maighdin por su madre, y Dorlain por una familia de una heredad que antes fue suya. Una vida nueva para suplir la pasada, pero los vínculos del corazón no podían cortarse. Y ahora... Ahora...

Un débil crujido de las hojas muertas la hizo levantar la cabeza, y vio una figura borrosa pasando entre los árboles. Lady Faile, que regresaba a su tienda de dondequiera que hubiese

Librodot

ido. Una joven agradable, bondadosa y con lenguaje culto. Fuera cual fuese el linaje de su esposo, casi con toda seguridad ella procedía de noble cuna. Pero era joven. E inexperta. Eso podría ser ventajoso.

Maighdin recostó de nuevo la cabeza en la capa que utilizaba como almohada. Luz, ¿qué estaba haciendo allí? ¡Entrar al servicio de una dama como doncella! No. Se aferraría a la confianza en sí misma, al menos. Todavía le quedaba eso. Todavía. Si escarbaba hondo. Contuvo la respiración al oír el sonido de unos pasos cercanos.

Tallanvor se arrodilló ágilmente a su lado. Iba sin camisa y la luz de la luna brillaba en los músculos de su torso y sus hombros, dejando en sombras su rostro. Una leve brisa le revolvía el cabello.

—¿Qué locura es ésta? —preguntó quedamente—. ¿Entrar al servicio de una dama? ¿Qué te propones? Y no me vengas con esas tonterías sobre empezar una nueva vida. No me lo creo. Ninguno de los otros lo cree.

Ella intentó darse media vuelta, pero Tallanvor le puso una mano sobre el hombro. No ejerció presión, pero aun así la frenó tan certeramente como un dogal. Rogó a la Luz que no se pusiera a temblar. La Luz no escuchó su súplica, pero al menos Maighdin se las ingenió para mantener la voz firme.

—Por si no te has fijado, he de ganarme la vida ahora. Mejor hacerlo como doncella de una dama que como camarera de taberna. Eres libre de marcharte si el servicio aquí no te complace.

—No renunciaste a tu inteligencia y a tu orgullo cuando abdicaste al trono —murmuró él. ¡Maldita Lini por haber revelado eso!—. Si tienes intención de fingir que sí lo hiciste, sugiero que evites que Lini te pille a solas. —¡El hombre se echó a reír quedo! ¡De ella! ¡Oh, y qué risa tan profunda, tan rica!—. Quiere hablar dos palabras con Maighdin, y sospecho que no será tan afable con ella como lo era con Morgase.

Furiosa, se sentó en las mantas y le retiró bruscamente la mano.

—¿Es que eres ciego y sordo? ¡El Dragón Renacido tiene planes para Elayne! ¡Luz, no me gustaría siquiera que conociera su nombre! No puede haber sido puro azar lo que me trajo hasta uno de sus esbirros, Tallanvor. ¡Tiene que ser algo más!

—Maldición, sabía que tenía que ser por eso. Confiaba en estar equivocado, pero... —Su voz sonaba tan furiosa como la de ella. ¡Y no tenía derecho a enfurecerse!—. Elayne está a salvo en la Torre Blanca. La Amyrlin no permitirá que se acerque a un hombre que puede encauzar, aunque sea el Dragón Renacido, principalmente si es él, y Maighdin Dorlain no puede hacer nada respecto a la Sede Amyrlin, el Dragón Renacido ni el Trono del León. Lo único que puede conseguir es acabar con el cuello partido o la garganta cortada o...

—¡Maighdin Dorlain puede observar! —lo interrumpió, al menos en parte para cortar aquella horrible letanía—. ¡Puede oír! ¡Puede...! —Irritada, dejó la frase en el aire. ¿Qué podía hacer realmente? De repente cayó en la cuenta de que estaba sentada allí, cubierta sólo por una fina enagua, y rápidamente se envolvió en la manta. De hecho, la noche parecía un tanto fresca. O quizá la carne de gallina era por tener clavados en ella los ojos de Tallanvor. La idea ruborizó sus mejillas, aunque esperó que él no lo advirtiera. Por suerte, también puso brío en su voz. ¡No era una muchachita, para que se pusiera colorada porque un hombre la mirase!—. Haré lo que esté en mi mano, sea lo que sea. Acabará presentándose la ocasión de que me entere de algo o pueda hacer algo para ayudar a Elayne, ¡y la aprovecharé!

—Una decisión peligrosa —contestó sosegadamente él. Maighdin habría deseado que la luna iluminara su rostro. Sólo para ver su expresión, por supuesto—. Lo oíste amenazar con ahorcar a quien lo mirara mal —continuó Tallanvor—. Y lo creo, de un hombre con esos ojos. Como los de una alimaña. Me sorprendió que dejara marchar a ese tipo. ¡Pensé que lo degollaría con sus propias manos! Si descubre quién eres, quién fuiste... Balwer podría traicionarte. Nunca llegó a explicar por qué nos ayudó a escapar de Amador. Quizá pensó que la reina Morgase le daría una nueva posición de importancia. Ahora sabe que no hay oportunidad de conseguirlo, y podría querer ganarse el favor de sus nuevos amos.

—¿Acaso te asusta *lord* Perrin Ojos Dorados? —demandó desdeñosamente. ¡Luz, a ella

sí la asustaba! Esos ojos eran de lobo—. Balwer sabe muy bien que le conviene mantener cerrada la boca. Cualquier cosa que diga repercutirá en él; después de todo, venía conmigo. ¡Si tienes miedo, coge tu caballo y márchate!

—Siempre me echas eso en cara —musitó mientras se sentaba sobre los talones. Ella no podía verle los ojos, pero sí los sentía—. «Márchate si quieres», repites. Antaño hubo un soldado que amaba a su reina de lejos, consciente de que era un amor imposible, de que jamás osaría revelarlo. Ahora la reina ha desaparecido y sólo queda una mujer. Y la esperanza. ¡Ardo en esa esperanza! Si deseas que me marche, Maighdin, dilo. Una palabra. «¡Vete!» Sólo una palabra.

Ella abrió la boca. «Sólo una palabra —pensó—. ¡Luz, sólo es una palabra! ¿Por qué no puedo pronunciarla? ¡Luz, por favor!»

Por segunda vez en esa noche la Luz hizo oídos sordos a su ruego. Permaneció sentada, arrebujada en la manta como una estúpida, con la boca abierta y las mejillas cada vez más ruborizadas.

Si él se hubiese reído otra vez, le habría clavado el cuchillo de su cinturón. Si se hubiese reído o hubiese mostrado el menor gesto de triunfo... Por el contrario, el hombre se inclinó hacia adelante y le besó suavemente los ojos. Maighdin emitió un profundo sonido gutural; parecía incapaz de moverse. Con los ojos desorbitados, lo vio ponerse de pie. Parecía muy alto bajo la luz de la luna. Ella era una reina —lo había sido—, acostumbrada a mandar, a tomar duras decisiones en momentos difíciles, pero justo en ese momento los latidos del corazón le retumbaban en la cabeza, aturdiéndola.

—Si hubieses dicho «vete», habría enterrado la esperanza, pero jamás te habría abandonado —susurró él.

Hasta que el hombre no se encontró de nuevo entre su manta, Maighdin fue incapaz de tumbarse, arropada en la suya. Respiraba como si hubiese estado corriendo. La noche era realmente fría; estaba tiritando, no temblando. Tallanvor era demasiado joven. ¡Demasiado joven! Peor aún: tenía razón. ¡Así se abrasara por eso! La doncella de una dama no podía hacer nada para influir en los acontecimientos, y si el lobo asesino del Dragón Renacido descubría que tenía a Morgase de Andor en su poder, podría utilizarla contra Elayne, en lugar de servirle de ayuda. ¡Ese hombre no tenía derecho a tener razón cuando ella quería que estuviese equivocado! Lo ilógico de la idea la enfureció. ¡Existía la posibilidad de que pudiera hacer algo! ¡Tenía que haberla!

En el fondo de su mente sonó una risita burlona y se oyó una voz. *No puedes olvidar que eres Morgase Trakand,* le dijo con sorna, *y aun después de haber abdicado, la reina Morgase no se resigna a no tomar parte en los asuntos de los poderosos, por desastrosa que haya sido su intervención hasta ahora. Y tampoco puede decir a un hombre que se vaya, porque le es imposible dejar de pensar cuán fuertes son sus manos y cómo se curvan sus labios cuando sonríe y...*

Furiosa, se cubrió la cabeza con la manta, intentando acallar la voz. No se quedaba porque no pudiera renunciar al poder. En cuanto a Tallanvor... ¿Cuál era su lugar con respecto a una mujer que había dejado de ser reina? Intentó no pensar en él, no hacer caso de esa vocecilla burlona que no se callaba, pero, cuando finalmente llegó el sueño, aún podía sentir la suave presión de sus labios en los párpados.

CAPÍTULO 9

Enredos

Perrin se despertó antes de que amaneciera, como era habitual en él, y, también como ocurría siempre, Faile ya estaba levantada. Cuando quería, podía hacer que un ratón pareciera ruidoso en comparación, y Perrin sospechaba que si se despertara una hora después de haberse acostado, ella seguiría arreglándoselas para levantarse antes. Las solapas de la entrada de la tienda estaban recogidas a los lados, y los paneles laterales se habían levantado un poco por debajo, de manera que corría una leve corriente que ascendía por el agujero de ventilación del techo, lo suficiente para crear una ilusión de frescor. De hecho, Perrin tiritó mientras buscaba la camisa y los pantalones. Bueno, se suponía que era invierno, aunque el tiempo no lo supiera.

Se vistió y se frotó los dientes con sal en la oscuridad, sin necesitar lámparas, y cuando salió de la tienda, pateando para meterse bien las botas, Faile tenía a sus nuevos criados reunidos alrededor bajo la gris penumbra del alba, algunos sosteniendo linternas encendidas. La hija de un lord necesitaba sirvientes; debería haberse encargado él del asunto antes. Había dos personas de Dos Ríos en Caemlyn a las que Faile había entrenado personalmente, pero a causa de la necesidad de mantener en secreto el viaje no había sido posible llevarlas con ellos. Maese Gill querría regresar a casa lo antes posible, y Lamgwin y Breane con él, pero quizá Maighdin y Lini se quedarían.

Aram se incorporó de donde había permanecido sentado de piernas cruzadas, junto a la tienda, pendiente de él. Si Perrin no se lo hubiese impedido, el antiguo gitano habría dormido tumbado a la puerta de la tienda. Esa mañana llevaba una chaqueta de rayas rojas y blancas, si bien el blanco se notaba un poco sucio; incluso allí, la espada con el pomo de la empuñadura en forma de cabeza de lobo asomaba por encima de su hombro. Perrin había dejado el hacha en la tienda, agradecido de poder librarse de ella. Tallanvor seguía con la espada ceñida a la cintura por encima de la chaqueta, pero no así maese Gill y los otros dos hombres.

Faile debía de haber estado atenta ya que, tan pronto como Perrin salió, señaló hacia la tienda, obviamente impartiendo instrucciones. Maighdin y Breane pasaron presurosas junto a Aram y él con sendas linternas, el gesto firme y oliendo a resolución por algún motivo. Ninguna le hizo reverencias; una sorpresa agradable. Lini sí, una rápida flexión de rodilla antes de ir apresuradamente en pos de las otras mientras murmuraba algo sobre «saber cuál es su sitio». Perrin sospechaba que Lini era una de esas mujeres que entendían que *su* sitio era estar al mando. Pensándolo bien, la mayoría de las mujeres pensaban de ese modo. Así era en todo el mundo, por lo visto, no sólo en Dos Ríos.

Tallanvor y Lamgwin siguieron enseguida a las mujeres, y Lamgwin se tomó tan en serio lo de inclinar la cabeza como Tallanvor, cuya expresión era sombría. Perrin suspiró y devolvió el saludo del mismo modo, cosa que sorprendió a ambos y los dejó boquiabiertos. Un seco grito de Lini los sacó de su estupor y los hizo entrar en la tienda sin demora.

Tras dedicarle una fugaz sonrisa, Faile se encaminó hacia las carretas hablando alternativamente con Basel Gill, que caminaba a un lado, y Sebban Balwer, que iba al otro. Los dos hombres portaban linternas para alumbrarle el camino. Ni que decir tiene que más de dos puñados de esos jovenzuelos idiotas los siguieron a una distancia desde la que podrían oírla si alzaba la voz, pavoneándose y toqueteando las empuñaduras de las espadas y

Librodot

escudriñando en derredor bajo la penumbra como si esperaran un ataque o estuvieran ansiosos porque se produjese uno. Perrin se tiró de la corta barba. Su mujer siempre encontraba ocupaciones para llenar de sobra las horas del día, y nadie se las quitaba de las manos como a él. Nadie se atrevería.

Apenas asomaban los primeros retazos de la aurora, pero los cairhieninos ya se movían entre las carretas, y lo hacían con mayor rapidez cuanto más cerca se encontraba Faile. Para cuando su mujer llegó junto a ellos, dio la impresión de que trotaban, con las linternas meciéndose y brincando en la oscuridad. Los hombres de Dos Ríos, acostumbrados a la jornada de los granjeros, preparaban ya el desayuno, algunos riendo y alborotando alrededor de las lumbres, otros gruñendo malhumorados, pero la mayoría ocupándose de realizar las tareas diarias. A unos pocos que remoloneaban entre las mantas los sacaron de ellas sin contemplaciones. Grady y Neald también se habían levantado, separados del resto como siempre, unas sombras con chaquetas negras entre los árboles. Perrin no recordaba haberlos visto sin esas prendas, siempre abrochadas hasta arriba, siempre limpias y sin arrugas al despuntar el día, sin importar el aspecto que hubiesen tenido la noche anterior. Ejecutando los ejercicios al unísono, ambos realizaban sus prácticas con la espada como hacían cada mañana. Eso era mejor que el entrenamiento vespertino, cuando se sentaban cruzados de piernas, con las manos sobre las rodillas y la mirada perdida en el vacío. Durante esas prácticas no hacían nada que los demás pudiesen ver, pero no había una sola persona en el campamento que no supiera a qué se dedicaban y todos se mantenían lo más lejos posible. Ni siquiera las Doncellas se ponían en su línea visual en esos momentos.

De repente, Perrin cayó en la cuenta de que faltaba algo en la rutina diaria. Faile tenía siempre a uno de los hombres esperándola con un cuenco rebosante de las gachas de avena que desayunaban, pero por lo visto había estado demasiado atareada esa mañana. Regocijado, se encaminó a buen paso hacia una de las lumbres con la esperanza de poder, al menos, servirse él mismo el desayuno, para variar. Vana esperanza.

Flinn Barstere, un tipo larguirucho con una marca en la barbilla, le salió al paso a mitad de camino y le puso en las manos un cuenco tallado. Flinn era de Colina del Vigía, y Perrin no lo conocía mucho, pero habían cazado juntos un par de veces, y en cierta ocasión Perrin lo había ayudado a sacar una de las vacas de su padre de un hoyo cenagoso del Bosque de las Aguas, en el que se había quedado atrapada.

—Lady Faile me encargó que te trajera esto, Perrin —informó con preocupación—. No le contarás que me olvidé, ¿verdad? ¿Se lo dirás? Encontré un poco de miel y le he echado una buena cucharada.

Perrin procuró no suspirar. Al menos Flinn había recordado su nombre de pila. Bien, quizá no pudiera realizar las tareas más simples, pero seguía siendo responsable de los hombres que desayunaban bajo los árboles. Sin él, se encontrarían con sus familias, preparándose para dar comienzo a los quehaceres diarios en la granja, ordeñando vacas y cortando leña en lugar de preguntarse si tendrían que matar o los matarían antes de ponerse el sol. Engulló rápidamente las gachas de avena con miel y le dijo a Aram que desayunara sin prisas, pero el joven se quedó tan cabizbajo que cedió, de modo que Aram lo siguió en su recorrido por el campamento. No fue un paseo del que Perrin disfrutó.

Los hombres soltaban sus cuencos cuando se acercaba o incluso se ponían de pie hasta que pasaba de largo. Apretaba los dientes cada vez que un joven con el que había crecido o, peor aún, un hombre que lo había mandado con recados siendo un crío lo llamaba lord Perrin. No todos lo hacían, pero sí muchos. Demasiados. Al cabo de un rato, renunció por puro hastío a decirles que dejaran de tratarlo así; las más de las veces la respuesta era: «¡Como digáis, lord Perrin!». ¡Era para hartar a cualquiera!

Aun así, se paró para dirigir unas palabras a cada hombre. Ante todo, sin embargo, estaba ojo avizor. Y afinado el olfato. Todos ellos se tomaban muy en serio lo de mantener en buen estado sus arcos así como repasar las plumas y las puntas de las flechas, pero algunos no se daban cuenta de que llevaban las suelas de las botas o los bajos de los pantalones desgastados; o dejaban que se les infectasen ampollas por no encontrar el momento adecuado

Librodot

para ocuparse de eso. Unos pocos solían comprar brandy cuando se presentaba la ocasión, y dos o tres de ellos no aguantaban nada el alcohol. Habían pasado por un pueblo pequeño un día antes de llegar a Bethal, en el que había no menos de tres tabernas.

La situación era chocante. Siempre le había resultado embarazoso que la señora Luhhan o su madre le dijeran que necesitaba botas nuevas o un remiendo en los pantalones, y no le cabía duda de que le habría irritado que cualquier otra persona le hubiese dicho eso mismo, pero desde el viejo y canoso Jondyn Barran para abajo, los hombres de Dos Ríos se limitaban a contestar: «Vaya, tenéis razón, lord Perrin. Me ocuparé inmediatamente de ello», o algo por el estilo. Pilló a varios intercambiando sonrisitas cuando continuaba con su ronda. ¡Y olían a sentirse complacidos! Cuando sacó un jarro de arcilla, con brandy de peras, de las alforjas de Jori Congar —un tipo flaco que comía el doble que los demás y que siempre daba la impresión de no haber probado bocado en una semana—, Jori lo miró con inocencia y abrió las manos como si no supiese de dónde había salido el jarro. Sin embargo, mientras Perrin seguía adelante a la par que vertía el brandy en el suelo, Jori rió antes de comentar:

—¡A lord Perrin no se le pasa nada por alto!

¡Y su tono sonaba enorgullecido! A veces Perrin pensaba que era la única persona cuerda que quedaba. Y observó algo más. Todos, del primero al último, se mostraban muy interesados en lo que no decía. Uno tras otro, lanzaban ojeadas hacia las dos banderas que de vez en cuando ondeaban en sus mástiles al soplar breves ráfagas, el Lobo Rojo y el Águila Roja. Miraban los estandartes y lo observaban a él, esperando la orden que había venido dando cada vez que aparecían las banderas desde que entraron en Ghealdan. Y muy a menudo antes de eso. Sólo que la víspera no había dicho nada y tampoco lo decía entonces, y vio reflejadas en sus rostros las conjeturas que se hacían. Dejaba atrás grupos de hombres echando vistazos a los estandartes y a él mientras hablaban en excitados murmullos. No intentó escuchar. ¿Qué dirían si se equivocaba, si los Capas Blancas o el rey Ailron decidían que podían dejar de momento a un lado al Profeta y a los seanchan para sofocar una supuesta rebelión? Era responsable de ellos, y ya había conseguido que mataran a muchos.

Para cuando terminó, el sol asomaba un buen trecho sobre el horizonte y arrojaba una intensa luz matinal; en la tienda, Tallanvor y Lamgwin cargaban con baúles bajo la dirección de Lini, en tanto que Maighdin y Breane parecían estar organizando el contenido sobre un amplio parche de hierba seca, mantas y ropas blancas en su mayor parte, así como brillantes colgaduras de satén que estaban destinadas a adornar el enorme lecho que él había «extraviado». Faile debía de estar dentro, porque la pandilla de idiotas esperaba impaciente, plantada a corta distancia. Nada de cargar ni acarrear para ellos. Tan útiles como las ratas en un granero.

Perrin pensó echar un vistazo a *Recio* y *Brioso*, pero cuando miró hacia las hileras de caballos entre los árboles, lo localizaron. No menos de tres de los herradores se adelantaron con aire ansioso, observándolo. Eran hombres recios, compactos, con delantales de cuero, semejantes a huevos en un cesto, aunque Falton sólo tenía una fina orla de cabello blanco alrededor de la cabeza, Aemin empezaba a encanecer, y Jesarid ni siquiera había llegado a la madurez. Perrin gruñó al verlos. Rondarían alrededor si ponía la mano en cualquiera de los dos caballos, y abrirían los ojos como platos si levantaba un casco. La única vez que había intentado cambiar una herradura desgastada a *Recio*, los seis herradores al completo habían corrido de un lado a otro cogiendo herramientas antes de que él tuviese ocasión de tocarlas y casi derribaron al castaño en su prisa por hacer el trabajo ellos.

—Temen que no confíes en ellos —dijo de repente Aram, por lo que se ganó una mirada sorprendida de Perrin; se encogió de hombros—. He hablado con ellos un poco. Creen que si un lord cuida de sus caballos personalmente es porque no se fía de su destreza, y que podrías despedirlos sin medio de regresar a casa. —Su tono ponía de manifiesto que eran estúpidos por pensar así, pero dirigió una mirada de soslayo a Perrin y volvió a encogerse de hombros, incómodo—. Me parece que también se sienten avergonzados. Si no actúas como se espera que lo haga un lord, entonces repercute en ellos, a su modo de ver.

—¡Luz! —rezongó Perrin.

Librodot

Faile había dicho lo mismo —al menos sobre eso de sentirse avergonzados— pero él había pensado que eran cosas de la hija de un noble. Faile había crecido rodeada de sirvientes, pero ¿cómo iba a saber una dama lo que pensaba un hombre que tenía que trabajar para ganarse el pan? Miró ceñudo hacia las hileras de caballos. Ahora eran cinco los herradores que estaban agrupados, observándolo. Avergonzados porque quisiera ocuparse de sus caballos y molestos porque no quisiera tratarlos como siervos.

—¿Crees que debo actuar como un necio lechuguino con ropa interior de seda? —preguntó. Aram parpadeó y empezó a mirarse las botas con profunda atención—. ¡Luz! —gruñó Perrin.

Al ver a Basel Gill, que llegaba presuroso de las carretas, se acercó a su encuentro. Creía que no lo había hecho muy bien en su intento de tranquilizarlo el día anterior. El corpulento posadero hablaba consigo mismo y de nuevo se enjugaba la cabeza con el pañuelo, sudoroso con su chaqueta gris oscuro. El calor del día ya empezaba a notarse. No vio a Perrin hasta que casi lo tuvo encima, y entonces pegó un brinco, se guardó el pañuelo en un bolsillo de la chaqueta e hizo una reverencia. Parecía tan almohazado y cepillado como un caballo para un día de fiesta.

—Ah, milord Perrin. Vuestra esposa me ha ordenado que vaya con una carreta hasta Bethal. Dice que he de encontrar tabaco de Dos Ríos si puedo, pero lo dudo. La hoja de Dos Ríos ha sido siempre muy atesorada, y el comercio ya no es lo que era.

—¿Que os envía a por tabaco? —preguntó Perrin, extrañado. Suponía que el secreto se había ido al fondo del pozo, pero aun así...—. Compré tres barriletes, dos pueblos antes de llegar aquí. Es suficiente para todos.

—No de la hoja de Dos Ríos —contestó Gill sacudiendo la cabeza—. Y vuestra esposa dice que es el que más os gusta. La hoja ghealdana servirá para vuestros hombres. Voy a ser vuestro *shambayan*, como lo llamó, y a ocuparme de proveeros a vos y a ella de lo que necesitéis. No hay mucha diferencia con lo que hacía dirigiendo La Bendición, en realidad. —La similitud pareció divertirle, y su orondo vientre se sacudió con quedas risitas—. Tengo una larga lista de cosas, aunque ignoro cuántas podré conseguir. Buen vino, hierbas aromáticas, fruta, velas, aceite de lámparas, hule, cera, papel y tinta, agujas, alfileres... En fin, todo tipo de cosas. Vamos Tallanvor, Lamgwin y yo, con algunos otros servidores de vuestra esposa.

Otros servidores de su esposa. Tallanvor y Lamgwin sacaban a cuestas otro de los baúles para que las mujeres ordenaran su contenido. Tuvieron que pasar delante de la pandilla de idiotas puestos en cuclillas, quienes en ningún momento se ofrecieron a echarles una mano. De hecho, los muy haraganes no les hicieron el menor caso, como si no los vieran.

—No quitéis ojo a esa pandilla —advirtió Perrin—. Si uno de ellos se mete en problemas, incluso si parece que va a meterse, haced que Lamgwin le parta la cabeza. —¿Y si era una de las mujeres? Eran igual de pendencieras que ellos, tal vez más. Perrin gruñó. Los «servidores» de Faile todavía iban a conseguir que tuviera un dolor de estómago permanente. Lástima que no se conformara con ayudar a gente semejante a maese Gill y a Maighdin—. No habéis mencionado a Balwer. ¿Ha decidido continuar el viaje solo?

Justo en ese momento, un soplo de brisa le trajo el efluvio de Balwer, un olor a alerta nada acorde con el aspecto acartonado del tipo. Aun para alguien tan enteco como él, Balwer hacía poquísimo ruido en las hojas secas que pisaba. Con su chaqueta de color pardusco, le dedicó una corta reverencia; su cabeza ladeada contribuía a darle aspecto de pájaro.

—Me quedo, milord —informó cautamente. O tal vez fueran sólo sus modales—. Como secretario de vuestra gentil esposa. Y vuestro, si lo tenéis a bien. —Se acercó más, casi como si diese un salto—. Soy muy versado en ese puesto, milord. Poseo una gran memoria y buena letra, y milord puede tener la seguridad de que cualquier cosa que me confíe jamás saldrá de mis labios. Saber guardar secretos es una cualidad primordial en un secretario. ¿No teníais tareas urgentes de nuestra nueva señora, maese Gill?

El posadero miró ceñudo a Balwer, abrió la boca y luego la cerró con un chasquido. Giró sobre sus talones y se dirigió a buen paso hacia la tienda. Balwer lo siguió con la mirada un momento, la cabeza ladeada, los labios apretados en un gesto pensativo.

Librodot

—También puedo ofreceros otros servicios, milord —dijo finalmente—. Información. He oído por casualidad lo que hablaban algunos de vuestros hombres y deduzco que milord podría tener ciertas... dificultades con los Hijos de la Luz. Un secretario se entera de muchas cosas. Y yo sé muchísimas sobre los Hijos.

—Con un poco de suerte podré eludir a los Capas Blancas —respondió Perrin—. Mejor sería que supieseis el paradero del Profeta. O de los seanchan.

Naturalmente, no esperaba nada en ese sentido, pero Balwer lo sorprendió.

—No puedo asegurarlo, por supuesto, pero creo que los seanchan no se han desplegado mucho más allá de Amador todavía. Es difícil separar los hechos reales de los rumores, milord, pero siempre tengo bien abiertos los oídos. Claro que parecen moverse con inesperada rapidez, inopinadamente. Gente peligrosa, con numerosos soldados taraboneses. Tengo entendido, a través de maese Gill, que milord los conoce, pero yo los he observado con suma atención en Amador, y lo que vi está a disposición de milord. En cuanto al Profeta, corren tantos rumores sobre él como sobre los seanchan, pero creo poder afirmar sin miedo a equivocarme que se encontraba recientemente en Abila, una ciudad grande a unos doscientos kilómetros al sur de aquí. —Balwer esbozó una fría y breve sonrisa ufana.

—¿Cómo estáis tan seguro? —inquirió lentamente Perrin.

—Como he dicho, milord, mantengo abiertos los oídos. Se habló de que el Profeta había cerrado varias posadas y tabernas y que había derribado las que consideraba que tenían demasiada mala fama. Se mencionaron varias y, por casualidad, resulta que sé que hay posadas con esos nombres en Abila. Creo poco probable que existan posadas con los mismos nombres en otra ciudad. —De nuevo la fugaz sonrisa. Ciertamente olía a estar muy complacido consigo mismo.

Perrin se rascó la cabeza pensativamente. Ese hombre sólo recordaba dónde se encontraban algunas posadas que supuestamente Masema había echado abajo. Y si resultaba que Masema no se hallaba allí después de todo... Bueno, en la actualidad los rumores crecían como hongos después de llover. Y Balwer parecía el tipo de persona que intentaba darse importancia.

—Gracias, maese Balwer. Lo tendré presente. Si os enteráis de algo más, no dudéis en contármelo.

Cuando se daba media vuelta para marcharse, el tipo lo agarró de la manga. Balwer retiró los flacos dedos de inmediato, como si se hubiese quemado, e hizo uno de aquellos gestos de pájaro mientras se frotaba las manos.

—Disculpadme, milord. No quisiera insistir, pero no toméis a la ligera a los Capas Blancas. Eludirlos es sensato, pero quizá no sea posible hacerlo. Se encuentran mucho más cerca que los seanchan. Elmon Valda, el nuevo capitán general, salió a la cabeza de la mayor parte de sus fuerzas antes de que Amador cayera, hacia el norte de Amadicia. También perseguía al Profeta, milord. Valda es un hombre peligroso, y Rhadam Asunawa, el Inquisidor Supremo, hace que Valda parezca afable en comparación. Y me temo que ninguno de los dos siente mucho afecto por vuestro señor. Perdonadme. —Volvió a inclinar la cabeza, vaciló y después continuó suavemente—. Si se me permite decirlo, la exhibición que hace milord de la bandera de Manetheren es todo un acierto. Milord podrá dar mucha guerra a Valda y Asunawa, si tiene cuidado.

Tras hacer una nueva reverencia, se alejó. Mientras lo seguía con la mirada, Perrin creyó que ahora sabía parte de la historia de Balwer. Obviamente, también huía de los Capas Blancas por algún delito, lo que con esa gente podía ser simplemente encontrarse en la misma calle que ellos, un ceño a destiempo u otra nimiedad por el estilo, pero además parecía que el hombrecillo albergaba cierto rencor. Y tenía una mente muy despierta; había pillado enseguida lo de la bandera del Águila Roja. Y trataba a maese Gill de manera cortante.

Gill se encontraba de rodillas al lado de Maighdin, hablando rápidamente a pesar de los intentos de Lini de hacerlo callar. Maighdin se había vuelto para mirar a Balwer mientras el tipo caminaba apresuradamente entre los árboles, en dirección a las carretas, pero de vez en cuando volvía los ojos hacia Perrin. Los demás se agrupaban alrededor de la mujer y echaban

ojeadas a Balwer y a Perrin alternativamente. Si alguna vez había visto a un grupo de personas preocupadas por lo que una de ellas podía contar, eran ellos. Pero ¿qué les preocupaba que pudieran haberle contado? Chismorreos, seguramente. Cuentos de resentimientos y fechorías, ya fuesen reales o imaginarios. La gente que formaba grupos muy cerrados acababa por picotearse entre sí, como gallinas metidas en un gallinero pequeño. Si tal era el caso, tal vez él podía hacer algo para frenarlo antes de que alguno saliese herido. ¡Tallanvor toqueteaba de nuevo la empuñadura de su espada! ¿Qué pensaba hacer Faile con ese tipo?

—Aram, quiero que vayas a charlar con Tallanvor y esa pandilla. Cuéntales lo que me ha dicho Balwer. Deslízalo entre la conversación, pero cuéntaselo todo. —De esa forma calmaría los temores de que lo hablado tuviese algo que ver con ellos. Faile decía que los criados necesitaban que se los hiciese sentir como en casa—. Hazte amigo de ellos si puedes, Aram. Pero si decides soñar con alguna de las mujeres, asegúrate de que sea Lini. Las otras dos están cogidas.

Al joven le encantaba tontear con cualquier mujer bonita, pero se las ingenió para adoptar una expresión sorprendida y ofendida por igual.

—Como ordenéis, lord Perrin —murmuró malhumorado—. Os alcanzaré enseguida.

—Estaré con los Aiel.

—Ah, sí. —Aram parpadeó—. Bueno, a decir verdad, quizá tarde un poco si quiero entablar amistad con ellos. No los veo con muchas ganas de hacer nuevos amigos.

Y eso lo decía un hombre que miraba con recelo a cualquiera que se acercara a Perrin excepto Faile, y que jamás sonreía a nadie que no llevara faldas.

Sin embargo, se dirigió hacia allí y se puso en cuclillas para hablar con Gill y los demás. Incluso desde esa distancia, saltaba a la vista la actitud distante del grupo. Siguieron con sus quehaceres, dirigiendo una o dos palabras a Aram de vez en cuando y mirándose unos a otros tanto como al joven. Asustadizos como una perdiz en verano, cuando los zorros enseñaban a sus cachorros a cazar. Pero al menos estaban hablando.

Perrin se preguntó en qué lío se habría metido Aram con los Aiel —¡pero si no había habido tiempo material para eso!—, si bien relegó el asunto enseguida. Cualquier problema serio con los Aiel acababa por lo general con la muerte de alguien, y no de uno de ellos. Para ser sincero, tampoco él tenía muchas ganas de reunirse con las Sabias. Rodeó la curva de la colina, pero en lugar de subir la pendiente sus pies lo llevaron hasta los mayenienses. También se había mantenido alejado de su campamento todo lo posible, y no simplemente por Berelain. Poseer un olfato agudo tenía sus desventajas.

Afortunadamente, una brisa refrescante se llevaba gran parte del hedor, aunque no aliviaba el calor gran cosa. El sudor corría por las caras de los centinelas montados que hacían guardia con sus armaduras rojas. Al verlo, se sentaron aún más erguidos, que no era decir poco. Mientras que los hombres de Dos Ríos cabalgaban como amigos que se dirigen a los campos, los mayenienses semejaban estatuas ecuestres. Sabían luchar, no obstante. Quisiera la Luz que no fuera necesario.

Havien Nurelle se acercó corriendo mientras se abotonaba la chaqueta, bastante antes de que Perrin hubiese pasado la línea de centinelas. Los otros oficiales, alrededor de una docena, iban pisándole los talones a Nurelle, todos ellos con chaqueta y algunos abrochándose las correas de los petos rojos. Dos o tres llevaban bajo el brazo el yelmo adornado con cimera roja. Casi todos eran mayores que Nurelle —algunos le doblaban la edad—, hombres canosos, de rostros duros y marcados con cicatrices, pero la recompensa a Nurelle por ayudar en el rescate de Rand había sido nombrarlo segundo de Gallenne, su primer teniente, como ellos lo llamaban.

—La Principal no ha regresado todavía, lord Perrin —informó Nurelle al tiempo que hacía una reverencia, repetida de inmediato por los otros. Alto y delgado, había perdido su aspecto juvenil a raíz de lo ocurrido en los pozos de Dumai. En sus ojos se translucía que había visto más sangre derramada que muchos veteranos en veinte batallas. Pero si su semblante se había endurecido, en su olor aún quedaba la ansiedad de complacer. Para Havien

Librodot

Nurelle, Perrin Aybara era un hombre que podía volar o caminar sobre el agua a su antojo—. Las patrullas matinales, que ya han regresado, no vieron nada. De otro modo os habría informado.

—Por supuesto —contestó Perrin—. Sólo quería echar un vistazo por aquí.

Su único propósito era caminar un rato hasta armarse de valor para enfrentarse a las Sabias, pero el joven mayeniense lo siguió, junto con los demás oficiales, observando con ansiedad por si lord Perrin encontraba algún fallo en la Guardia Alada, encogiéndose cada vez que topaban con hombres con los torsos desnudos que jugaban a los dados sobre una manta o algún tipo que aún roncaba estando el sol fuera. No tendrían que haberse preocupado; para Perrin, el campamento parecía instalado con plomada y nivel. Cada hombre tenía sus mantas, con la silla de montar de almohada, a no más de dos pasos de donde su caballo estaba atado a una de las largas cuerdas, sostenidas entre estacas clavadas en la tierra. Había una lumbre cada veinte pasos, y en el espacio intermedio se alzaban pabellones de lanzas. El conjunto del campamento formaba un cuadrado alrededor de cinco tiendas, una de rayas doradas y azules y más grande que las otras cuatro juntas. Todo muy diferente de la disposición al tuntún del campamento de los hombres de Dos Ríos.

Perrin caminaba a buen paso, tratando de no parecer demasiado necio; ignoraba hasta qué punto estaba consiguiéndolo. Ansiaba detenerse y echar un vistazo a uno o dos caballos —sólo con tal de levantar un casco sin que alguien se desmayase prácticamente— pero, consciente de lo que Aram le había dicho, dejó quietas las manos. Allí por donde pasaba, todo el mundo parecía tan sobresaltado como Nurelle. Los soldados, apremiados por portaestandartes de mirada dura para que se pusieran de pie, saludaban a Perrin con una inclinación de cabeza antes incluso de haberse incorporado del todo. Tras de sí iba dejando un reguero de murmullos desconcertados, y sus oídos captaron algunos comentarios sobre los oficiales, y los lores en particular, que se alegró de que Nurelle y los demás no oyeran. Finalmente se encontró al borde del campamento, mirando la breñosa ladera que conducía a las tiendas de las Sabias. Allá arriba sólo se veía a unas pocas Doncellas entre los dispersos árboles, así como algunos *gai'shain.*

—Lord Perrin —empezó, vacilante, Nurelle—. Las Aes Sedai... —Se acercó más y bajó la voz convirtiéndola en un ronco susurro—. Sé que juraron fidelidad al lord Dragón y que... He visto cosas, lord Perrin. ¡Realizan tareas de campamento! ¡Unas Aes Sedai! ¡Esta mañana, Masuri y Seonid bajaron a coger agua! Y ayer, después de vuestro regreso... Eh... me pareció oír gritar a alguien. No pudo ser una de las hermanas, claro —se apresuró a añadir, y rió para demostrar lo ridícula que era semejante idea—. ¿Os... os encargaréis de que... les vaya todo bien?

Aquel hombre había cargado contra cuarenta mil Shaido a la cabeza de doscientos lanceros, pero hablar de ese tema le había hecho encorvar los hombros y rebullir con inquietud. Claro que si había cargado contra cuarenta mil Shaido fue porque así lo quiso una Aes Sedai.

—Haré lo que pueda —murmuró Perrin. Quizá las cosas iban peor de lo que pensaba. Ahora tenía que impedir que empeorasen más. Si estaba en su mano. Preferiría tener que enfrentarse de nuevo a los Shaido.

Nurelle asintió como si le hubiese prometido todo lo que había pedido y más.

—Perfecto, entonces —dijo con tono de alivio. Miró de soslayo a Perrin mientras cobraba ánimo para hablar de otro asunto, pero al parecer ése no era tan peliagudo como el de las Aes Sedai—. Oí que dejasteis que siga izada el Águila Roja.

Perrin casi dio un brinco. Las noticias viajaban rápido, aunque sólo fuera a la vuelta de la colina.

—Me pareció oportuno —contestó lentamente. Habría que decirle la verdad a Berelain, pero cuantas más personas la supieran, esa verdad se extendería desde el siguiente pueblo por el que pasaran, desde la siguiente granja—. Antaño, esto formaba parte de Manetheren —añadió, como si Nurelle no lo supiese perfectamente bien. ¡La verdad! Había llegado a disfrazarla como cualquier Aes Sedai, y a hombres que estaban de su parte—. No es la

primera vez que esa bandera se ha izado en estos lares, os lo garantizo, pero ninguno de esos tipos tenía al Dragón Renacido respaldándolo. —Y si eso no plantaba las semillas necesarias, entonces es que él no sabía arar un surco.

De repente se dio cuenta de que, en apariencia, todos los componentes de la Guardia Alada, incluidos los oficiales, lo estaban observando de hito en hito. Sin duda se preguntaban qué estaría comentando después de su casi exhaustiva visita al campamento. Hasta el viejo soldado, enjuto y medio calvo, al que Gallenne llamaba su «perro guión», había salido para mirar, al igual que las doncellas de Berelain, un par de mujeres metidas en carnes y con caras insulsas que iban vestidas a juego con la tienda de su señora. Perrin apenas si había reparado en nada, pero sabía que tenía que regalarles los oídos con algún elogio.

—La Guardia Alada —comenzó, alzando la voz para que todos lo oyeran— hará que Mayene se sienta orgullosa si volvemos a afrontar otros pozos de Dumai.

Fueron las primeras palabras que se le ocurrieron, pero torció el gesto al pronunciarlas. Para su sorpresa y espanto, los vítores y aclamaciones se alzaron de inmediato entre los soldados.

—¡Perrin Ojos Dorados!

—¡Mayene por Ojos Dorados!

—¡Ojos Dorados y Mayene!

Los hombres saltaban y brincaban, y algunos empuñaron lanzas de los pabellones y las agitaron para que los rojos banderines ondearan con la brisa. Los canosos portaestandartes los observaban cruzados de brazos, asintiendo con aprobación. Nurelle sonrió satisfecho, y no sólo él. Los oficiales con hebras grises en el pelo y cicatrices en los rostros sonrieron como niños elogiados por saberse bien la lección. ¡Luz, él debía de ser el único hombre cuerdo que quedaba! ¡Rezaba para no ver ninguna otra batalla!

Preguntándose si aquel suceso no le acarrearía problemas con Berelain, se despidió de Nurelle y los demás y empezó a subir la pendiente entre arbustos muertos y moribundos, que no le llegaban a la cintura. Bajo sus botas crujían los hierbajos resecos. La algarabía continuaba en el campamento mayeniense. Aun después de que supiera la verdad, quizás a la Principal no le haría gracia que sus soldados lo aclamaran de ese modo. Claro que eso también tenía su parte positiva. Tal vez se enfadase tanto que dejaría de darle la lata.

A corta distancia de la cima hizo un alto, escuchando cómo los gritos se apagaban finalmente. Allí arriba nadie iba a jalearlo. Todos los laterales de las tiendas pardas de las Sabias estaban bajados, con ellas dentro. Ahora sólo se veía a unas cuantas Doncellas; en cuclillas bajo un cedro que todavía conservaba cierto verdor, lo miraron con curiosidad. Sus manos se movieron rápidamente, en aquel lenguaje de señas con el que se comunicaban. Un momento después Sulin se levantó, se colocó bien el pesado cuchillo del cinturón y se encaminó en su dirección; era una mujer alta y nervuda, con una cicatriz rosácea que le cruzaba la curtida mejilla. Echó un vistazo hacia atrás y pareció aliviada al comprobar que estaba sola, aunque con los Aiel nunca se sabía.

—Una buena idea, Perrin Aybara —dijo quedamente—. A las Sabias no les complace que las hagas acudir ante ti. Sólo un necio contraría a las Sabias, y no te tengo por necio.

Perrin se rascó la barba. Había evitado a las Sabias —y a las Aes Sedai— todo lo posible, pero en ningún momento había tenido intención de hacerlas ir a verlo. Su compañía le resultaba incómoda. Por no decir algo peor.

—Bien, pues ahora necesito ver a Edarra —le contestó—. Es sobre las Aes Sedai.

—Tal vez estaba equivocada, después de todo —comentó secamente Sulin—, pero se lo comunicaré. —Dio media vuelta y se detuvo—. Explícame una cosa. Teryl Ivierno y Furen Alharra están muy unidos a Seonid Traighan, como primeros hermanos con una primera hermana, ya que a ella los hombres no le gustan como hombres, y, sin embargo, se ofrecieron a recibir el castigo en su lugar. ¿Cómo pudieron avergonzarla de ese modo?

Perrin abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. Una pareja de *gai'shain* apareció por la otra ladera, cada cual llevando del ronzal dos mulos de carga de los Aiel; los hombres vestidos de blanco pasaron a corta distancia, en dirección al arroyo. Perrin no podría

asegurarlo, pero le pareció que ambos eran Shaido. La pareja mantuvo los ojos bajados sumisamente, apenas alzando la vista para ver por dónde iban. Tenían muchas oportunidades de huir ocupándose de ese tipo de tareas, sin estar bajo la vigilancia de nadie. Qué gente tan peculiar.

—Veo que a ti también te asombra —dijo Sulin—. Esperaba que tú pudieses explicármelo. Le diré a Edarra que estás aquí. —Mientras se dirigía a las tiendas, añadió volviendo la cabeza a medias—: Vosotros, los habitantes de las tierras húmedas, sois muy raros, Perrin Aybara.

Él la miró con el entrecejo fruncido, y cuando la mujer desapareció en el interior de una tienda, se volvió para dirigir su ceñuda mirada a los dos *gai'shain* que llevaban a las bestias a beber. ¿Que los habitantes de las tierras húmedas eran raros? ¡Luz! De modo que Nurelle tenía razón en lo que había oído. Había llegado el momento de que metiese la nariz en lo que ocurría entre las Sabias y las Aes Sedai. Debería haberlo hecho antes. Ojalá no tuviera la sensación de que sería igual que meter las narices en un avispero.

Le dio la impresión de que Sulin tardaba mucho en salir, y cuando lo hizo no contribuyó a que su ánimo mejorara. Sosteniendo en alto la solapa de la tienda para que entrara, pasó un dedo por el cuchillo del cinto con aire desdeñoso mientras él pasaba agachado.

—Deberías ir armado para esta danza, Perrin Aybara —comentó.

Dentro, se sorprendió al encontrar a las seis Sabias sentadas, con las piernas cruzadas, sobre cojines con borlas de colores muy vivos, los chales atados al talle y las faldas extendidas en perfectos abanicos sobre las alfombras. Había esperado que estuviese Edarra sola. Ninguna parecía cuatro o cinco años mayor que él, y algunas ni eso; aun así, de algún modo, siempre lo hacían sentirse como si se encontrara ante las componentes de mayor edad del Círculo de Mujeres, las mismas que se habían pasado años aprendiendo a olfatear todo aquello que quería ocultarles. Distinguir el efluvio de una mujer del de otra era casi imposible, pero la verdad es que tampoco le hacía falta. Seis pares de ojos se clavaron en él, desde los azules pálidos de Janina hasta los purpúreos de Marline, por no mencionar los verdes y penetrantes de Nevarin. Todos podrían haber pasado por punzones.

Edarra le indicó con un gesto brusco que se sentara, cosa que Perrin agradeció, aunque así se quedaba cara a cara con todas ellas, que formaban un semicírculo. Quizá las Sabias habían diseñado esas tiendas para obligar a los hombres a tener doblado el cuello si querían quedarse de pie. Curiosamente, hacía más fresco en el oscuro interior, pero él seguía sintiéndose sudoroso. Tal vez no pudiese distinguir un efluvio de otro, pero esas mujeres olían como lobos acechando una cabra atada. Un *gai'shain* de rostro cuadrado, que debía de sacarle dos cabezas, se arrodilló para ofrecerle una copa dorada con un ponche oscuro, sobre una bandeja de plata labrada. Las Sabias ya tenían copas de plata disparejas. Sin saber qué podría significar que a él se la dieran de oro —quizá nada, pero ¿quién sabía, con los Aiel?—, Perrin la cogió con cuidado. Olía a ciruelas. El tipo inclinó la cabeza con gran humildad cuando Edarra dio unas palmadas, y salió agachado de la tienda, caminando hacia atrás; el tajo medio curado que tenía en el rostro debía de datar de los pozos de Dumai.

—Ahora que estás aquí —empezó Edarra tan pronto como la solapa de la entrada cayó detrás del *gai'shain*—, volveremos a explicarte por qué debes matar al hombre llamado Masema Dagar.

—No deberíamos explicarlo otra vez —intervino Delora. Su cabello y sus ojos eran casi del mismo tono que los de Maighdin, pero nadie podría calificar de bonita su cara afilada. Su actitud era gélida—. Ese tal Masema Dagar es un peligro para el *Car'a'carn.* Debe morir.

—Las caminantes de sueños nos lo han dicho, Perrin Aybara. —Carelle sí era bonita, y aunque su cabello pelirrojo y sus penetrantes ojos revelaban un gran temperamento, siempre se mostraba afable. Para ser una Sabia, se entiende. Y desde luego no era blanda—. Han leído el sueño. El hombre debe morir.

Perrin tomó un sorbo de ponche de ciruelas para ganar tiempo; de algún modo, el ponche estaba frío. El asunto se repetía cada vez que estaba con ellas. Rand no había mencionado ninguna advertencia de las caminantes de sueños, y era lo que había comentado

Librodot

la primera vez que surgió el tema. No volvió a hacerlo; habían pensado que dudaba de su palabra, e incluso Carelle se había encrespado. No es que pensara que mentían. No exactamente. No les había pillado en ningún renuncio, en cualquier caso. Pero, lo que ellas querían para el futuro y lo que quería Rand —y lo que quería él mismo, ya puestos—, podrían ser cosas distintas. Tal vez era Rand el que se reservaba secretos.

—Si al menos pudieseis darme alguna idea de cuál es ese peligro —dijo finalmente—. La Luz sabe que Masema está loco, pero él apoya a Rand. Eso faltaría, que fuera por ahí matando personas que están de nuestra parte. A buen seguro que así convencería a la gente de que se uniera a Rand.

No entendieron el sarcasmo. Se limitaron a mirarlo fijamente, sin parpadear.

—El hombre debe morir —insistió finalmente Edarra—. Basta con que lo hayan dicho tres caminantes de sueños, y que seis Sabias te lo digan a ti.

Lo mismo de siempre. Quizá no conocían otra canción. Y quizás él debería entrar en el tema que lo había llevado allí.

—Quiero hablar de Seonid y Masuri —manifestó, y seis rostros se tornaron fríos como escarcha. ¡Luz, las miradas impertérritas de esas mujeres podían lograr que hasta una piedra apartara la vista! Dejó la copa a un lado y se inclinó hacia ellas, obstinadamente—. Se supone que he de demostrar a la gente que las Aes Sedai han jurado fidelidad a Rand. —De hecho, se suponía que debía demostrárselo a Masema, pero ahora no parecía el momento adecuado para mencionar tal cosa—. ¡No se mostrarán muy dispuestas a colaborar si vosotras las golpeáis! ¡Luz! ¡Son Aes Sedai! En lugar de hacerles acarrear agua, ¿por qué no aprendéis algo de ellas? Deben de saber todo tipo de cosas que vosotras ignoráis. —Demasiado tarde, se mordió la lengua. Las Aiel no se ofendieron, sin embargo; al menos, no lo exteriorizaron.

—Saben algunas cosas que nosotras no sabemos —respondió con firmeza Delora—. Y nosotras sabemos otras que ellas ignoran. —Tan firme como la punta de una lanza en sus costillas.

—Aprendemos lo que hay que aprender, Perrin Aybara —dijo sosegadamente Marline mientras se peinaba con los dedos el cabello casi negro. Era uno de los pocos Aiel que Perrin había visto con un pelo tan oscuro, y a menudo la mujer jugueteaba con él—. Y enseñamos lo que hay que enseñar.

—En cualquier caso —intervino Janina—, no es de tu incumbencia. Los hombres no interfieren entre las Sabias y las aprendizas. —Sacudió la cabeza desdeñosamente por la necedad del varón.

—Puedes dejar de escuchar desde fuera y entrar, Seonid Traighan —dijo de repente Edarra.

Perrin parpadeó sorprendido, pero ninguna de las mujeres movió una sola pestaña. Hubo un instante de silencio y luego la solapa de la entrada se apartó a un lado; Seonid se agachó para pasar y se arrodilló rápidamente en las alfombras. La tan cacareada serenidad Aes Sedai se había hecho añicos en ella. Su boca era una fina línea, sus ojos estaban apretados y sus mejillas ardían. Olía a ira, a frustración y a una docena más de emociones, todas sucediéndose con tal rapidez que Perrin apenas las distinguía.

—¿Puedo hablar con él? —preguntó con voz tensa.

—Si tienes cuidado con lo que dices... —respondió Edarra. La Sabia sorbió un poco de vino sin dejar de mirar por encima del borde de la copa. ¿Una maestra observando a su pupila? ¿Un halcón observando a un ratón? Perrin no habría sabido decirlo. Excepto que Edarra estaba muy segura de cuál era su lugar, fuese lo uno o lo otro. Al igual que Seonid. Pero eso mismo no rezaba en su caso. La Aes Sedai se giró sobre las rodillas para mirarlo a la cara, con la espalda bien recta y los ojos echando chispas. La rabia privaba sobre las demás emociones.

—Sea lo que sea lo que sepas, lo que crees que sabes —dijo coléricamente—, ¡lo olvidarás! —No, no quedaba en ella ni una brizna de serenidad—. ¡Lo que quiera que ocurra entre las Sabias y nosotras es asunto nuestro! ¡Te quedarás al margen, apartarás la vista y mantendrás la boca cerrada!

Librodot

Estupefacto, Perrin se pasó los dedos por el cabello.

—Luz, ¿te enfadas porque sé que te han dado de varazos? —preguntó con incredulidad. Bueno, a él le habría pasado igual, aunque no si esa circunstancia se unía a todo lo demás—. ¿No sabes que estas mujeres podrían cortarte el cuello con la misma indiferencia con que te miran? ¡Te degollarían y te dejarían tirada a un lado del camino! ¡Bien, pues yo me prometí a mí mismo que no permitiría que ocurriera tal cosa! ¡No me caes bien, pero prometí protegeros de las Sabias o de los Asha'man o del propio Rand, así que deja de alzar el gallo conmigo!

Al caer en la cuenta de que estaba gritando, inhaló profundamente, avergonzado, y se echó hacia atrás; cogió la copa y bebió un buen trago.

La expresión de Seonid se había vuelto progresivamente más tormentosa a medida que él hablaba, y antes de que hubiese acabado, los labios de la mujer formaban una prieta línea.

—¿Que lo prometiste? —increpó con aire despectivo—. ¿Crees que una Aes Sedai necesita *tu* protección? ¿Que tú...?

—Basta —la cortó Edarra sin alterar el tono, y Seonid cerró la boca con un chasquido, pero se le pusieron los nudillos blancos de tanto apretar los pliegues de la falda.

—¿Qué te hace pensar que la mataríamos, Perrin Aybara? —inquirió Janina con curiosidad. Los Aiel rara vez dejaban translucir algo en la expresión de sus rostros, pero las otras lo miraron con franca incredulidad.

—Sé lo que sentís hacia ellas —contestó lentamente—. Lo supe desde que os vi con las hermanas después de los pozos de Dumai. —No pensaba explicar que había olido su odio, su desprecio, cada vez que una Sabia miraba a una Aes Sedai en aquel entonces. Ahora no percibía ese olor, pero nadie podía mantener ese nivel de ira durante mucho tiempo sin estallar. Eso no significaba que hubiera desaparecido, sólo que había profundizado muy hondo, quizás hasta la médula.

Delora soltó un resoplido que sonó como un trozo de lino desgarrándose.

—Primero dices que hay que mimarlas porque las necesitas, y ahora, porque son Aes Sedai y has prometido protegerlas. ¿Cuál es verdad, Perrin Aybara?

—Ambas cosas. —Perrin sostuvo la dura mirada de Delora durante unos larguísimos instantes, y después hizo otro tanto con las demás—. Las dos son verdad, y las he dicho muy en serio.

Las Sabias intercambiaron una mirada de esas en las que hasta el mínimo parpadeo comunica cientos de cosas y ningún hombre es capaz de pillar una sola. Finalmente, en medio de tintineos de brazaletes y ajustarse chales atados, parecieron llegar a un acuerdo.

—Nosotras no matamos aprendizas, Perrin Aybara —manifestó Nevarin, que parecía escandalizada por la idea—. Cuando Rand al'Thor nos pidió que las tomáramos de pupilas quizá pensó que sólo se trataba de hacer que nos obedecieran, pero nosotras no hablamos por hablar. Ahora *son* aprendizas.

—Y seguirán siéndolo hasta que cinco Sabias convengan que están preparadas para ser algo más —añadió Marline, echándose el largo cabello hacia atrás con una leve sacudida de cabeza—. Y reciben el mismo trato que cualquiera de las otras.

Edarra asintió sin retirar la copa de los labios.

—Dile qué consejo le darías con respecto a Masema Dagar, Seonid Traighan —indicó luego.

La mujer arrodillada se había encogido prácticamente durante los cortos discursos de Nevarin y Marline, apuñando la falda con tanta fuerza que Perrin creyó que la seda se desgarraría, pero no perdió un segundo en obedecer la orden de Edarra.

—Las Sabias tienen razón, sean cuales fueren sus razones. Y no lo digo porque lo quieran así. —Se irguió de nuevo y relajó la expresión con evidente esfuerzo, aunque en su voz aún sonaba un dejo de ira—. Vi lo que hicieron los supuestos Juramentados del Dragón antes incluso de conocer a Rand al'Thor. Muerte y destrucción, inútilmente. Incluso a un perro fiel hay que sacrificarlo si empieza a echar espuma por la boca.

—¡Rayos y centellas! —gruñó Perrin—. Después de eso, ¿cómo voy a dejarte siquiera que veas al hombre? Juraste fidelidad a Rand; ¡sabes que no es eso lo que él quiere! ¿Qué hay

Librodot

de esas «miles de personas que podrían morir si no logro llegar hasta él»?

¡Luz, si Masuri pensaba del mismo modo, entonces había tenido que soportar Aes Sedai y Sabias para nada! No, peor aún. ¡Tendría que proteger a Masema de ellas!

—A Masuri le consta que Masema es un perro rabioso tanto como a mí —contestó Seonid cuando le planteó la pregunta. Había recuperado por completo la serenidad y lo miraba con expresión fría, impenetrable. Olía a estar tremendamente alerta. Muy atenta. ¡Como si necesitase su olfato, con aquellos ojos, grandes, oscuros e insondables, prendidos en los suyos!—. Juré servir al Dragón Renacido, y el mejor servicio que puedo prestarle ahora es apartarlo de esa alimaña. Ya es bastante malo que los dirigentes sepan que Masema lo apoya, pero será peor si lo ven abrazar a ese hombre. Y morirán miles de personas si no logras llegar hasta él... para matarlo.

Perrin pensó que iba a volverse tarumba. De nuevo una Aes Sedai le daba vueltas a las palabras como a una peonza, hacía parecer que había dicho negro cuando lo que quería decir era blanco. Entonces las Sabias pusieron su granito de arena.

—Masuri Sokawa cree que a ese perro rabioso se lo puede atar con correa y someterlo para que sea útil sin que resulte peligroso.

Durante un instante, Seonid pareció tan sorprendida como Perrin, pero la mujer se recobró de inmediato. Al menos, exteriormente; de repente olía a cautela, como si presintiese una trampa allí donde no había esperado que hubiese ninguna.

—También quiere tomarte medida para ponerte un dogal, Perrin Aybara —añadió Carelle aún con más tranquilidad—. Cree que se te debe someter igualmente, para que no seas peligroso.

Su rostro pecoso no dejaba translucir si estaba o no de acuerdo con eso. Edarra alzó una mano en dirección a Seonid.

—Puedes irte ya, pero no sigas escuchando fuera. Pide de nuevo a Gharadin que te deje Curar la herida de su cara. Recuerda que si se sigue negando, debes aceptarlo. Es un *gai'shain*, no uno de tus servidores. —Puso en esa última palabra un gran desdén.

Seonid taladró a Perrin con su intensa y fría mirada. Luego volvió los ojos hacia las Sabias y sus labios temblaron a punto de hablar. Al final, sin embargo, lo único que pudo hacer fue salir con toda la dignidad de la que fue capaz; hacia el exterior era considerable: una Aes Sedai conduciéndose como tal, hasta el punto de hacer palidecer de envidia a una reina. Pero el efluvio a frustración que dejó tras de sí era tan penetrante como una cuchilla afilada.

Tan pronto como se hubo marchado, las seis Sabias volvieron a enfocar su atención en Perrin.

—Y ahora —dijo Edarra—, puedes explicarnos por qué pondrías una alimaña rabiosa junto al *Car'a'carn.*

—Sólo un necio obedece la orden de otro de que lo empuje por un precipicio —agregó Nevarin.

—Tú no escuchas nuestras razones —intervino Janina—, así que nosotras escucharemos las tuyas. Habla, Perrin Aybara.

Perrin se planteó la posibilidad de correr hacia la solapa de la entrada. Si lo hacía, no obstante, dejaría atrás una Aes Sedai que tal vez podría prestar una dudosa ayuda, y otra más, junto con seis Sabias, todas ellas resueltas a echar por tierra todo aquello que había venido a hacer. Volvió a soltar la copa y puso las manos sobre las rodillas. Necesitaba tener la cabeza bien despejada si quería demostrar a esas mujeres que él no era un mulo uncido.

Librodot

CAPÍTULO 10

Cambios

Cuando Perrin se marchó de la tienda de las Sabias, consideró la idea de quitarse la chaqueta para comprobar si su piel seguía pegada al cuerpo e íntegra. Un mulo uncido quizá no, pero sí un ciervo con seis lobos pisándole los talones, y no sabía muy bien qué había ganado por tener los pies rápidos. Sin lugar a dudas, ninguna de las Sabias había cambiado de opinión, y sus promesas de no emprender acciones por su cuenta habían sido vagas en el mejor de los casos. En cuanto a las Aes Sedai, no había habido promesas, ni siquiera imprecisas.

Buscó a cualquiera de las dos hermanas y encontró a Masuri. Había una cuerda entre dos árboles, y se había colgado en ella una pequeña alfombra, roja y verde, rematada con flecos. La esbelta Marrón la golpeaba con un sacudidor de madera y levantaba tenues nubes de polvo, motas que flotaban relucientes al sol de media mañana. Su Guardián, un hombre de cuerpo compacto y cabello oscuro con entradas, estaba sentado en el tronco de un árbol caído a corta distancia, observándola taciturno. Normalmente, Rovair Kirklin tenía la sonrisa pronta, pero ese día la había enterrado profundamente. Masuri reparó en Perrin y, sin apenas una pausa en su tarea, le asestó una mirada tan gélida y malévola que él suspiró. Y eso que era la única que opinaba como él. O lo más cerca a su opinión que podría encontrar, en cualquier caso. En lo alto pasó un halcón de cola roja, suspendido en las corrientes ascendentes de aire caliente, planeando de colina en colina sin agitar las alas extendidas. Sería maravilloso poder remontar el vuelo y alejarse de todo aquello. Ante sí tenía la realidad del hierro, no los sueños de la plata.

Tras saludar con un leve cabeceo a Sulin y a las Doncellas, que seguían bajo el cedro como si hubiesen echado raíces, Perrin dio media vuelta para marcharse y entonces se detuvo. Dos hombres subían la colina, uno de ellos un Aiel con el *cadin'sor* pardo, el arco estuchado colgado a la espalda, una aljaba repleta de flechas a la cadera y las lanzas y la adarga de cuero en la mano. Gaul era un amigo, y el único Aiel varón del campamento que no vestía de blanco. Su compañero, una cabeza más bajo que él, cubierto con un sombrero de ala ancha y vestido con chaqueta y pantalones de color verde apagado, no era Aiel. También llevaba una aljaba llena colgada del cinturón, y un cuchillo aún más largo y pesado que el de Gaul, pero llevaba en la mano el arco, más corto que los de Dos Ríos, pero más largo que los de asta de los Aiel. A pesar de sus ropas, no tenía aspecto de granjero y tampoco de hombre de ciudad. Tal vez fue su cabello gris, atado en la nuca y largo hasta la cintura, o la barba que se extendía sobre su pecho o quizás el modo en que se movía, muy semejante al del hombre que caminaba a su lado, deslizándose alrededor de los arbustos para asegurarse de que ninguna ramita chasquearía a su paso ni ningún hierbajo se quebraría bajo sus pies, por lo que Perrin lo reconoció aunque no lo veía desde lo que a él le parecía muchísimo tiempo.

Al llegar a la cumbre, Elyas Machera miró intensamente a Perrin, con sus ojos dorados brillando débilmente bajo la sombra del ala del sombrero. Sus iris se habían vuelto de ese color años antes que los de Perrin; Elyas le había presentado a los lobos. Por entonces vestía con pieles.

—Me alegra volver a verte, muchacho —saludó quedamente. El sudor le brillaba en el rostro, aunque poco más que a Gaul—. ¿Por fin abandonaste esa hacha? Creía que nunca

dejarías de odiarla.

—Aún la odio —contestó Perrin en un tono igualmente bajo. Mucho tiempo atrás, el otrora Guardián le había dicho que conservase el hacha hasta que ya no detestara usarla. ¡Luz, pero todavía la aborrecía! Y ahora tenía más razones para ello—. ¿Qué haces por está parte del mundo, Elyas? ¿Dónde te encontró Gaul?

—Él me encontró a mí —dijo el Aiel—. Ignoraba que lo tenía detrás hasta que tosió. —Habló en voz lo bastante alta para que lo oyeran las Doncellas, y la repentina quietud en ellas fue casi palpable.

Perrin esperaba como poco unos cuantos comentarios hirientes —el humor Aiel podía ser corrosivo, y las Doncellas aprovechaban cualquier oportunidad para lanzar pullas al hombre de ojos verdes—, pero en cambio, algunas de las mujeres cogieron lanzas y adargas para golpearlas entre sí a fin de demostrar su aprobación. Gaul asintió en un gesto de elogio.

Elyas gruñó de forma ambigua y se tocó el ala del sombrero, pero olía a complacido. Era muy poco lo que merecía la aprobación de los Aiel a ese lado de la Pared del Dragón.

—Me gusta moverme —le contestó a Perrin—, y dio la casualidad de que me encontraba en Ghealdan cuando unos amigos comunes me dijeron que viajabas con toda esta procesión. —No nombró a los amigos comunes; no era sensato hablar abiertamente de que se conversaba con los lobos—. Me contaron un montón de cosas. Y que olían un cambio próximo, aunque no sabían qué. A lo mejor tú lo sabes. He oído que has andado en compañía del Dragón Renacido.

—Pues no lo sé —contestó lentamente Perrin. ¿Un cambio? No se le había ocurrido preguntar a los lobos nada más que dónde se encontraban los grandes grupos de hombres, para así evitarlos. Incluso allí, en Ghealdan, a veces se sentía culpable con ellos por los lobos muertos en los pozos de Dumai. ¿Qué clase de cambio?—. Indudablemente Rand está cambiando cosas, pero no sabría decir a qué se refieren. Luz, el mundo entero está dando vueltas de campana, a pesar de él.

—Todo cambia —dijo Gaul displicente—. Hasta que despertamos, los sueños se deslizan en el viento. —Los observó un instante a Elyas y a él, comparando sus ojos, a buen seguro, pero no comentó nada; al parecer, los Aiel consideraban los iris dorados como una peculiaridad más entre los habitantes de las tierras húmedas—. Os dejaré para que podáis hablar. Los amigos largo tiempo separados necesitan conversar a solas. Sulin, ¿están Chiad y Bain por aquí? Las vi cazando ayer, y pensé que podría enseñarles cómo tensar un arco antes de que cualquiera de ellas se dispare a sí misma.

—Me sorprendió verte regresar hoy —respondió la mujer de cabello blanco—. Esas dos salieron a poner trampas para conejos.

Estallaron las risas entre las Doncellas, y los dedos se movieron con rapidez en el lenguaje de señas.

Suspirando, Gaul puso los ojos en blanco de manera ostentosa.

—En ese caso, creo que iré a soltarlas. —Aquello también hizo reír a las Doncellas, incluida Sulin—. Que encuentres sombra en este día —le dijo a Perrin, una despedida habitual entre amigos, pero a Elyas le estrechó el brazo y manifestó—: Mi honor es tuyo, Elyas Machera.

—Un tipo raro —murmuró Elyas mientras seguía con la mirada a Gaul, que descendía al trote por la ladera—. Cuando tosí, se giró, listo para matarme, creo, y entonces, en lugar de eso, se echó a reír. ¿Tienes algún inconveniente en que vayamos a otra parte? No conozco a la hermana que está intentando matar a golpes esa alfombra, pero no me gusta correr riesgos con ninguna Aes Sedai. —Sus ojos se estrecharon—. Gaul me contó que hay tres con vosotros. No planearás encontrarte con ninguna más, ¿verdad?

—Espero que no —contestó Perrin. Masuri miraba en su dirección entre golpe y golpe de sacudidor; no tardaría en enterarse de lo de los ojos de Elyas, y empezaría a tratar de sonsacarle qué más cosas tenían en común y qué vínculos había entre los dos—. Vamos, ya debería estar de regreso en mi propio campamento, de todos modos. ¿Te preocupa encontrarte con alguna Aes Sedai que te conozca?

Librodot

Los días de Elyas como Guardián habían llegado a su fin cuando se descubrió que podía hablar con los lobos. Algunas hermanas tomaron aquello como la marca del Oscuro, y él tuvo que matar a otros Gaidin para escapar.

El hombre mayor esperó hasta que se hubieron alejado una docena de pasos de las tiendas antes de contestar, e incluso entonces lo hizo en voz baja, como si sospechase que alguien a su espalda tuviese un oído tan agudo como ellos.

—Con que una conozca mi nombre, ya será mal asunto. Los Guardianes no huyen a menudo, muchacho. La mayoría de las Aes Sedai liberarían a un hombre que quisiera marcharse. No todas. Y, en cualquier caso, puede seguirte la pista por muy lejos que huyas si decide darte caza. Pero cualquier hermana que encuentre un renegado, pasará sus ratos de ocio dedicada a hacerle desear no haber nacido. —Tembló ligeramente. Su olor no era de miedo, sino de expectativa del dolor—. Después se lo entregará a su Aes Sedai para que sirva de lección. Un hombre no vuelve a ser el mismo después de eso. —Al inicio de la cuesta, miró hacia atrás. Masuri parecía querer realmente matar la alfombra, enfocando toda su rabia en intentar abrirle un agujero a golpes, pero Elyas volvió a temblar—. Lo peor sería toparme con Rina. Preferiría quedarme atrapado en un incendio forestal, con las dos piernas rotas.

—¿Rina es tu Aes Sedai? Pero ¿cómo ibas a toparte con ella? El vínculo te permite saber dónde se encuentra. —Aquello removió algo en la memoria de Perrin, pero lo que quiera que fuera se desvaneció con la respuesta de Elyas.

—Un buen número de ellas es capaz de atenuar el vínculo. A lo mejor todas saben cómo hacerlo. Uno percibe que sigue con vida y poco más, y eso lo sabría de todas formas porque no me he vuelto loco. —Elyas adivinó la pregunta en la expresión del rostro de su amigo y soltó una risotada—. Luz, hombre, también una hermana es de carne y hueso. Casi todas. Piensa esto: ¿te gustaría tener a alguien dentro de tu cabeza mientras haces arrumacos con una alegre moza? Oh, lo siento. Olvidé que ahora estás casado. No era mi intención ofender. Me sorprendió oír que te habías casado con una saldaenina, sin embargo.

—¿Que te sorprendió? —A Perrin nunca se le había ocurrido considerar *eso* con respecto al vínculo del Guardián. ¡Luz! En realidad, jamás había pensado en las Aes Sedai de ese modo. Parecía tan imposible como... Como que un hombre hablara con lobos—. ¿Por qué?

Empezaron a bajar entre los árboles que crecían en esa vertiente de la colina, sin prisa y sin hacer ruido. Perrin había sido siempre un buen cazador, acostumbrado a los bosques, y Elyas apenas alteraba las hojas caídas que pisaba, deslizándose ágilmente a través del sotobosque sin mover una rama. Podría haberse colgado el arco al hombro, pero seguía llevándolo en la mano. Era un hombre cauteloso, sobre todo cuando había gente cerca.

—Vaya, pues porque eres tranquilo y callado, y pensé que te casarías con alguien igual. Bueno, a estas alturas sabrás que las saldaeninas no son calladas. Salvo con forasteros y extraños. En cuanto a lo de tranquilas... En un momento es como si el sol estallara, y al siguiente todo está pasado y olvidado. Hacen que las arafelinas parezcan imperturbables, y las domani total y absolutamente sosas. —Elyas sonrió de repente—. En cierta ocasión viví un año con una saldaenina. Merya me reventaba los tímpanos cinco días a la semana, y puede que también me tirara los platos a la cabeza. Sin embargo, cada vez que pensaba en marcharme, quería hacer las paces, y yo nunca acababa de llegar a la puerta. Al final, me dejó ella. Dijo que era demasiado comedido para su gusto. —Su risa ronca tenía algo de nostalgia, pero al mismo tiempo se frotó una cicatriz antigua y casi desdibujada que tenía en la mandíbula, también con nostalgia. Parecía producida por un cuchillo.

—Faile no es así. —¡Sonaba como si estuviese casado con Nynaeve! ¡Con Nynaeve enseñando los dientes!—. No quiero decir que no se enfade de vez en cuando —admitió de mala gana—, pero no grita ni me tira cosas. —Bueno, no gritaba muy a menudo, y en lugar de montar en cólera y pasársele enseguida, su enfado empezaba como un metal al rojo vivo y duraba hasta que se enfriaba.

Elyas lo miró de reojo.

—Si alguna vez he olido a un hombre intentando curarse en salud... Le has estado

hablando con palabras suaves todo el tiempo ¿no es cierto? ¿Leche y miel y nunca has aplastado las orejas contra el cráneo ni has gruñido enseñando los dientes? ¿Nunca le has levantado la voz?

—¡Por supuesto que no! —protestó Perrin—. ¡La amo! ¿Cómo iba a gritarle?

Elyas empezó a mascullar entre dientes, aunque, naturalmente, Perrin escuchó cada palabra.

—Que me aspen. No es asunto mío si un hombre quiere sentarse sobre una víbora roja. Allá él, si quiere calentarse las manos mientras el tejado está ardiendo. Es su vida. ¿Acaso me lo agradecería? ¡Pues claro que no, maldita sea!

—¿Por qué sigues dale que dale con lo mismo? —demandó Perrin. Cogió a Elyas del brazo y tiró para detenerse bajo un acebo, cuyas espinosas hojas aún se conservaban verdes en su mayoría. Pocas plantas más lo estaban, salvo algunas tenaces trepadoras. Habían descendido poco más de la mitad de la ladera—. ¡Faile no es una víbora roja *ni* un tejado en llamas! Espera a conocerla antes de hablar de ella como si ya la hubieses tratado.

Elyas se pasó los dedos por la larga barba con aire irritado.

—Conozco a las saldaeninas, muchacho. Ese año del que antes te hablé no fue el único que pasé allí, y en todo ese tiempo sólo conocí unas cinco mujeres que calificaría de dóciles o incluso afables. No, tu mujer no es una víbora, pero me juego cualquier cosa a que es un leopardo. ¡No gruñas, maldita sea! ¡Te apuesto mis botas que sonreiría si me oyese decir eso!

Perrin abrió la boca para contestar acaloradamente, y entonces la cerró. No se había dado cuenta de que estaba gruñendo con un sonido profundo, gutural. Faile *sonreiría* al saber que la comparaban con un leopardo.

—No estarás diciéndome en serio que ella quiere que le grite, ¿verdad, Elyas?

—Pues sí. Casi seguro, en cualquier caso. A lo mejor hace la número seis. Tal vez. Deja que termine de hablar. En general, si le levantas la voz a una mujer, los ojos se le salen de las órbitas o adopta una actitud gélida, y antes de que te des cuenta, estás discutiendo porque tienes muy mal genio, no porque hubiese una última gota que colmó tu paciencia y te hizo estallar. Ahora bien, muérdete la lengua con una saldaenina y lo interpretará como que no la consideras lo bastante fuerte para hacerte frente. Insúltala así y tendrás suerte si no te da de desayuno tus propias... mollejas. No es una moza de Far Madding, para que espere que un hombre se siente donde le manda y que salte cuando chasquee los dedos. Es un leopardo, y espera que también su marido lo sea. ¡Luz! No sé qué demonios hago. Aconsejar a un hombre sobre su esposa es un buen modo de acabar con las tripas desparramadas.

Ahora le tocó a Elyas gruñir. Se enderezó bruscamente el sombrero sin necesidad y miró en derredor ceñudo, como planteándose si desaparecer de nuevo en el bosque, y luego le plantó el índice en el pecho.

—Oye, siempre supe que eras algo más que un vagabundo, y juntando lo que los lobos me contaron con el hecho de que te encaminas hacia ese tal Profeta, pensé que quizá no te vendría mal tener un amigo que te guardara las espaldas. Claro que los lobos no mencionaron que estabas al mando de esos bonitos lanceros mayenienses. Tampoco lo mencionó Gaul, hasta que los vimos. Si quieres que me quede, de acuerdo. Si no, queda mucho mundo que todavía no he visto.

—Siempre viene bien contar con otro amigo, Elyas.

¿De verdad querría Faile que le gritara? Siempre había sido consciente de que podría hacer daño a alguien si no tenía cuidado, y siempre había procurado controlar el genio. Las palabras podían herir tanto como los puños, palabras desacertadas, palabras que no se tenía intención de decir pero que se soltaban al perder los estribos. No, imposible. Era de todo punto ilógico. Ninguna mujer toleraría tal cosa, ni de su marido ni de ningún hombre.

El silbo de un pinzón azul hizo que Perrin alzara la cabeza y aguzase el oído. Apenas era audible, incluso para él, pero un instante después el trino se repitió, más cerca, y luego otra vez, aún más próximo. Elyas lo miró enarcando una ceja; él tenía que conocer la llamada de un pájaro de las Tierras Fronterizas. Perrin lo había aprendido de algunos shienarianos, Masema entre ellos, y se lo había enseñado a los hombres de Dos Ríos.

Librodot

—Se acercan visitas —le dijo a Elyas.

Venían deprisa, cuatro jinetes a medio galope, y llegaron antes de que Elyas y él alcanzaran el pie de la colina. Salpicando agua, Berelain cruzó el arroyo a la cabeza, seguida de cerca por Annoura y Gallenne, y a su lado, una mujer embozada en un pálido guardapolvo con capucha. Pasaron el campamento mayeniense sin mirar siquiera, y no frenaron hasta que estuvieron ante la tienda de rayas rojas y blancas. Algunos sirvientes cairhieninos acudieron presurosos para coger las bridas y sujetar estribos, y Berelain y sus compañeros desaparecieron en el interior de la tienda antes de que se hubiese posado el polvo levantado por sus monturas.

Su llegada había provocado un gran revuelo. Entre los hombres de Dos Ríos se alzó un sonoro murmullo que Perrin sólo pudo calificar de expectación. El inevitable grupito de jóvenes necios se rascó la cabeza y miró de hito en hito la tienda mientras parloteaba excitadamente. Grady y Neald también observaban la tienda desde los árboles, aproximando de vez en cuando las cabezas para hablar, aunque no había nadie cerca para oír lo que decían.

—Parece que tus visitas no son intrascendentes —comentó en voz queda Elyas—. No pierdas de vista a Gallenne; podría ocasionar problemas.

—¿Lo conoces? Me gustaría que te quedaras, pero si crees que podría informar a una de las hermanas de quién eres... —Perrin se encogió de hombros con resignación—. Quizá pueda frenar a Seonid y Masuri —o eso pensaba—, pero creo que Annoura hará lo que le venga en gana. —Y, por cierto, ¿qué opinaba realmente de Masema?

—Oh, Bertain Gallenne ignora la existencia de gente como Elyas Machera —contestó el otro hombre con una sonrisa irónica—. Más payasos conocen a Augusto Bufo que al contrario. Pero sí, lo conozco. No irá contra ti ni actuará a tu espalda, pero la que tiene cerebro es Berelain. Ha impedido que Tear se trague a Mayene enfrentando a los tearianos contra los illianos desde que tenía dieciséis años. Berelain sabe maniobrar, mientras que Gallenne lo único que sabe hacer es atacar. Es bueno en eso, pero nunca ve nada más, y a veces no piensa antes de actuar.

—Ya tenía formada esa idea sobre ellos —murmuró Perrin. Al menos Berelain había llevado una mensajera de Alliandre. No habría acudido tan deprisa con una nueva doncella. La cuestión era por qué necesitaba Alliandre un mensajero—. Será mejor que vaya a ver si son buenas noticias, Elyas. Después hablaremos de lo que hay al sur. Y conocerás a Faile —añadió antes de darse media vuelta.

—La Fosa de la Perdición es lo que hay al sur —repuso el otro hombre a su espalda—, o lo más parecido a ella de lo que espero ver fuera de la Llaga.

Perrin creyó oír de nuevo aquel débil trueno al oeste. Bien, eso sería un cambio agradable.

En la tienda, Breane iba de un lado a otro con una bandeja de plata en la que llevaba un cuenco con agua perfumada de rosas y paños para lavarse la cara y las manos, haciendo una estirada reverencia al ofrecerla. Con reverencias aún más estiradas, Maighdin hacía otro tanto con una bandeja que contenía copas de ponche —hecho con los últimos arándanos secos, a juzgar por el olor—, mientras Lini doblaba el guardapolvo de la recién llegada. Parecía extraño el modo en que Faile y Berelain se habían colocado a ambos lados de la mujer nueva, y Annoura rondaba detrás, todas pendientes de ella. De edad madura, con una cofia de redecilla verde sujetándole el oscuro cabello, que le llegaba casi a la cintura, habría resultado bonita si su nariz no hubiese sido tan larga. Y si no la levantara en un gesto tan altanero. Más baja que Faile y Berelain, sin embargo se las ingenió para mirar a Perrin bajo la punta de aquella nariz, examinándolo fríamente de la cabeza a los pies. No parpadeó siquiera al verle los ojos, aunque casi todo el mundo lo hacía la primera vez.

—Majestad —comenzó Berelain en tono formal tan pronto como Perrin hubo entrado—, permitidme que os presente a lord Perrin Aybara de Dos Ríos, en Andor, amigo personal y emisario del Dragón Renacido. —La mujer de nariz larga inclinó la cabeza leve, fríamente, y Berelain continuó sin apenas hacer una pausa—. Lord Aybara, saludad y dad la bienvenida a Alliandre Maritha Kigarin, por la Gracia de la Luz reina de Ghealdan y Defensora del Muro

Librodot

de Garen, que se complace en recibiros en persona.

Gallenne, de pie cerca de la pared de la tienda, se ajustó el parche del ojo y levantó su copa de vino a Perrin, con una sonrisa de triunfo.

Por alguna razón, Faile asestó a Berelain una dura mirada. Faltó poco para que Perrin se quedase boquiabierto. ¿Alliandre en persona? Se preguntó si debía doblar la rodilla ante ella, y luego se decantó por una respetuosa inclinación de cabeza tras una pausa demasiado larga. ¡Luz! No tenía ni idea de cómo tratar a una reina; especialmente a una que aparecía cuando menos se esperaba, sin escolta, sin joyas a la vista. El traje de montar verde oscuro era de paño liso, ni una puntada de bordado.

—Tras las recientes noticias —empezó Alliandre—, pensé que debería venir a veros, lord Aybara.

Su voz era tranquila, su gesto sosegado, sus ojos distantes. Y observadores, o él era un hombre de Embarcadero de Taren. Más valía que se anduviese con pies de plomo hasta que supiera cómo se presentaba el camino.

—Quizá no lo sepáis —continuó ella—, pero hace cuatro días Illian cayó en poder del Dragón Renacido, la Luz bendiga su nombre. Ha tomado la Corona de Laurel, aunque tengo entendido que ahora se llama la Corona de Espadas.

Faile cogió una copa de la bandeja que sostenía Maighdin y musitó entre dientes:

—Y hace siete días, los seanchan tomaron Ebou Dar.

Ni siquiera Maighdin la oyó. Si Perrin no se hubiese controlado ya, realmente habría abierto la boca por la sorpresa. ¿Por qué se lo contaba Faile así, en lugar de esperar a que le informara la mujer, que debía de habérselo dicho a ella? Alzando la voz de manera que todos lo oyeran, repitió las palabras de su esposa. Sonó dura, pero era el único modo de evitar que le temblara. ¿También Ebou Dar? ¡Luz! ¿Y hacía siete días? El mismo en que Grady y los demás habían visto el Poder Único en el cielo. Coincidencia, tal vez. ¿Es que preferiría que hubiesen sido los Renegados?

Annoura frunció el entrecejo sin quitar la vista de su copa y apretó los labios antes de que él hubiese acabado de hablar, y Berelain le lanzó una mirada estupefacta que borró al instante. Sabían que él ignoraba lo ocurrido en Ebou Dar cuando partieron a caballo hacia Bethal.

Alliandre se limitó a asentir con la cabeza, tan dueña de sí como la Gris.

—Parecéis increíblemente bien informado —dijo mientras se acercaba a él—. Dudo que los primeros rumores hayan llegado ya a Jehannah con el comercio del río. Yo me enteré hace escasos días, a través de comerciantes que me mantienen al corriente de las noticias. Creo —agregó con sequedad—, que esperan que pueda interceder por ellos ante el Profeta del lord Dragón, si llega a ser necesario.

Por fin pudo percibir su olor, y su opinión sobre la mujer cambió, aunque no para peor. Exteriormente, la reina era toda fría reserva, pero una mezcla de incertidumbre y temor colmaba su efluvio. Perrin dudaba que él hubiese sido capaz de mantener tan compuesto el semblante si se hubiese sentido así.

—Siempre es mejor saber todo lo posible —comentó, medio distraído. «Maldición —pensó— ¡tengo que informar de esto a Rand!»

—En Saldaea también nos son muy útiles los comerciantes —intervino Faile, con lo que implicaba que tal era la fuente por la que él sabía lo de Ebou Dar—. Parecen enterarse de lo que ocurre a miles de kilómetros semanas antes de que comiencen los rumores.

No lo miró, pero Perrin comprendió que le hablaba a él tanto como a Alliandre. Rand lo sabía, estaba diciendo. Y, en cualquier caso, no había forma de ponerlo al corriente en secreto. ¿De verdad querría su mujer que le...? No, era inconcebible. Parpadeó al darse cuenta de que se había perdido algo que Alliandre había dicho.

—Os pido disculpas, Alliandre —manifestó cortésmente—. Pensaba en Rand, es decir, en el Dragón Renacido.

¡Pues claro que era inconcebible! Todo el mundo lo miraba, hasta Lini, Maighdin y Breane. Annoura tenía los ojos desorbitados, y Gallenne estaba boquiabierto a más no poder.

Librodot

Entonces cayó en la cuenta. Había llamado a la reina por su nombre. Cogió una copa de la bandeja de Maighdin, que se alzó tan rápidamente tras la reverencia que casi se la tiró. Desestimando su ayuda con gesto absorto, se limpió la mano húmeda en la chaqueta. Tenía que concentrarse, no dejar que su mente divagara en nueve direcciones. Pensara lo que pensara Elyas, Faile jamás... ¡No! ¡Debía concentrarse!

Alliandre recobró la calma rápidamente. A decir verdad, parecía haber sido la menos sorprendida de todos, y su olor no varió un ápice.

—Decía que acudir a reunirme con vos en secreto me pareció lo más prudente, lord Aybara —explicó con voz fría—. Lord Telabin cree que me encuentro en sus jardines buscando un poco de intimidad. De allí he salido por una puerta que rara vez se utiliza. En el trayecto por la ciudad era la doncella de Annoura Sedai. —Pasó los dedos por la falda pantalón de su traje de montar y soltó una corta risa. Hasta eso era frío en ella, tan opuesto a lo que la nariz le revelaba a Perrin—. Varios de mis propios soldados me han visto, pero con la capucha de la capa echada, ninguno me reconoció.

—En los tiempos que corren, actuar así probablemente fue lo más juicioso —respondió Perrin con cuidado—. Pero tendréis que manifestaros abiertamente antes o después, en un sentido u otro. —Cortés y al grano, era lo mejor. Una reina no querría perder el tiempo con un tipo que decía tonterías. Y él no quería decepcionar a Faile comportándose otra vez como un patán—. ¿Por qué vinisteis personalmente? Sólo teníais que enviar una carta o dar vuestra respuesta a Berelain. ¿Os declararéis a favor de Rand o no? En cualquier caso, no temáis en cuanto a regresar sana y salva a Bethal. —Muy acertado eso. Cualesquiera otras cosas que pudieran atemorizarla, encontrarse sola allí debía de ser una.

Faile lo observaba, aunque simulaba lo contrario, mientras bebía el ponche y dirigía sonrisas a Alliandre, pero él captó las fugaces ojeadas que le echaba. Berelain no fingía en absoluto, y lo observaba abiertamente, con los ojos ligeramente entrecerrados, sin apartarlos un momento de su rostro. La mirada de Annoura era igualmente atenta, tan pensativa como la de la Principal. ¿Es que todas creían que iba a cometer otro desliz?

—La Principal me ha hablado mucho de vos, lord Aybara —comentó la reina, sin responder la pregunta importante—, y del lord Dragón Renacido, que la Luz bendiga su nombre. —Eso último sonó a algo aprendido de memoria, a coletilla que se añade sin pensar—. No podía verlo a él antes de tomar mi decisión, de modo que quería veros a vos, formarme un juicio. Se puede descubrir mucho sobre un hombre por los que elige para que hablen en su nombre. —Inclinó la cabeza hacia la copa que tenía en la mano y miró a Perrin a través de las pestañas. Viniendo de Berelain, eso habría sido coquetear, pero Alliandre observaba cautelosamente a un lobo, tan seguro como que estaba frente a ella—. También vi vuestras banderas —añadió quedamente—. La Principal no las mencionó.

A pesar de sí mismo, Perrin frunció el entrecejo. ¿Que Berelain le había contado mucho sobre él? ¿Qué le había dicho?

—Las banderas están para que se vean. —La ira puso un dejo duro en su voz, que requirió un gran esfuerzo por su parte tragárselo. Vaya, Berelain sí que era una mujer que necesitaba que le gritaran—. Creedme, no existen planes de resucitar a Manetheren. —Bien, su tono era tan frío como el de Alliandre—. ¿Cuál es vuestra decisión? Rand puede situar aquí diez mil soldados, o cien mil, en un abrir y cerrar de ojos, o casi. —Y quizá tuviera que hacerlo. ¿Los seanchan en Amador y en Ebou Dar? Luz, ¿cuántos serían?

Alliandre sorbió delicadamente el ponche antes de hablar y de nuevo soslayó la pregunta.

—Corren miles de rumores, como sabréis, e incluso el más disparatado es verosímil cuando el Dragón ha renacido, aparecen gentes extrañas que afirman ser el ejército de Artur Hawkwing que regresa, y la propia Torre está dividida por la rebelión.

—Eso es asunto de las Aes Sedai —espetó bruscamente Annoura—. No le concierne a nadie más.

Berelain lanzó una mirada exasperada a la hermana, que fingió no advertirlo.

El semblante de Alliandre acusó una ligera crispación y la soberana se giró un poco a

fin de no tener de frente a la Gris. Ni que fuese reina ni que no, nadie quería oír ese tono en boca de una Aes Sedai.

—El mundo se está volviendo del revés, lord Aybara. Vaya, pero si incluso me han llegado informes de Aiel saqueando un pueblo justo aquí, en Ghealdan.

De pronto Perrin comprendió que había algo más en la mujer que la mera ansiedad por haber ofendido a una Aes Sedai. Alliandre lo miró, esperando. Pero ¿qué? ¿A que le diese alguna seguridad que la tranquilizara?

—Los únicos Aiel en Ghealdan están conmigo —le dijo—. Los seanchan pueden ser descendientes del ejército de Artur Hawkwing, pero Hawkwing lleva mil años muerto. Rand ya se encargó de ellos en una ocasión y volverá a hacerlo. —Recordaba Falme tan claramente como los pozos de Dumai, a pesar de que intentaba olvidarlo. Sin duda no había habido suficientes allí para tomar Amador y Ebou Dar, incluso con sus *damane.* Balwer aseguraba que también tenían soldados taraboneses—. Y quizás os alegre saber que esas Aes Sedai rebeldes apoyan a Rand. O lo harán pronto.

Eso era lo que Rand decía, un puñado de Aes Sedai que no tenía a donde ir salvo con él. Perrin no lo veía tan claro. Por Ghealdan corría el rumor de que un ejército acompañaba a esas hermanas. Por supuesto, ese mismo rumor hablaba de un número de Aes Sedai en dicho grupo mayor incluso que el que había en todo el mundo, pero aun así... ¡Luz, ojalá hubiese alguien que pudiera darle seguridad a él!

—¿Por qué no nos sentamos? —sugirió—. Responderé cualquier pregunta que queráis plantearme a fin de ayudaros a tomar una decisión, pero podríamos hacer lo mismo estando cómodos.

Se acercó una de las sillas plegables y recordó a tiempo no sentarse de golpe en ella, pero aun así el mueble crujió bajo su peso.

Lini y las otras dos sirvientas corrieron para poner más sillas en un círculo con la suya, pero ninguna de las otras mujeres se acercó a ellas. Alliandre lo miraba, y los demás la miraban a ella, excepto Gallenne, que se sirvió otra copa de ponche de una jarra de plata.

Perrin cayó en la cuenta de que Faile no había vuelto a abrir la boca después del comentario sobre los comerciantes. Agradecía el silencio de Berelain, del mismo modo que agradecía que no le hubiese hecho ojitos delante de la reina, pero le habría venido bien alguna ayuda por parte de su mujer en ese momento. Un pequeño consejo. Luz, Faile sabía diez veces más que él qué hacer o decir en esa situación.

Preguntándose si debería ponerse de pie como los demás, dejó su copa de ponche en una de las mesitas y, de un modo sutil, le pidió que hablase ella con Alliandre.

—Si alguien sabe cómo hacerle ver el mejor curso para seguir, adelante —dijo. Faile le dedicó una sonrisa complacida, pero siguió muda.

Inopinadamente, Alliandre soltó su copa a un lado, sin mirar, como si esperase que hubiese una bandeja allí mismo. Había una, apenas a tiempo de coger la copa, y Maighdin, que era quien la sostenía, murmuró algo que Perrin esperó que Faile no hubiese oído. Su mujer era inflexible con los criados que usaban esa clase de lenguaje. Hizo intención de incorporarse cuando Alliandre se aproximó a él, pero, para su estupefacción, la reina se arrodilló grácilmente ante él y lo cogió de las manos. Antes de que supiera qué hacía, ella giró las muñecas de manera que sus manos se unieron dorso contra dorso entre las palmas de él. Se las aferraba con tal fuerza que debían de dolerle; desde luego, no estaba seguro de que él hubiese podido soltarse sin lastimarla.

—Con la Luz por testigo —empezó en voz firme, mirándolo a los ojos—, yo, Alliandre Maritha Kigarin, prometo fidelidad y servicio a lord Perrin Aybara de Dos Ríos, ahora y para siempre, salvo que él decida exonerarme por propia voluntad. Mis tierras y mi trono son suyos, y los pongo en sus manos. Así lo juro.

Por un instante reinó el silencio, roto únicamente por la ahogada exclamación de Gallenne y el apagado golpe de su copa al caer en la alfombra.

Entonces Perrin oyó a Faile, de nuevo en un susurro tan quedo que ninguna persona cerca de ella podría haber percibido sus palabras: «Con la Luz por testigo, acepto vuestra

Librodot

promesa y juro defenderos y protegeros a vos y a los vuestros a través de la guerra y sus azares, del invierno y sus rigores y de todo lo que el tiempo depare. Las tierras y el trono de Ghealdan os los entrego como mi fiel vasalla. Por la Luz, acepto...». Ésa debía de ser la forma de aceptación de los saldaeninos. Gracias a la Luz que su esposa estaba demasiado concentrada en él para advertir el cabeceo enérgico de Berelain apremiándolo a lo mismo. ¡Parecía como si las dos hubiesen esperado que sucediese aquello! Por el contrario, Annoura, boquiabierta, estaba tan pasmada como él, igual que un pez que ve desaparecer el agua.

—¿Por qué? —preguntó suavemente, haciendo caso omiso del siseo frustrado de Faile y del gruñido exasperado de Berelain. «Maldita sea —pensó—. ¡Soy un puñetero herrero!» Nadie juraba lealtad a los herreros. ¡Las reinas no juraban fidelidad a nadie!—. Me han dicho que soy *ta'veren*; quizá dentro de una hora, lejos ya de mi influencia, desearíais reconsiderar todo esto.

—Espero que seáis *ta'veren*, milord. —Alliandre rió, pero no con regocijo, y apretó aún más sus manos, como si sospechara que él quisiera liberarlas—. Lo espero de todo corazón, porque me temo que nada menos poderoso salvará a Ghealdan. Prácticamente tomé esta decisión tan pronto como la Principal me dijo que estabais aquí, y conoceros me ha reafirmado en ella. Ghealdan necesita una protección que yo no puedo darle, así que el deber me exige que la encuentre. Vos podéis proporcionársela, milord. Vos y el lord Dragón Renacido, que la Luz bendiga su nombre. De hecho, le habría prestado juramento a él si se encontrase aquí, pero vos sois su hombre. Al haceros mi promesa, también se la hago a él. —Respiró hondo y se obligó a añadir—: Por favor. —Olía a desesperación ahora, y sus ojos brillaban de miedo.

Aun así, Perrin vaciló. Eso era todo cuanto Rand podría desear y más, pero Perrin Aybara sólo era un herrero. ¡Lo era! ¿Podría seguir diciéndose lo mismo si hacía eso? Alliandre lo observaba en actitud suplicante. ¿Acaso los *ta'veren* también ejercían influencia sobre sí mismos?

—Con la Luz por testigo, yo, Perrin Aybara, acepto vuestra promesa...

La garganta se le había quedado seca para cuando terminó de pronunciar la fórmula que Faile le había susurrado. Ahora ya era demasiado tarde para pararse a pensar.

Con una ahogada exclamación de alivio, Alliandre le besó las manos. Perrin no creía haberse sentido tan avergonzado en toda su vida. Se puso de pie rápidamente y la ayudó a incorporarse. Y cayó en la cuenta de que ignoraba qué hacer a continuación. Faile, sonriente y rebosando orgullo, no le dio más pistas. Berelain también sonreía y en su semblante se reflejaba un alivio tan intenso que cualquiera habría pensado que acababan de rescatarla de un incendio.

A Perrin no le cabía duda de que Annoura hablaría —las Aes Sedai siempre tenían mucho que decir, en especial cuando ello les daba la oportunidad de tomar el mando—, pero la hermana Gris sostenía la copa de vino con el brazo extendido para que Maighdin se la llenara otra vez y lo observaba intensamente, con expresión indescifrable. De hecho, Maighdin hacía otro tanto, tan pendiente de él que siguió inclinando la jarra hasta que el ponche se derramó sobre la muñeca de la Aes Sedai. Annoura dio un respingo de sobresalto y miró la copa que sostenía como si se hubiese olvidado de ella. Faile frunció el entrecejo y Lini lo frunció aún más; Maighdin corrió en busca de un paño para limpiar la mano de la hermana, de nuevo mascullando entre dientes sin parar. Faile montaría en cólera si llegaba a oír sus murmullos.

Perrin sabía que estaba tardando demasiado. Alliandre se lamió los labios con ansiedad; esperaba algo más, pero ¿qué?

—Ahora que hemos resuelto la cuestión, he de ocuparme de encontrar al Profeta —manifestó, y se encogió para sus adentros. Demasiado brusco. No tenía tacto para tratar con nobles, y menos aún con una reina—. Supongo que querréis regresar a Bethal antes de que alguien advierta vuestra ausencia.

—La última noticia que tengo sobre el Profeta del lord Dragón es que se encontraba en Abila —dijo Alliandre—. Es una ciudad más bien grande, en Amadicia, a unos doscientos

Librodot

kilómetros al sur de aquí.

A su pesar, Perrin arrugó el ceño, si bien lo desfrunció al punto. De modo que Balwer tenía razón. Tenerla en una cosa no quería decir que la tuviese en todas, pero podría merecer la pena escuchar lo que el hombre tuviese que contar con respecto a los Capas Blancas. Y a los seanchan. ¿Cuántos taraboneses?

Faile se deslizó junto a él y puso la mano en su brazo a la par que dirigía una sonrisa afable a Alliandre.

—Querido, no pretenderás realmente que regrese ya, cuando acaba de llegar. Déjanos para que charlemos un rato aquí, a resguardo del sol, antes de que haya de afrontar el bochornoso viaje de vuelta. Sé que tienes otros asuntos importantes que atender.

Perrin se las ingenió, no sin esfuerzo, para no mirarla de hito en hito. ¿Qué podía ser más importante que la reina de Ghealdan? Con toda seguridad, nada de lo que podía hacerse en el campamento y que nadie lo dejaría ocuparse de ello. Era obvio que deseaba hablar con Alliandre sin que él estuviera presente. Con suerte, después le diría por qué, y quizás incluso se lo explicara todo. Puede que Elyas creyera que conocía a las saldaeninas, pero él había aprendido por sí mismo que sólo un necio trata de averiguar todos los secretos de su esposa. O dejar que sepa cuáles ha logrado descubrir ya.

Despedirse de Alliandre requería sin duda tanta ceremonia como la presentación, pero Perrin se las arregló para hacer una reverencia aceptable mientras le pedía disculpas por tener que marcharse; ella hizo una profunda reverencia a su vez, manifestando que la honraba demasiado, y ahí acabó la cosa. Excepto por el gesto breve con la cabeza que le hizo a Gallenne para que lo siguiese fuera. No creía que Faile lo mandara marcharse a él y quisiera que el otro hombre se quedara. ¿De qué querría hablar a solas con la reina?

Fuera, el mayeniense le dio una palmada en el hombro que habría hecho tambalearse a otro hombre más pequeño.

—¡Que me aspen, jamás oí algo igual! Ahora puedo decir que he visto realmente cómo funciona la presencia de un *ta'veren.* ¿Qué queréis de mí?

¿Qué podía contestar a eso? Justo entonces, se oyó un gran griterío en el campamento mayeniense, lo bastante fuerte para que los hombres de Dos Ríos se pusieran de pie y escudriñaran entre los árboles, a pesar de que la curva de la colina lo ocultaba todo.

—Veamos antes a qué viene ese jaleo —contestó Perrin. Aquello le daría tiempo para pensar. Sobre qué decir a Gallenne y sobre otros asuntos.

Faile esperó unos segundos después de que Perrin se hubiera marchado para decirles a las criadas que no necesitaba de su servicio. Maighdin estaba tan absorta contemplando a Alliandre que Lini tuvo que tirarle de la manga para que se moviera. Se ocuparía de eso después. Faile dejó la copa y fue en pos de las tres sirvientas hacia la puerta de la tienda como si las apremiara a salir, pero se quedó parada allí.

Perrin y Gallenne se dirigían a través de los árboles hacia el campamento mayeniense. Estupendo. Casi todos los *Cha Faile* se hallaban acuclillados a corta distancia. Al encontrarse con la mirada de Parelean, hizo un gesto con la mano a la altura de la cintura, donde ninguna de las mujeres que estaban detrás de ella pudiese verlo: un rápido movimiento circular, seguido por un puño cerrado. De inmediato, los tearianos y cairhieninos se dividieron en grupos de dos o tres y se dispersaron. Aunque mucho menos complejos que los del lenguaje de señas de las Doncellas, los signos de los *Cha Faile* bastaban. En cuestión de segundos, un círculo diseminado de los suyos tenía rodeada la tienda, aparentemente al azar, mientras charlaban ociosamente o jugaban a las cunitas. Pero nadie se aproximaría a menos de veinte pasos sin que la pusieran sobre aviso antes de que hubiese llegado a la entrada.

Quien más la preocupaba era Perrin. Había esperado algo trascendental tan pronto como vio a Alliandre en persona, aunque no sabía exactamente qué, pero el juramento de la reina la había dejado estupefacta. Si a su marido se le pasaba por la cabeza regresar, acometido por un sentimiento de culpa, para hacer que Alliandre se sintiese cómoda con su decisión... ¡Oh, él se dejaba guiar por el corazón, cuando debía utilizar la cabeza, y viceversa! La idea hizo que

tuviera remordimientos de conciencia.

—Qué sirvientes tan peculiares encontrasteis en el camino —comentó Berelain junto a ella con fingida compasión, y Faile se sobresaltó ya que no había oído a la mujer acercarse a su espalda. Lini y las otras caminaban hacia las carretas, y Lini sacudía el índice a Maighdin. La mirada de Berelain pasó de Faile a las tres mujeres. Mantuvo la voz baja, pero el tono burlón no desapareció—. La mayor parece conocer sus obligaciones, en lugar de haber oído hablar de ellas únicamente, pero Annoura me ha dicho que la más joven es espontánea. Muy débil, insignificante, según Annoura, pero las espontáneas siempre causan problemas. Las otras harán comentarios sobre ella, si están enteradas, y antes o después huirá. Las espontáneas siempre huyen, según tengo entendido. Eso es lo que pasa por tomar doncellas como quien recoge perros callejeros.

—Estoy bastante satisfecha con su labor —replicó fríamente Faile. Aun así, se imponía sostener una larga conversación con Lini. ¿Una espontánea? Aunque fuese débil, podría resultar útil—. Siempre he pensado que erais muy apta para contratar sirvientes. —Berelain parpadeó sin saber qué significaba exactamente aquel comentario, y Faile disimuló perfectamente su satisfacción. Se dio la vuelta y añadió—. Annoura, ¿os importaría proporcionarnos intimidad con una salvaguardia contra oídos indiscretos?

No parecía muy probable que Seonid y Masuri encontraran una oportunidad de escuchar a escondidas mediante el Poder —Faile esperaba el estallido de Perrin cuando descubriera lo corto que las Sabias tenían atadas a esas dos—, pero las propias Sabias podrían haber aprendido a hacerlo. A Faile no le cabía duda de que Edarra y las demás estaban exprimiendo a Seonid y a Masuri como limones.

Las trencillas adornadas con cuentas de la hermana Gris tintinearon cuando la mujer asintió con la cabeza.

—Contad con ello, lady Faile —dijo la Aes Sedai, y Berelain apretó fugazmente los labios. Muy satisfactorio. ¡Qué temeridad la suya al hacer las presentaciones allí, en su propia tienda! Se merecía más que el simple hecho de que alguien se metiera entre su consejera y ella, pero resultaba grato.

Una satisfacción pueril, admitió Faile, cuando lo que tendría que estar haciendo era centrarse en el asunto que se traía entre manos. Casi se mordió los labios, fastidiada. No dudaba del amor de su marido, pero no podía tratar a Berelain como se merecía, lo cual la obligaba, en contra de su voluntad, a entrar en un juego en el que Perrin era el tablero demasiado a menudo. Y el premio, según pensaba Berelain. Ojalá Perrin no actuara a veces como si fuera a serlo realmente. Con firmeza, desechó todas esas ideas de su mente. Allí había que hacer un trabajo que correspondía a una esposa. La parte práctica.

Alliandre observó pensativamente a Annoura cuando se mencionó la salvaguardia —no se había dado cuenta de que era una conversación seria— pero la reina se limitó a comentar:

—Vuestro esposo es un hombre formidable, lady Faile. Sin ánimo de ofender, su aparente rusticidad y su llaneza ocultan una mente astuta. Con Amadicia en nuestra frontera, en Ghealdan no nos queda más remedio que participar en el *Da'es Daemar*, pero creo que nunca he sido conducida tan rápida o diestramente a tomar una decisión como lo hizo vuestro esposo. Un toque de amenaza insinuada aquí, un ceño allí. Un hombre formidable.

Esta vez, a Faile le costó cierto esfuerzo ocultar la sonrisa. Esos sureños daban mucho valor al Juego de las Casas, y no creía que Alliandre agradeciera la aclaración de que Perrin decía simplemente lo que pensaba —en ocasiones se pasaba de franco— y la gente astuta veía una actitud calculadora en su sinceridad.

—Pasó algún tiempo en Cairhien —dijo. Y que Alliandre sacara de ello las conclusiones que quisiera—. Aquí podemos hablar abiertamente, a salvo tras la salvaguardia de Annoura Sedai. Es obvio que no deseáis regresar a Bethal todavía. ¿Vuestro juramento a Perrin y el que él os ha prestado a su vez no bastan para sellar una alianza entre ambos?

Allí, en el sur, había quienes tenían una idea muy peculiar con respecto a lo que implicaba la lealtad.

En silencio, Berelain se situó a la derecha de Faile, y un instante después Annoura hacia

Librodot

otro tanto a su izquierda, de modo que Alliandre se encontró frente a las tres. A Faile le sorprendió que la Aes Sedai se uniera a su plan sin saber cuál era —a buen seguro, Annoura tenía sus propias razones, y Faile habría dado lo que fuera por saberlas— pero no le extrañó que lo hiciese Berelain. Una frase burlona, dicha al desgaire, podía echarlo todo a rodar, en especial la supuesta destreza de Perrin en el Gran Juego; sin embargo, tenía la total seguridad de que no ocurriría tal cosa. En cierto modo, eso la irritaba. Hubo un tiempo en que despreciaba a la Principal; todavía la odiaba, profunda y ardientemente, pero el desdén había sido sustituido por el respeto, aunque a regañadientes. Esa mujer sabía cuándo había que dejar a un lado el «juego» entre ambas. ¡Pero si de no ser por Perrin, de hecho, le habría caído bien! Fugazmente, y para extinguir aquella odiosa idea, se imaginó a sí misma afeitando la cabeza a Berelain. ¡Era una mujerzuela y una buscona! Pero ahora no podía permitir que la distrajera.

Alliandre observó a las tres mujeres que tenía delante, una por una, pero no dio muestras de nerviosismo. Tomó de nuevo su copa y bebió despreocupadamente antes de hablar, acompañando con suspiros y sonrisas compungidas sus palabras, como si éstas no fuesen realmente tan importantes como sonaban.

—Tengo intención de mantener mi juramento, desde luego, pero debéis entender que espero algo más. Una vez que vuestro esposo haya partido, me quedaré como estaba. Peor, quizás, hasta que llegue alguna ayuda tangible del lord Dragón, que la Luz bendiga su nombre. El Profeta podría destruir Bethal o incluso la propia Jehannah del mismo modo que hizo con Samara, y yo no tengo modo de impedírselo. Y, si de algún modo se entera de mi juramento... Afirma que ha venido para enseñarnos cómo servir al lord Dragón bajo la Luz, pero es *él* quien enseña ese camino, y no creo que se muestre muy complacido con cualquiera que encuentre otro.

—Está bien que tengáis intención de cumplir vuestro juramento —le contestó secamente Faile—. Si queréis algo más de mi esposo, quizá también deberíais hacer algo más. Tal vez deberíais acompañarlo cuando marche al sur para encontrarse con el Profeta. Naturalmente, querréis tener con vos vuestros propios soldados, pero yo sugeriría un número no mayor que el que la Principal ha traído con ella. ¿Nos sentamos?

Ocupó la silla que Perrin había dejado libre y señaló a Berelain y a Annoura las que estaban a los lados; sólo entonces indicó otra a Alliandre.

La reina se sentó lentamente, contemplando a Faile con los ojos muy abiertos, no nerviosa, sino estupefacta.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa? —exclamó—. Lady Faile, los Hijos de la Luz aprovecharán cualquier excusa para incrementar sus expolios en Ghealdan, y tal vez el rey Ailron podría decidir enviar un ejército al norte también. ¡Es imposible!

—Os lo ordena la esposa de vuestro señor, de quien sois vasalla —manifestó firmemente Faile.

Parecía imposible que los ojos de Alliandre se desorbitaran más, pero lo hicieron. Miró a Annoura y sólo encontró la expresión imperturbable Aes Sedai que le devolvía la mirada con sosiego.

—Por supuesto —dijo al cabo de un momento. Su voz sonaba hueca. Tragó saliva y añadió—. Por supuesto, haré lo que me... ordenáis... milady.

Faile ocultó su alivio con una gentil inclinación de cabeza, aceptándolo. Había esperado que Alliandre se resistiera. Que la reina prestase juramento de lealtad sin darse cuenta de lo que conllevaba —¡que comprendiera la necesidad de manifestar que tenía intención de cumplir su juramento!— sólo venía a confirmar sus sospechas de que no podían dejar atrás a esa mujer. A decir de todos, Alliandre se había librado de la amenaza de Masema sometiéndose a él. Poco a poco, sin duda, sin otra opción y sólo cuando no le quedó más remedio; pero la sumisión podía acabar convirtiéndose en costumbre. De regreso en Bethal, sin que aparentemente hubiese habido cambio alguno, ¿cuánto tardaría en decidir cubrirse las espaldas avisando a Masema? Había sentido el peso de su juramento; ahora podía aligerar la carga.

—Me complace que nos acompañéis —dijo afablemente. Y era sincera—. Mi esposo no

olvida a los que le prestan servicio. Y uno de esos servicios sería escribir a vuestros nobles, informándoles de que un hombre en el sur ha izado la bandera de Manetheren.

Berelain casi giró la cabeza hacia ella, sorprendida, y Annoura llegó incluso a parpadear.

—Milady —respondió la reina en tono apremiante—, la mitad de ellos enviarán mensajes al Profeta tan pronto como reciban mi misiva. Le tienen terror, y sólo la Luz sabe qué podría hacer ese hombre.

Era justo la respuesta que Faile esperaba.

—Razón por la cual vos le escribiréis también, añadiendo que habéis reunido unos pocos soldados para ocuparos personalmente de ese hombre. Después de todo, el Profeta del lord Dragón es demasiado importante para que pierda el tiempo con un asunto insignificante.

—Muy bien —murmuró Annoura—. Nadie sabrá quién es quién.

¡Berelain rió con complacida aprobación, así la Luz la abrasara!

—Milady —manifestó Alliandre—, antes dije que milord Perrin era formidable. ¿Me permitís que añada que su esposa es tan formidable como él?

Faile procuró no dejar translucir demasiado su complacencia. Ahora tendría que enviar recado a su gente que esperaba en Bethal. En cierto modo, lamentaba ese plan; de haber tenido que llevarlo a cabo, explicárselo a Perrin habría sido más que difícil, y ni siquiera él habría podido conservar la calma si hubiese raptado a la reina de Ghealdan.

Casi todos los miembros de la Guardia Alada parecían haberse reunido al borde del campamento, rodeando a diez de los suyos que iban a caballo. La ausencia de lanzas indicaba que los jinetes eran exploradores. Los hombres a pie se arremolinaban y empujaban para acercarse más. Perrin creyó percibir de nuevo un trueno, no tan distante, aunque sólo lo advirtió por encima.

Mientras él se disponía a abrirse paso a empellones, Gallenne gritó:

—¡Apartaos, perros sarnosos!

Las cabezas se volvieron prestamente y los hombres recularon con esfuerzo hacia los lados, abriendo un paso estrecho. Perrin se preguntó qué habría pasado si él hubiese llamado perros sarnosos a los hombres de Dos Ríos. Seguramente se habría llevado un puñetazo en la nariz. Quizá mereciese la pena intentarlo.

Nurelle y los otros oficiales se encontraban con los exploradores. También había siete hombres a pie, con las manos atadas a la espalda y una cuerda al cuello como dogal, todos ellos rebullendo intranquilos, encorvando los hombros y fruncido el entrecejo en actitud desafiante o temerosa o ambas. Sus ropas estaban tiesas por la suciedad acumulada, aunque algunas habían sido buenas en su momento. Cosa extraña, despedían un intenso olor a humo. En realidad, algunos de los soldados montados tenían hollín en la cara, y uno o dos parecían haber sufrido quemaduras. Aram observaba atentamente a los prisioneros, con un leve ceño.

Gallenne se plantó con los pies separados y en jarras; su único ojo lanzaba una mirada más fulminante de lo que eran capaces muchos hombres con dos.

—¿Qué ha pasado? —demandó—. ¡Se supone que la misión de mis exploradores es regresar con información, no con desharrapados!

—Dejaré que presente el informe Ortis, milord —contestó Nurelle—. Él se encontraba allí. ¡Jefe de patrulla Ortis!

Un soldado de edad madura descendió del caballo para saludar con una inclinación de cabeza y con la mano enguantada contra el pecho. Su casco era sencillo, sin las finas plumas ni las alas que iban repujadas en los lados de los yelmos de los oficiales. Bajo el borde se apreciaba claramente una quemadura en su cara. En la mejilla contraria tenía una cicatriz que le tiraba de la comisura de los labios.

—Milord Gallenne, milord Aybara —empezó con voz grave—, topamos con estos comedores de nabos a unos diez kilómetros al oeste, milores. Habían prendido fuego a una granja, con los granjeros dentro. Una mujer intentó escapar por una ventana y uno de estos canallas le machacó el cráneo. Sabiendo lo que lord Aybara opina de eso, le pusimos fin.

Librodot

Llegamos demasiado tarde para salvar a nadie, pero capturamos a estos siete. El resto huyó.

—A menudo la gente es tentada a caer de nuevo en la Sombra —habló inopinadamente uno de los prisioneros—. Hay que sacarlos de su error a toda costa. —Era un hombre alto y delgado, con aire señorial, y tenía la voz suave y educada, pero su chaqueta estaba tan sucia como las de los demás y no se había afeitado hacía dos o tres días. El Profeta no parecía apreciar gastar tiempo en cosas como navajas de rasurar. O en lavarse. Con las manos atadas y la cuerda alrededor del cuello, dirigía miradas fulminantes a sus aprehensores sin pizca de miedo. Por el contrario, era todo desafío altanero—. Vuestros soldados no me impresionan. El Profeta de lord Dragón, que la Luz bendiga su nombre, ha destruido ejércitos mucho más grandes que esta apostilla vuestra. Podréis matarnos, pero seremos vengados cuando el Profeta derrame vuestra sangre en el suelo. Ninguno de vosotros nos sobrevivirá mucho tiempo. Él triunfará a sangre y fuego.

Finalizó en un tono vibrante, recta la espalda como una barra de hierro. Los murmullos cundieron entre los soldados que escuchaban. Sabían muy bien que Masema había acabado con ejércitos más grandes que el suyo.

—Colgadlos —ordenó Perrin. De nuevo, volvió a oír el trueno.

Ya que había dado la orden, se obligó a presenciar la ejecución. A pesar de los murmullos, no faltaron manos bien dispuestas a realizar la tarea. Algunos de los prisioneros empezaron a lloriquear cuando las cuerdas que llevaban al cuello fueron lanzadas por encima de las ramas de los árboles. Un tipo otrora gordo, cuya doble barbilla colgaba en pliegues fláccidos, gritó que se arrepentía, que serviría a cualquier señor que le dijeran. Un hombre calvo, con aspecto tan duro como el de Lamgwin, pateó y chilló hasta que la soga le cortó los gritos. Sólo el hombre de voz bien modulada no pateó ni se resistió, ni siquiera cuando el lazo corredizo le apretó el cuello. Su mirada desafiante duró hasta el final.

—Al menos uno de ellos sabía cómo morir —gruñó Gallenne mientras el último cuerpo quedaba inmóvil. Contempló ceñudo a los hombres colgados en los árboles, como si lamentase que no hubiesen ofrecido más resistencia.

—Si esas personas servían a la Sombra —empezó Aram, pero vaciló—. Perdonadme, lord Perrin, pero ¿aprobará esto el lord Dragón?

Perrin dio un respingo y lo miró horrorizado.

—Luz, Aram, ¡ya oíste lo que hicieron! Rand les habría puesto el lazo al cuello personalmente! —Creía que Rand lo habría hecho, esperaba que lo hubiese hecho. Rand estaba decidido a unificar a las naciones antes de la Última Batalla, y no habría reparado mucho en lo que costara conseguirlo.

Los hombres levantaron bruscamente la cabeza cuando sonó un trueno lo bastante fuerte para que todos lo oyeran, y después se repitió más cerca, y después más cerca aún. El viento se levantó, cesó y volvió a soplar, sacudiendo la chaqueta de Perrin a un lado y otro. Los relámpagos surcaron un cielo despejado. En el campo mayeniense, los caballos relincharon y tiraron de las cuerdas que los ataban. Los truenos se sucedieron, y los relámpagos saltaron como serpientes azul plateadas; bajo un sol ardiente, empezó a llover, gruesas gotas dispersas que levantaban polvo al caer en la tierra reseca. Perrin se limpió una de la mejilla y se miró los dedos húmedos con asombro.

En cuestión de segundos la tormenta pasó, y los truenos y relámpagos se desplazaron hacia el este. El sediento suelo absorbió las gotas de lluvia que habían caído, el sol brilló tan abrasador con siempre, y sólo las chispas zigzagueantes y los retumbos cada vez más lejanos indicaban que había ocurrido algo. Los soldados se miraron entre sí con incertidumbre. Gallenne apartó los dedos de la empuñadura de su espada con evidente esfuerzo.

—Esto... Esto no puede ser obra del Oscuro —manifestó Aram, y se encogió. Nadie había visto una tormenta natural como aquélla—. Significa que el tiempo está cambiando, ¿verdad, lord Perrin? ¿A que el clima volverá a ser normal otra vez?

Perrin abrió la boca para decirle que no lo llamara así, pero la cerró de nuevo con un suspiro.

—No lo sé —contestó. ¿Qué era lo que Gaul había dicho?—. Todo cambia, Aram.

Sólo que jamás pensó que él también tendría que cambiar.

Librodot

CAPÍTULO 11

Preguntas y un juramento

El aire dentro del enorme establo olía a heno pasado y estiércol de caballo. Y a sangre, y a carne quemada. Con todas las puertas cerradas, el ambiente estaba cargado. Dos linternas daban escasa luz, y las sombras dominaban la mayor parte del interior del edificio. En las largas hileras de cuadras, los caballos aleteaban los ollares con nerviosismo. El hombre colgado por las muñecas a una viga del techo emitió un quedo gemido, seguido de una tos ahogada. Su cabeza cayó sobre el pecho. Era un hombre alto, musculoso, aunque se notaban claramente los efectos del sufrimiento.

De repente, Sevanna advirtió que su pecho ya no se movía. Los anillos engastados con gemas destellaron rojos y verdes al gesticular bruscamente con la mano a Rhiale.

La mujer pelirroja levantó sin contemplaciones la cabeza del hombre y le alzó un párpado; luego acercó la oreja a su pecho, sin importarle las astillas todavía incandescentes que lo acribillaban. Con un sonido de fastidio, se puso erguida.

—Ha muerto. Tendríamos que haber dejado esto a las Doncellas, Sevanna, o a los Ojos Negros. No me cabe duda de que lo hemos matado por falta de conocimientos.

Sevanna apretó los labios y se ajustó el chal en medio de un gran tintineo de brazaletes. Éstos le llegaban hasta los codos, un considerable peso en oro, marfil y gemas, pero aun así habría lucido hasta el último que poseía de haber podido. Ninguna de las otras mujeres dijo palabra. Someter a interrogatorio a los prisioneros no era tarea de las Sabias, si bien Rhiale sabía por qué debían hacerlo personalmente. El hombre, único superviviente de diez jinetes que creyeron que podrían derrotar a veinte Doncellas porque iban a caballo, también había sido el primer seanchan capturado en los diez días transcurridos desde que habían llegado a esa tierra.

—Habría vivido si no hubiese luchado tanto contra el dolor, Rhiale —adujo finalmente Someryn mientras sacudía la cabeza—. Un hombre fuerte, para ser habitante de las tierras húmedas, pero no pudo aceptar el dolor. Aun así, nos dijo suficientes cosas.

Sevanna la miró de reojo, tratando de ver si denotaba sarcasmo. Tan alta como muchos hombres, Someryn lucía más brazaletes y collares que cualquiera de las otras, con excepción de Sevanna; montones de gotas de fuego, esmeraldas, rubíes y zafiros casi tapaban el generoso busto, que de otra manera habría quedado medio descubierto, ya que llevaba la blusa desabrochada casi hasta la cintura. El chal, atado al talle, no cubría nada. A veces a Sevanna le resultaba difícil discernir si la otra mujer la copiaba o si competía con ella.

—¡Suficientes cosas! —exclamó Meira. A la luz de la linterna que sostenía, su rostro se mostraba aún más sombrío de lo habitual, por increíble que pudiera parecer tal cosa. Meira era de las que encontraban el lado oscuro de un sol de mediodía—. ¿Que su gente se encuentra a dos días al oeste de la ciudad llamada Amador? Eso ya lo sabíamos. Sólo nos ha dicho despropósitos, cuentos absurdos, nada más. ¡Artur Hawkwing! ¡Bah! Las Doncellas tendrían que haberse ocupado él y hacer lo que era necesario.

—¿Correríais el riesgo de que cualquiera descubriese más de lo que conviene antes de tiempo? —Sevanna se mordió el labio, irritada. Casi las había llamado «estúpidas». En su opinión, ya eran muchos los que sabían demasiado, Sabias incluidas, pero no podía correr el riesgo de ofender a esas mujeres, ¡y tal certeza la reconcomía!—. La gente está asustada. —

Librodot

No tenía que disimular su desprecio en este caso, al menos. Lo que la escandalizaba, lo que la indignaba, no era que tuviesen miedo, sino que muy pocos hicieran el menor esfuerzo por ocultarlo—. Ojos Negros o Soldados de Piedra, o incluso las Doncellas, habrían comentado lo que el hombre hubiese dicho. ¡Sabéis que es así! Y sus mentiras habrían sembrado más miedo. —Tenían que ser mentiras. Imaginaba un mar como los lagos que había visto en las tierras húmedas, sólo que con la otra orilla fuera del alcance de la vista. Si fuese verdad que cientos de miles de los suyos venían, aun desde el otro lado de una extensión de agua tan grande, los demás prisioneros a los que había interrogado tendrían que haber estado enterados de su presencia. Y no se había interrogado a ningún prisionero estando ella ausente.

Tion alzó la segunda linterna y la contempló fijamente, sin un solo pestañeo de sus ojos grises. A pesar de ser casi una cabeza más baja que Someryn, Tion superaba en estatura a Sevanna. Y era el doble de ancha. Su cara redonda mostraba frecuentemente una expresión plácida, pero pensar que el gesto iba acorde con su carácter era un error.

—Tienen razón para estar asustados —manifestó con voz dura—. Yo lo estoy, y no me avergüenza reconocerlo. Los seanchan son muchos, si es que no hay más que tomaron Amador, y nosotros somos pocos. Tú tienes a tu septiar alrededor, pero ¿dónde está el mío? Tu amigo de las tierras húmedas, Caddar, y su domesticada Aes Sedai nos enviaron a través de esos agujeros en el aire para que muriéramos. ¿Dónde se encuentran los demás Shaido?

Rhiale se movió para situarse junto a Tion, en actitud desafiante, y enseguida se les unió Alarys, incluso en ese momento jugueteando con su cabello negro para llamar la atención sobre él. O tal vez era para evitar la mirada de Sevanna. Al cabo de un momento, la ceñuda Meira se sumó al grupo, y después Modarra. A ésta se la habría podido considerar delgada si no hubiese sido porque superaba en estatura incluso a Someryn; en consecuencia, enjuta era lo mejor que podía decirse de ella. Sevanna había creído que tenía a Modarra en sus manos tan firmemente como los anillos que lucía en los dedos. Tan firmemente como a... Someryn la miró y suspiró, y después volvió los ojos hacia las otras. Lentamente, se acercó a ellas para situarse a su lado.

Sevanna se quedó sola, justo al borde de la luz de la linterna. De todas las mujeres comprometidas con ella por el asesinato de Desaine, aquéllas eran en las que más confiaba. Tampoco es que se fiara mucho de nadie, naturalmente. Pero con Someryn y Modarra había tenido la certeza de que eran suyas y seguirían sus dictados tanto como si hubiesen prestado el juramento del agua. Y ahora osaban mirarla con ojos acusadores. Hasta Alarys había dejado de juguetear con su pelo para clavar la vista en ella.

Sevanna sostuvo sus miradas con una fría sonrisa, casi una mueca de mofa. No era el momento de recordarles el crimen que unía sus destinos. Nada de coacción esta vez.

—Sospeché que Caddar podría intentar traicionarnos —dijo en cambio. Los azules ojos de Rhiale se abrieron de sorpresa ante su admisión, y Tion abrió la boca, pero Sevanna continuó sin darle opción a hablar—. ¿Habríais preferido quedaros en la Daga del Verdugo de la Humanidad para que os destruyeran? ¿Que os cazasen como alimañas cuatro clanes cuyas Sabias saben cómo abrir esos agujeros en el aire sin necesitar cajas de traslación? En cambio, nos encontramos en el corazón de una tierra rica, más que la de los Asesinos del Árbol. Fijaos en lo que hemos obtenido en sólo diez días. ¿Cuánto más podremos conseguir en una ciudad de los habitantes de las tierras húmedas? ¿Teméis a los seanchan por su número? Recordad que he traído conmigo a todas las Sabias Shaido capaces de encauzar. —Rara vez se le pasaba por la cabeza que ella no podía encauzar. A no tardar, esa carencia sería remediada—. Somos tan fuertes como cualquier ejército que esos habitantes de las tierras húmedas puedan mandar contra nosotros. Aun en el caso de que tengan lagartos voladores. —Resopló con desdén para demostrar lo que pensaba de eso. Ninguna de ellas había visto tales criaturas, ni sus exploradores, pero casi todos los prisioneros habían contado historias ridículas—. Después de que encontremos a los demás septiares, nos apoderaremos de esta tierra. ¡De toda ella! Nos desquitaremos al décuplo por lo que nos hicieron las Aes Sedai. Y encontraremos a Caddar y haremos que muera clamando piedad.

Eso debería haberlas hecho recobrar el ánimo, del mismo modo que había ocurrido

antes. Ningún rostro cambió de expresión. Ni uno solo.

—Y también está el *Car'a'carn* —dijo sosegadamente Tion—. A menos que hayas renunciado a tu plan de casarte con él.

—No he renunciado a nada —replicó irritada Sevanna. Ese hombre y, lo más importante, el poder que representaba, serían suyos algún día. De algún modo. Costase lo que costase. Suavizando el tono continuó—. Rand al'Thor no tiene trascendencia ahora. —Al menos para esas idiotas que no veían más allá de sus narices. Con él en sus manos, todo sería posible—. No pienso quedarme aquí todo el día discutiendo sobre mi guirnalda nupcial. Tengo que ocuparme de asuntos que sí son importantes.

Mientras se alejaba de ellas a través de la penumbra, en dirección a las puertas del establo, se le ocurrió de repente una desagradable idea. Estaba sola con esas mujeres. ¿Hasta dónde podía fiarse de ellas? La muerte de Desaine permanecía muy vívida en su mente; la Sabia había sido... despedazada mediante el Poder Único. Por las mujeres que estaban a su espalda, entre otras. El estómago se le hizo un nudo. Aguzó el oído para captar el más leve susurro de la paja que habría indicado pies siguiéndola, pero no oyó nada. ¿Estarían paradas allí, observándola? Se negó a mirar hacia atrás. Mantener el mismo paso lento sólo requirió un pequeño esfuerzo —¡no demostraría temor, cubriéndose de vergüenza!— pero, cuando empujó una de las puertas, que se abrió girando sobre los engrasados goznes, y salió a la luz del mediodía, no pudo evitar un suspiro de alivio.

Efalin paseaba fuera, con el *shoufa* envuelto en el cuello, el arco metido en el estuche a la espalda, las lanzas y la adarga en la mano. La mujer canosa se giró bruscamente y la preocupación de su semblante se borró sólo un poco al ver a Sevanna. ¡Era la cabecilla de todas las Doncellas Shaido y dejaba translucir su consternación! No era Jumai, pero había acompañado a Sevanna con la excusa de que ésta actuaba como el jefe de los Shaido hasta que pudiera elegirse uno nuevo. Sevanna estaba segura de que Efalin sospechaba que tal cosa no ocurriría nunca. La Doncella sabía dónde estaba el poder. Y cuándo mantener cerrada la boca.

—Enterradlo profundamente y ocultad la tumba —ordenó Sevanna.

Efalin asintió con la cabeza e hizo una seña a las Doncellas que habían permanecido en cuclillas rodeando el establo, y todas desaparecieron en el interior de la construcción. Sevanna observó el edificio, con su tejado rojo de alto caballete y sus paredes azules, y luego se volvió hacia el campo que había enfrente. Un muro de piedra bajo, con un único portón, justo delante del establo, rodeaba un área circular de tierra apisonada, de unos cien pasos de diámetro. Los habitantes de las tierras húmedas lo habían utilizado para entrenar caballos. No se le había ocurrido preguntar a los anteriores propietarios por qué estaba situado tan lejos de todo lo demás, rodeado de árboles tan altos, pero su aislamiento convenía a sus propósitos. Las Doncellas que estaban con Efalin eran quienes habían capturado al seanchan. Nadie más sabía que existía. Ni lo sabría. ¿Estaban las otras Sabias hablando ahí dentro? ¿Sobre ella? ¿Delante de las Doncellas? ¿Qué dirían? ¡Pues no iba a esperar por ellas ni por nadie!

Someryn y las demás salieron del establo justo cuando Sevanna echaba a andar hacia el bosque, y la siguieron entre los árboles mientras discutían sobre los seanchan, sobre Caddar y sobre dónde habrían sido enviados los otros Shaido. No sobre ella; claro que tampoco iban a hacerlo cuando podía oírlas. Lo que oyó la hizo torcer el gesto. Había más de trescientas Sabias con los Jumai, y era lo mismo cada vez que dos o tres se ponían a hablar: ¿Dónde estaban los restantes septiares? ¿Habría sido Caddar una lanza arrojada por Rand al'Thor? ¿Cuántos seanchan había? E incluso ¿de verdad cabalgarían en lagartos? ¡Lagartos! Esas mujeres habían estado con ella desde el principio. Las había guiado paso a paso, aunque creían que habían colaborado a fraguar cada movimiento, que sabían hacía dónde se dirigían. Si las perdía ahora...

El bosque dio paso a un extenso claro que podría haberse tragado el círculo vallado y el establo multiplicados por cinco, y Sevanna sintió que el mal humor la abandonaba cuando se paró a mirar. Al norte se alzaban colinas bajas y, varios kilómetros detrás de esas estribaciones, montañas cuyas cumbres estaban coronadas de nubes, grandes masas blancas

surcadas por franjas gris oscuro. En su vida había visto tantas nubes. Más cerca, miles de Jumai iban y venían ocupados en las tareas cotidianas. El sonido vibrante de martillos sobre yunques resonaba allí donde trabajaban los herreros, los balidos de ovejas y cabras que se estaban sacrificando para la cena se mezclaban con las risas de los niños, que corrían en sus juegos. Al disponer de más tiempo que los demás septiares para preparar la huida desde la Daga del Verdugo de la Humanidad, los Jumai habían llevado consigo los rebaños reunidos en Cairhien, engrosados tras su llegada allí.

Muchos habían instalado sus tiendas, pero no era necesario. Estructuras de vivos colores casi llenaban el claro, semejando un pueblo grande de las tierras húmedas, con altos graneros, una amplia forja, y los achaparrados techos —o viviendas— que habían albergado a los sirvientes, todos ellos pintados en rojo y azul, que rodeaban el gran techo principal. La casa solariega, como se la llamaba, tenía tres pisos bajo el tejado de baldosas de color verde oscuro, toda ella en un tono verde más claro, con adornos amarillos, y se alzaba sobre un cerro artificial de piedra, de diez pasos de altura. Jumai y *gai'shain* subían por la larga rampa que conducía a la gran puerta del edificio y caminaban por los balcones —cincelados de manera ornamentada— que lo rodeaban.

Las murallas y los palacios que había visto en Cairhien no la habían impresionado ni la mitad. Estaba pintado como una carreta de los Errantes, pero aun así resultaba maravilloso. Tendría que haberse dado cuenta de que, con tantos árboles, esas gentes podían permitirse construir cualquier cosa con madera. ¿Es que nadie más, aparte de ella, era capaz de ver la riqueza de esa tierra? Muchos otros *gai'shain* de blanco iban y venían afanados en sus tareas; había más de los que jamás hubiesen sumado entre diez septiares, ¡casi la mitad de los Jumai! Ya nadie protestaba por hacer *gai'shain* a los habitantes de las tierras húmedas. ¡Eran tan dóciles! Un joven vestido con ropas blancas toscamente confeccionadas pasó presuroso aferrando un cesto y mirando con los ojos muy abiertos a la gente, tropezando con el repulgo de la túnica. Sevanna sonrió. El padre de ése se había llamado a sí mismo el señor del lugar y bravuconeó afirmando que a ella y su pueblo les darían caza por aquel atropello; no obstante, ahora llevaba el blanco y trabajaba tan duro como su hijo, al igual que su esposa, sus hijas y sus otros hijos. Las mujeres habían poseído muchas joyas y hermosas sedas, y Sevanna sólo había cogido lo mejor de todo para ella. Una tierra opulenta, tan cebada que rezumaba ricos aceites.

Las mujeres que venían detrás se habían parado para hablar entre ellas al borde de los árboles. Captó su conversación, y su humor volvió a cambiar.

—... cuántas Aes Sedai luchan por esos seanchan —estaba diciendo Tion—. Debemos enterarnos de eso.

Someryn y Modarra murmuraron unas palabras de conformidad.

—No creo que importe —disintió Rhiale. Al menos su actitud discrepante también se extendía a las demás—. Dudo que luchen a menos que las ataquemos. Recordad que no hicieron nada hasta que fuimos contra ellas directamente, ni siquiera para defenderse.

—Y cuando lo hicieron —adujo Meira con acritud—, veintitrés de nosotras murieron. Y más de diez mil *algai'd'siswai* tampoco regresaron. Aquí tenemos poco más de un tercio de ese número, aun contando a los Sin Hermanos. —Las últimas palabras rebosaban desprecio.

—¡Aquello fue obra de Rand al'Thor! —espetó bruscamente Sevanna—. ¡En lugar de darle vueltas a lo que hizo contra nosotras, pensad en lo que podremos hacer cuando sea nuestro! —«Cuando sea mío», pensó. Las Aes Sedai habían podido cogerlo y retenerlo durante ese tiempo, y ella disponía de algo que las Aes Sedai no habían tenido o, en caso contrario, lo habrían utilizado—. Recordad en cambio que las vencimos hasta que él se puso de su lado. ¡Las Aes Sedai no son nada!

De nuevo, sus esfuerzos por reanimar su coraje no tuvieron efectos visibles. Lo único que podían recordar era que las lanzas se habían roto mientras intentaban capturar a Rand al'Thor, y ellas con las lanzas. Por la expresión de Modarra habríase dicho que estaba contemplando la tumba de todo su septiar, e incluso Tion frunció el entrecejo con incertidumbre, recordando que también ella había corrido como una cabra asustada.

Librodot

—Sabias —llamó una voz masculina detrás de Sevanna—. Se me ha enviado para que pida vuestro dictamen.

Al instante, los semblantes de todas recobraron la serenidad. Lo que ella no había conseguido, él lo había logrado con su mera presencia. Ninguna Sabia permitiría que cualquiera que no fuese otra Sabia la viera descompuesta. Alarys dejó de atusarse el pelo, que se había echado sobre el hombro. Saltaba a la vista que ninguna lo conocía. Sevanna creía que sí.

Las contemplaba con aire serio; sus verdes ojos parecían mucho más viejos que su terso rostro. Su boca, de labios carnosos, se curvaba en un gesto adusto, como si hubiese olvidado cómo sonreír.

—Soy Kinhuin, de los *Mera'din*, Sabias. Los Jumai dicen que no podemos tomar toda nuestra parte de este lugar porque no somos Jumai, pero es porque ellos recibirían menos, ya que somos el doble que los *algai'd'siswai* Jumai. Los Sin Hermanos pedimos vuestro dictamen, Sabias.

Ahora que sabían quién era, algunas no pudieron disimular su desagrado por los hombres que habían abandonado clan y septiar para ir con los Shaido en lugar de seguir a Rand al'Thor, un habitante de las tierras húmedas y no el verdadero *Car'a'carn*, como ellos creían. El semblante de Tion se tornó impasible, simplemente, pero los ojos de Rhiale centellearon y a Meira le faltó poco para fruncir el ceño. Sólo Modarra mostraba preocupación; claro que ella habría intentado incluso mediar en una disputa entre Asesinos del Árbol.

—Las seis Sabias darán su dictamen una vez que hayan oído a las dos partes —le dijo Sevanna a Kinhuin con un tono tan serio como el de él.

Las otras la miraron, disimulando apenas su sorpresa por el hecho de que no pensara tomar parte en el asunto. Había sido ella la que dispuso que el número de *Mera'din* que acompañaban a los Jumai fuera diez veces superior al que iba con cualquier otro septiar. Realmente había sospechado de Caddar —si bien no imaginó la mala pasada que les jugó— y por ello arregló las cosas para tener cerca tantas lanzas como fuera posible. Además, siempre podían morir en lugar de los Jumai.

Fingió extrañeza ante la sorpresa de las otras.

—No sería justo que tomase parte, ya que mi propio septiar está involucrado —les dijo antes de volverse hacia el hombre de ojos verdes—. Su dictamen será justo, Kinhuin. Y estoy segura de que hablarán a favor de los *Mera'din.*

Las otras mujeres le dirigieron duras miradas antes de que Tion ordenara con un ademán a Kinhuin que las condujera donde las aguardaban. El hombre tuvo que hacer un esfuerzo para apartar los ojos de Sevanna. Esbozando una sonrisa —la había estado mirando a ella, no a Someryn— Sevanna los siguió con la mirada mientras se perdían entre la multitud que iba y venía por el recinto de la casa solariega. A pesar de su desagrado por los Sin Hermanos —y el hecho de que ella hubiese predicho al hombre cuál sería su decisión—, había más posibilidades de que fallaran a favor de ellos. En cualquier caso, Kinhuin recordaría y se lo contaría a los otros de su, así llamada, asociación. A los Jumai ya los tenía en el bolsillo, pero cualquier cosa que vinculara a los *Mera'din* con ella era bienvenida.

Sevanna dio media vuelta y regresó hacia el bosque, aunque no en dirección al establo. Ahora que se encontraba sola, se ocuparía de algo mucho más importante que los Sin Hermanos. Comprobó lo que se había guardado metido en la falda, a la altura de los riñones, donde el chal lo tapaba. Lo habría notado aunque apenas hubiese resbalado, pero deseaba tocar la suave superficie con sus dedos. Ninguna Sabia la consideraría inferior a ellas después de que hubiese utilizado aquello, tal vez antes de finalizar esa jornada. Y quizás algún día también pondría a Rand al'Thor en sus manos. Después de todo, si Caddar había mentido en una cosa, tal vez hubiese mentido en otras.

A través del borroso velo de lágrimas, Galina Casban dirigió una mirada hostil a la Sabia que la tenía escudada. ¡Como si fuera necesario ningún escudo! En ese momento no

Librodot

habría podido siquiera abrazar la Fuente. Sentada con las piernas cruzadas, entre dos Doncellas puestas en cuclillas, Belinde se ajustó el chal y esbozó una sonrisa, como si le hubiese leído el pensamiento. El rostro de Galina era estrecho y zorruno, y el sol le había aclarado el cabello y las cejas hasta dejarlos casi blancos. Ojalá le hubiese aplastado el cráneo a esa mujer, en lugar de abofetearla simplemente.

No había sido un intento de huida, sino meramente el impulso nacido de una frustración mayor de la que podía soportar. Para ella los días empezaban y acababan con agotamiento, cada jornada más que la precedente. No recordaba cuánto hacía que le habían puesto aquella túnica negra y áspera; los días discurrían en un flujo constante, como la eterna corriente de un arroyo. ¿Una semana? ¿Un mes? Quizá no tanto. Seguro que no más de ese tiempo. Ojalá no hubiese tocado a Belinde. Si la mujer no le hubiese metido trapos en la boca para silenciar sus sollozos, le habría suplicado que le permitiera acarrear piedras otra vez, o trasladar un montón de guijarros, uno a uno, o cualquiera de las torturas con las que llenaban sus horas. Cualquier cosa antes que eso.

Sólo su cabeza asomaba por el saco de cuero que colgaba de la sólida rama de un roble. Y justo debajo del saco, ardían ascuas en un brasero de bronce, lentamente, calentando el aire dentro del saco. Estaba acurrucada en aquel sofocante calor, con los pulgares atados a los dedos de los pies y el sudor corriéndole por su cuerpo desnudo. El cabello le colgaba, chorreando, sobre el rostro. Cuando no estaba llorando, jadeaba y las aletas de la nariz se agitaban buscando más aire. Con todo, eso habría sido mejor que el interminable, absurdo y agotador trabajo al que la sometían excepto por una cosa. Antes de cerrar la boca del saco debajo de su barbilla, Belinde había vaciado una bolsita de alguna clase de polvo muy fino sobre ella, y en el momento en que empezó a sudar, la sustancia también había empezado a escocerle como pimienta arrojada a los ojos. Parecía cubrirla desde los hombros hasta abajo, y, ¡oh, Luz, cómo escocía!

Que invocara a la Luz denotaba claramente la medida de su desesperación, pero no habían conseguido doblegarla a pesar de todos sus intentos. Se liberaría —¡seguro que sí!— y entonces ¡haría que esas salvajes lo pagaran con sangre! ¡Con ríos de sangre! ¡Con océanos! ¡Las desollaría vivas a todas! ¡Les...! Echó la cabeza hacia atrás y aulló; los trapos metidos en la boca amortiguaron el sonido, pero aulló, y no supo si era un grito de rabia o una súplica de clemencia.

Cuando acabaron los chillidos y su cabeza cayó hacia adelante, Belinde y las Doncellas se habían puesto de pie, y Sevanna estaba con ellas. Galina intentó sofocar sus sollozos delante de la mujer de cabello dorado, pero le habría sido más fácil arrancar el sol del cielo con sus manos.

—Fijaos cómo gimotea —se mofó Sevanna mientras se acercaba.

Galina intentó dar a su mirada una expresión tan despreciativa como la de la Aiel. ¡Sevanna se engalanaba con suficientes joyas como para satisfacer a diez mujeres! Llevaba la blusa desabrochada hasta casi dejar el busto descubierto, salvo por aquellos collares desparejados; ¡y respiraba hondo cuando los hombres la miraban! Galina lo intentó, pero resultaba difícil demostrar desprecio cuando las lágrimas le corrían por las mejillas a la par que el sudor. Los sollozos la sacudieron y el saco se meció.

—Esta *da'tsang* es dura como una cabra vieja —rió socarronamente Belinde—, pero siempre he conseguido que hasta la cabra vieja más dura se vuelva tierna si se la cocina lentamente, con las hierbas adecuadas. Cuando era Doncella, ablandé Soldados de Piedra, simplemente dejando que se cocinaran lo suficiente.

Galina cerró los ojos. *Océanos* de sangre. ¡Lo pagarían...!

El saco se zarandeó y Galina abrió los ojos de golpe mientras empezaba a pararse. Las Doncellas habían deshecho el nudo de la cuerda que rodeaba la rama, y las dos la bajaban lentamente. Frenética, se meneó bruscamente para mirar hacia abajo, y casi se puso a llorar otra vez, con alivio, cuando vio que habían apartado a un lado el brasero. Con los comentarios de Belinde sobre cocinar... Ésa sería la suerte que correría Belinde, decidió: ¡atada a un espetón y dando vueltas y vueltas sobre una lumbre hasta que gotearan sus jugos! ¡Eso para

empezar!

Con un golpe seco que arrancó un gemido a Galina, el saco de cuero cayó al suelo y se volcó. Con tanta despreocupación como si manejasen un saco de patatas, las Doncellas la hicieron rodar hasta los secos hierbajos, cortaron las cuerdas que ataban los pulgares con los dedos de los pies y arrancaron la mordaza. El polvo y las hojas muertas se pegaron a su cuerpo sudoroso.

Ansiaba ponerse de pie, mirarlas a la cara, con igual odio y desprecio. En cambio, se incorporó a gatas; clavó los dedos de manos y pies en la tierra del bosque. De otro modo, no habría podido evitar que sus manos fueran hacia la piel enrojecida, quemada. El sudor era como jugo de cerecillas. Sólo fue capaz de quedarse acurrucada, temblando, intentando llevar algo de saliva a su boca y soñar despierta con lo que les haría a esas salvajes.

—Te creía más fuerte —comentó Sevanna en tono pensativo—, pero quizá Belinde tenga razón. Quizás ahora ya te has ablandado lo suficiente. Si juras obedecerme, puedes dejar de ser *da'tsang.* Tal vez ni siquiera tengas que ser *gai'shain.* ¿Juras obedecerme en todo?

—¡Sí! —La palabra salió sin vacilación de su boca, aunque tuvo que tragar antes de poder seguir—. ¡Te obedeceré! ¡Lo juro! —Y así lo haría. Hasta que se presentase la oportunidad que necesitaba. ¿Y a eso se reducía todo? ¿A un juramento que habría prestado desde el primer día? Sevanna iba a saber lo que se sentía al estar colgando sobre brasas. Oh, sí, le...

—Entonces no tendrás inconveniente en prestar tu juramento sobre esto —dijo Sevanna mientras ponía bruscamente algo delante de ella.

A Galina se le erizó el cabello al mirarlo. Era una vara blanca, como de marfil pulido, de poco más de un palmo de largo y no más gruesa que su muñeca. Entonces reparó en las marcas de trazo fluido que tenía grabadas en el extremo más próximo a ella, números utilizados en la Era de Leyenda. Ciento once. Había creído que era la Vara Juratoria, robada de algún modo de la Torre Blanca. También aquélla tenía marcas, pero con el número tres, por lo que algunas hermanas creían que significaba los Tres Juramentos. Quizás ese objeto no era lo que parecía. Quizá. No obstante, ni siquiera una cobra de las Tierras Anegadas la habría dejado tan paralizada.

—Un bonito juramento, Sevanna. ¿Cuándo te proponías decírnoslo a las demás?

Aquella voz hizo que Galina levantara bruscamente la cabeza. Habría conseguido incluso que apartara la vista de una cobra.

Therava apareció entre los árboles, a la cabeza de una docena de Sabias de fríos semblantes. Cuando se detuvieron detrás de ella, enfrentándose a Sevanna, todas las presentes, excepto las Doncellas, habían sido testigos cuando Galina fue sentenciada a llevar la vestidura negra. A una orden de Therava, confirmada por un cabeceo de Sevanna, las Doncellas se marcharon con presteza. A pesar de estar empapada de sudor, Galina sintió un escalofrío.

Sevanna dirigió una rápida mirada a Belinde, que eludió los ojos. Sevanna curvó los labios en una mueca de desprecio y desafío a partes iguales a la par que se ponía en jarras. Galina no entendía de dónde sacaba el coraje, siendo una mujer que no podía encauzar en absoluto. Algunas de esas Sabias poseían una fuerza nada desdeñable. No, no podía permitirse el lujo de considerarlas simplemente como unas espontáneas si quería escapar y tener su venganza. Therava y Someryn eran más fuertes que cualquiera de las mujeres de la Torre, y cualquiera de ellas habría podido ser Aes Sedai fácilmente.

Sin embargo, Sevanna les hacía frente en actitud desafiante.

—Al parecer, habéis impartido justicia con rapidez —instó en un tono más seco que el polvo.

—Era un asunto sencillo —repuso sin alterarse Tion—. Los *Mera'din* recibieron la justicia que merecían.

—Y se les informó de que la recibían *a pesar* de tu intento de forzar nuestro dictamen —añadió Rhiale con un atisbo de ira.

Sevanna casi gruñó ante aquello. Con todo, Therava no iba a dejar que la desviaran de

Librodot

su propósito. De una rápida zancada llegó junto a Galina, la agarró por el pelo y tiró hasta ponerla de rodillas, con la cabeza echada hacia atrás. Therava no era la más alta de aquellas mujeres, pero aun así superaba en estatura a muchos hombres, y la miraba desde arriba con ojos de halcón, borrando toda idea de venganza y rebeldía. Los mechones blancos que surcaban su rojo cabello hacían su gesto más imperioso. Galina apretó los puños sobre los muslos, hincándose las uñas en las palmas. Hasta el ardor de su piel quemada perdía protagonismo ante aquella mirada. Había soñado con machacar a esas mujeres, hacerles suplicar la muerte y ella se reiría mientras rechazaba su ruego. Todas salvo Therava. Por las noches, Therava invadía sus sueños y no podía hacer nada excepto intentar huir; la única salida era despertarse gritando. Galina había quebrantado a hombres y mujeres fuertes, pero alzó la vista hacia Therava, con los ojos desorbitados, y gimió.

—Ésta no tiene honor que vejar. —Therava casi escupió las palabras—. Si la quieres derrumbar, Sevanna, deja que me encargue yo. Cuando haya acabado con ella, obedecerá sin necesidad del juguete de tu amigo Caddar.

Sevanna replicó acaloradamente, negando ser amiga del tal Caddar —quienquiera que fuese—, y Rhiale bramó que Sevanna se lo había impuesto a las otras, y otras empezaron a discutir sobre si el «vinculador» funcionaría tan mal como la «caja de traslación».

Una pequeña parte de la mente de Galina se aferró a la mención de la caja de traslación. Había oído hablar de ella antes, y ansió tenerla en sus manos aunque sólo fuese un momento. Con un *ter'angreal* que le permitiera Viajar, por imperfecto que pareciera su funcionamiento, podría... Ni siquiera la esperanza de escapar pudo desterrar la idea de lo que Therava haría con ella si las otras decidían ceder a su petición. Cuando la mujer de ojos de halcón le soltó el cabello para sumarse a la discusión, Galina se arrojó sobre la vara, cayendo de bruces al suelo. Cualquier cosa, hasta obedecer a Sevanna, era mejor que volver a estar en manos de Therava. De no haberla tenido escudada, ella misma habría encauzado para que la vara funcionase.

Tan pronto como sus dedos se cerraron sobre la suave superficie, el pie de Therava se plantó sobre su mano con fuerza, aplastándosela dolorosamente contra el suelo. Ninguna de las Sabias se molestó en mirarla mientras yacía retorciéndose en el suelo, intentando en vano soltarse. Tampoco puso demasiado empeño; recordó vagamente que ella había hecho palidecer de miedo a gobernantes, pero ni siquiera se atrevía a apartar el pie de esa mujer.

—Si ha de jurar —dijo Therava con una dura mirada clavada en Sevanna—, será para obedecernos a todas las que estamos aquí.

Las demás asintieron con la cabeza, algunas manifestando su conformidad en voz alta, salvo Belinde, que apretó los labios pensativamente. Sevanna devolvió la mirada de Therava con idéntica dureza.

—Está bien —accedió finalmente—. Pero a mí con prioridad. No soy sólo una Sabia, sino que actúo como jefe de clan.

—Lo haces, cierto. —Therava esbozó un atisbo de sonrisa—. Nos obedecerá prioritariamente a dos, Sevanna. A ti y a mí.

En el rostro de Sevanna no menguó un ápice el gesto desafiante, pero asintió. De mala gana. Sólo entonces Therava levantó el pie; el brillo del *Saidar* la envolvió, y un flujo de Energía rozó los números grabados en la vara que Galina agarraba. Igual que se hacía con la Vara Juratoria.

Durante un instante, Galina vaciló y flexionó los dedos machacados. También su tacto era igual que el de la Vara Juratoria; no exactamente como el marfil ni como el cristal, y claramente frío contra su palma. Si era otra Vara Juratoria, podría utilizarse para anular cualquier juramento que prestase ahora. Si se le presentaba la oportunidad. No quería correr el riesgo, no quería jurar obediencia a Therava, en cualquier caso. Siempre, hasta que ocurrió eso, fue ella la que ordenó; su vida desde que la capturaron había sido un infierno, ¡pero Therava la convertiría en un perrito faldero! Mas, si no juraba, ¿dejarían que Therava la quebrantara? No le cupo la mínima duda de que la mujer lo haría. Total y absolutamente.

—Por la Luz y por mi esperanza de salvación y renacimiento —ya no creía ni en la Luz ni en la esperanza de salvación, y no había necesidad de pronunciar algo más que una simple

Librodot

promesa, pero ellas esperaban un juramento solemne—, juro que obedeceré a las Sabias aquí presentes en todo, con prioridad a Therava y a Sevanna.

La última esperanza de que el tal «vinculador» no funcionase como tal se desvaneció cuando Galina sintió que el juramento se establecía en ella, como si de repente llevase una funda que la cubría prietamente desde la coronilla hasta las plantas de los pies. Echó la cabeza hacia atrás y gritó. En parte porque de repente sentía como si la quemadura de la piel penetrara profundamente en su carne, pero sobre todo por pura desesperación.

—¡Silencio! —instó secamente Therava—. ¡No quiero oír tus lamentos!

Galina cerró la boca de golpe, a punto de morderse la lengua, y se esforzó por tragarse los sollozos. Ahora no había más que obedecer. Therava la contempló con el entrecejo fruncido.

—Veamos si esto funciona realmente —murmuró mientras se inclinaba sobre ella—. ¿Has planeado cualquier acto violento contra cualquiera de las Sabias presentes? Responde sinceramente y pide ser castigada si lo has hecho. La pena por actos de violencia contra una Sabia —añadió como si se le acabara de ocurrir— puede ser acabar sacrificada como un animal. —Se pasó el índice expresivamente por la garganta y después asió la empuñadura de su cuchillo del cinturón con la misma mano.

Inhalando bruscamente, aterrada a más no poder, Galina se echó hacia atrás para alejarse de la mujer. Sin embargo, fue incapaz de apartar los ojos de los de Therava, y tampoco pudo frenar las palabras que salieron masculladas entre los dientes prietos.

—¡L... lo hice, c... contra todas v... vosotras! ¡P... por favor, c... castigadme por ello!

¿La matarían ahora? ¿Después de todo eso iba a morir allí?

—Vaya, parece que el vinculador funciona como dijo tu amigo, Sevanna. —Arrebató de un tirón la vara que sostenían las manos fláccidas de Galina y se la guardó bajo el cinturón mientras se erguía—. También parece que llevarás las ropas blancas, Galina Casban. —Por alguna razón, esbozó una sonrisa complacida. Sin embargo, a continuación impartió más órdenes—. Te comportarás dócilmente, como es propio de una *gai'shain.* Si un niño te dice que saltes, saltarás, a menos que una de nosotras ordene lo contrario. Y no tocarás el *Saidar* ni encauzarás a no ser que una de nosotras te lo ordene. Suelta el escudo, Belinde.

El escudo desapareció y Galina siguió arrodillada, mirando al vacío. La Fuente brillaba justo al borde de la percepción, pero antes le habrían crecido alas que poder alcanzarla y entrar en contacto con ella. Hubo un tintineo de brazaletes cuando Sevanna se ajustó iracundamente el chal.

—Te arrogas demasiado, Therava —instó—. Eso es mío. ¡Dámelo! —Extendió la mano, pero la otra mujer se limitó a cruzarse de brazos.

—Se han celebrado reuniones entre las Sabias —le respondió—. Hemos tomado ciertas decisiones.

Las mujeres que habían llegado con ella se agruparon detrás, todas enfrente de Sevanna, y Belinde se apresuró a unirse al grupo.

—¿Sin mí? —espetó Sevanna—. ¿Cualquiera de vosotras ha osado tomar una decisión sin mí?

Su tono era tan firme como siempre, pero sus ojos iban una y otra vez hacia la vara sujeta bajo el cinturón de Therava, y a Galina le pareció advertir un atisbo de incertidumbre en el gesto. En otro momento, habría disfrutado enormemente.

—Había que tomar una sin ti —adujo Tion con voz fría.

—Como has señalado tan a menudo, hablas como jefe de clan —añadió Emerys, en cuyos grises ojos había un brillo burlón—. A veces, las Sabias deben hablar sin que las oiga un jefe de clan. O alguien que actúa como uno.

—Decidimos —dijo Therava—, que, como cualquier jefe de clan debe tener una Sabia que lo aconseje, también tú debes tenerla. *Yo* te aconsejaré.

Ciñéndose el chal, Sevanna observó a las mujeres que tenía enfrente. Su expresión era indescifrable. ¿Cómo se las arreglaba? Podían aplastarla como un huevo de un martillazo.

—¿Y qué *consejo* me ofreces, Therava? —preguntó finalmente con tono gélido.

—Mi firme consejo es que nos pongamos en marcha sin demora —repuso la otra Sabia, tan fría como Sevanna—. Esos seanchan están demasiado cerca y son muy numerosos. Deberíamos dirigirnos al norte, hacia esas Montañas de la Niebla y establecer un dominio. Desde allí, podremos enviar patrullas para buscar a los otros septiares. Puede llevar mucho tiempo reunir a los Shaido, Sevanna. Tu amigo de las tierras húmedas nos ha desperdigado por los nueve rincones del mundo. Hasta que estemos agrupados, somos vulnerables.

—Partiremos mañana —dijo Sevanna.

Si Galina no hubiese estado segura de conocerla de cabo a rabo, habría pensado que la voz de la mujer sonaba enfurruñada, además de furiosa. Sus verdes ojos centelleaban.

—Pero hacia el este —continuó—. Eso también se encuentra lejos de los seanchan, y las tierras del este se hallan sumidas en tumultos, maduras como frutas para arrancar del árbol.

Se produjo un largo silencio.

—Al este —aceptó después Therava. Pronunció las palabras suavemente; la suavidad de la seda extendida sobre un afilado acero—. Pero recuerda que algunos jefes de clan han vivido para lamentar haber rehusado demasiado a menudo seguir el consejo de una Sabia. También puede ocurrirte a ti. —La amenaza era patente en su voz y en su rostro, ¡pero Sevanna se echó a reír!

—¡Y tú recuerda esto, Therava! ¡Recordadlo, todas! ¡Si se me deja para pasto de buitres, correréis la misma suerte todas! Me he asegurado de que ocurra así, llegado el caso.

Las otras mujeres intercambiaron miradas preocupadas, excepto Therava, y Modarra y Norlea fruncieron el ceño.

Sentada sobre los talones, sollozando e intentando en vano aliviar la piel quemada con sus manos, Galina se encontró preguntándose qué significarían esas amenazas. Fue un pensamiento pequeño, que se abrió paso a través de la mortificante autocompasión. Cualquier cosa que pudiese utilizar contra esas mujeres sería bienvenida. Si se atrevía a usarla. Qué idea tan amarga.

De repente cayó en la cuenta de que el cielo se estaba poniendo oscuro. Nubes arremolinadas avanzaban desde el norte, cubriéndolo de gris y negro, ocultando el sol. Y bajo las nubes, ráfagas de nieve se arremolinaban en el aire. Ningún copo cayó al suelo —algunos llegaron a las copas de los árboles—, pero Galina se quedó boquiabierta. ¿Había perdido el Gran Señor su control sobre el mundo por alguna razón?

Las Sabias también miraban el cielo de hito en hito, boquiabiertas como si jamás hubiesen visto nubes, y mucho menos nieve.

—¿Qué es eso, Galina Casban? —demandó Therava—. ¡Habla si lo sabes! —No apartó la vista del cielo hasta que Galina le contestó que era nieve, y cuando lo hizo se echó a reír—. Siempre pensé que los hombres que dieron caza a Laman Asesino del Árbol mentían sobre la nieve. ¡Esto no frenaría ni a un ratón!

Galina cerró la boca para acallar la explicación sobre las nevadas, horrorizada de que su instinto hubiese sido tratar de ganarse el favor de la mujer. Espantada también por la fugaz sensación de placer que le produjo reservarse información. «¡Soy la Altísima del Ajah Rojo! —se recordó—. ¡Me siento en el Consejo Supremo del Ajah Negro!» Sonaba a mentiras. ¡No era justo!

—Si hemos acabado aquí —dijo Sevanna—, llevaré a la *gai'shain* al gran techo y me ocuparé de ponerla de blanco. Vosotras podéis quedaros a contemplar la nieve si queréis.

Su tono era tan suave, como mantequilla en la cubeta, que nadie habría imaginado que un momento antes estaba a matar con las demás. Se colocó el chal a la altura de los codos y se arregló algunos de los collares, como si no le preocupara nada más.

—Nosotras nos haremos cargo de la *gai'shain* —le contestó Therava con idéntica suavidad—. Ya que actúas como el jefe, te aguarda un largo día y gran parte de la noche ocupándote de todo si vamos a partir mañana.

Durante un instante los ojos de Sevanna centellearon otra vez, pero Therava se limitó a chasquear los dedos, haciendo un ademán perentorio a Galina, antes de darse media vuelta para marcharse.

Librodot

—Ven conmigo —instó—. Y deja de hacer pucheros.

Gacha la cabeza, la Aes Sedai se puso de pie con dificultad y fue en pos de Therava y las otras mujeres que podían encauzar. ¿Hacer pucheros? ¡Tal vez se había puesto ceñuda, pero jamás habría hecho pucheros! Sus pensamientos buscaron desesperadamente una salida, cual ratas enjauladas, sin hallar esperanza de huida. ¡Tenía que haberla! ¡Tenía que haber una! Una idea que afloró en medio del torbellino casi la hizo ponerse a llorar otra vez. ¿Serían las ropas de *gai'shain* más suaves que la áspera lana negra que la habían obligado a llevar? ¡Tenía que haber una salida! Al echar una rápida ojeada hacia atrás, a través de los árboles, vio que Sevanna seguía plantada en el mismo sitio, contemplándolas con expresión iracunda. En lo alto, las nubes se arremolinaban y los copos de nieve se fundían en el aire del mismo modo que se desvanecían las esperanzas de Galina.

Librodot

CAPÍTULO 12

Nuevas alianzas

Graendal deseó que hubiese habido algo tan simple como un transcriptor entre las cosas que sacó de Illian tras la muerte de Sammael. La era actual era por lo general espantosa, primitiva e incómoda. No obstante, había cosas que le agradaban. En una gran jaula de bambú, al otro extremo de la estancia, un centenar de pájaros de llamativos colores cantaban melodiosamente, igualando casi en hermosura a sus dos animalitos de compañía con sus ropas transparentes, que aguardaban a cada lado de la puerta, prendidos los ojos en ella, ansiosos por complacerla. Si las lámparas de aceite no daban tanta luz como los globos radiantes, reforzadas por los grandes espejos de las paredes proporcionaban cierto esplendor primitivo con el techo de escamas doradas. Habría sido agradable no tener más que pronunciar las palabras, pero, en realidad, ponerlas sobre papel con su propia mano le producía un placer semejante al que sentía bosquejando. La escritura de esa época era muy simple, y aprender a copiar el estilo de otra persona, falsificándolo, tampoco le había costado mucho.

Firmó con una rúbrica —no con su nombre, por supuesto—, espolvoreó arena sobre la gruesa hoja y luego la dobló y la selló con uno de los anillos, de diferentes tamaños, que formaban una decorativa fila sobre el escritorio. La Mano y la Espada de Arad Doman quedaron impresas en un círculo irregular de cera azul verdosa.

—Lleva esto a lord Ituralde con la mayor rapidez —ordenó—. Y di sólo lo que te indiqué.

—Tan rápido como los caballos puedan llevarme, milady. —Nazran inclinó la cabeza y cogió la carta mientras se atusaba con un dedo el fino bigote negro que enmarcaba su sonrisa. Membrudo, de tez muy morena, vestido con chaqueta azul, era apuesto, aunque no suficientemente atractivo—. Esta misiva me la entregó lady Tuva, que murió por las heridas recibidas después de contarme que era un correo de Alsalam y que la había atacado un Hombre Gris.

—Asegúrate de que tenga manchas de sangre humana —advirtió. Dudaba que nadie en ese momento supiera distinguir la sangre humana de cualquier otra, pero se había encontrado con tantas sorpresas que no quería correr riesgos innecesarios—. Sólo la suficiente para dar realismo a la historia, no te excedas y vayas a emborronar lo que he escrito.

Mientras el hombre volvía a inclinarse, sus ojos negros se quedaron prendidos en ella afectuosamente, pero nada más erguirse, se encaminó hacia la puerta a buen paso, las botas resonando sobre el mármol amarillo pálido del suelo. No reparó en los sirvientes apostados en el umbral, con la ardiente mirada fija en ella, o fingió no verlos, aunque en otro tiempo había sido amigo del joven. Sólo había hecho falta un toque de Compulsión para que Nazran se mostrara casi tan ansioso de obedecer como ellos, por no mencionar la certeza de que aún podría gozar de sus encantos otra vez. Rió quedamente. Bueno, él creía que ya los había disfrutado; si sólo hubiese sido un poquito más hermoso, habría sido así. Claro que, en tal caso, no le habría sido útil para nada más. Reventaría caballos para llegar hasta Ituralde, y si ese mensaje, despachado por el primo de Alsalam y proveniente supuestamente del rey en persona y con Hombres Grises intentando interceptarlo, no satisfacía la exigencia del Gran Señor de acrecentar el caos, entonces es que nada menos contundente que el fuego compacto lo conseguiría. Y también serviría muy bien a sus propósitos. A sus propios fines.

La mano de Graendal fue hacia el único anillo sobre la mesa que no era un sello, un sencillo aro de oro, demasiado pequeño para cualquier otro dedo salvo el meñique. Había sido una agradable sorpresa encontrar un *angreal* femenino entre las pertenencias de Sammael. Una agradable sorpresa disponer de tiempo para hallar cualquier cosa útil, con al'Thor y esos cachorros que se llamaban a sí mismos Asha'man entrando y saliendo constantemente de los aposentos de Sammael, en la Gran Cámara del Consejo. Habían desvalijado todo lo que ella no había cogido. Cachorros peligrosos, del primero al último, en especial al'Thor. Y no había querido correr el riesgo de que *nadie* diera con una pista que conectase a Sammael con ella. Sí, debía acelerar el proceso de sus planes y distanciarse del desastre de Sammael.

De repente apareció una plateada línea vertical al fondo de la habitación, reluciente en contraste con los tapices que colgaban entre los dorados espejos, y sonó un tintineo cristalino. Sus cejas se enarcaron por la sorpresa. Alguien recordaba los buenos modales de una era más civilizada, al parecer. Se puso de pie, se metió el aro de oro junto al anillo de rubí que llevaba en el meñique y abrazó el *Saidar* a través de él antes de crear un tejido que haría sonar un repique de respuesta para quienquiera que quisiera abrir el acceso. El *angreal* no brindaba gran ayuda, pero cualquiera que pensara que conocía su fuerza podría llevarse una sorpresa desagradable.

El acceso se abrió, y dos mujeres ataviadas con vestidos de seda rojos y negros casi idénticos lo cruzaron cautelosamente. Al menos, Moghedien se movía con cautela, pasando sus oscuros ojos de un lado a otro con rapidez, en busca de trampas, y alisándose con las manos la amplia falda; el acceso desapareció un instante después, pero no soltó el *Saidar.* Una precaución sensata, aunque Moghedien siempre había sido una fanática de las precauciones. Tampoco Graendal soltó la Fuente. La compañera de Moghedien, una mujer baja, con largo cabello plateado y ojos de un intenso color azul, miraba fríamente a su alrededor, sin dirigir más que ligeras ojeadas a Graendal. Por su actitud, habríase dicho que era una Primera Consejera obligada a soportar la compañía de vulgares trabajadores e intentara hacer como si no los viera. Una muchacha estúpida, si imitaba a la Araña. El rojo y el negro no iban bien con su tez ni con el color de sus cabellos, y podría sacar más partido de su impresionante busto.

—Ésta es Cyndane, Graendal —la presentó Moghedien—. Estamos... trabajando juntas.

No sonrió cuando dijo el nombre de la altanera joven, pero Graendal sí. Un bonito nombre para una chica más que bonita, si bien ¿qué capricho del azar habría inducido a una madre de esa época a dar a su hija un nombre que significaba «última oportunidad»? La expresión de Cyndane permaneció fría e impasible, pero sus ojos centellearon. Una preciosa muñequita tallada en hielo, con fuego oculto. Al parecer, conocía el significado de su nombre y no le gustaba.

—¿Qué os trae a tu amiga y a ti, Moghedien? —preguntó. La Araña era la última persona que había esperado ver salir de las sombras—. No tengas miedo de hablar delante de mis servidores. —Señaló a la pareja de la puerta, y los dos se hincaron de rodillas, con los rostros casi pegados al suelo. No caerían muertos por una simple orden suya, pero casi.

—¿Qué atractivo encuentras en ellos si destruyes todo lo que podría hacerlos interesantes? —preguntó Cyndane mientras caminaba con aire arrogante por la habitación. Se mantenía muy estirada, esforzándose por alcanzar hasta el último milímetro de estatura—. ¿Sabes que Sammael ha muerto?

Graendal mantuvo el gesto impasible sin mayor esfuerzo. Había supuesto que la chica era una Amiga de la Sombra a la que Moghedien había escogido para hacer recados, tal vez una noble que creía que su título contaba, pero ahora que se encontraba más cerca... ¡La muchacha era más fuerte que ella en el Poder! Incluso durante su propia era, eso habría sido poco frecuente entre los varones, y realmente excepcional entre mujeres. Al punto, instintivamente, cambió su intención de negar cualquier contacto con Sammael.

—Lo sospechaba —contestó, dirigiendo una sonrisa falsa a Moghedien por encima de la cabeza de la joven. ¿Cuánto más sabía? ¿Dónde había encontrado la Araña una chica cuya fuerza superaba con creces la suya, y por qué viajaban juntas? Moghedien siempre había

tenido envidia de cualquiera que fuese más fuerte. O más de cualquier cosa—. Solía visitarme, importunándome con la pretensión de que lo ayudara en uno u otro plan absurdo. Nunca rehusé categóricamente; ya sabes que Sammael es... un hombre peligroso si se lo rechaza. Aparecía cada pocos días, sin fallar, y cuando dejó de venir deduje que le había ocurrido algo grave. ¿Quién es esta joven, Moghedien? Un hallazgo notable.

La muchacha se acercó más y alzó hacia ella los ojos que semejaban fuego azul.

—Te dijo mi nombre. No necesitas saber más.

La chica era consciente de que hablaba con una de las Elegidas y, sin embargo, su tono seguía siendo gélido. Aun contando con su fuerza en el Poder, ésa no era simplemente una Amiga de la Sombra. A menos que estuviese loca.

—¿Has reparado en el tiempo, Graendal? —preguntó.

De pronto, Graendal cayó en la cuenta de que Moghedien estaba dejando que la muchacha llevase la voz cantante. Quedándose en segundo plano hasta que fuera evidente alguna debilidad, sin duda. ¡Y ella se lo había permitido!

—Supongo que no has venido sólo para informarme de la muerte de Sammael, Moghedien —instó, cortante—. O para hablar sobre el tiempo. Sabes que rara vez salgo al exterior. —La naturaleza era anárquica, carente de orden. En la estancia ni siquiera había ventanas, ni en la mayoría de las habitaciones que utilizaba—. ¿Qué quieres?

La mujer de cabello negro se desplazaba hacia un lado, a lo largo de la pared; el brillo del Poder Único seguía envolviéndola. Graendal cambió de posición como al desgaire, de manera que siguió teniendo a la vista a las dos.

—Cometes un error, Graendal. —Una fría sonrisa apenas curvó los labios turgentes de Cyndane; estaba disfrutando con ello—. De las dos, soy yo la que manda. Moghedien está a mal con Moridin por sus recientes equivocaciones.

Con los brazos ceñidos en torno a sí, Moghedien le lanzó una mirada ceñuda a la mujer de pelo plateado tan esclarecedora como una confirmación en voz alta. De pronto, los grandes ojos de Cyndane se abrieron aún más, y ésta dio un respingo, estremecida. La mirada hosca de la Araña se tornó maliciosa.

—Estás al mando de momento —se burló—. Tu posición ante él no es mucho mejor que la mía.

Y entonces le tocó el turno de dar un respingo y temblar, a la par que se mordía el labio.

Graendal se preguntó si no estarían jugando con ella; sin embargo, el odio mutuo reflejado en los rostros de las dos mujeres no parecía fingido. En cualquier caso, se vería cuánto les gustaba que jugasen con ellas. Frotándose las manos en un gesto inconsciente —frotando el *angreal* que llevaba en el meñique— se desplazó hacia un sillón sin quitar ojo a la pareja. La dulzura del *Saidar* que fluía en su interior era reconfortante. No es que la necesitara, pero allí pasaba algo raro. El recto y alto respaldo, profusamente tallado y dorado, hacía que el sillón semejase un trono, aunque no era distinto a los otros que había en la habitación. Esa clase de cosas afectaban incluso a los más sofisticados, y en un grado del que no llegaban a ser conscientes.

Tomó asiento, recostada y con las piernas cruzadas, meciendo ociosamente el pie; la viva imagen de una mujer completamente a gusto y tranquila.

—Puesto que la que está al mando eres tú, pequeña —comentó, dando un tono aburrido a su voz—, dime, cuando ese hombre que se llama a sí mismo Muerte está en su propia piel, ¿quién es? ¿Qué es?

—Moridin es el Nae'blis. —La voz de la chica sonó sosegada, fría y arrogante—. El Gran Señor ha decidido que ya es hora de que tú también sirvas al Nae'blis.

Graendal levantó bruscamente la cabeza.

—Eso es ridículo. —No pudo evitar que la ira se transluciera en su voz—. ¿Que un hombre del que jamás he oído hablar ha sido nombrado Regente del Gran Señor en el Mundo? —No le importaba cuando otros intentaban manipularla, ya que siempre encontraba el modo de volver sus intrigas contra ellos, ¡pero Moghedien debía de haberla tomado por una completa estúpida! Ahora no le cabía duda de que era la Araña la que dirigía a esa chica

Librodot

detestable, dijeran lo que dijeran ellas, ni se lanzasen las miradas que se lanzasen—. Sirvo al Gran Señor y a mí misma, ¡a nadie más! Creo que las dos deberíais marcharos, ya. Id con vuestro jueguecito a otra parte. Tal vez a Demandred le divierta. O puede que a Semirhage. Y cuidado con cómo encauzáis al iros; he puesto unas cuantas redes invertidas, y supongo que no querréis hacer saltar alguna.

Eso era mentira, pero muy creíble, de modo que fue toda una sorpresa cuando Moghedien encauzó de repente y todas las lámparas de la estancia se apagaron, sumiéndolas en la oscuridad. Al instante, Graendal saltó del sillón para no estar donde la habían visto por última vez, y también encauzó mientras se movía, tejiendo un tejido de luz que se quedó suspendido a un lado, una esfera de pura luz blanca que arrojaba pálidas sombras por la habitación. Y que reveló claramente la posición de la pareja. Sin vacilar, volvió a encauzar, absorbiendo con toda la fuerza del pequeño anillo. No la necesitaba toda, ni siquiera mucha, pero quería tener todas las ventajas posibles. ¡Atacarla, nada menos! Sendas redes de Compulsión se ciñeron en torno a ambas antes de que les diera tiempo de mover un músculo.

Las había tejido fuertes, por mor de la ira, casi tanto como para hacerles daño, y las mujeres la miraban con adoración, los ojos y las bocas abiertas en un gesto de adulación, ebrias de veneración. Ahora estaban a sus órdenes; si les decía que se cortaran el cuello, lo harían. De repente, Graendal reparó en que Moghedien ya no abrazaba la Fuente. Tanta Compulsión debía de haberle causado una conmoción y la había soltado. Los sirvientes situados en la puerta no se movieron, desde luego.

—Y ahora —empezó, algo falta de aliento—, responderéis a mis preguntas. —Tenía unas cuantas que hacer, incluida quién era ese tal Moridin, si es que existía tal persona, y de dónde había salido Cyndane, pero había una incógnita que la intrigaba más que el resto—. ¿Qué esperabas ganar con esto, Moghedien? Podría decidir atar esos tejidos sobre ti. Puedes pagar tu jueguecito sirviéndome *a mí.*

—No, por favor —gimió la Araña mientras se retorcía las manos. ¡De hecho, se puso a llorar!—. ¡Nos matarás a todas! ¡Por favor, debes servir al Nae'blis! Por eso vinimos. ¡Para que te pongas al servicio de Moridin!

El rostro de la joven de cabello plateado era una máscara de terror bajo la pálida luz, y su busto subía y bajaba por la agitada respiración.

Repentinamente inquieta, Graendal abrió la boca. Aquello tenía cada vez menos sentido. Abrió la boca y la Fuente Verdadera desapareció; el Poder Único la abandonó, y la oscuridad se tragó de nuevo la estancia. En la jaula de los pájaros se desató de pronto un frenesí de píos y aleteos contra los barrotes de bambú.

A su espalda sonó una voz, áspera como una piedra que se tritura hasta convertirse en polvo.

—El Gran Señor pensó que quizá no darías crédito a lo que ellas te dijeran, Graendal. Tu tiempo de libre albedrío ha pasado.

Una bola de... algo apareció en el aire, un negro globo muerto, pero sin embargo una luz plateada llenaba la estancia. Los espejos no brillaban; parecían opacos bajo esa luz. Los pájaros se habían quedado quietos, callados; de algún modo, Graendal supo que estaban paralizados de terror.

Miró boquiabierta al Myrddraal que había plantado allí en medio, pálido y sin ojos, vestido de un negro más profundo que el globo, y más grande que todos los que había visto en su vida. Tenía que ser la razón de que no percibiese la Fuente, ¡pero eso era imposible! Salvo que... ¿De dónde había salido aquella extraña esfera de luz negra, sino de él? Jamás había sentido el miedo que otros experimentaban bajo la mirada de un Myrddraal, no en el mismo grado, pero sus manos se alzaron por voluntad propia y tuvo que esforzarse para bajarlas y evitar que le taparan la cara. Al echar una ojeada hacia Moghedien y Cyndane, se encogió. Habían adoptado la misma postura que sus sirvientes, postradas de rodillas, las cabezas contra el suelo. En señal de respeto al Myrddraal. Le costó trabajo llevar algo de saliva a su boca.

—¿Eres un mensajero del Gran Señor? —La voz no le temblaba, pero sonó débil. Que ella supiera, el Gran Señor nunca había enviado como mensajero a un Myrddraal, pero... La

Librodot

cobardía de Moghedien era evidente, pero seguía siendo una Elegida, y sin embargo se postraba como la chica. Y estaba la luz. Graendal se encontró deseando para sus adentros que su vestido no tuviese un escote tan bajo. Ridículo, desde luego; los apetitos de los Myrddraal por las mujeres eran bien conocidos, pero ella era una de los... Sus ojos se desviaron de nuevo hacia Moghedien.

El Myrddraal pasó a su lado sinuosamente, en apariencia sin prestarle la menor atención. Su larga y negra capa colgaba inmóvil a pesar de sus movimientos. Aginor había pensado que esos seres no estaban en el mundo exactamente como todo lo demás; «ligeramente desfasados con el tiempo y la realidad», lo había llamado, fuera lo que fuera eso.

—Soy Shaidar Haran. —Deteniéndose junto a los sirvientes de Graendal, el Myrddraal se inclinó para agarrarlos por la nuca, uno en cada mano—. Cuando hablo, considéralo como si oyeses la voz del Gran Señor de la Oscuridad. —Aquellas manos apretaron y sonó el ruido de huesos al partirse, sorprendentemente fuerte. El joven sufrió un espasmo y pataleó mientras moría; la muchacha colgó inerte, sin más. Habían sido dos de sus favoritos. El Myrddraal se desentendió de los cadáveres y se incorporó—. Soy su mano en este mundo, Graendal. Cuando estás ante mí, estás ante él.

Graendal reflexionó detenidamente, pero con rapidez. Estaba asustada, una emoción que, por costumbre, inspiraba ella a otros, no al contrario, pero sabía cómo controlar su miedo. Si bien nunca había dirigido ejércitos, como algunos de los otros habían hecho, tampoco le era desconocido el peligro ni era cobarde, pero esto era algo más que una simple amenaza. Moghedien y Cyndane continuaban postradas, con las cabezas pegadas al suelo de mármol, la primera temblando visiblemente. Graendal creyó al Myrddraal. O lo que quiera que fuese realmente. El Gran Señor estaba interviniendo de manera más directa en los acontecimientos, como ella había temido que acabaría haciendo. Y si descubría su confabulación con Sammael... Si decidía tomar medidas, mejor dicho, ya que apostar a que no lo supiese a esas alturas era un envite absurdo. Se arrodilló ante el Myrddraal.

—¿Qué quieres que haga? —Su voz había recuperado la firmeza. Ser flexible cuando no había alternativa no era cobardía; quienes no se sometían al Gran Señor por propia voluntad acababan doblegados por la fuerza. O partidos en dos—. ¿He de llamarte Gran Amo o prefieres otro título? No me sentiría cómoda dirigiéndome a alguien, incluso a la mano del Gran Señor, con el mismo tratamiento que le daría a él.

Increíblemente, el Myrddraal se echó a reír. Sonaba como hielo resquebrajándose. Los Myrddraal jamás reían.

—Eres más valiente que la mayoría. Y más lista. En tu caso, bastará con Shaidar Haran. Siempre y cuando recuerdes quién soy. Siempre y cuando no dejes que tu arrojo supere tu miedo más de lo debido.

Mientras el ser impartía sus órdenes —una visita al tal Moridin era la primera y principal, al parecer; tendría que estar en guardia contra Moghedien y quizá también contra Cyndane, por si buscaban vengarse del breve uso de la Compulsión; dudaba que la chica fuera más indulgente que la Araña—, Graendal decidió no mencionar la carta que había enviado a Rodel Ituralde. Nada de lo que se le estaba diciendo indicaba que sus actos pudieran contrariar al Gran Señor, y todavía debía considerar su propia posición. Moridin, quienquiera que fuese, podría ser el Nae'blis hoy por hoy, pero siempre había un mañana.

Agarrándose para evitar las sacudidas del carruaje de Arilyn, Cadsuane retiró una de las cortinillas de cuero lo suficiente para ver el exterior. Caía una lluvia menuda sobre Cairhien desde un cielo cubierto de nubes plomizas, arrastradas por vientos arremolinados. Pero no soplaban sólo allá arriba. Más que debido a su movimiento de avance, el carruaje se zarandeaba por las fuertes ráfagas. Sintió en la mano las punzadas de gotitas menudas, frías como hielo. Si la temperatura bajaba un poco más, nevaría. Se arrebujó en la capa de lana; se había alegrado de encontrarla en el fondo de sus alforjas. Iba a hacer más frío.

Los tejados de pizarra, con sus pronunciados caballetes, así como los adoquines de las calles, brillaban húmedos, y aunque la lluvia no era fuerte, pocas personas estaban dispuestas

a hacer frente al fuerte viento. Una mujer que conducía un carro tirado por un buey, al que daba golpecitos de una larga aguijada, se movía tan pacientemente como su animal, pero casi todos los que iba a pie se arrebujaban en sus capas, llevaban bien caladas las capuchas y caminaban a paso vivo entre los porteadores de palanquines, cuyos *con* ondeaban al viento. Sin embargo, otros, aparte de la mujer del carro y su buey, no veían razón para apresurarse. Plantado en medio de la calle, un altísimo Aiel contemplaba boquiabierto el cielo, con incredulidad, mientras la llovizna lo empapaba, tan absorto que un osado ratero cortó la cinta de su bolsa de dinero atada al cinturón y se alejó raudamente sin que su víctima se percatara. Una mujer, cuyo complejo peinado alto de rizos y bucles la señalaba como una noble, caminaba sin prisa, con la capa ondeando violentamente, al igual que la larga capucha. Seguramente ésa era la primera vez en su vida que iba a pie por la calle, pero reía alegremente mientras la lluvia resbalaba por sus mejillas. Desde el umbral de una tienda de perfumes, la comerciante miraba hacia fuera desconsoladamente; ese día haría poco negocio. Casi todos los vendedores ambulantes habían desaparecido de las calles por la misma razón, pero unos cuantos seguían voceando sus mercancías —té caliente y empanadas de carne— desde los carros resguardados bajo toldos improvisados. Cualquiera que comprase una empanada de carne en la calle en ese momento se merecía el dolor de tripa que le produciría.

Un par de chuchos hambrientos salieron corriendo de un callejón, con el pelo del lomo erizado, ladrando y gruñendo al carruaje. Cadsuane dejó caer la cortinilla. Los perros parecían reconocer a las mujeres que podían encauzar tan fácilmente como los gatos, pero parecían pensar que las mujeres *eran* gatos, aunque anormalmente grandes. Las dos mujeres sentadas enfrente de ella seguían conversando.

—Perdona —decía Daigian—, pero la lógica es ineludible. —Inclinó la cabeza, disculpándose, y la piedra de la luna, colgada de una cadenilla de plata enganchada al cabello, se meció sobre su frente. Sus dedos quitaron motitas inexistentes en los fuelles blancos de la oscura falda, y habló rápidamente, como si temiese ser interrumpida—. Si se acepta que el persistente calor era obra del Oscuro, entonces este cambio ha de deberse a otros medios. Él no habría cejado en su propósito. Podría argumentarse que había decidido congelar o anegar el mundo en lugar de recalentarlo, pero ¿por qué? De haber seguido el calor durante toda la primavera, los muertos habrían superado a los vivos, sin que importara si en verano nevaba. En consecuencia, lógicamente, es otra mano la que está actuando.

La seguridad en sí misma de la regordeta mujer a veces resultaba desquiciante, pero, como ocurría siempre, Cadsuane encontró impecable su lógica. Ojalá supiera la mano de quién y con qué fin.

—¡Paz! —rezongó Kumira—. Preferiría unos gramos de prueba poco concluyente que toneladas de tu lógica de Ajah Blanco. —Ella pertenecía al Marrón, aunque era poco dada a caer en los defectos habituales de sus hermanas de Ajah. Atractiva, con el cabello corto, era práctica y realista, una perspicaz observadora, y nunca se abstraía hasta el punto de perder de vista el mundo que la rodeaba. No bien había acabado de hablar cuando dio unas palmaditas a Daigian en la rodilla y le dirigió una sonrisa que cambió la expresión de sus azules ojos de brusca a cordial. Los shienarianos eran corteses, por regla general, y Kumira ponía cuidado en no ofender. Sin querer, al menos—. Pon a trabajar tu gran intelecto en lo que podemos hacer con respecto a las hermanas retenidas por los Aiel. Sé que se te ocurrirá algo, si hay una posibilidad.

—Se merecen lo que les pase —resopló despectivamente Cadsuane. No la habían dejado acercarse a las tiendas de los Aiel, como tampoco a ninguna de sus compañeras, pero algunas de las necias que habían jurado lealtad al chico al'Thor se habían aventurado a entrar en el extenso campamento y habían salido de él pálidas y debatiéndose entre la indignación y las ganas de vomitar. En condiciones normales, también a ella la habría encolerizado la afrenta a la dignidad Aes Sedai, fueran cuales fueren las circunstancias; entonces no. Para lograr su objetivo habría hecho desfilar en cueros por las calles a toda la Torre Blanca. ¿Cómo iba, pues, a preocuparle el malestar de unas mujeres que podrían haber echado todo a perder?

Kumira abrió la boca para protestar a pesar de saber lo que Cadsuane pensaba, pero ésta

continuó, tranquila pero implacable:

—Quizá lloren bastante para expiar el desaguisado que han hecho, pero lo dudo. No están a nuestro cuidado, y si estuviesen a mi cargo, puede que se las entregara a los Aiel. Olvídalas, Daigian, y emplea ese estupendo intelecto tuyo en la tarea que te he encomendado.

Las pálidas mejillas de la cairhienina enrojecieron por el halago. Gracias a la Luz que no era así, excepto con otras hermanas. Kumira guardaba silencio, el semblante sosegado, las manos sobre el regazo. Puede que ahora estuviera circunspecta, pero había pocas cosas que refrenaran mucho tiempo su brío habitual. Eran exactamente las dos mujeres que Cadsuane quería a su lado ese día.

El carruaje se inclinó hacia atrás al empezar a subir la larga rampa que conducía al Palacio del Sol.

—Recordad lo que os he dicho —advirtió con firmeza—. ¡Y tened cuidado!

Contestaron que lo tendrían, y más les valía. Si las circunstancias lo requiriesen las utilizaría como mantillo, y también a otras, pero no pensaba perder a ninguna de las dos porque se volvieran descuidadas.

No hubo retrasos ni paradas para permitir el paso del carruaje al patio de palacio. Los guardias reconocieron el emblema de Arilyn en las puertas, y sabían quién debía de ir dentro. El carruaje había ido a palacio con frecuencia la semana previa. En el momento en que los caballos se detuvieron, un lacayo de mirada inquieta, uniformado de riguroso negro, abrió la puerta del vehículo, sosteniendo una amplia sombrilla de tela impermeable. La lluvia goteaba desde el borde sobre su cabeza descubierta; claro que no era para protegerse él del agua.

Tras tocar rápidamente los adornos que colgaban de su moño para asegurarse de que todos seguían allí —jamás había perdido uno, pero ello se debía a que tenía mucho cuidado—, Cadsuane asió las asas de su costurero de mimbre, que llevaba debajo del asiento, y bajó del carruaje. Seis lacayos aguardaban detrás del primero, todos ellos con sombrillas. Habría resultado muy incómodo viajar en el vehículo con tantas pasajeras, pero los lacayos no estaban dispuestos a quedarse cortos, y los que sobraban no se alejaron hasta que resultó evidente que sólo venían ellas tres.

Obviamente, habían visto llegar el carruaje. Sirvientes vestidos de negro, ellos y ellas, formaban una perfecta fila en el gran vestíbulo, con sus baldosas de color azul profundo y dorado y su techo de cúpula cuadrada, de diez metros de altura. Salieron a su encuentro prestamente para coger las capas, ofrecer pequeñas toallas de lino por si alguna necesitaba secarse la cara o las manos, y presentando copas de porcelana de los Marinos con ponche caliente, que despedía un intenso aroma a especias. Una bebida de invierno, si bien la repentina caída de la temperatura la hacía adecuada. Y, después de todo, *era* invierno. Por fin.

Tres Aes Sedai esperaban a un lado, entre las macizas columnas cuadradas de mármol oscuro, delante de altos y pálidos frisos que representaban batallas sin duda importantes para Cairhien, pero Cadsuane no hizo caso del trío. Uno de los jóvenes criados llevaba una pequeña figura, roja y dorada, bordada en el lado izquierdo de la pechera de la chaqueta, lo que la gente llamaba un dragón. Corgaide, la mujer de gesto grave y cabello gris que dirigía el cuerpo de servicio del Palacio del Sol, no lucía ornamento alguno, salvo el gran aro con pesadas llaves que colgaba de su cintura. Nadie más llevaba decoración en sus uniformes, y, a pesar del aparente entusiasmo del joven, era Corgaide, la Depositaria de las Llaves, la que marcaría la disposición de ánimo de los criados. Con todo, había permitido al joven su bordado; un punto que había que recordar. Cadsuane habló con ella en voz baja, preguntándole por una estancia en la que pudiese trabajar con su bastidor de bordar sin que la molestaran, y la mujer ni siquiera parpadeó ante semejante petición. Claro que, sirviendo en ese sitio, sin duda habría oído cosas más raras.

Cuando los criados, con las capas y las bandejas, hicieron reverencias e inclinaciones de cabeza para marcharse, Cadsuane se volvió finalmente hacia las tres hermanas que estaban entre las columnas. Todas la miraban, haciendo caso omiso de Kumira y Daigian. Corgaide se quedó, pero a cierta distancia para que las Aes Sedai tuviesen intimidad.

—No esperaba encontraros paseando a vuestras anchas —comentó Cadsuane—. Creía

que las Aiel hacían trabajar de firme a sus aprendizas.

Faeldrin apenas reaccionó, excepto por un leve gesto con la cabeza que hizo repicar apagadamente las cuentas multicolores que adornaban sus trencillas, pero Merana enrojeció, azorada, y apuñó la falda con fuerza. Los acontecimientos la habían alterado tan profundamente que Cadsuane no estaba segura de que pudiera recobrarse nunca. Bera, por supuesto, se mostraba imperturbable.

—A casi todas nos dieron el día libre por la lluvia —respondió con calma Bera.

Robusta, con su vestido sencillo —de paño fino y bien cortado, pero decididamente simple—, podría pensarse que se sentiría más a gusto en una granja que en un palacio. Sería una necedad. Bera tenía una mente perspicaz y una voluntad de hierro, y Cadsuane no creía que hubiese cometido el mismo error dos veces. Como la mayoría de las hermanas, no había superado del todo encontrarse con Cadsuane Melaidhrin, viva y en carne y hueso, pero no permitía que el sobrecogimiento la dominara. Tras coger aire un instante, continuó.

—No entiendo por qué sigues viniendo, Cadsuane. Obviamente, quieres algo de nosotras, pero a menos que nos digas qué es, no podremos ayudarte. Sabemos lo que hiciste por el lord Dragón —se atrancó un poco con el título; todavía no sabían cómo llamar al chico—, pero es evidente que viniste a Cairhien por él, y hasta que nos digas por qué y qué te propones, debes entender que no encontrarás ayuda en nosotras.

Faeldrin, otra Verde, dio un respingo ante el tono atrevido de Bera, pero asintió en conformidad antes de que su compañera hubiese acabado de hablar.

—También debes entender otra cosa —añadió Merana, recobrada ya la serenidad—. Si decidimos que debemos oponernos a ti, lo haremos.

El semblante de Bera no cambió, pero los labios de Faeldrin se apretaron durante un instante. Quizá no estaba de acuerdo, y tal vez no quería revelar demasiado.

Cadsuane les dedicó una sonrisa apenas esbozada. ¿Decirles por qué y qué? ¿Que si *decidían*? Hasta ahora, lo que habían conseguido era meterse en las alforjas del joven al'Thor, atadas de pies y manos, incluso Bera. ¡Mala recomendación para dejarles que decidieran siquiera qué ponerse por la mañana!

—No vine a veros a vosotras —dijo—. Aunque supongo que Kumira y Daigian disfrutarían con una visita, ya que tenéis el día libre. Si me disculpáis.

Haciendo un ademán a Corgaide para que le indicara el camino, siguió a la mujer a través del vestíbulo principal. Sólo miró atrás una vez. Bera y las otras ya se habían hecho cargo de Kumira y Daigian y las conducían fuera del vestíbulo, pero no precisamente como invitadas bien recibidas. Más bien como gansos llevados al corral. Cadsuane sonrió. La mayoría de las hermanas consideraban a Daigian poco mejor que una espontánea y la trataban poco mejor que a una criada. En semejante compañía, Kumira no salía mucho mejor parada. Ni siquiera las más desconfiadas sospecharían que estaban allí para intentar convencer de algo a alguien. Así pues, Daigian serviría el té y guardaría silencio salvo cuando alguien le hablara, y aplicaría su excelente inteligencia en todo lo que oyera. Por su parte, Kumira dejaría que cualquiera, salvo Daigian, hablara antes que ella, y tomaría nota y clasificaría cada palabra, cada gesto y cada mueca. Bera y las otras cumplirían el juramento hecho al chico, por supuesto —eso se daba por sentado— pero con cuánta diligencia era otra cuestión. Hasta Merana podría no sentirse muy inclinada a ir más allá de la mera obediencia. Bastante malo era, si bien les dejaba bastante libertad de acción para maniobrar. O para que las manejaran.

Sirvientes de uniforme oscuro iban y venían presurosos en sus tareas por los amplios pasillos adornados con tapices, y se apartaban para dejar paso a Cadsuane y a Corgaide; las dos avanzaron en medio de profundas reverencias e inclinaciones de cabeza realizadas por encima de cestos, bandejas y montones de toallas. Por el modo en que todos los ojos observaban a Corgaide, Cadsuane sospechaba que la deferencia era tanto por la Depositaria de las Llaves como por una Aes Sedai. También había unos cuantos Aiel por los pasillos, hombres muy grandes, de ojos fríos como leones, y mujeres semejantes con ojos aún más fríos, de leopardos. Algunas de aquellas miradas la siguieron con suficiente frialdad como para hacer caer la nieve que amenazaba fuera, pero otros Aiel la saludaron con un serio

cabeceo, y aquí y allí una de las mujeres de mirada feroz llegó incluso a sonreír. En ningún momento se había atribuido ser quien había salvado la vida a su *Car'a'carn*, pero las historias cambiaban al contarlas una y otra vez, y dicha creencia le otorgaba más respeto que a cualquier otra hermana y, ciertamente, más libertad de movimientos por palacio. Se preguntó qué opinarían si supieran que, de haber tenido delante al chico en ese momento, le habría resultado muy difícil contenerse para no arrancarle la piel. Apenas había pasado una semana desde que casi lo habían matado, y no sólo se las había ingeniado para esquivarla completamente, sino que había hecho su tarea aún más difícil, si la mitad de lo que había oído era verdad. Lástima que no se hubiese criado en Far Madding. Claro que eso podría haber conducido a la catástrofe.

El cuarto al que Corgaide la condujo estaba gratamente caldeado, con el fuego ardiendo en chimeneas de mármol a ambos extremos de la estancia y las lámparas encendidas, llamas reflejadas en torres de cristal que ahuyentaban la penumbra del día. Era evidente que Corgaide había impartido órdenes previamente para que lo prepararan, mientras esperaba en el vestíbulo de entrada. Una criada apareció casi al mismo tiempo que ellas, con té caliente, ponche de especias sobre una bandeja y pastelillos glaseados con miel.

—¿Deseáis algo más, Aes Sedai? —preguntó Corgaide al tiempo que Cadsuane dejaba su cesto de labor junto a la bandeja, sobre una mesa con el borde y las patas profusamente dorados. Y también severamente tallados, al igual que la ancha cornisa, asimismo dorada. Siempre que visitaba Cairhien, Cadsuane tenía la sensación de encontrarse en un estanque de peces dorados. A pesar de la luz y la agradable temperatura, la lluvia resbalando en el exterior de las altas y estrechas ventanas y el cielo gris acentuaban la impresión.

—Con el té será suficiente —contestó—. Si hacéis el favor, decidle a Alanna Mosvani que quiero verla. Comunicádselo sin demora.

Las llaves de Corgaide tintinearon cuando la mujer saludó con una reverencia al tiempo que murmuraba con tono respetuoso que buscaría personalmente a «Alanna Aes Sedai». Su expresión grave no varió al marcharse. Muy probablemente estaría examinando la petición buscando sutilezas. Cadsuane prefería ser directa, cuando era posible. Había hecho meter la pata a muchas personas listas que no habían creído que decía exactamente lo que quería decir.

Abrió la tapa del cesto de costura y sacó el bastidor de bordar, con una labor a medias envuelta alrededor. El cesto tenía bolsillos cosidos en el interior para guardar artículos que no tenían nada que ver con la costura. Su espejo de marfil, un cepillo y un peine, un estuche de plumas y un tintero firmemente cerrado, distintas cosas que a lo largo de los años le había resultado útil tener a mano, incluidas algunas que habrían sorprendido a cualquiera con el valor necesario para registrar el interior del cesto. Tampoco es que lo dejara fuera de su vista muy a menudo. Puso con cuidado la cajita de plata para guardar hilos en la mesa, seleccionó las madejas que necesitaba y se sentó de espaldas a la puerta. El motivo principal de su bordado —una mano masculina asiendo el antiguo símbolo Aes Sedai— estaba terminado. Unas grietas surcaban el disco blanco y negro, y era imposible discernir si la mano intentaba mantenerlo de una pieza o romperlo en pedazos. Ella sabía lo que quería representar, pero el tiempo diría cuál era la verdad.

Enhebró una aguja y se puso a trabajar en uno de los motivos secundarios, una rosa de color rojo intenso. Rosas, crisantemos y jacintos se alternaban con margaritas, trinitarias y caléndulas, todas separadas por bandas de punzantes ortigas y brezo de afiladas púas. Cuando estuviese terminada, sería una pieza inquietante.

Antes de que hubiese bordado medio pétalo de la rosa, un fugaz movimiento, reflejado en la tapa pulida de la caja de hilos, atrajo su atención. La había colocado cuidadosamente para que reflejase la puerta. No levantó la cabeza del bastidor, Alanna se encontraba allí, mirando hoscamente su espalda. Cadsuane siguió el lento trabajo con la aguja, pero observó cada movimiento con el rabillo del ojo. Dos veces, Alanna se volvió a medias, como para marcharse, y luego, finalmente, se puso erguida, armándose de valor de manera ostensible.

—Entra, Alanna. —Sin alzar todavía la cabeza, Cadsuane señaló un punto frente a ella—. Ponte ahí. —Sonrió irónicamente cuando la otra mujer dio un respingo. Tenía sus

ventajas ser una leyenda viviente; la gente rara vez se fijaba en lo obvio cuando trataba con un mito.

Alanna se internó en la habitación envuelta en el frufrú de la falda de seda y se situó en el lugar indicado por Cadsuane, pero en sus labios había un rictus malhumorado.

—¿Por qué insistes en importunarme? —demandó—. No puedo decirte nada más de lo que ya te he contado. ¡Y aunque pudiese, no sé si lo haría! ¡Él es m...!

Se interrumpió bruscamente y se mordió el labio inferior, pero habría dado igual si hubiese terminado la frase. El chico al'Thor era suyo, le pertenecía; era su Guardián. ¡Tenía la desfachatez de pensar eso!

—He guardado en secreto tu delito —manifestó quedamente Cadsuane—, pero sólo porque no vi razón para complicar más las cosas. —Alzó los ojos hacia la otra mujer y mantuvo el tono suave—. Si crees que ello significa que no voy a calarte como a una berza para sacarle el cogollo, piénsalo otra vez.

Alanna se puso tensa y el brillo del *Saidar* la envolvió.

—Allá tú, si quieres actuar como una redomada estúpida. —Cadsuane sonrió, fríamente. No hizo intención de abrazar la Fuente. Uno de los adornos del cabello, unas medias lunas de oro entretejidas, tenía un tacto frío contra su sien—. Hasta ahora conservas entero el pellejo, pero mi tolerancia tiene un límite. De hecho, pende de un hilo.

Alanna luchó consigo misma e, inconscientemente, se alisó la falda de seda azul. De repente, el brillo del Poder se desvaneció, y la mujer giró hacia un lado la cabeza tan rápidamente que su negro cabello se meció.

—No sé nada más. —Las hoscas palabras salieron entrecortadas—. Estaba herido, y luego dejó de estarlo, aunque no creo que fuese una hermana la que realizó la Curación. Las heridas que nadie ha podido sanarle, siguen igual. Va de un lado a otro, Viajando, pero continúa en el sur. En alguna parte de Illian, creo, pero a esta distancia podría encontrarse en Tear, que yo sepa. Está lleno de rabia, de dolor y de desconfianza. No hay nada más, Cadsuane. ¡Nada!

Con cuidado por si la tetera de plata quemaba, Cadsuane se sirvió la infusión y tocó la fina taza de porcelana para comprobar la temperatura. Como era de esperar, el té se había enfriado enseguida en un recipiente de plata. Encauzó un momento y volvió a calentarlo. El oscuro té sabía demasiado a menta; en su opinión, los cairhieninos usaban en exceso esa hierba aromática. No le ofreció una taza a Alanna. Viajando. ¿Cómo había podido ese chico descubrir de nuevo lo que había estado perdido para la Torre Blanca desde el Desmembramiento?

—Sin embargo, me mantendrás informada ¿verdad, Alanna? —No era una pregunta—. ¡Mírame, mujer! ¡Si sueñas con él, si percibes algo, quiero saber cada detalle!

El brillo de las lágrimas empañaba los ojos de Alanna.

—¡Habrías hecho lo mismo, de estar en mi lugar!

Cadsuane frunció el entrecejo por encima de la taza. Quizá sí. No había diferencia entre lo que Alanna había hecho y un hombre que se imponía a la fuerza a una mujer, pero, que la Luz la perdonara, quizá lo habría hecho si hubiese creído que ello ayudaría a lograr su objetivo. Ahora había dejado de considerar la idea de obligar a Alanna a pasarle el vínculo a ella. La experiencia había demostrado lo inútil que era para controlarlo.

—No me tengas esperando, Alanna —instó en tono frío. No sentía lástima por ella. Era otra en una lista de hermanas, desde Moraine hasta Elaida, que habían metido la pata, con el resultado de empeorar lo que deberían haber arreglado. Y entre tanto ella había estado dando caza primero a Logain Ablar y después a Mazrim Taim. Lo cual no apaciguaba precisamente su humor.

—Te mantendré informada —musitó Alanna, haciendo un mohín como si fuese una niña.

Cadsuane ardió en deseos de abofetearla. Esa mujer llevaba el chal desde hacía casi cuarenta años; debería haber madurado a esas alturas. Claro que, era arafelina. En Far Madding, pocas chicas con veinte años se enfurruñaban y hacían tantos mohines como una

Librodot

arafelina postrada en el lecho de muerte por ancianidad.

Inopinadamente, los ojos de Alanna se desorbitaron en un gesto de alarma, y Cadsuane vio otra cara reflejada en la tapa de la caja de hilos. Dejó la taza en la bandeja y el bastidor sobre la mesa antes de ponerse de pie y volverse hacia la puerta. No se apresuró, pero tampoco se entretuvo con jueguecitos como antes había hecho con Alanna.

—¿Has acabado con ella, Aes Sedai? —inquirió Sorilea mientras entraba en el cuarto. La Sabia de cabello blanco y tez arrugada como un cuero viejo habló a Cadsuane, pero sus ojos no se apartaron de Alanna. Los brazaletes de marfil y oro tintinearon suavemente cuando la mujer se puso en jarras, y el chal se deslizó hasta sus codos.

Cuando Cadsuane respondió que, efectivamente, había acabado, Sorilea hizo un seco ademán a Alanna, que abandonó la habitación; en realidad, salió indignada, con la irritación y el resentimiento reflejados en su rostro. Sorilea le dirigió una mirada ceñuda. Cadsuane se había encontrado con la Sabia en otras ocasiones y, aunque breves, esos encuentros habían sido interesantes. No había conocido a muchas personas que considerara formidables, pero Sorilea era una de ellas. Quizás incluso estaba a su altura, en ciertos aspectos. Y también sospechaba que era tan mayor como ella, tal vez más, y eso era algo que nunca había esperado encontrar.

En cuanto Alanna salió, apareció Kiruna en la puerta, a buen paso y echando una ojeada al pasillo, en la dirección por la que Alanna se marchaba. Llevaba una bandeja de oro de compleja talla, sobre la que reposaba una jarra de cuello largo, también dorada y aún más trabajada, así como dos tazas de loza blanca, incongruentemente pequeñas.

—¿Por qué va corriendo Alanna? —preguntó—. Habría venido antes, Sorilea, pero... —Entonces reparó en Cadsuane y sus mejillas se pusieron rojas como la grana. La turbación resultaba chocante en la escultural mujer.

—Deja la bandeja sobre la mesa, muchacha —indicó Sorilea—. Y ve a reunirte con Chaelin. Te estará esperando para darte las clases.

Con fría formalidad, Kiruna soltó su carga, evitando los ojos de Cadsuane. Mientras se volvía para marcharse, Sorilea la cogió de la barbilla con sus dedos huesudos.

—Has empezado a esforzarte realmente, muchacha —dijo firmemente la Sabia—. Si sigues así, lo harás muy bien. Muy bien. Ahora, vete. Chaelin no tiene tanta paciencia como yo.

Sorilea realizó un ademán hacia el corredor, pero Kiruna permaneció mirándola de hito en hito unos instantes, con una expresión rara. Si Cadsuane hubiese tenido que apostar, habría dicho que a Kiruna la complacía el halago y que la sorprendía sentirse así. La mujer de cabello blanco abrió la boca, y Kiruna se obligó a reaccionar y salió apresuradamente del cuarto. Un espectáculo increíble.

—¿Piensas realmente que aprenderán vuestros modos de tejer el *Saidar*? —preguntó Cadsuane, disimulando su incredulidad. Kiruna y las otras le habían hablado de las lecciones, pero muchos de los tejidos de las Sabias eran diferentes de los que se enseñaban en la Torre Blanca. El primer modo en que se aprendía a tejer para algo en particular dejaba su impronta; aprender un segundo modo era casi imposible, e incluso si se conseguía, el segundo tejido casi nunca funcionaba, ni de lejos, tan bien como el primero. Ésa era una de las razones por las que algunas hermanas no acogían de buen grado a las espontáneas, tuviesen la edad que tuviesen; podría ser mucho lo que habían aprendido ya, y eso no podía borrarse.

—Quizá. —Sorilea se encogió de hombros—. Aprender un segundo modo ya es bastante difícil de por sí, sin contar con todo ese agitar de manos que las Aes Sedai hacéis. Lo más importante que Kiruna Nachiman debe aprender es que es dueña de su orgullo, no al contrario. Será una mujer muy fuerte una vez que aprenda eso.

Movió una silla para situarla enfrente de la que había ocupado Cadsuane, la miró dubitativamente y luego se sentó. Su actitud era tan tiesa e incómoda como la de Kiruna, pero gesticuló autoritariamente indicando a Cadsuane que tomara asiento; se notaba que era una mujer de carácter, voluntariosa, acostumbrada a mandar.

Cadsuane contuvo una risita desganada mientras se sentaba. No estaba de más recordar

que, espontáneas o no, las Sabias distaban mucho de ser unas ignorantes salvajes. Pues claro que tenían que conocer las dificultades. En cuanto a lo de «todo ese agitar de manos»... Muy pocas habían encauzado cuando podía verlas, pero había advertido que creaban algunos tejidos sin los gestos que usaban las hermanas. El movimiento de manos no formaba parte realmente del tejido, pero en cierto modo sí lo era porque se utilizaba durante su aprendizaje. Antaño, quizás hubo Aes Sedai que pudieron, por ejemplo, arrojar una bola de fuego sin realizar algún ademán de lanzamiento, pero, si fue así, llevaban mucho tiempo muertas y sus enseñanzas habían desaparecido con ellas. Actualmente, algunas cosas no podían llevarse a cabo sin los gestos apropiados. Había hermanas que afirmaban ser capaces de discernir quién había sido la maestra de otra hermana merced a los movimientos que realizaba para crear un tejido.

—Enseñar cualquier cosa a nuestras nuevas aprendizas ha sido difícil en el mejor de los casos —continuó Sorilea—. No digo esto con intención de ofender, pero vosotras, las Aes Sedai, prestáis un juramento y parece que de inmediato intentáis encontrar un modo de soslayarlo. Alanna Mosvani es particularmente difícil. —De repente sus ojos, de color verde claro, clavaron una intensa mirada en Cadsuane—. ¿Cómo podemos castigar sus reiteradas faltas si hacerlo significa dañar al *Car'a'carn*?

Cadsuane entrelazó las manos sobre el regazo. Ocultar la sorpresa no le fue fácil. Adiós al secreto del delito de Alanna. Pero ¿por qué esa mujer le descubría lo que sabía? Quizás una revelación requería otra.

—El vínculo no funciona así —aclaró—. Si la matáis, él morirá, al mismo tiempo o poco después. Aparte de eso, él será consciente de lo que le ocurre, pero no lo sentirá realmente. De hecho, con lo lejos que está ahora sólo lo percibirá vagamente.

Sorilea asintió despacio. Sus dedos tocaron la bandeja de oro que había sobre la mesa, pero se apartaron enseguida. Su expresión resultaba tan difícil de descifrar como el semblante de una estatua, pero Cadsuane sospechó que Alanna iba a encontrarse con una desagradable sorpresa la próxima vez que se dejara llevar por un acceso de ira o diera rienda suelta a sus enfurruñamientos de arafelina. Eso no tenía importancia, sin embargo. Lo único importante era el chico.

—La mayoría de los hombres tomarán lo que se les ofrezca si parece atractivo o agradable —dijo Sorilea—. Hubo un tiempo en que pensamos que Rand al'Thor era así. Por desgracia, es demasiado tarde para cambiar el camino escogido en su momento. Ahora, sospecha de todo lo que se le ofrece de buen grado. Ahora, si quiero que acepte algo, he de fingir que no quiero que lo tenga. Si quiero estar cerca de él, fingiré que me es indiferente si vuelvo a verlo o no.

De nuevo sus ojos se clavaron en Cadsuane cual taladros verdes. Pero no intentaron leerle los pensamientos. Esa mujer lo sabía. Parte, al menos. Suficiente. Tal vez demasiado.

Con todo, Cadsuane sintió un creciente entusiasmo por las posibilidades. Si había albergado alguna duda de que Sorilea quería tantearla, desapareció. No se tanteaba a alguien así a menos que se esperara alcanzar algún acuerdo.

—¿Crees que un hombre ha de ser duro? —preguntó, sabiendo el riesgo que corría—. ¿O fuerte? —Su tono dejó muy claro que, a su entender, lo uno era distinto de lo otro.

Una vez más, Sorilea tocó la bandeja; un mínimo atisbo de sonrisa pareció curvar sus labios un instante. O quizá no.

—Casi todos los hombres consideran que son la misma cosa, Cadsuane Melaidhrin, pero lo fuerte resiste, y lo duro se hace pedazos.

La Aes Sedai respiró hondo. De haber corrido ese riesgo cualquier otra persona, se habría explayado a gusto, vapuleándola por su temeridad. Pero ella no era cualquiera, y a veces había que arriesgarse.

—El chico las confunde —dijo—. Necesita ser fuerte, y se hace cada vez más duro. Ya lo es demasiado, y no parará hasta que se lo frene. Ha olvidado reír, excepto con amargura; no le quedan lágrimas. A menos que vuelva a encontrar la risa y el llanto, el mundo se enfrenta al desastre. Debe aprender que hasta el Dragón Renacido es de carne y hueso. Si va al Tarmon

Librodot

Gai'don tal como está ahora, incluso su victoria puede ser tan aciaga como su derrota.

Sorilea escuchó atentamente y guardó silencio aun después de que Cadsuane hubo acabado. Aquellos verdes ojos la estudiaron.

—Vuestro Dragón Renacido y vuestra Última Batalla no están en nuestras profecías —dijo finalmente—. Hemos intentado que Rand al'Thor conozca su linaje, su sangre, pero me temo que sólo nos ve como otra lanza. Si una lanza se rompe en tu mano, no te detienes a llorar su pérdida antes de empuñar otra. Tal vez tú y yo tenemos metas que no difieren tanto.

—Tal vez —contestó cautamente la Aes Sedai. Unas metas que tuvieran diferencias, por pocas que fueran, podrían no ser iguales en absoluto.

De repente, el brillo del *Saidar* envolvió a la Sabia. Era lo bastante débil en el Poder para que Daigian pareciese moderadamente fuerte, como poco. Claro que la fuerza de Sorilea no residía en el Poder.

—Hay algo que quizá te resulte útil —dijo—. Yo soy incapaz de hacerlo funcionar, pero puedo tejer los flujos para mostrártelo.

Hizo eso exactamente, situando débiles hilos que ocuparon su lugar y desaparecieron, demasiado pobres para realizar su cometido.

—Se llama Viajar —manifestó Sorilea.

Esta vez, Cadsuane se quedó boquiabierta. Alanna, Kiruna y las demás negaban haber enseñado a las Sabias la coligación o cualquiera de las otras habilidades que de repente parecían poseer, y Cadsuane había dado por sentado que las Aiel se las habían ingeniado para sacárselas a las hermanas retenidas en las tiendas. Pero esto era...

Imposible, habría dicho; sin embargo, no creía que Sorilea estuviese mintiendo. Se moría de ganas por probar el tejido, si bien tampoco es que fuera muy útil de inmediato. Aunque supiera exactamente dónde se encontraba el condenado chico, tenía que conseguir que acudiera a ella. En eso, Sorilea tenía razón.

En esta ocasión no hubo duda de la fugaz sonrisa que asomó a los labios de la Sabia. Sabía muy bien que estaba en deuda con ella. A continuación, cogió con ambas manos la pesada jarra de oro y llenó cuidadosamente las dos tacitas. Con agua clara. No derramó ni una gota.

—Te ofrezco el juramento del agua —dijo solemnemente mientras cogía uno de los pequeños recipientes—. Con esto, quedamos unidas como una sola para enseñar a Rand al'Thor la risa y el llanto. —Bebió y Cadsuane hizo otro tanto.

—Quedamos unidas como una sola. —¿Y si las metas resultaban no ser iguales en absoluto? No subestimaba a Sorilea como aliada ni como adversaria, pero Cadsuane sabía cuál era la meta que había que alcanzar. A toda costa.

CAPÍTULO 13

Flotando en el aire como la nieve

El horizonte septentrional tenía un color púrpura por el violento aguacero que había descargado sobre el este de Illian a lo largo de toda la noche. En lo alto, amenazaba lluvia en un cielo matinal de agitados nubarrones oscuros; en la cresta del altozano, el fuerte ventarrón zarandeaba las capas y hacía restallar las banderas cual látigos: el blanco Estandarte del Dragón, la carmesí Enseña de la Luz y los multicolores pabellones de la nobleza de Illian, Cairhien y Tear. Los nobles mantenían las distancias, formando tres grupos bien definidos y separados de acero dorado y plateado, sedas, terciopelos y encajes, pero tenían algo en común: las miradas inquietas en derredor. Hasta sus caballos mejor entrenados sacudían las cabezas arriba y abajo y piafaban en el suelo embarrado. El viento era frío, y lo parecía más en contraste con el calor que tan repentinamente había reemplazado, del mismo modo que el aguacero había sido un impacto después de tanto tiempo sin llover. Fueran de la nación que fuesen, habían rezado para que la abrasadora sequía terminara, pero ninguno de ellos sabía qué pensar de recibir tormentas implacables como respuesta a sus plegarias. Algunos echaban ojeadas a Rand cuando creían que él no se daba cuenta. Tal vez se preguntaban si había sido él quien les había respondido así. La idea le hizo reír suave, amargamente.

Palmeó el cuello de su castrado negro con la mano enguantada, satisfecho de que *Tai'daishar* no se mostrara nervioso. El enorme corcel habría podido pasar por una estatua, esperando la presión de riendas o rodillas para moverse. Buena cosa que el caballo del Dragón Renacido pareciera tan frío como su jinete, como si ambos flotasen juntos en el vacío. Con el furioso torrente del Poder Único rugiendo en su interior —fuego, hielo y muerte—, apenas era consciente del viento, a pesar de que las ráfagas sacudían su capa bordada con hilos de oro y se colaban a través de su chaqueta, de seda verde profusamente adornada con oro y que no estaba pensada para llevar con aquel tiempo. Las heridas del costado —ambas, la antigua y la reciente— le dolían, y los pinchazos lo traspasaban; heridas que jamás se curaban, pero también eso parecía distante, el cuerpo de otro hombre. La Corona de Espadas podría haber estado clavándose en las sienes de otra persona, con las agudas puntas de sus diminutas cuchillas enlazadas entre las hojas de laurel. Incluso la corrupción entretejida con el *Saidin* parecía menos intensa que hasta entonces; todavía repugnante, inmunda, pero ya no merecedora de reparar en ella. Por lo contrario, los ojos de los nobles en su espalda resultaban palpables.

Inclinando ligeramente la empuñadura de su espada, se echó hacia adelante. Alcanzaba a ver el apretado grupo de colinas bajas y arboladas, a menos de un kilómetro al este, tan claramente como si estuviese utilizando un visor de lentes. En esa región el terreno era llano, y las únicas prominencias eran aquellas colinas y la larga loma donde ellos se encontraban, elevándose sobre el páramo. La fronda más próxima que realmente merecía llevar tal nombre se hallaba a unos dieciocho kilómetros. En las colinas sólo se veían árboles medio deshojados y vapuleados por la tormenta, así como marañas de matorrales, pero él sabía lo que ocultaban. Dos, tal vez tres mil hombres que Sammael había reunido para impedirle que tomase Illian.

El ejército se había dispersado una vez que se supo que el hombre que los había convocado estaba muerto, que Mattin Stepaneos había desaparecido, quizá también en la tumba, y que había un nuevo rey en Illian. Muchos se habían vuelto a sus casas, pero todavía

Librodot

quedaban otros tantos que seguían juntos. Por lo general no más de veinte aquí, treinta allí, aunque formarían un gran ejército si volvían a reunirse, y si no, seguirían siendo incontables partidas de hombres armados. En uno u otro caso, no se les podía permitir que merodearan por el campo. El tiempo pesaba sobre los hombros de Rand como una losa de plomo. Nunca había suficiente, pero quizás esta vez... Fuego, hielo y muerte.

«¿Qué harías tú? —pensó—. ¿Estás ahí? —Y luego, dubitativo, detestando esa duda—: ¿Estuviste alguna vez realmente?» Sólo respondió el silencio, profundo y muerto en el vacío que lo rodeaba. ¿O había sonado una risa enajenada en los recovecos de su mente? ¿Era su imaginación, como la sensación de tener alguien detrás, mirando por encima de su hombro, a punto de tocarle la espalda, o como el remolino de colores —algo más que colores— que giraba justo fuera del alcance de la vista un instante antes de desaparecer? Cosa de dementes. Su pulgar se deslizó a lo largo de las tallas que serpenteaban por el Cetro del Dragón. El viento agitaba las borlas verdes y blancas, debajo de la pulida moharra. Fuego, hielo y muerte llegarían.

—Iré personalmente a hablar con ellos —anunció, lo que provocó un escándalo.

Lord Gregorin, la banda verde del Consejo de los Nueve cruzada en diagonal sobre el peto adornado con dorados, se destacó rápidamente de los illianos taconeando su castrado blanco de finos remos, seguido de cerca por Demetre Marcolin, primer capitán de los Compañeros, en su robusto zaino. Marcolin era el único hombre entre su grupo que no vestía seda ni el menor toque de encaje, el único con armadura lisa, si bien muy bruñida, aunque el yelmo cónico que reposaba sobre la alta perilla de la silla sí llevaba tres finas plumas doradas. Lord Marac levantó las riendas, pero al ver que ningún otro miembro de los Nueve se movía, las soltó con actitud indecisa. Marac, un hombre robusto con aire impasible, era nuevo en el Consejo y a menudo tenía más aspecto de artesano que de lord a pesar de las ricas sedas que asomaban bajo la lujosa armadura y las chorreras de encaje que caían sobre el peto. Los Grandes Señores Weiramon y Tolmeran se adelantaron con sus caballos del grupo de tearianos, tan cubiertos de oro y plata como cualquiera de los Nueve, seguidos por Rosana, recién ascendida a Gran Señora y luciendo un peto con el emblema de su casa —el Halcón y las Estrellas— cincelado. También allí hubo otros que hicieron el intento de ir tras ellos, pero se quedaron atrás, con aire preocupado. El cenceño Aracome, el ojigarzo Maraconn y el calvo Gueyam eran hombres acabados; ellos lo ignoraban, pero por mucho que quisieran estar en el centro del poder, temían que Rand los matara. Sólo lord Semaradrid se adelantó del grupo de cairhieninos sobre un rucio que había conocido mejores tiempos; su armadura estaba abollada, con trozos del dorado saltados. Su rostro descarnado tenía el gesto duro, llevaba afeitado el pelo en el nacimiento de la frente y empolvado como un soldado plebeyo, y en sus oscuros ojos había un brillo de desprecio hacia los altos tearianos.

Había allí desprecio suficiente para todos. Tearianos y cairhieninos se odiaban. Illianos y tearianos se despreciaban. Sólo cairhieninos e illianos se llevaban bien hasta cierto punto, e incluso entre ellos existía algo de pique. Sus dos naciones no tendrían ni por asomo la larga historia de resentimiento compartida por Tear e Illian, pero aun así los cairhieninos seguían siendo extranjeros armados en suelo de Illian, recibidos con poco entusiasmo en el mejor de los casos y sólo porque seguían a Rand. Pero, a pesar de tanto gesto ceñudo, encrespamiento e intentar hablar a la vez mientras se agrupaban en torno a Rand en un ajetreo de capas sacudidas por el viento, ahora tenían una meta en común. En cierto modo.

—Majestad —empezó precipitadamente Gregorin al tiempo que se inclinaba—, os ruego que me permitáis ir en vuestro lugar, o al primer capitán Marcolin. —La cuadrada barba que dejaba despejado su labio superior enmarcaba un semblante crispado por la preocupación—. Esos hombres deben de saber que sois el rey, ya que las proclamas se están leyendo en cada pueblo y encrucijada, pero quizá no muestren el debido respeto a vuestra corona.

El carilargo Marcolin, perfectamente rasurado, observaba a Rand con sus oscuros y hundidos ojos, sin translucir lo que había tras aquel rostro impasible. La lealtad de los Compañeros era para la corona de Illian, y Marcolin era lo bastante mayor para recordar los

Librodot

tiempos en que estuvo a las órdenes del segundo capitán Tam al'Thor, pero sólo él sabía lo que pensaba sobre que Rand al'Thor fuese el rey.

—Milord Dragón —intervino Weiramon a la par que hacía su reverencia, sin esperar a que Gregorin terminase de hablar. Su tono siempre era declamatorio, e incluso en la silla de montar parecía ir pavoneándose. Los ornamentados terciopelos, sedas y chorreras casi ocultaban la armadura, y su puntiaguda barba canosa despedía el aroma floral de aceites perfumados—. Esa chusma es demasiado insignificante para que el lord Dragón se ocupe personalmente de ella. Azuzar perros para cazar otros perros, es lo que yo digo. Dejad que los illianos los eliminen. Así me aspen, pero hasta ahora no han hecho nada para serviros excepto hablar.

Típico de él, convertir en insulto su conformidad con la propuesta de Gregorin. Tolmeran era lo bastante enjuto para que Weiramon pareciera robusto en comparación, y suficientemente sombrío para apagar el lustre de su atuendo; no era estúpido, y además existía una gran rivalidad entre Weiramon y él, pero aun así asintió lentamente mostrando su acuerdo. Ni pizca de estima hacia los illianos por su parte.

Semaradrid puso mal gesto a los tearianos, pero se dirigió a Rand, quitándole la palabra a Weiramon.

—Ese grupo es diez veces mayor que cualquiera de los que hemos encontrado hasta ahora, milord Dragón. —Le importaba un ardite el rey de Illian, y poco más el Dragón Renacido, salvo porque era prerrogativa de Rand entregar el trono de Cairhien, y Semaradrid esperaba que se lo diera a alguien a quien pudiera seguir, en lugar de combatir—. Deben de ser leales a Brend, o no se habrían mantenido unidos tantos. Me temo que hablar con ellos es una pérdida de tiempo, pero si es eso lo que queréis, dejadme que rodee su posición de manera evidente, para que sepan el precio del menor amago de agresión.

Rosana asestó una mirada feroz a Semaradrid; era esbelta, y aunque no muy alta, sí casi tanto como él, con los ojos del color azul del hielo. Tampoco esperó a que terminara de hablar, e igualmente se dirigió a Rand.

—He venido muy lejos y he puesto mucho en juego por vos para veros morir ahora en vano —manifestó sin rodeos. Tan poco estúpida como Tolmeran, Rosana había reclamado un lugar en los consejos de los Grandes Señores, aunque las Grandes Señoras tearianas rara vez lo hacían; directa era el término adecuado para ella. A pesar de que la mayoría de las nobles se pusieran armaduras durante las batallas, de hecho ninguna de ellas dirigía a sus mesnaderos al combate; sin embargo, Rosana llevaba una maza con reborde en su silla de montar, y a veces Rand pensaba que a la mujer le gustaría tener ocasión de utilizarla—. Dudo que esos illianos no dispongan de arcos, y sólo hace falta una flecha para matar incluso al Dragón Renacido.

Apretando los labios en un gesto pensativo, Marcolin asintió con la cabeza antes de poder frenarse, y entonces intercambió una mirada de sobresalto con Rosana, a cual más sorprendido de estar de acuerdo con un enemigo ancestral.

—Esos palurdos no habrían tenido temple para seguir levantados en armas sin que se les exhortara a hacerlo —continuó suavemente Weiramon, haciendo caso omiso de Rosana. Se le daba muy bien pasar por alto a quien o a lo que no quería oír ni ver. Él sí era un necio—. ¿Puedo sugerir al lord Dragón que busque entre los llamados Nueve la fuente de esa incitación?

—¡Protesto por los insultos de este cerdo teariano, majestad! —bramó Gregorin de inmediato mientras llevaba la mano hacia su espada—. ¡Protesto con la mayor vehemencia!

—Hay demasiados esta vez —intervino Semaradrid al mismo tiempo—. La mayoría se volverá contra vos tan pronto como les deis la espalda, en cualquier caso. —Por su pronunciado ceño, podría haber estado hablando de los tearianos tanto como de los hombres escondidos en las colinas. Quizás era así—. ¡Lo mejor es matarlos y acabar de una vez!

—¿Acaso os he pedido opinión? —espetó duramente Rand. El parloteo cesó de inmediato y reinó un profundo silencio, roto sólo por los chasquidos de capas y banderas sacudidas por el viento. De repente lo miraban rostros inexpresivos, más de uno tornándose

Librodot

ceniciento. Ignoraban si asía el Poder, pero a él lo conocían. No todo lo que imaginaban saber era cierto, aunque mejor que lo creyeran así—. Vendrás conmigo, Gregorin —añadió en un tono más normal, pero todavía duro. Era lo único que entendían; si se ablandaba, se revolverían contra él—. Y tú, Marcolin. El resto se queda aquí. ¡Dashiva! ¡Hopwil!

Todos los que no habían sido nombrados hicieron retroceder a sus caballos con premura al tiempo que los dos Asha'man acudían a reunirse con Rand, y los dos illianos miraron a los hombres de negro como si hubiesen preferido quedarse también. Aparte de todo lo demás, Corlan Dashiva mostraba un gesto ceñudo y mascullaba entre dientes, como hacía tan a menudo. Todo el mundo sabía que el *Saidin* volvía locos a los hombres antes o después, y el Asha'man de rostro vulgar daba exactamente esa imagen con el liso y enmarañado cabello ondeando al viento, lamiéndose los labios y sacudiendo la cabeza. Por si fuera poco, Eben Hopwil, de sólo dieciséis años y aún con marcas de acné en las mejillas, tenía la hosca mirada prendida en algo imperceptible para los demás. Al menos Rand sabía el porqué.

Cuando los dos Asha'man se encontraron cerca, Rand no pudo menos que ladear la cabeza para escuchar, aunque lo que pretendía oír estaba dentro de su mente. Alanna se encontraba allí, desde luego; ni el vacío ni el Poder cambiaban aquello un ápice. La distancia reducía la percepción a un simple ser consciente de su existencia, en algún lugar lejano, hacia el norte; pero ese día había algo más, algo que había notado varias veces recientemente, apagado y apenas perceptible. Un asomo de sobresalto, tal vez, o de indignación, un soplo de algo arrollador que no conseguía identificar. La mujer debía de estar sintiendo lo que quiera que fuese de manera muy intensa para que él lo notara a tanta distancia. Quizá lo echaba de menos. Una idea retorcida. Él no la echaba en falta. Hacer caso omiso de Alanna resultaba más fácil que antes. Ella seguía allí, pero no así la voz que solía gritar desaforada sobre matar cada vez que un Asha'man aparecía. Lews Therin se había ido. A menos que aquella sensación de tener a alguien mirándole la nuca, casi rozándole los omóplatos con un dedo, fuese él. ¿Sonaba realmente la ronca risa de un loco en lo más recóndito de su cerebro? ¡El hombre había estado allí! ¡Había estado!

Se dio cuenta de que Marcolin lo miraba de hito en hito y que a Gregorin le costaba un gran esfuerzo no hacerlo.

—Todavía no —les dijo irónicamente, y casi se echó a reír cuando quedó muy claro que lo entendían de inmediato. El alivio era demasiado palpable en sus rostros para interpretarlo de otro modo. No estaba loco. Todavía—. Vamos —les dijo y puso al trote a *Tai'daishar* ladera abajo. A pesar de los hombres que lo seguían, se sentía solo. A pesar del Poder que lo henchía, se sentía vacío.

Entre el altozano y las colinas había parches de espesos matorrales y amplias zonas de hierba muerta que formaban una brillante alfombra parda y amarilla, aplastada por la lluvia. Hacía sólo unos pocos días, el suelo había estado tan seco que Rand pensó que absorbería un río entero sin sufrir ningún cambio. Entonces llegaron las lluvias torrenciales, enviadas por el Creador, movido finalmente por la clemencia, o tal vez por el Oscuro en un arranque de humor macabro; ignoraba si había sido lo uno o lo otro. Ahora los cascos de los caballos chapoteaban en barro cada dos pasos. Confiaba en que ese asunto no le ocupara mucho tiempo. Tenía un poco de tiempo, por los informes de Hopwil, pero no ilimitado. Quizá semanas, con suerte. Necesitaba meses. ¡Luz, necesitaba años de los que no dispondría jamás!

Su sentido del oído, aguzado por el Poder, le permitía percibir parte de lo que decían los hombres que venían detrás. Gregorin y Marcolin cabalgaban pegados uno al otro, intentando sujetar las capas azotadas por el viento y hablando en voz baja sobre los hombres de las colinas, de sus temores de que pudiesen luchar. Ninguno de los dos albergaba la menor duda de que serían aplastados si presentaban resistencia, pero temían el efecto que aquello tendría sobre Rand, y el que él tendría sobre Illian, si los illianos se le enfrentaban ahora que Brend estaba muerto. Todavía eran incapaces de llamar a Brend por su verdadero nombre: Sammael. La mera idea de que uno de los Renegados hubiese gobernado el país los asustaba aún más que el hecho de que ahora fuera el Dragón Renacido quien reinaba allí.

Dashiva, derrumbado sobre la silla como un hombre que jamás hubiese visto un caballo,

mascullaba iracundo entre dientes; en la Antigua Lengua, que hablaba y leía con la fluidez de un estudioso. Rand sabía un poco, pero no lo suficiente para entender sus murmuraciones. Seguramente quejas sobre el tiempo; a pesar de ser un granjero, a Dashiva le desagradaba la vida al aire libre a menos que el cielo estuviese despejado.

Sólo Hopwil cabalgaba en silencio, con la mirada ceñuda clavada en algo más allá del horizonte, el cabello y la capa agitándose tan violentamente como los de Dashiva. De tanto en tanto asía la empuñadura de la espada en un gesto inconsciente. Rand tuvo que llamarlo tres veces, la última en tono brusco, antes de que Hopwil diera un respingo de sorpresa y taconeara su desgarbado caballo pardo hasta situarlo junto a *Tai'daishar.*

Rand lo observó atentamente. El joven —ya no un muchacho, a pesar de su edad— había engordado desde que Rand lo viera por primera vez, aunque su nariz y sus orejas todavía parecían hechas para un hombre más grande. Un dragón, de oro esmaltado en rojo, equilibraba ahora la espada de plata en el alto cuello de la chaqueta, igual que el de Dashiva. Otrora había dicho que reiría de alegría un año entero cuando se ganara el dragón, pero contemplaba fijamente a Rand como si mirara a través de él.

—La información que conseguiste fue una buena noticia —le dijo Rand, quien sólo merced a un ímprobo esfuerzo no aplastó el Cetro del Dragón entre sus dedos—. Bien hecho.

Había previsto el regreso de los seanchan, pero no tan pronto. Había esperado que no fuese tan pronto. Y no apareciendo de repente, como saliendo de la nada, tragándose ciudades enteras de un bocado. Cuando se enteró de que los mercaderes de Illian conocían la noticia días antes de que a cualquiera de ellos se le ocurriera informar a los Nueve —¡la Luz los librara de perder una oportunidad de sacar beneficios porque mucha gente supiera demasiado!— había estado en un tris de arrasar la ciudad hasta sus cimientos. Pero la noticia era buena, o tan buena como podía pedirse en esas circunstancias. Hopwil había Viajado a Amador, a la campiña cercana, y los seanchan parecían estar esperando. Quizás a digerir lo que habían engullido. ¡Quisiera la Luz que se les indigestara! Se obligó a aflojar los dedos ceñidos sobre la lanza tallada con la figura del dragón.

—Si Morr las trae la mitad de buenas —continuó—, tendré tiempo de apaciguar Illian antes de ocuparme de ellos.

¡Ebou Dar también! ¡Así los abrasara la Luz! Eran una distracción, una que no necesitaba y que no podía permitirse el lujo de pasar por alto. Hopwil no respondió nada y se limitó a mirarlo.

—¿Estás disgustado porque tuviste que matar mujeres?

«Desora, de los Musara Reyn, y Lamell, de los Agua Humeante Miagoma, y...» Rand empujó hacia el fondo la instintiva letanía de nombres nada más empezar a flotar por el vacío. Se habían sumado nuevos nombres a aquella lista; nombres que no recordaba haber añadido: Laigin Arnault, una hermana Roja que había muerto al intentar llevarlo prisionero a Tar Valon. No tenía derecho a un puesto en esa lista, pero lo había reclamado; Colavaere Saighan, que había preferido ahorcarse que someterse a la justicia. Y más. Habían muerto hombres a millares, por orden suya o por su propia mano, pero eran los rostros de las mujeres los que atormentaban sus sueños. Todas las noches se obligaba a afrontar sus ojos acusadores. Tal vez eran sus ojos los que percibía últimamente.

—Ya te expliqué lo de las *damane* y las *sul'dam* —dijo sosegadamente, pero por dentro ardía de ira, el fuego tejiendo una telaraña alrededor de la nada del vacío. «¡Así la Luz me abrase, he matado más mujeres de las que podrían caber en todas tus pesadillas! ¡Mis manos están *negras* con la sangre de mujeres!»—. Si no hubieses acabado con la patrulla seanchan, te habrían matado sin dudarlo. —No añadió que Hopwil tendría que haberlos esquivado, evitar la necesidad de matarlos. Demasiado tarde para eso—. Dudo que las *damane* sepan cómo escudar a un hombre. No tenías opción. —Y era mejor que estuvieran todos muertos a que alguno hubiese escapado con la noticia de un hombre que podía encauzar precediéndolos.

Hopwil se tocó distraídamente la manga izquierda, donde el color negro disimulaba el paño chamuscado por el fuego. Los seanchan no habían muerto fácilmente ni con rapidez.

—Amontoné los cuerpos en un hoyo —dijo con voz inexpresiva—. Los caballos, todo.

Librodot

Los reduje a cenizas. Cenizas blancas que flotaban en el viento como la nieve. No me afectó en absoluto.

Rand captó la mentira en las palabras del joven, pero Hopwil tenía que aprender. Después de todo, él lo había hecho. Eran lo que eran, y no había más. No había más. Liah, de los Cosaida Chareen, un nombre grabado a fuego. Moraine Damodred, otro nombre que abrasaba el alma en lugar de quemarla simplemente. Una Amiga Siniestra anónima, representada sólo con su cara, que había muerto por su espada cerca de...

—Majestad —llamó en voz alta Gregorin a la par que señalaba. Un hombre solo salió de los árboles al pie de la colina más próxima y esperó plantado en actitud desafiante. Llevaba un arco, se cubría la cabeza con un casco puntiagudo de acero, y el cuerpo con una cota de malla que casi le llegaba a las rodillas.

Rand espoleó a *Tai'daishar* para ir a su encuentro, henchido de Poder. El *Saidin* podía protegerlo de los hombres.

Visto más de cerca, el arquero no ofrecía una imagen tan bizarra. El óxido manchaba el yelmo y la cota del hombre, que parecía empapado, con barro hasta los muslos y el cabello mojado colgándole sobre la estrecha cara. Emitió una tos seca y se frotó la larga nariz con el dorso de la mano. Sin embargo, la cuerda de su arco estaba tensa; se notaba que eso sí lo había resguardado de la lluvia. Y las plumas de las flechas metidas en la aljaba también estaban secas.

—¿Eres el cabecilla? —demandó Rand.

—Puede decirse que hablo en su nombre —replicó el tipo, receloso—. ¿Por qué?

Al llegar los otros a galope junto a Rand, el hombre rebulló inquieto, posando el peso alternativamente en uno y otro pie; en sus oscuros ojos apareció una expresión de tejón acorralado. Los tejones eran peligrosos cuando se los acorralaba.

—¡Cuida tu lenguaje, patán! —instó Gregorin—. ¡Estás hablando con Rand al'Thor, el Dragón Renacido, Señor de la Mañana y rey de Illian! ¡Arrodíllate ante tu soberano! ¿Cómo te llamas?

—¿Que él es el Dragón Renacido? —dijo el individuo, dubitativo. Miró a Rand de la cabeza a los pies, deteniendo los ojos un instante en el dragón dorado de la hebilla del cinturón, y luego sacudió la cabeza como si hubiese esperado a alguien de más edad o más grandioso—. ¿Y Señor de la Mañana, decís? Nuestro rey nunca se hizo llamar así.

No hizo ademán de arrodillarse ni de darles su nombre. El semblante de Gregorin se ensombreció ante el tono del individuo, y quizás ante la indirecta negativa de que Rand fuese rey. Marcolin hizo un leve asentimiento de cabeza, como si hubiese esperado algo así.

Hubo unos apagados crujidos entre el húmedo sotobosque. Rand los oyó sin dificultad, y de repente el *Saidin* llenó a Hopwil. El joven, que ya no tenía la mirada perdida en el vacío, escudriñó atentamente la línea de árboles con un brillo salvaje en los ojos. Dashiva, silencioso, se retiró el oscuro cabello de la cara con aire aburrido. Gregorin se inclinó sobre la perilla de la silla y abrió la boca en actitud furibunda. Fuego y hielo, pero muerte aún no.

—Cálmate, Gregorin. —Rand no alzó la voz, pero tejió flujos que transportaban sus palabras, Aire y Fuego, de modo que retumbaron en el muro de árboles—. Mi oferta es generosa. —El tipo de nariz larga se tambaleó ante el sonido, y el caballo de Gregorin respingó. Los hombres escondidos lo oirían claramente—. Deponed las armas. Aquellos que deseen regresar a sus hogares, pueden hacerlo. Los que quieran seguirme en cambio, también pueden. Pero ningún hombre partirá armado de aquí a menos que me siga. Sé que la mayoría de vosotros sois buenos hombres, que respondisteis a la llamada de vuestro rey y del Consejo de los Nueve para defender Illian, pero ahora *yo* soy vuestro rey, y no permitiré que nadie caiga en la tentación de convertirse en un bandido.

Marcolin asintió con gesto severo.

—¿Y qué hay de vuestros Juramentados del Dragón que incendian granjas? —gritó la voz asustada de un hombre desde los árboles—. ¡Ellos sí que son bandidos!

—¿Y qué pasa con vuestros Aiel? —gritó otro—. ¡He oído que se han llevado pueblos enteros, gentes incluidas!

Más voces de hombres invisibles se unieron, todas gritando lo mismo, los Juramentados del Dragón y los Aiel, criminales asesinos y salvajes. Rand rechinó los dientes. Cuando el griterío cesó, el tipo de cara alargada tomó la palabra.

—¿Lo veis? —Hizo una pausa para toser, luego carraspeó y escupió, quizá por su pecho congestionado o tal vez para dar énfasis a sus palabras. Una imagen lamentable, todo él mojado y oxidado, pero su entereza era tan firme como tensa la cuerda de su arco. Hizo caso omiso de la mirada fulminante de Rand con tanta facilidad como había hecho con la de Gregorin—. Nos pedís que regresemos a casa desarmados, sin posibilidades de defendernos, ni a nosotros ni a nuestras familias, mientras vuestra gente incendia, roba y asesina. Dicen que la tormenta se acerca —añadió, y pareció sorprendido de haberlo dicho; sorprendido y confuso durante un instante.

—¡Los Aiel de los que has oído hablar son mis enemigos! —Nada de telarañas de fuego esta vez, sino tupidas telas de ira que se ciñeron prietamente alrededor del vacío. Su voz era puro hielo, sin embargo; retumbaba como la avalancha de un ventisquero. ¿Que se acercaba la tormenta? ¡Luz, *él* era la tormenta!—. *Mis* Aiel les están dando caza. ¡Persiguen a los Shaido y también a los bandidos, se llamen a sí mismos como se llamen, junto con Davram Bashere y casi todos los Compañeros! ¡Soy el rey de Illian, y no permitiré que nadie perturbe su paz!

—Aunque fuese cierto lo que decís... —empezó el tipo de cara alargada.

—¡Lo es! —bramó Rand—. Tenéis hasta mediodía para tomar una decisión. —El hombre frunció el entrecejo con inquietud; a menos que los nubarrones se aclararan, iba a resultar muy difícil calcular cuándo era mediodía. Rand no le dio respiro—. ¡Decidid con buen tino!

Hizo volver grupas a *Tai'daishar* y espoleó al castrado, que salió a galope tendido hacia el altozano, sin esperar a los demás.

Soltó el Poder de mala gana, obligándose a no aferrarse a él —como quien se agarra con uñas y dientes al último aliento— a medida que se disipaba el flujo de vida e infección por igual. Durante un instante vio doble; el mundo pareció ladearse hasta provocarle vértigo. Aquél era un problema reciente, y le preocupaba que formara parte de la enfermedad que mataba a los varones que encauzaban, mas el mareo sólo duraba unos segundos. Era todo lo demás que implicaba soltar la Fuente lo que lamentaba. El mundo pareció apagarse. No; se volvió difuso realmente, disminuyó de algún modo. Los colores habían palidecido, el cielo había menguado, en comparación con lo que habían sido antes. Anhelaba desesperadamente asir de nuevo la Fuente y exprimirle el Poder Único. Siempre le ocurría lo mismo cuando el Poder lo abandonaba.

No bien desapareció el *Saidin*, sin embargo, cuando la cólera ocupó su lugar, ardiente, abrasadora, casi tanto como había sido el Poder. Como si no tuviera suficiente con los seanchan y los rufianes que se escondían tras su nombre. Distracciones mortíferas que no podía permitirse. ¿Acaso Sammael seguía maquinando contra él desde la tumba? ¿Había mostrado a los Shaido cómo brotar como espinos dondequiera que él posara la mano? ¿Por qué? El Renegado no podía haber creído que moriría. Y si la mitad de las noticias que llegaban eran ciertas, también había Shaido en Murandy y Altara y sólo la Luz sabía dónde más. Muchos de los Shaido tomados prisioneros habían hablado de una Aes Sedai. ¿Estaría involucrada la Torre Blanca de algún modo? ¿Es que no iban a dejarlo en paz? ¿Nunca? Nunca.

Enzarzado en una lucha interna con la ardiente furia, ni siquiera advirtió que Gregorin y los demás lo alcanzaban. Cuando llegaron a la cresta del altozano, entre los nobles que los aguardaban, sofrenó tan bruscamente a *Tai'daishar* que el animal se encabritó y piafó, lanzando el barro pegado a los cascos. Los nobles hicieron recular sus monturas poco a poco, apartándose del castrado; apartándose de él.

—Les he dado hasta el mediodía —anunció—. Vigiladlos. No quiero que esa tropa se divida en cincuenta partidas pequeñas y se escabullan. Estaré en mi tienda.

Salvo por las capas ondeando al viento, podrían haber sido estatuas de piedra, clavados en el sitio, como si su orden de vigilancia hubiera ido dirigida personalmente a ellos. En ese

Librodot

momento le importaba un bledo si se quedaban allí hasta que se congelaran o se derritieran.

Sin añadir nada más, bajó al trote la oscura cuesta del altozano, seguido por los dos Asha'man de negro y sus portaestandartes illianos. Fuego y hielo, y la muerte se acercaba. Pero él era de acero. Era acero.

CAPÍTULO 14

Mensaje del M'Hael

A unos dos kilómetros al oeste del altozano comenzaban los campamentos, hombres y caballos, lumbres y estandartes agitados por el viento, y unas cuantas tiendas desperdigadas, agrupadas por nacionalidades, por casas, cada campamento un barrizal separado de los otros por extensiones de ásperos brezos. Hombres montados y a pie observaron el paso de la comitiva de Rand con sus estandartes y escudriñaron hacia otros campamentos para evaluar las reacciones. Cuando los Aiel habían estado presentes, esos hombres habían levantado un único y gran campamento, inducidos por una de las pocas cosas que realmente tenían en común: su miedo a los Aiel, por mucho que lo negaran. Rand sabía que el mundo perecería a menos que él tuviera éxito, pero no se hacía ilusiones de que compartieran la lealtad a él en una u otra medida, ni siquiera que creyeran que el destino del mundo no pudiera acomodarse a sus propios intereses, sus deseos de oro o gloria o poder. Un puñado sí, quizá; sólo un puñado. La gran mayoría lo seguía porque le temía mucho más que a los Aiel. Tal vez más incluso que al Oscuro, en el que algunos no creían realmente; no en el fondo de sus corazones; no que la Sombra pudiera o fuera a tocar al mundo con más dureza de lo que ya lo había hecho. Por el contrario, a él lo tenían delante, y en eso sí creían. Ahora ya lo aceptaba. Lo aguardaban demasiadas batallas para malgastar energías en una que estaba perdida de antemano. Mientras lo siguieran y obedecieran, bastaría.

El campamento más grande era el suyo, y allí, Compañeros illianos de uniforme verde con puños amarillos se mezclaban con Defensores de la Ciudadela tearianos con chaquetas de mangas abullonadas a rayas negras y doradas, así como otros tantos cairhieninos procedentes de unas cuarenta casas, de oscuro, algunos con el rígido *con* cimbreando sobre sus cabezas. Cocinaban en lumbres aparte, dormían aparte, estacaban sus caballos aparte y se observaban cautelosamente unos a otros, pero se mezclaban. La seguridad del Dragón Renacido era su responsabilidad, y se tomaban el trabajo en serio. Cualquiera de ellos podría traicionarlo, pero no mientras los otros estuvieran allí para verlo. Viejos odios y nuevas antipatías inducirían a denunciar cualquier conspiración antes de que el delator se parara a pensarlo.

Un anillo de acero montaba guardia alrededor de la tienda de Rand, un armatoste de techo picudo, en seda verde, lleno de bordados de abejas en hilo de oro. Había pertenecido a su predecesor, Mattin Stepaneos, e iba incluida con la corona, por así decir. Haciendo caso omiso del viento, Compañeros con bruñidos yelmos cónicos estaban apostados junto a Defensores de yelmos en cresta y rematados con reborde saliente, y a cairhieninos con cascos en forma de campana; las viseras de hendiduras ocultaban sus rostros, las alabardas se inclinaban en un ángulo exacto. Ninguno de ellos movió un músculo cuando Rand detuvo el caballo, pero una parva de criados acudió corriendo para atenderlos, a él y a los Asha'man. Una mujer huesuda, con el chaleco verde y amarillo de los caballerizos del Palacio Real de Illian, cogió sus riendas, en tanto que el estribo lo sujetaba un tipo de nariz protuberante, vestido con el uniforme negro y oro de la Ciudadela de Tear. Lo saludaron con sendas reverencias e intercambiaron una única y penetrante mirada. Boreane Carivin, una mujer robusta y baja, de tez pálida, vestida de oscuro, le ofreció con afectación una bandeja de plata con paños húmedos que desprendían vapor. Cairhienina, observó a los otros dos, aunque más como para asegurarse de que realizaban bien su labor que con la animosidad recíproca y

Librodot

apenas disimulada. Pero, aun así, con cuidado. Lo que funcionaba con los soldados también funcionaba con la servidumbre.

Rand se quitó los guantes y rechazó con un ademán la bandeja de Boreane. Damer Flinn se había levantado de un banco profusamente tallado que había enfrente de la tienda mientras Rand desmontaba. Calvo excepto por un ralo cerquillo de pelo blanco, Flinn tenía más aspecto de abuelo que de Asha'man. Un abuelo correoso como el cuero, con una pierna rígida, que había visto más mundo aparte de una granja. La espada a la cadera parecía formar parte de su cuerpo, y con razón, ya que otrora había sido soldado de la Guardia Real. Rand confíaba en él más que en la mayoría. Después de todo, Flinn le había salvado la vida.

El hombre mayor saludó, con el puño en el pecho, y cuando Rand contestó con un gesto de la cabeza, se acercó cojeando y esperó hasta que los mozos de cuadra se marcharon con los caballos antes de hablar en voz baja.

—Torval está aquí. Dice que lo ha enviado el M'Hael. Quiso esperar en la tienda del consejo, y le encargué a Narishma que lo vigilase. —Ese procedimiento se seguía por orden de Rand, aunque éste no sabía muy bien por qué la había dado: no se debía dejar solo a nadie procedente de la Torre Negra. Vacilante, Flinn toqueteó el dragón del cuello de su chaqueta—. No le gustó la noticia de que nos habíais ascendido a todos.

—Vaya, así que no le gustó ¿eh? —comentó quedamente Rand mientras se metía los guantes debajo del cinturón. Y como Flinn seguía denotando incertidumbre añadió—: Todos lo merecíais. —Había estado a punto de enviar a uno de los Asha'man a Taim, el líder o M'Hael, como todos los Asha'man lo llamaban, pero ahora Torval podría llevarle el mensaje. ¿En la tienda del consejo?—. Haz que traigan un refrigerio —le ordenó a Flinn, y a continuación indicó con un ademán a Hopwil y a Dashiva que lo siguieran.

Flinn volvió a saludar, pero Rand ya se alejaba a grandes pasos, las botas chapoteando en el negro barro. No se alzaron vítores por él en el borrascoso viento. Recordaba cuando sí los había. Si no era uno de los recuerdos de Lews Therin. Si es que Lews Therin había sido real. Un fugaz centelleo de color justo en el límite visual; la sensación de alguien a punto de tocarle la espalda desde atrás. Haciendo un esfuerzo, se concentró en sí mismo.

La tienda del consejo era un pabellón grande, a rayas rojas, que en otro tiempo se levantó en los llanos de Maredo y que ahora se alzaba en el centro del campamento de Rand, rodeado por un espacio abierto de treinta pasos. Allí nunca había guardias, a no ser que Rand estuviese reunido con los nobles. Cualquiera que hubiese intentado colarse dentro habría sido descubierto por miles de ojos acechantes. Tres banderas izadas en altos astiles formaban un triángulo alrededor del pabellón: el Sol Naciente de Cairhien, la Tres Lunas Crecientes de Tear y las Abejas Doradas de Illian. Y encima del techo carmesí, más altos que el resto, se encontraban el Estandarte del Dragón y la Enseña de la Luz. El viento las hacía tremolar a todas, con fuertes chasquidos, y las paredes de la tienda temblaban con las ráfagas. Dentro, alfombras multicolores de flecos formaban el suelo, y el único mueble era una gran mesa, profusamente tallada y dorada, con incrustaciones de marfil y turquesas. Un revoltijo de mapas ocultaba casi por completo el tablero.

Torval levantó la cabeza de los mapas, claramente dispuesto a descargar lo peor de su vocabulario contra quienquiera que hubiera entrado sin llamar. Rondando la madurez y más alto que cualquiera excepto Rand o un Aiel, miró con altanería, alzando la afilada nariz que casi temblaba de indignación. El dragón y la espada brillaban en el cuello de su chaqueta a la luz de las lámparas de pie. Vestía una chaqueta de brillante seda negra, de confección lo bastante fina para complacer a un lord. Su espada tenía guarniciones de plata bañada en oro, y una reluciente gema roja remataba el pomo de la empuñadura. Otra piedra preciosa centelleaba en un anillo. No se podía entrenar a hombres para que fueran armas sin esperar cierta dosis de arrogancia, pero aun así a Rand no le gustaba Torval. Claro que no necesitaba la voz de Lews Therin para desconfiar de cualquier hombre de chaqueta negra. ¿Hasta qué punto se fiaba realmente incluso de Flinn? Y, sin embargo, tenía que dirigirlos. Los Asha'man era obra suya, su responsabilidad.

Cuando Torval vio a Rand, se enderezó despreocupadamente y saludó, pero su

expresión apenas cambió. Ya tenía una mueca burlona la primera vez que Rand lo vio.

—Milord Dragón —dijo con acento tarabonés; lo hizo como si saludase a un igual, o incluso mostrándose cortés con un inferior. Su arrogante inclinación abarcó a Hopwil y a Dashiva—. Os felicito por la conquista de Illian. Una gran victoria, ¿no es verdad? Habría tenido vino esperando para recibiros, pero este joven... Dedicado no parece entender las órdenes.

En un rincón, las campanillas de plata prendidas en las puntas de las dos largas y oscuras trenzas de Narishma emitieron un débil sonido cuando éste se movió. Su tez se había bronceado profundamente bajo el sol meridional, pero algunas cosas no habían cambiado en él. Mayor que Rand, su rostro lo hacía parecer más joven que Hopwil, pero el enrojecimiento que teñía sus mejillas no era de turbación, sino de rabia. Su orgullo por la recién ganada espada en su cuello era callado, pero profundo. Torval le sonrió, con una mueca lenta, divertida y peligrosa por igual. Dashiva soltó una risa corta y seca.

—¿Qué haces aquí, Torval? —inquirió bruscamente Rand. Tiró el Cetro del Dragón y sus guantes sobre uno de los mapas, seguidos del cinturón de su espada y el arma en su vaina. Los mapas que Torval no tenía motivo para examinar. No; no necesitaba la voz de Lews Therin.

Encogiéndose de hombros, Torval sacó una carta del bolsillo de la chaqueta y se la tendió a Rand.

—El M'Hael envía esto. —El papel era blanco como la nieve y grueso, con el sello de un dragón impreso en un gran óvalo de cera azul que brillaba con motitas doradas. Cualquiera habría pensado que provenía del propio Dragón Renacido. Taim tenía un alto concepto de sí mismo—. El M'Hael me encargó que os dijera que las historias sobre Aes Sedai en Murandy con un ejército son ciertas. Según los rumores, se han rebelado contra Tar Valon —la mueca burlona de Torval se intensificó por la incredulidad—, pero marchan hacia la Torre Negra. Muy pronto podrían convertirse en un peligro, ¿verdad?

Rand estrujó entre sus dedos el magnífico sello y lo hizo añicos.

—Van a Caemlyn, no a la Torre Negra, y no representan una amenaza. Mis órdenes fueron claras: dejar en paz a las Aes Sedai a menos que os persigan.

—Pero ¿cómo estáis seguro de que no son una amenaza? —insistió Torval—. Quizá vayan a Caemlyn, como decís, pero si os equivocáis, nos estarán atacando antes de que nos demos cuenta.

—Torval podría tener razón —intervino, pensativo, Dashiva—. No podría fiarme de mujeres que te meten en un arcón, y éstas no han prestado ningún juramento. ¿O sí?

—¡He dicho que las dejéis en paz! —Rand golpeó con la palma el tablero, muy fuerte, y Hopwil dio un brinco, sobresaltado.

Dashiva frunció el entrecejo, irritado, antes de borrar rápidamente el gesto, pero a Rand no le importaban los cambios de humor de Dashiva. Por casualidad —estaba seguro que era casualidad— su mano había caído sobre el Cetro del Dragón. El brazo le tembló por el deseo de empuñarlo y hundirlo en el corazón de Torval. No hacía falta la voz de Lews Therin, en absoluto.

—Los Asha'man son un arma para dirigirla donde yo diga —continuó Rand—, no para revolotear como gallinas cada vez que Taim se asusta por un puñado de Aes Sedai que cenan juntas en la misma posada. Si no queda más remedio, puedo volver para dejarlo todo aún más claro.

—Estoy seguro de que eso no será necesario —se apresuró a decir Torval. Por fin algo había borrado la irónica mueca de su boca. Se notaba la tensión en sus ojos y en las manos extendidas casi con timidez, incluso con aire de disculpa. Y claramente asustado—. El M'Hael quería simplemente informaros. Vuestras órdenes se leen diariamente en las Directivas Matinales, después del Credo.

—Eso está bien. —Rand mantuvo fría la voz, y sólo gracias a un gran esfuerzo no frunció el entrecejo. Era a su precioso M'Hael a quien el hombre temía, no al Dragón Renacido. Miedo de que Taim tomara a mal que cualquier cosa que dijera diera pie a que

Librodot

Rand descargara su ira sobre él—. Porque mataré a cualquiera de vosotros que se acerque a esas mujeres de Murandy. Cortáis donde *yo* dirijo el golpe.

—Como digáis, milord Dragón —murmuró Torval a la par que se inclinaba rígidamente.

Enseñó los dientes en un intento de sonrisa, pero se notaba que estaba pasando un momento de apuro, y evitó los ojos de todos mientras trataba de aparentar lo contrario. Dashiva soltó otra risa, y Hopwil esbozó una sonrisilla.

Narishma no estaba disfrutando con el malestar de Torval, sin embargo, ni prestaba atención. Miraba a Rand sin parpadear, como si percibiese unas corrientes profundas que a los demás les pasaban inadvertidas. La mayoría de las mujeres, y no pocos hombres, lo consideraban un chico guapo y nada más, pero aquellos ojos enormes a veces parecían más conocedores que otros cualesquiera.

Rand apartó la mano del Cetro del Dragón y desplegó la carta. Sus manos no temblaban exactamente. Torval sonrió amarga, débilmente, sin advertir nada. Junto a la pared de la tienda, Narishma aflojó la tensión.

En ese momento llegaron las bebidas, llevadas por un majestuoso desfile encabezado por Boreane, una hilera de illianos, cairhieninos y tearianos con sus distintos uniformes. Uno de los criados portaba una bandeja de plata y jarros para cada clase de vino, y otros dos cargaban con bandejas llenas de jarras con ponche caliente y vinos con especias y finas copas de cristal para las otras bebidas. Había frutos secos y frutas confitadas, quesos y aceitunas, cada clase acarreada por un criado o criada. Bajo la dirección de Boreane, se movieron como si siguieran los pasos de un baile, inclinándose, haciendo reverencias, uno dando paso a otro a medida que ofrecían las bandejas.

Rand cogió una jarra de vino con especias, se sentó en el borde de la mesa y dejó el humeante recipiente a su lado, sin probarlo, enfrascado en la carta. No había nombre ni tratamiento, ni tampoco preámbulo alguno. Taim detestaba darle cualquier tipo de título, si bien intentaba disimularlo.

> «Tengo el honor de informar que en la actualidad hay alistados veintinueve Asha'man, noventa y siete Dedicados y trescientos veintidós soldados en la Torre Negra. Lamentablemente, ha habido un puñado de desertores, cuyos nombres han sido suprimidos, pero las bajas durante el adiestramiento siguen siendo aceptables.
>
> »Actualmente tengo hasta cincuenta grupos de reclutamiento actuando de manera ininterrumpida, con el resultado de tres o cuatro incorporaciones a la lista casi a diario. Dentro de pocos meses, la Torre Negra igualará a la Blanca, como os dije que ocurriría. Dentro de un año, Tar Valon temblará ante lo nutrido de nuestras filas.
>
> »Yo personalmente he recolectado las negras bayas de esa zarzamora. Un arbusto pequeño y espinoso, pero con un número sorprendente de frutos para su tamaño.
>
> »Mazrim Taim
>
> »M'Hael.»

Rand torció el gesto y apartó de su mente el... arbusto de negras bayas. Lo que tenía que hacerse, tenía que hacerse. El mundo entero pagaba un precio por su existencia. Él moriría por el mundo, pero la humanidad lo pagaba.

De todos modos, había otras cosas por las que poner mal gesto. ¿Tres o cuatro reclutas nuevos al día? Taim era optimista. A ese ritmo, en unos pocos meses habría más hombres capaces de encauzar que Aes Sedai, cierto, pero la hermana más reciente contaba con años de entrenamiento a su favor. Y una parte de esa instrucción enseñaba específicamente cómo encargarse de un hombre que podía encauzar. No quería ni imaginar un encuentro entre Asha'man y Aes Sedai que supieran a qué se enfrentaban; tendría como único resultado sangre

y pesar, ocurriera lo que ocurriese. Pero los Asha'man no tenían como objetivo la Torre Blanca, con independencia de lo que pensara Taim. Sin embargo, era conveniente tal creencia, si hacía que Tar Valon pensara mejor las cosas antes de actuar. Un Asha'man sólo necesitaba saber cómo matar. Si había suficientes para hacer eso en el lugar y el momento oportunos, si vivían bastante para llegar a hacerlo, era la única razón para la que habían sido creados.

—¿Cuántos desertores, Torval? —inquirió sosegadamente. Cogió la jarra de vino y dio un sorbo, como si la respuesta careciese de importancia. El vino debería haber sido un agradable tonificador, pero el jengibre, el anís y la macis le supieron amargos—. ¿Cuántas bajas durante el adiestramiento?

Torval estaba recuperando su talante habitual gracias el refrigerio; se frotaba las manos y, mirando con una ceja enarcada la selección de vinos, hacía un gran alarde de sus conocimientos de los mejores caldos, jactándose de dominar el tema. Por su parte, Dashiva había cogido del primero que le ofrecieron y miraba ceñudo el contenido de su copa de pie retorcido como si fuese bazofia. Mientras señalaba una de las bandejas, Torval ladeó la cabeza en actitud pensativa, pero ya tenía preparada la respuesta.

—Diecinueve desertores, hasta el momento. El M'Hael ha ordenado matarlos allí donde se los encuentre y que sus cabezas cortadas se lleven a la Torre Negra, para que sirvan de ejemplo. —Picó un trozo de pera confitada de la bandeja que le presentaban, se lo metió en la boca y sonrió alegremente—. Ya son tres las que cuelgan como frutas del Árbol de los Traidores en este momento.

—Bien —dijo, impasible, Rand. No se podía confiar en que los hombres que huían ahora no lo hicieran después, cuando otras vidas dependerían de su firmeza. Además, a esos hombres no se les podía permitir que anduviesen sueltos por ahí. Si los soldados de las colinas escaparan juntos en bloque serían menos peligros que un solo varón entrenado en la Torre Negra. ¿El Árbol de los Traidores? Taim era único para poner nombres a las cosas. Sin embargo, los Asha'man necesitaban los símbolos, los ritos y los nombres, las chaquetas negras y los alfileres, para reforzar su unidad como grupo. Hasta que llegara el momento de morir—. La próxima vez que visite la Torre Negra quiero ver las cabezas de todos los desertores.

Un segundo trozo de pera confitada, a mitad de camino de la boca de Torval, cayó de los dedos de éste y manchó la pechera de su excelente chaqueta.

—Realizar ese tipo de esfuerzo podría interferir en el reclutamiento —argumentó lentamente—. Los desertores no van anunciándose por ahí.

Rand sostuvo la mirada del otro hombre hasta que éste bajó los ojos.

—¿Cuántas bajas en los entrenamientos? —demandó. El Asha'man de nariz afilada vaciló, y Rand insistió—. ¿Cuántas?

Narishma se echó hacia adelante, mirando intensamente a Torval. Hopwil hizo otro tanto. Los criados siguieron con su silenciosa y particular danza, ofreciendo bandejas a hombres que ya no les prestaban la menor atención. Boreane aprovechó la preocupación de Narishma para asegurarse de que su jarra de plata contuviera más agua caliente que vino de especias. Torval se encogió de hombros con una actitud demasiado indiferente.

—Cincuenta y una, en total. Trece se carbonizaron, y veintiocho murieron de golpe en el sitio. El resto... El M'Hael les añadió algo al vino y no se despertaron. —De repente su tono se tornó malicioso—. Puede pasar de pronto, en cualquier momento. Un hombre empezó a chillar que le andaban arañas por debajo de la piel. —Sonrió malévolamente a Narishma y a Hopwil, y casi a Rand, pero fue a los otros dos a los que se dirigió, girando la cabeza hacia uno y otro alternativamente—. ¿Veis? Que no os preocupe si caéis en la locura. No os haréis daño a vosotros mismos ni a ninguna otra persona. Os dormiréis... para siempre. Más piadoso que amansar, aun en el caso de que supiésemos cómo hacerlo. Más que dejarte vivo, loco y cortado el acceso a la Fuente.

—Sí, mucho más piadoso —manifestó Rand con voz carente de inflexión mientras dejaba su jarra en la mesa, junto a él. Algo en el vino. «Mi alma está negra con sangre, y condenada.» No fue un pensamiento cruel ni mordaz ni incisivo; simplemente la exposición de un hecho—. Una última gracia que cualquiera de nosotros desearía para sí, Torval.

Librodot

La risa cruel de Torval se borró, y su respiración se tornó agitada. Los cálculos eran fáciles: un hombre de cada diez, destruido; uno de cada cincuenta, demente, y el porcentaje aumentaría. Aún estaban en los comienzos, y no había modo de que uno supiera si había entrado a formar parte de la estadística hasta el día de su muerte. Lo quisiera o no Torval, esa espada de Damocles también pendía sobre su cabeza.

De repente Rand reparó en Boreane. Tardó unos instantes en identificar la expresión de su cara y, cuando lo hizo, tuvo que tragarse unas frías palabras. ¡Cómo osaba sentir lástima! ¿Acaso pensaba que el Tarmon Gai'don podía ganarse sin sangre? ¡Las Profecías del Dragón demandaban sangre a raudales!

—Dejadnos —le ordenó, y la mujer reunió en silencio a los criados. Pero en sus ojos seguía habiendo compasión mientras los conducía fuera.

Rand miró en derredor tratando de hallar el modo de cambiar de humor, pero no encontró nada. La lástima debilitaba tanto como el miedo, y ellos debían ser fuertes. Para afrontar lo que les esperaba, tenían que ser como el acero. Obra suya, su responsabilidad.

Perdido en sus pensamientos, Narishma contemplaba sin ver el vapor que subía de su vino, y Hopwil seguía con los ojos clavados en la pared de la tienda, como si quisiera atravesarla con la mirada. Torval echaba miradas de reojo a Rand y trataba con empeño de recobrar la mueca burlona en sus labios. Sólo Dashiva no parecía afectado; cruzado de brazos, examinaba a Torval como haría un hombre con un caballo que está en venta.

El silencio desesperantemente prolongado que sobrevino fue roto por un mocetón de negro, con la espada y el dragón en el cuello de la chaqueta. De la misma edad que Hopwil, todavía demasiado joven para casarse en casi cualquier sitio, Fedwin Morr llevaba la tensión más ceñida a su ser que la camisa al cuerpo; caminaba de puntillas, y sus ojos tenían la expresión de un gato cazando que se sabe acechado a su vez. Hubo un tiempo en que había sido distinto, y no hacía mucho.

—Los seanchan emprenderán la marcha de Ebou Dar muy pronto —anunció al tiempo que saludaba—. Se proponen atacar Illian a continuación.

Hopwil dio un brinco y soltó una exclamación ahogada al salir bruscamente de sus sombrías meditaciones. De nuevo, Dashiva reaccionó con una risa, en esta ocasión amarga. Asintiendo, Rand cogió el Cetro del Dragón. Después de todo, lo llevaba como recordatorio. Los seanchan bailaban a su son, no al que él hubiese querido.

Si Rand acogió la noticia en silencio, no así Torval, que de nuevo exhibía la mueca burlona, acentuada por una ceja enarcada.

—Vaya, ¿es que te contaron ellos todo eso? —inquirió con sorna—. ¿O es que has aprendido a leer las mentes? Deja que te diga algo, chico. He luchado contra amadicienses y domani, ¡y ningún ejército toma una ciudad para luego hacer el equipaje y emprender un viaje de casi dos mil kilómetros! ¡Más de dos mil kilómetros! ¿O acaso piensas que pueden Viajar?

Morr acogió el escarnio de Torval con tranquilidad. O, si acaso lo alteró, la única señal que dio de ello fue pasar el pulgar a lo largo de la empuñadura de la espada.

—Hablé con algunos de ellos. En su mayoría, taraboneses. Y siguen llegando más en barco casi a diario, por no decir todos los días. —Pasó junto a Torval, haciéndolo a un lado con el hombro, y dedicó al tarabonés una mirada impasible mientras se dirigía hacia la mesa—. Todos se apartaban al instante cada vez que alguien con un acento extraño, arrastrando las palabras, abría la boca. —El hombre de más edad abrió la suya, furioso, pero Morr continuó apresuradamente, dirigiéndose a Rand—. Están situando soldados a todo lo largo de las montañas Vemir. Quinientos, a veces mil a la vez. Han cubierto ya todo el trecho hasta Punta de Arran. Y están comprando o requisando todos los carros y carretas que hay en un radio de cien kilómetros alrededor de Ebou Dar, así como los animales de tiro.

—¡Carros! —exclamó Torval—. ¡Carretas! ¿Será que quieren organizar una gran feria de mercado? ¿Y a qué necio se le ocurriría mandar un ejército a través de las montañas cuando existen unas calzadas estupendas? —Advirtió que Rand lo observaba, y se calló, inquieto de repente.

—Te dije que pasaras inadvertido, Morr. —Rand dejó que su voz transluciera un leve

dejo de ira. El joven Asha'man tuvo que retroceder un paso cuando él se bajó de la mesa—. No que fueras por ahí preguntando a los seanchan sus planes. Que observaras y fueras discreto.

—Tuve cuidado. Me quité los alfileres. —Los ojos de Morr no cambiaron al mirar a Rand, todavía los del cazador y los de la presa acechada a la par. Parecía estar hirviendo por dentro. De no haber sabido a qué atenerse, Rand habría dicho que asía el Poder, luchando para no acabar consumido por el *Saidin* mientras éste le daba la vida multiplicada por diez. Su rostro daba la impresión de que iba a empezar a sudar copiosamente en cualquier momento—. Si alguno de los hombres con los que hablé sabía hacia dónde se dirigían a continuación, no lo dijo, y yo no lo pregunté, pero sí estaban bien dispuestos para protestar sobre tener que marchar todo el tiempo, sin quedarse nunca en ningún sitio, mientras bebían cerveza. En Ebou Dar tragaban como esponjas la cerveza de la ciudad porque afirmaban que tendrían que reanudar la marcha otra vez. Y están reuniendo carretas y animales de tiro, como ya he dicho. —Soltó de un tirón la parrafada y apretó los dientes al terminar, como para frenar más palabras que pugnaban por salir de su boca.

Con una sonrisa inopinada, Rand le palmeó el hombro.

—Bien hecho. Con lo de las carretas habría sido suficiente, pero lo hiciste bien. Las carretas son importantes —añadió, volviéndose hacia Torval—. Si un ejército se alimenta de los productos del campo, come lo que encuentra en el camino. O no, si no hay nada. —Torval no había movido ni una pestaña al oír que los seanchan estaban en Ebou Dar. Si la noticia había llegado a la Torre Negra, ¿por qué no lo había mencionado Taim en la carta? Rand confió en que su sonrisa no pareciera una mueca amenazadora—. Es más difícil preparar caravanas de suministros, pero cuando se cuenta con una se sabe que hay forraje para los animales y judías para los hombres. Los seanchan lo organizan todo.

Revolvió los mapas hasta dar con el que quería y lo extendió, sujetándolo a un extremo con su espada y al otro con el Cetro del Dragón. La costa entre Illian y Ebou Dar se mostraba ante él, bordeaba en su mayor parte por colinas y montañas, salpicada de pueblos pesqueros y villas. Los seanchan eran organizados. Ebou Dar estaba en su poder hacía menos de una semana, pero los informadores de los mercaderes hablaban de reparaciones muy adelantadas en los daños sufridos por la ciudad durante su toma, de casas de salud limpias montadas para los enfermos, de comida y trabajo para los pobres y para los refugiados que se habían visto obligados a abandonar sus hogares por los conflictos de tierra adentro. Se patrullaban las calles y los campos aledaños, para que nadie temiera un encuentro con asaltantes o bandidos, de día y de noche, y mientras que los mercaderes eran bien recibidos, el contrabando se había reducido a un mínimo, por no decir que se había cortado por completo. Aquellos honrados mercaderes illianos se habían quedado sorprendentemente cabizbajos por lo del contrabando. ¿Qué estaban organizando ahora los seanchan?

Los demás se reunieron alrededor de la mesa mientras Rand examinaba el mapa. Había calzadas a lo largo de la costa, pero malas, señaladas en el mapa como poco más que caminos de carros. Las amplias calzadas de comercio se encontraban en el interior, evitando lo peor del terreno y lo peor que el Mar de las Tormentas podía ofrecer.

—Jinetes haciendo incursiones desde esas montañas podrían obstaculizar el paso de cualquiera que quisiera utilizar las calzadas hacia el interior —dijo finalmente—. Controlando las montañas, hacen tan seguras las calzadas como una calle de ciudad. Tienes razón, Morr. Vienen a Illian.

Apoyado en los puños, Torval lanzó una mirada fulminante a Morr, que había acertado en lo que él se había equivocado. Un pecado imperdonable, tal vez, en el libro de Torval.

—Aun así, pasarán meses antes de que puedan ocasionaros problemas aquí —manifestó hoscamente—. Cien Asha'man, cincuenta incluso, destacados en Illian, podrían destruir cualquier ejército antes de que un solo hombre cruzase los pasos elevados.

—Dudo mucho que un ejército con *damane* pueda destruirse tan fácilmente como matar Aiel volcados en un ataque y cogidos por sorpresa —argumentó sosegadamente Rand, y Torval se puso tenso—. Además, tengo que defender todo Illian, no sólo la ciudad.

Librodot

Haciendo caso omiso del hombre, Rand trazó líneas en el mapa con el índice. Entre Punta de Arran y la ciudad de Illian había varios centenares de kilómetros de leguas de aguas profundas, a través de la boca de Sima de Kabal, donde, según decían los capitanes de Illian, ni las sondalezas más largas tocaban fondo a sólo una milla, más o menos, de la costa. Allí, la fuerza del oleaje podría echar a pique un barco en su violento avance hacia el norte, para finalmente batir contra la costa en rompientes de quince metros de altura. Con el tiempo que hacía, sería aún peor. Rodear la Sima era una ruta de mil kilómetros para llegar a la ciudad, incluso siguiendo el derrotero más directo, pero si los seanchan seguían la ruta desde Punta de Arran, podrían alcanzar la frontera en dos semanas, a pesar del temporal de lluvia. Tal vez menos. Mejor combatir donde él escogiera, no al contrario. Su dedo se deslizó a lo largo de la costa sur de Altara, siguiendo la cordillera de las Vemir, hasta donde las montañas se convertían en colinas, lindando con Ebou Dar. Quinientos aquí, mil allí. Una tentadora sarta de cuentas repartidas a lo largo de las montañas. Un golpe seco, duro, podría lanzarlas rodando de vuelta a Ebou Dar; incluso confinarlas mientras intentaban entender qué se traía entre manos. O...

—Hay algo más —dijo de repente Morr, que habló precipitadamente otra vez—. Corrían comentarios sobre un tipo de arma Aes Sedai. Descubrí dónde se había utilizado, a unos pocos kilómetros de la ciudad. El suelo estaba calcinado, arrasado en el centro, un área de trescientos pasos de anchura o más, y destrozadas las plantaciones de árboles que la rodeaban. La arena estaba fundida en capas cristalinas. Allí, el *Saidin* era peor.

Torval hizo un ademán displicente.

—Podría haber habido Aes Sedai cerca cuando la ciudad cayó, ¿no? O quizá los mismos seanchan lo hicieron. Una hermana con un *angreal* habría...

—¿Qué has querido decir con lo de que el *Saidin* era peor allí? —lo interrumpió Rand. Dashiva se movió y miró de un modo raro a Morr, alargando la mano como para agarrar al joven, pero Rand lo apartó sin contemplaciones—. ¿A qué te referías, Morr?

El muchacho se quedó mirándolo fijamente, con la boca muy cerrada y pasando el pulgar arriba y abajo a lo largo de la empuñadura de su espada. El calor interior del chico parecía a punto de estallar. Ahora sí tenía la cara llena de gotitas de sudor.

—El *Saidin* era... extraño —dijo con voz enronquecida. Las palabras le salían atropelladas, a saltos—. Peor allí... Podía... sentirlo... en el aire, a mi alrededor... pero raro por doquier en torno a Ebou Dar. E incuso a cientos de kilómetros de distancia. Tuve que combatirlo; no como siempre; era diferente. Como si estuviese vivo. A veces... A veces no hacía lo que yo quería. A veces... hacía algo distinto. De verdad. ¡No estoy loco! ¡Lo hacía!

El viento sopló con fuerza, aullando brevemente, zarandeando las paredes de la tienda, y Morr enmudeció.

—Eso es imposible —musitó Dashiva en pleno silencio, pero en voz casi inaudible—. Imposible.

—¿Quién sabe lo que es posible? —acotó Rand—. ¡Yo no! ¿Y tú? —Dashiva levantó la cabeza sorprendido, pero Rand se volvió hacia Morr, moderando el tono—. No te preocupes, hombre. —No fue un tono afable, pues era incapaz de eso, pero sí alentador, esperaba. Su creación, su responsabilidad—. Estarás conmigo en la Última Batalla, te lo prometo.

El joven asintió y se frotó la cara con la mano, como si le sorprendiera encontrarla sudorosa, pero miró a Torval, que se había quedado inmóvil como una piedra. ¿Sabía Morr lo del vino? Realmente podía considerarse una última gracia, teniendo en cuenta las alternativas. Una gracia pequeña y amarga, eso sí.

Rand cogió la carta de Taim, dobló la hoja, y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Cincuenta ya que habían perdido la cordura, y los que seguirían. ¿Sería Morr el próximo? Dashiva estaba muy cerca, desde luego. Las miradas ausentes de Hopwil cobraron un nuevo significado, e incluso el habitual mutismo de Narishma. La locura no se manifestaba siempre con gritos sobre arañas. En cierta ocasión había preguntado, con cautela, a quien sabía que le contestaría sinceramente, cómo limpiar la infección del *Saidin*, y recibió un acertijo como respuesta. Herid Fel había afirmado que el acertijo rezaba «sólidos principios, tanto en la

filosofía moral como en la natural», pero él no había visto ningún modo de aplicarlo al problema en cuestión. ¿Fue asesinado Fel porque había descifrado la adivinanza? Rand tenía un indicio de la solución, o eso creía; una hipótesis que podría resultar desastrosamente errónea. Los indicios y los acertijos no eran respuestas, pero aun así tenía que hacer algo. Si la infección no se limpiaba de algún modo, el día del Tarmon Gai'don podría encontrarse un mundo ya destruido por hombres dementes. Lo que tenía que hacerse, se hacía.

—Eso sería portentoso —musitó muy quedo Torval—, pero ¿cómo podría nadie, con excepción del Creador o...? —Enmudeció, inquieto.

Rand no se había dado cuenta de que había expresado en voz alta sus pensamientos. Los ojos de Narishma, los de Morr y los de Hopwil brillaban con idéntica emoción: una súbita esperanza. Dashiva se había quedado de una pieza. Rand esperó no haber dicho demasiado. Ciertos secretos había que guardarlos; incluido lo que haría a continuación.

Poco después, Hopwil corría hacia su corcel para cabalgar hasta el altozano con órdenes para los nobles apostados allí. Morr y Dashiva salían a toda prisa a buscar a Flinn y a los demás Asha'man, y Torval se dirigía a largos pasos hacia un lado del claro, para Viajar de regreso a la Torre Negra con órdenes para Taim. Narishma fue el último, y pensando en Aes Sedai, seanchan y armas prodigiosas, Rand también lo mandó con instrucciones muy precisas que hicieron que la boca del joven se tensara.

—No hables con nadie —acabó en voz baja Rand, asiendo con fuerza el brazo de Narishma—. Y no me falles. Ni en un ápice.

—No lo haré —dijo Narishma sin pestañear. Tras un rápido saludo, se marchó también.

«Peligroso —susurró una voz en la mente de Rand—. Oh, sí, muy peligroso, quizá demasiado. Pero tal vez funcione; tal vez. En cualquier caso, debes matar a Torval ahora. Tienes que hacerlo.»

Weiramon entró en la tienda del consejo, apartando con el hombro a Gregorin y a Tolmeran e intentando hacer lo mismo con Rosana y Semaradrid, todos ellos ansiosos de informar a Rand que los hombres de las colinas habían decidido con buen tino, después de todo. Lo encontraron riendo con tantas ganas que las lágrimas le corrían por las mejillas. Lews Therin había vuelto. O si no, es que efectivamente se había vuelto loco. De cualquier forma, lo uno o lo otro era motivo para reír.

Librodot

GLOSARIO

Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión con respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano gozó de amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiera de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero sólo los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la destrucción, la mortalidad y la desintegración generalizadas de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede —iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años—, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

Ahondamiento: 1) La capacidad de usar el Poder Único para diagnosticar condiciones físicas y enfermedades. 2) La habilidad de hallar depósitos de minerales metalíferos con el Poder Único. El hecho de que ésta sea una habilidad perdida por las Aes Sedai mucho tiempo atrás puede explicar que el nombre se haya relacionado con otra facultad.

Allegadas, las: Incluso durante la Guerra de los Trollocs, hace más de dos mil años (alrededor del 1000-1350 DD), la Torre Blanca seguía manteniendo el nivel exigido y expulsaba a las mujeres que no daban la talla. Un grupo de esas mujeres, temerosas de regresar a sus casas en mitad de una guerra, huyó a Barashta (en las inmediaciones de donde se alza actualmente Ebou Dar), lo más lejos posible del conflicto en aquel tiempo. Se llamaron a sí mismas las Allegadas o las Emparentadas; mantuvieron en secreto su grupo y ofrecieron un refugio seguro a otras que habían sido expulsadas. Con el tiempo, el hecho de entrar en contacto con mujeres a las que se les ordenaba abandonar la Torre las condujo a abordar a las fugitivas y, aunque las razones exactas quizá no se sepan nunca, las Allegadas empezaron a aceptar también a las que huían de la Torre. Ponían gran empeño en que esas jóvenes no descubrieran nada sobre su grupo hasta tener la seguridad de que las Aes Sedai no caerían sobre ellas de repente para arrastrarlas de vuelta a la Torre. Al fin y a la postre, era de todos sabido que a las fugitivas se las atrapaba siempre, antes o después, y las Allegadas sabían que, a menos que mantuvieran en secreto su organización, ellas mismas serían castigadas severamente.

Las Allegadas ignoraban que las Aes Sedai tenían conocimiento de su existencia casi desde el principio, pero la prosecución de la guerra no les dejaba tiempo para ocuparse de ellas. Al finalizar el conflicto, la Torre cayó en la cuenta de que no le convenía desmantelar el grupo de las Allegadas. Hasta entonces, la gran mayoría de las fugitivas había logrado escapar en contra de la propaganda de la Torre, pero una vez que las Allegadas empezaron a ayudarlas a huir, la Torre sabía exactamente adónde se encaminaba cualquier fugitiva, y así comenzó a recuperar a nueve de cada diez. Puesto que las Emparentadas se mudaban cada cierto tiempo de Barashta (y posteriormente de Ebou Dar) con el propósito de mantener en secreto su existencia y el número de las componentes del grupo, sin que su estancia se prolongase más de diez años para no correr el riesgo de que nadie advirtiera que

Librodot

no envejecían a un ritmo normal, la Torre creyó que eran muy pocas, además de que llevaban a raja tabla no llamar la atención. Con el propósito de utilizar a las Allegadas como una trampa para las fugitivas, la Torre decidió dejarlas en paz, en contra de lo que habían hecho con cualquier otro grupo similar a lo largo de su historia, así como guardar en secreto su existencia para cualquiera que no fuese Aes Sedai.

Las Allegadas no tienen leyes, sino más bien unas reglas basadas en parte en las establecidas por la Torre Blanca para novicias y Aceptadas, y en parte por la necesidad de conservar su secreto. Como sería de esperar dados los orígenes de las Allegadas, el mantenimiento de sus reglas es estricto con todas sus integrantes.

Recientes contactos entre Aes Sedai y Allegadas —aunque tal circunstancia es conocida únicamente por un puñado de hermanas— han dado lugar a varias sorpresas, entre ellas el hecho de que hay el doble de Emparentadas que Aes Sedai, así como que algunas de las primeras superan en un siglo la edad a la que ha llegado cualquier Aes Sedai desde antes de la Guerra de los Trollocs. El efecto que estos descubrimientos puedan tener tanto en las Aes Sedai como en las Allegadas aún está por verse. (Véanse *Hijas del Silencio, las*; *Círculo de Labores de Punto, el.*)

Asha'man: 1) En la Antigua Lengua «Guardián» o «Guardianes», pero siempre con el significado de un defensor de la verdad y la justicia. 2) El nombre dado tanto al colectivo de hombres que han acudido a lo que ahora se llama la Torre Negra, cerca de Caemlyn, en Andor, a fin de aprender a encauzar, como a uno de sus rangos. Su entrenamiento se centra en los distintos modos de utilizar el Poder Único como arma; una vez que han aprendido a asir el *Saidin* —la mitad masculina de la Fuente—, se les exige realizar todo tipo de tareas y trabajos con el Poder, lo que implica otro cambio con respecto a las normas de la Torre Blanca. A un hombre que acaba de enrolarse se lo llama «soldado» y lleva una chaqueta negra, de cuello alto, al estilo andoreño. Al ser ascendido a «Dedicado» se adquiere el derecho de lucir un alfiler de plata, denominado «espada», en un pico del cuello. La promoción a Asha'man otorga el derecho a llevar la insignia del «dragón», el alfiler esmaltado en dorado y rojo, en el pico contrario. Aunque muchas mujeres, incluidas las esposas, huyen cuando descubren que sus compañeros pueden encauzar, un número considerable de los hombres de la Torre Negra están casados y utilizan una versión del vínculo de los Guardianes con sus Aes Sedai a fin de crear un nexo con sus esposas. Este mismo vínculo, alterado para compeler a la obediencia, ha empezado a usarse recientemente a fin de capturar también Aes Sedai.

Balwer, Sebban: Otrora secretario de Pedron Niall oficialmente, aunque en secreto era su jefe de espías. Ayudó a Morgase a escapar de los seanchan en Amador por sus propios motivos, y ahora trabaja como secretario de Perrin t'Bashere Aybara y de Faile ni Bashere t'Aybara.

Capitán de Espadas: Véase *Capitán de Lanzas.*

Capitán de Lanzas: En la mayoría de las naciones, las mujeres nobles no dirigen personalmente a sus mesnaderos en la batalla en circunstancias normales. En cambio, contratan a un soldado profesional, casi siempre un plebeyo, que es responsable del entrenamiento de los mesnaderos así como de dirigirlos. Dependiendo del país, ese hombre puede llamarse Capitán de Lanzas, Capitán de Espadas, Maestro de los Caballos o Maestro de las Lanzas. A menudo surgen, quizá de manera inevitable, rumores sobre otro tipo de relación entre la noble y el guerrero aparte de la de patrona y asalariado. En ocasiones dichos rumores son ciertos.

Cha Faile: 1) En la Antigua Lengua, «Garra del Halcón». 2) Nombre adoptado por los jóvenes cairhieninos y tearianos que intentan seguir el *ji'e'toh.* Han jurado lealtad a Faile ni Bashere t'Aybara y secretamente actúan como sus exploradores y espías.

Círculo de Labores de Punto, el: La junta dirigente de las Allegadas. Puesto que ninguna de las componentes del grupo ha sabido nunca cómo organizan las Aes Sedai su propia jerarquía —conocimiento que sólo se adquiere cuando una Aceptada ha pasado su prueba para obtener el chal—, las Allegadas no se basan en la fuerza con el Poder sino que dan gran importancia a la edad, de modo que la mujer mayor siempre está por encima de la más

Librodot

joven. Por consiguiente, el Círculo de Labores de Punto (nombre escogido, al igual que el de Allegadas, por su carácter inofensivo) está formado por las trece mujeres mayores residentes en Ebou Dar en ese momento, recibiendo la de mayor edad el título de la Rectora. Conforme a las reglas, todas tendrán que dejar el puesto cuando les llegue el momento de mudarse, pero mientras residen en Ebou Dar tienen autoridad absoluta sobre las Allegadas, hasta un grado que cualquier Sede Amyrlin envidiaría. (Véase *Allegadas, las.*)

Compañeros, los: El cuerpo militar de elite de Illian que actualmente está al mando del primer capitán Demetre Marcolin. Los Compañeros proporcionan escolta al rey de Illian y guardan los puntos clave en toda la nación. Además, a los Compañeros se los ha utilizado tradicionalmente en la batalla para atacar las posiciones enemigas más fuertes y sacar ventaja de sus puntos débiles, así como cubrir la retirada del rey si llegara el caso. A diferencia de la mayoría de las unidades de elite de su clase, a los forasteros no sólo se los acoge de buen grado en sus filas (excepto tearianos, altaraneses y murandianos), sino que incluso pueden ascender al rango más alto; lo mismo reza para los plebeyos, cosa que tampoco es habitual. El uniforme de los Compañeros consiste en chaqueta verde, peto adornado con las Nueve Abejas de Illian y un yelmo cónico con visera de hendiduras en acero. El primer capitán luce cuatro galones trenzados de oro en las bocamangas, y un penacho de tres finas plumas doradas en el yelmo. Los tenientes llevan dos galones amarillos en las bocamangas y dos finas plumas verdes, mientras que los subtenientes llevan un galón amarillo y una pluma verde. Los distintivos de los abanderados son dos galones abiertos de color amarillo en las bocamangas y una pluma del mismo tono, y los hombres del pelotón sólo llevan un galón abierto, también amarillo.

Consolidación, la: Cuando los ejércitos enviados por Artur Hawkwing a las órdenes de su hijo Luthair desembarcaron en Seanchan, se encontraron con un mosaico cambiante de numerosísimas naciones que guerreaban frecuentemente entre sí y que a menudo estaban regidas por Aes Sedai. Sin existir un equivalente de la Torre Blanca, las Aes Sedai actuaban en favor de sus propios intereses y poderío valiéndose del Poder Único. Formaban pequeños grupos e intrigaban constantemente unas contra otras. En gran parte, esas continuas maquinaciones en provecho propio y las resultantes guerras entre las miles de naciones fueron las que permitieron a los ejércitos del este del Océano Aricio iniciar la conquista de todo un continente y que sus descendientes finalizaran dicha tarea. Esa conquista, durante la cual los descendientes de los ejércitos originales se convirtieron en seanchan a medida que conquistaban a los oriundos, se prolongó mas de novecientos años y se la conoce como la Consolidación.

Corenne: En la Antigua Lengua, «el Retorno». Nombre dado por los seanchan tanto a la flota de miles de barcos como a los cientos de miles de soldados, artesanos y demás que transportarán esas naves y que llegarán detrás de los Precursores para reclamar las tierras robadas a los descendientes de Artur Hawkwing. (Véase *Precursores.*)

da'covale: 1) En la Antigua Lengua, «el que es posesión» o «persona que es propiedad». 2) Entre los Seanchan, término utilizado a menudo, junto con el de «propiedad», para «esclavos». La esclavitud tiene una historia larga e inusitada entre los seanchan, ya que hay esclavos con habilidad para ascender a posiciones de gran poder y autoridad, incluso sobre aquellos que son libres. (Véase *so'jhin.*)

Defensores de la Ciudadela, los: La unidad militar de elite de Tear. El actual Capitán de la Ciudadela (el comandante de los Defensores) es Rodrivar Tihera. En dicho cuerpo sólo se admiten tearianos, y por lo general los oficiales son de la nobleza, aunque a menudo pertenecen a casas menores o a ramas menores de casas importantes. Los Defensores tienen a su cargo la salvaguardia de la inmensa fortaleza llamada Ciudadela de Tear, en la ciudad del mismo nombre, la defensa de la urbe y las tareas propias de un cuerpo policial o una guardia ciudadana u otra organización semejante. Salvo en tiempos de guerra, sus funciones rara vez los llevan lejos de la ciudad. Así, como ocurre con todas las unidades de elite, son el núcleo en torno al cual se forma el ejército. El uniforme de los Defensores

consiste en una chaqueta negra con mangas acolchadas, listadas en negro y dorado, con puños negros, peto bruñido y yelmo con reborde y visera de hendiduras de acero. El Capitán de la Ciudadela luce tres plumas blancas y cortas en el yelmo, y en los puños de la chaqueta, tres galones dorados y entrelazados sobre banda blanca. Los capitanes llevan dos plumas blancas y un galón dorado sobre puños blancos; los tenientes, una pluma blanca y un galón negro sobre puños blancos; los subtenientes, una corta pluma negra y los puños blancos, sin galones. Los Portaestandartes llevan puños dorados en las chaquetas, y los hombres del pelotón, los puños listados en negro y dorado.

der'morat-: 1) En la Antigua Lengua, «maestro adiestrador». 2) Entre los seanchan, el sufijo se aplica para indicar a un adiestrador eminente y experto en una de las disciplinas exóticas, alguien que entrena a otros, por ejemplo, el *der'morat'raken.* Los *der'morat* pueden disfrutar de una posición social muy importante, y la más elevada la ostentan las *sul'dam*, que se equiparan con oficiales militares de alto rango. (Véase *morat*)

Fain, Padan: El otrora Amigo Siniestro es ahora algo mucho peor y más poderoso, y enemigo de los Renegados tanto como lo es de Rand al'Thor, a quien odia con pasión. La última vez que se lo vio utilizaba el nombre de Jeraal Mordeth y actuaba como consejero de lord Toram Riatin en su rebelión contra el Dragón Renacido en Cairhien.

Guardias de la Muerte, los: La unidad militar de elite del imperio seanchan, formada tanto por humanos como por Ogier. Todos los integrantes humanos de los Guardias de la Muerte son *da'covale*, nacidos esclavos, y se los elige a temprana edad para servir a la emperatriz, de quienes son propiedad. Fanáticamente leales y ferozmente orgullosos, a menudo exhiben los cuervos tatuados en sus hombros, la marca de un *da'covale* de la emperatriz. Los yelmos y las armaduras de su unidad van lacados en verde oscuro y rojo sangre, y los escudos, en negro; sus lanzas y espadas llevan borlas también negras. (Véase *da'covale*.)

Hailene: En la Antigua Lengua, «Precursores» o «los Que Llegan Antes». Término aplicado por los seanchan a la masiva fuerza expedicionaria enviada a través del Océano Aricio para explorar las tierras antaño regidas por Artur Hawkwing. Actualmente al mando de la Augusta Señora Suroth, los *Hailene*, cuyas filas se han engrosado con los reclutamientos realizados en los países conquistados, han superado con creces sus objetivos originales.

Hanlon, Daved: Un Amigo Siniestro, antiguo comandante de los Leones Blancos al servicio del Renegado Rahvin en la época en que éste tuvo Caemlyn bajo su dominio utilizando el nombre falso de lord Gaebril. Posteriormente, Hanlon condujo a los Leones Blancos a Cairhien con órdenes de fomentar la rebelión contra el Dragón Renacido. Los Leones Blancos fueron destruidos por una «burbuja maligna», y Hanlon recibió instrucciones de regresar a Caemlyn con fines aún desconocidos.

Hijas del Silencio: Durante la historia de la Torre Blanca (más de tres mil años), diversas mujeres que fueron expulsadas no quisieron aceptar su destino e intentaron agruparse. Tales grupos —o al menos casi todos ellos— fueron dispersados por la Torre Blanca tan pronto como se descubrió su existencia, y a sus componentes se las castigó severa y públicamente a fin de asegurarse de que llegara a oídos de las demás y sirviera de lección. Las integrantes del último grupo dispersado se llamaban a sí mismas las Hijas del Silencio (794-798 NE), y lo componían dos Aceptadas, a las que la Torre había expulsado, y otras veintitrés mujeres a las que reunieron y entrenaron. Todas fueron conducidas a Tar Valon y castigadas; a las veintitrés se las inscribió en el libro de las novicias. Sólo una de ellas logró obtener el chal. (Véase *Allegadas, las.*)

Ishara: Primera reina de Andor (alrededor de 994-1020 AL). A la muerte de Artur Hawkwing, Ishara convenció a su esposo, uno de los generales más destacados de Hawkwing, de que levantara el asedio a Tar Valon y la acompañara a Caemlyn con todos los soldados que pudiera apartar del ejército. Mientras otros intentaban adueñarse de todo el imperio de Hawkwing y fracasaban, Ishara se apoderó de una pequeña parte y logró su propósito. En la actualidad, casi todas las casas nobles de Andor descienden en mayor o menor medida de Ishara, y el derecho a reclamar el Trono del León depende por igual de pertenecer a la estirpe directa de dicha reina como del número de linajes relacionados con

Librodot

ella que puedan establecerse de manera fehaciente.

jerarquía de los Marinos: Los Atha'an Miere, o los Marinos, están gobernados por la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere. En el desempeño de su tarea, ésta cuenta con la ayuda de la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos y del Maestro de Armas. En el escalafón inmediatamente inferior se encuentran las Señoras de las Olas de los clanes, cada cual ayudada por sus correspondientes Detectora de Vientos y Maestro de Espadas. A continuación están las Navegantes (capitanas de barco) de sus respectivos clanes, que a su vez disponen de la asistencia de su Detectora de Vientos y su Maestre de Cargamento. La Detectora de los Vientos de la Señora de los Barcos tiene autoridad sobre todas las Detectoras de Vientos de las Señoras de las Olas de los clanes, quienes, a su vez, tienen potestad sobre todas las Detectoras de Vientos de sus clanes respectivos. Asimismo, el Maestro de Armas tiene autoridad sobre todos los Maestros de Espadas, y éstos sobre los Maestros de Cargamento de sus clanes. El rango no es hereditario entre los Marinos. Son las Doce Primeras de los Atha'an Miere quienes eligen, de por vida, a la Señora de los Barcos; estas mujeres son las doce Señoras de las Olas de más edad en los clanes. A la Señora de las Olas del clan la eligen las doce Navegantes mayores de su clan, y a las cuales se las conoce por el título abreviado de las Doce Primeras, un término que también se utiliza para designar a las Navegantes decanas que se encuentren presentes en cualquier parte. De igual modo, puede ser destituida por el voto de esas mismas Doce Primeras. De hecho, se puede cesar a cualquiera excepto a la Señora de los Barcos, lo que abarca todos los escalafones, incluso el de marinero de cubierta, ya sea por cobardía u otros delitos. Cuando una Señora de los Barcos o una Señora de las Olas muere, su Detectora de Vientos está obligada a servir, forzosamente, a otra mujer de rango inferior, con lo que su propio rango también disminuye. La Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos tiene autoridad sobre todas las Detectoras de Vientos, y la Detectora de Vientos de una Señora de las Olas de un clan está al mando de todas las Detectoras de Vientos de dicho clan. Del mismo modo, el Maestro de Armas ejerce autoridad sobre todos los Maestros de Espadas y Maestres de Cargo, y un Maestro de Espadas sobre los Maestros de Cargamento de su clan.

Legión del Dragón, la: Una gran unidad militar de infantería que ha jurado lealtad al Dragón Renacido y ha sido entrenada por Davram Bashere de acuerdo con unas pautas ideadas por él mismo y por Mat Cauthon, las cuales difieren radicalmente de las empleadas de manera habitual por los soldados de a pie. Aunque muchos de sus integrantes acuden por propia iniciativa, un gran número de hombres de la Legión es recogido por grupos de reclutamiento procedentes de la Torre Negra, quienes primero reúnen a todos los varones de una zona que desean seguir al Dragón Renacido y sólo después de conducirlos a través de accesos próximos a Caemlyn comprueban a cuáles de ellos se les puede enseñar a encauzar. A los restantes, la mayoría con gran diferencia, se los envía a los campamentos de entrenamiento de Bashere.

Maestro de las Lanzas: Véase *Capitán de Lanzas.*

Maestro de los Caballos: Véase *Capitán de Lanzas.*

marath'damane: En la Antigua Lengua, «Las que Deben Atarse con Correa» y también «alguien que debe atarse con correa». Término utilizado por los seanchan para designar a las mujeres capaces de encauzar, pero a las que aún no se les ha puesto el collar de *damane.*

Mera'din: En la Antigua Lengua, «los Sin Hermanos». Nombre adoptado, como una asociación guerrera, por los Aiel que abandonaron clan y septiar y se unieron a los Shaido porque no podían aceptar a Rand al'Thor, un habitante de las tierras húmedas, como el *Car'a'carn* o porque rehusaron admitir sus revelaciones referentes a la historia y los orígenes de los Aiel. Desertar del clan y del septiar por cualquier razón se considera abominable entre los Aiel, por lo cual ni siquiera sus propias asociaciones guerreras de los Shaido quisieron admitirlos en sus filas, y, en consecuencia, formaron su propia asociación, los Sin Hermanos.

mesnaderos: Soldados que deben lealtad o vasallaje a un lord o lady en particular.

Librodot

morat-: En la Antigua Lengua, «adiestrador». Entre los seanchan se utiliza para designar a los que adiestran y se encargan de disciplinas exóticas, por ejemplo, el *morat'raken*, un adiestrador o jinete de *raken*, también llamado de manera informal «volador». (Véase *der'morat.*)

Mujeres Sabias: Tratamiento honorífico que se da en Ebou Dar a las mujeres notables por sus increíbles habilidades para curar prácticamente cualquier herida. Tradicionalmente el distintivo de una Mujer Sabia es un cinturón rojo. Si bien algunas personas han reparado en que gran parte —por no decir la mayoría— de las Mujeres Sabias ebudarianas no son oriundas de Altara, cuanto menos de la propia Ebou Dar, lo que se ignoraba hasta no hace mucho, y aún sólo lo saben unos pocos, es que las Mujeres Sabias son en realidad Allegadas que utilizan varias versiones de la Curación y que aplican hierbas y emplastos sólo como tapadera. Con la huida de las Allegadas de Ebou Dar después de que los seanchan tomaran la ciudad, no queda allí ninguna Mujer Sabia. (Véase *Allegadas, las.*)

Precursores, los: Véase *Hailene.*

Profeta, el: O, más formalmente, el Profeta del lord Dragón. Antaño conocido como Masema Dagar, un soldado shienariano, que tuvo una revelación y decidió que había sido llamado a difundir la nueva del renacimiento del Dragón. Cree que nada —¡absolutamente nada!— es más importante que reconocer al Dragón Renacido como la Luz hecha carne y que hay que estar preparado para cuando éste llame a la acción; a tal fin, él y sus seguidores utilizarán cualquier medio para obligar a otros a entonar las alabanzas del Dragón Renacido. Ha renunciado a cualquier otro nombre que no sea el de Profeta, y ha desatado el caos en gran parte de Ghealdan y Amadicia, de las cuales controla zonas extensas.

Puños del Cielo, los: Cuerpo de infantería ligera seanchan cuyos integrantes son transportados a la batalla a lomos de criaturas voladoras llamadas *to'raken.* Son hombres o mujeres menudos, en gran parte por el límite de peso que un *to'raken* puede cargar a la espalda a cualquier distancia. Considerados unos de los soldados más duros del ejército, se los emplea principalmente para incursiones, ataques sorpresa a posiciones de la retaguardia enemiga y allí donde es trascendental la rapidez para situar soldados en un lugar.

Renegados, los: Nombre dado a trece de los Aes Sedai más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas de la Sombra durante la Era de Leyenda y quedaron confinados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse la Perforación en su prisión. Aunque durante mucho tiempo se ha creído que sólo ellos abandonaron la Luz durante la Guerra de la Sombra, de hecho hubo otros que lo hicieron también; esos trece son únicamente los de más alto rango entre ellos. El número de los Renegados (que se designan a sí mismos «los Elegidos») se ha reducido en cierto modo desde que despertaron hasta el momento actual. Que se sepa, han sobrevivido Demandred, Semirhage, Graendal, Mesaana, Moghedien y otros dos que se reencarnaron en cuerpos nuevos y a los que se les dieron nuevos nombres: Osan'gar y Aran'gar. Recientemente ha aparecido un hombre que se hace llamar Moridin, y podría ser otro de los Renegados muertos sacados de la tumba por el Oscuro. La misma posibilidad cabría con respecto a la mujer llamada Cyndane, pero habida cuenta de que Aran'gar era un hombre ahora reencarnado en mujer, sería inútil hacer conjeturas en cuanto a la identidad de Moridin y de Cyndane hasta que se sepa algo más.

Retorno, el: Véase *Corenne.*

Sangre, la: Término utilizado por los seanchan para designar a la nobleza. Además de pertenecer a ella por nacimiento, puede obtenerse tal dignidad por ascenso.

sei'mosiev: En la Antigua Lengua, «ojos bajos» o «bajar la vista». Entre los seanchan, decir que alguien se ha «vuelto *sei'mosiev*» significa que esa persona ha «perdido el prestigio». (Véase *sei'taer.*)

sei'taer: En la Antigua Lengua, «ojos altos» o «mirar de frente». Entre los seanchan, se refiere al honor o el prestigio, a la capacidad de sostener la mirada de alguien. Es posible «ser» o «tener» *sei'taer*, lo que significa que dicha persona posee honor y prestigio, y también «cosechar» o «perder» *sei'taer.* (Véase *sei'mosiev.*)

Librodot

Sehn an Calhar: En la Antigua Lengua, «Compañía de la Mano Roja». 1) Un grupo legendario de héroes autores de grandes hazañas y que finalmente murieron defendiendo Manetheren cuando dicha nación fue destruida durante la Guerra de los Trollocs. 2) Una unidad militar formada casi de manera fortuita por Mat Cauthon y organizada conforme al estilo de las fuerzas de combate existentes durante lo que se considera el auge de las artes marciales, en los tiempos de Artur Hawkwing y los siglos inmediatamente precedentes.

so'jhin: La traducción que más se ajusta a esta locución de la Antigua Lengua sería «lo alto entre lo bajo», aunque algunos la interpretan con el significado de «tanto el cielo como el valle» entre otras cuantas posibilidades. *So'jhin* es el término que los seanchan utilizan para designar a los sirvientes hereditarios de alto rango. Éstos son *da'covale*, o propiedad, si bien ocupan posiciones de considerable autoridad y a menudo de poder. Incluso la Sangre procede con gran tiento con los *so'jhin* de la familia imperial, y a los de la propia emperatriz les hablan como a iguales. (Véanse *Sangre, la*; *da'covale.*)